Ann-Helén Laestadius

Robo

Traducción de Gemma Pecharromán
y Beatriz Carlsson

Navona

Ann-Helén Laestadius

Robo

Traducción de

Gemma Pecharromán y Beatriz Carlsson

Navona

Primera edición
Febrero de 2023

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU
Navona Editorial es una marca registrada de Suma Llibres SL
Aribau 153, 08036 Barcelona
navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch
Edición Estefanía Martín
Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan
Maquetación y corrección Editec Edicions
Papel tripa Oria Ivory
Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans
Imagen de la cubierta Sara Acedo
Distribución en España UDL Libros

eISBN 978-84-19311-93-1

Título original *Stöld*
© Ann-Helén Laestadius, 2021
En colaboración con Ahlander Agency
Todos los derechos reservados
© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2023
© de la traducción: Gemma Pecharromán y Beatriz Carlsson, 2023

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Índice

Primera parte. *Dálvi*, invierno, 2008
Segunda parte. *Čakčadálvi*, otoño-invierno, 2018
Tercera parte. *Giđđageassi*, primavera-verano, 2019

PRIMERA PARTE. *Dálvi*, invierno, 2008

Elsa no se dio la vuelta. Estiró la espalda y se concentró en mantener el ritmo, aunque tenía que mirar de reojo hacia abajo, a los esquís, para comprobar que permanecían en los surcos. En realidad, la mañana tal vez estaba demasiado oscura para salir, pero ella estaba muy impaciente.

En el aire frío, las mejillas se le quedaron entumecidas con la velocidad, y por el rabillo del ojo vio su pelo oscuro sobresalir por debajo del gorro y volverse gris plateado. Las pestañas también le cambiaron de color y sentía el aire frío cuando parpadeaba. Era como convertirse en otra persona.

El lago era una maraña de huellas de motos de nieve que conducían hasta la casa y partían de ella. Hacia las casas de los vecinos y de los primos. Hacia el cercado de los renos. Elsa seguía las rodadas más anchas de las motos de nieve. Había encontrado el ritmo, y el ruido de los esquís silbaba debajo de ella. Había cumplido nueve años. Ya era una chica mayor. Con esquís propios, no heredados de Mattias.

Tenía los brazos fuertes, movía los bastones con energía y llegaba lejos con cada impulso. Sabía que la casa pronto sería un pequeño punto detrás de ella. El lago dio paso al bosque, pero no tenía miedo. Nunca le daba miedo porque sabía exactamente dónde estaba y siempre encontraba el camino de vuelta a casa. Aunque normalmente no solía salir del lago. Pero ahora era mayor.

A principios de enero, el sol encontraba el camino para llegar hasta allí, pero enseguida se daba la vuelta y dejaba tras de sí un resplandor rosa. Hoy, las nubes se habían llevado la luz más rápido de lo que ella había calculado, pero aún no se volvería oscuro del todo hasta dentro de un rato.

Tenía que llegar a tiempo. La nieve doblaba con su peso las ramas de los abetos y los abedules. Parecía como si todos se inclinaran ante ella. Le daban la bienvenida. Qué curioso, la reconocían, a pesar de su pelo plateado de escarcha y sus esquís nuevos.

Oyó a los renos y esquió más rápido, a pesar de que tenía las piernas entumecidas y cansadas. Su respiración se volvió más rápida y le cortaba la garganta. No podía pasarse la lengua por los labios secos porque entonces se le pondrían rojos y se agrietarían. No le gustaba el sabor de la sangre.

No había nadie allí en ese momento. Ella lo sabía. Sus padres y Mattias

estaban en casa. Aún no era la hora de dar de comer a los renos. Pero ella iba a sorprenderlos. Prepararía los péllets, arrastraría los sacos y tal vez incluso entraría y les echaría un poco. Sostendría liquen de reno en la mano para que se acercaran, para que la rodearan sin ningún miedo.

El ruido del motor de una moto de nieve al ponerse en marcha la hizo parar en seco. ¡Qué decepción! No iba a ser la primera en llegar. La moto de nieve estaba parada en punto muerto. Se impulsó casi en silencio con los bastones. Se agarró al tronco de un pino y miró con cuidado hacia delante.

Era él.

Ella nunca pronunciaba su nombre.

En la boca, entre los labios tensos, tenía una cosa suave y vellosa. En la mano, un cuchillo con sangre. Elsa agarró los bastones con tanta fuerza que le dolieron los nudillos helados dentro de los guantes.

Él se quitó el trozo de oreja de la boca y lo metió en el bolsillo de sus sucios pantalones amarillos. De esos que llevan los hombres que trabajan en las obras de las carreteras. Las anchas bandas reflectoras brillaron cuando pasó por delante de las luces de la moto. La cría muerta yacía junto a la valla, por fuera. Él se inclinó, ¿para llevársela? El reno de Elsa. ¿Era su reno? Sí. Ella reconoció la mancha blanca en la frente. Nástegallu. La garganta la traicionó y él oyó el sonido. Él escudriñó con mirada rápida y experta hasta que la encontró. ¿Y si no la reconocía con el pelo plateado?

Parecía que blasfemaba. Avanzó hacia delante, hacia ella. Introdujo la lengua por debajo del labio superior, la apretó contra el *snus*.[2]

Luego sonrió, la señaló, se llevó el dedo índice a sus delgados labios, advirtiéndola que estuviera callada, y después se pasó el dedo por el cuello. Muerte. Eso significaba muerte; ella lo sabía.

Él volvió a la moto. Sacó unos guantes negros del bolsillo del pantalón y pasó la pierna por encima del asiento. Sin darse cuenta de que no solo había sacado los guantes. El pequeño trozo velloso revoloteó en el aire. Y aterrizó en la nieve. Una oreja de reno con su marca, que era la prueba de que la cría pertenecía a su rebaño.

Él aceleró y dejó tras de sí el olor de los gases del tubo de escape, pero también algo más difícil de concretar que hizo que Elsa frunciera la nariz.

La niña esquió hacia delante con piernas temblorosas, se quitó los guantes y cogió la oreja. Le quitó la nieve con cuidado y la palma de la mano se le manchó de sangre. No era toda la oreja; él le había cortado la punta, donde estaba la marca del reno.

Miró de reojo hacia el cuerpo muerto junto a la valla del cercado. No quería acercarse y tener la confirmación de que se trataba de su reno. Pero

tenía que hacerlo.

Era Nástegallu. Aunque no tuviera orejas, Elsa lo sabía. La mancha blanca entre los ojos y las patas inusualmente largas. Tenía gotas de sangre en la piel suave. Su reno, sin la marca que mostraba a quién pertenecía. No podía llorar ni gritar. Pero un rugido aterrador estalló en su cabeza. La idea de que algún día ella lo mataría.

---

1 Cada uno de los episodios lleva por título un número cardinal en su término sami. (Todas las notas son de las traductoras).

2 El *snus* es un estimulante sin humo que contiene nicotina y se consume por vía oral. El *snus* sueco es una mezcla de tabaco finamente picado, agua y sal.

Sus padres susurraban por encima de su cabeza. Ella estaba acostada en el trineo de la moto de nieve, envuelta en una manta. Los esquís estaban debajo de la piel de reno. Nadie pensó siquiera en que ella había esquiado todo el camino hasta el cercado; nadie dijo nada al respecto. Elsa cerró los ojos, y los copos de nieve que le rozaban la cara se fundieron rápidamente. La escarcha plateada de su cabello había desaparecido y volvía a ser ella misma.

Enná e *isa* la habían encontrado sentada junto a su reno. Le preguntaron qué había pasado, pero ella no podía hablar. Dentro del guante apretaba el pequeño trozo de oreja. La sangre se había coagulado, pero la pelusilla era igual de suave. Ella no se la enseñó, ni siquiera cuando ellos, indignados, hablaron de que «ese miserable» había cortado las orejas, una entera y la mitad de la otra. A veces necesitabas el crotal para poder demostrar que eras el dueño del reno que había muerto atropellado o víctima de un depredador. Pero esta oreja no se la daría a nadie. Su Nástegallu estaba muerta.

Su madre se sentó al lado de Elsa y la estrechó contra su pecho. Estaba llorando; Elsa lo sabía. *Enná* siempre lloraba. Ella intentó controlarse, esperar a que llegaran a casa para poder encerrarse en el dormitorio. Donde ella creía que nadie la oía.

Su padre y Mattias se ocuparon de su reno, con mucho cuidado. Hacía mucho tiempo que había oscurecido y Elsa no podía ver todo lo que estaban haciendo. Pero oía sus susurros.

—Debe de haberlos visto: si no, se habrían llevado el reno —dijo Mattias.

—No creo; ellos solo quieren matar y demostrarnos que pueden hacerlo.

Su padre dio unas vueltas con la linterna alumbrando las huellas de las motos de nieve. Elsa habría podido señalar en qué dirección se había ido y qué rodadas eran las suyas, pero no podía levantar la mano. Era como si la oreja la mantuviera inmóvil, ejerciendo peso sobre su brazo. Le había visto hacer la señal de la muerte y comprendió que iba en serio.

El cono de luz se reflejaba en los bancos de nieve, los árboles inclinados y las rodadas de las motos de nieve. Su padre se agachó y sacó una foto con el teléfono. Sacó varias fotografías. También habían fotografiado al reno antes

de moverlo. Seguro que habían llamado a la policía, pero todos sabían que no iba a venir nadie esa noche.

—Tenemos que irnos ya, Nils Johan. La niña se está congelando —dijo la madre.

Elsa no tenía frío, pero estaba temblando. Su madre la abrazó más fuerte y le acarició todo el cuerpo con mano firme. No sirvió de nada.

Su padre aceleró tanto que salieron despedidas hacia atrás en el trineo. Mattias los adelantó con su moto. Trepó por un montículo de nieve y el motor rugió en el bosque. Elsa comprendió que estaba enfadado. Siempre se podía oír por el ruido de la moto si Mattias estaba enfadado. Pronto las luces traseras se convirtieron en dos lejanos puntos rojos fuera en el lago.

Elsa movió la mano a tientas debajo de la piel de reno y encontró los esquís. Palpó la superficie lisa. Nunca volvería a ir con los esquís al cercado.

Durante toda la noche, Mattias no paró de entrar y salir del cuarto de Elsa fingiendo que tenía cosas que hacer allí. Ella lo miraba. Su hermano mayor. *Stuoraviellja*. Siete años mayor. Ya no era un niño, pero tampoco un adulto. Una cosa entre medias, *gasku*, como solía decir *áhkku*. Su abuela paterna tenía palabras para todo, pero solo en sami. En sueco andaba escasa de vocabulario, pensaba ella. Aunque a veces no podía hablar sami sin tener que mezclarlo con el sueco.

Los adultos decían que Mattias se parecía a mamá. Era alto como ella, y todos decían que era enorme, pero Elsa creía que tenía la cara de un niño pequeño. Mamá y Mattias tenían el cabello del mismo color oscuro y los mismos ojos. Aunque los ojos de Mattias eran más despiertos.

Buscó en el armario del rincón de la habitación de Elsa, pero no dijo qué estaba buscando.

— ¿Lo viste? —preguntó sin girarse—. ¿Era Robert Isaksson?

Elsa estaba acostada bajo el edredón con la oreja en la mano. No podía apretarla demasiado fuerte porque entonces se pondría sudorosa y no tan viva y vellosa como tendría que estar. Pero no se atrevía a soltarla.

—Tienes que hablar, o pensarán que te has vuelto loca y tendrás que ir al hospital.

Mattias caminaba arriba y abajo, como un reno inquieto. Elsa sudaba debajo del edredón porque *áhkku* había subido la temperatura de la habitación. Para ella el calor era la solución para todo. No necesariamente la cercanía, porque le costaba levantar los brazos cuando la abrazaban. Era desagradable abrazar a alguien que no devolvía el abrazo, pero si Elsa levantaba los brazos hacia ella, la abuela podía dejarse abrazar. Y a veces sus dedos se movían tímidamente sobre la espalda de Elsa.

Nadie había dicho aún que era el reno de Elsa, el que ella misma había marcado. Con el cuchillito que siempre llevaba en el cinturón. Sus dedos acariciaron los cortes en la oreja. Ella sabía dibujar la marca, cortarla y visualizarla. Porque era la suya, la de todos, la de la familia. Pasó el dedo índice por encima del pequeño corte lateral y recordó lo difícil que había sido hacerlo. El corte del otro lado, más grande y redondeado, había sido más fácil, igual que el corte de la punta de la oreja, que apenas media un

centímetro.

Tenía muchas ganas de contárselo a Mattias, pero sabía que entonces él haría alguna tontería. Era lo que siempre hacía cuando todavía iba a la escuela. Él se defendía, pero a nadie le importaba, y le echaban la culpa a él. Según *áhkku*, Mattias era como *áddjá* a su misma edad. El abuelo también se peleaba en el patio de la escuela. Pero Mattias no podía ganarle a un hombre adulto. Y nunca a él. Él era alto, más alto que nadie, y tenía los hombros anchos y las manos grandes.

Mattias se frotó la cabeza con las puntas de los dedos, sin dejar de dar vueltas por el cuarto.

—Solo tienes que asentir, *unna oabba*. Asiente con la cabeza para que yo sepa que ha sido él.

Elsa tuvo que quedarse quieta del todo para no asentir sin querer. Cerró los ojos para mayor seguridad, pero eso enfadó a Mattias. Elsa oyó el bufido y consideró que lo mejor era abrir los ojos de nuevo.

Tal vez ya no podía hablar; eso le parecía. Como si ya no pudiera decir ni una palabra más. Eso la asustó; era importante poder hablar en la escuela. Se aclaró la garganta, probó a decir algo y Mattias clavó los ojos en ella. No quería decepcionarle, pero tampoco quería que lo matasen.

—¿Por qué fuiste esquiando hasta allí tú sola? —bufó él finalmente.

Entonces se vio obligada a tragar con fuerza. Y pensar en otra cosa.

Por la noche su padre entreabrió la puerta de la habitación. Elsa cerró los ojos y se hizo la dormida. Sabía que era él; había reconocido sus pasos. Entonces él volvió a cerrar la puerta con cuidado, pero aun así crujió.

Cuando ya no oyó a nadie afuera, Elsa se sentó en la cama. Esperó a que los ojos se acostumbraran a la oscuridad. Tenía el camisón pegado a la espalda y se lo quitó. Se le puso la piel de gallina y se deslizó de la cama sin hacer ruido. Se acercó con pasos silenciosos a la ventana que daba al lago. El viento soplaba con fuerza y aullaba entre las casas que estaban diseminadas por las orillas. A lo lejos, la farola en lo alto del pueblo tenía hipo. La luz parpadeaba. El ayuntamiento había decidido que no se seguirían encendiendo las farolas de la carretera que pasaba delante de su casa. Era demasiado caro; esa era la única explicación que Elsa había oído. Así que ahora solo había luz en la parte más habitada del pueblo. Para ellos, que vivían alejados junto al lago, las farolas estaban apagadas. Por eso su padre había instalado un alumbrado propio en la casa, que se encendía cuando alguien entraba en el patio. Elsa solía deslizarse hasta el porche cuando le parecía que la oscuridad exterior se volvía demasiado aterradora. El foco alumbraba todo el patio y nadie podía esconderse.

La casa no era grande; Mattias y ella tenían cada uno una habitación y sus padres su dormitorio, aunque el padre solía dormir en el cuarto de estar, en un colchón que enrollaba por las mañanas. Elsa podía oírlo roncar allí fuera, y si se despertaba por la noche y no oía los ronquidos se asustaba y tenía que levantarse. Entonces su padre podía estar de pie junto a la cocina con una taza de café en la mano. Aunque fuera a altas horas de la noche. Tenía la cara pálida, la barba de dos días empezaba a ponerse gris, todo él se había vuelto más gris.

Áhkku y *áddjá* vivían en la casa de al lado. Si Elsa pegaba la nariz a su ventana podía ver un poco de la casa donde vivían. También era pequeña, y *áhkku* había dicho que la había construido el Estado en los años cincuenta, cuando se permitió que los pastores de renos pudieran vivir en residencias más permanentes. Elsa no sabía lo que significaba «residencia permanente» y *áhkku* escupía las palabras cada vez que las pronunciaba. Cuando hablaban de estas cosas, creían que Elsa no estaba escuchando, pero ella los oía.

Áddjá había pintado la casa de color amarillo intenso. Quiso ampliarla, pero los mandamases de la ciudad que decidían sobre estos asuntos dijeron que no. Entonces él construyó un cobertizo igualmente pintado de amarillo en el que dormía a menudo. Cuando pensaba en ello, Elsa se daba cuenta de que no había muchos adultos que durmieran juntos. Pero también que los padres pasaban largas temporadas fuera con los renos.

Entre las casas estaba el cobertizo de madera donde ahumaban la carne. Los pedazos de carne se colgaban después en largas hileras detrás de un hilo de acero en la parte superior del tejado del trastero para que se secaran al aire. A Elsa se le hacía la boca agua al pensar en la *goike biergu*. En el patio había *quads*, remolques, dos coches, dos motos de nieve y, debajo de una lona junto al trastero, otra moto de nieve vieja que en realidad tendrían que vender. El vecino más cercano, un poco más allá de la casa de *áhkku* y *áddjá*, se había quejado de que su patio «estaba demasiado asqueroso». Elsa había oído que lo llamaba el patio de los lapones. A los vecinos les gustaba cortar el césped y plantar flores. Les gustaba el silencio, así que cuando Gabo ladraba se enfadaban aún más. Pero los perros ladran, eso lo sabe todo el mundo. Le habría gustado que en ese momento Gabo estuviera en su habitación para poder hundir la nariz en su pelaje. Debería haber llevado a la perra hasta el cercado, haberla lanzado contra él. Gabo era un cruce de diferentes razas, pero sobre todo era un pastor australiano, el mejor perro pastor de renos que habían tenido; podía oler los peligros a kilómetros de distancia.

Elsa apoyó la cara contra el cristal. El viento azotaba las paredes de la casa. Como si quisiera llevárselos a otra parte.

Se oían murmullos en la cocina. Se deslizó hasta la puerta y pegó la oreja a la fría superficie blanca.

—Esta noche tendremos que turnarnos para estar en el cercado. —La voz de su padre era severa. Solía sonar así cuando hablaba por teléfono.

—El viento borrará todas las malditas huellas y la policía no tiene tiempo para venir. —Se calló un momento—. Sé que es domingo, pero ¿desde cuándo la policía no trabaja los domingos?

Se quedaron en silencio y luego él habló en voz baja, y Elsa solo consiguió oír algunas palabras sueltas.

—Era el de Elsa… Lo ha encontrado… sin orejas…, conmocionada.

Se le encendieron las mejillas. Era la primera vez que alguien decía que era su reno. Era como si hubieran esperado que ella no se hubiera dado cuenta de qué reno se trataba. ¡Pues claro que lo sabía! Tenía nueve años. Conocía a su reno.

El padre dijo su nombre, Robert Isaksson. A ella se le puso piel de gallina en los brazos.

—No, Elsa no lo vio.

Se lanzó bajo el edredón y agarró con fuerza la funda, que era nueva y desagradable al tacto. Ella no había mentido. Callar no era mentir. Solo era estar callada.

En la cocina olía a café y a perro mojado, pero a Gabo lo habían soltado fuera de nuevo. Elsa reprimió un bostezo cuando se sentó a la mesa en la que ya estaban sentados su padre y Mattias. Su madre, como de costumbre, no se sentaba con ellos para desayunar. Tampoco tenía tiempo para sentarse cuando cenaban. Pero aún era más difícil para *áhkku*, que siempre estaba de pie delante de la cocina friendo una porción extra de *suovas* o probando las patatas con un palillo.

—Ya voy —decía siempre su madre cuando Elsa le pedía que se sentara.

Pero no venía, y cuando finalmente se sentaba, los demás habían terminado.

Ahora estaba rebuscando en el congelador tratando de encontrar el pan que había horneado la semana pasada. En la placa sonó el silbido inquietante de la cafetera. El padre se levantó rápidamente con un bocadillo colgando de la boca, de tal manera que la loncha de queso casi se cayó, y retiró la cafetera de la placa. La madre le lanzó una mirada irritada. Se le daba bien poner ojos de enfado. Aquella mañana hubo muchas miradas que fueron de un lado a otro de la mesa. El padre negó con la cabeza; seguramente no entendió qué había hecho mal. Los hombres rara vez lo entendían. Eso le solía decir *áhkku* a Elsa. *Áhkku* era aún mejor en lo de poner ojos de enfado. Ella lo hacía todo un poco mejor que su madre. Así eran las cosas.

—Tendrás que venir conmigo a la policía —dijo el padre secamente.

Elsa se detuvo con el vaso de leche a medio camino de la boca y lo miró. Se había afeitado. Tenía ojeras y el blanco de los ojos enrojecido, pero la barbilla parecía suave, casi reluciente.

—¿Por qué?

—Tienes que explicarles dónde encontraste el reno.

Ella lo miró furiosa.

—Sí, tu reno —aclaró—. Solo quiero que ellos entiendan por lo que has tenido que pasar. Quizá también viste a alguien, ¿no?

Ahí se quedó sin aire. No fue capaz de mirarla a los ojos.

—Esta vez han matado solo para fastidiar. Y la policía no va a entender la diferencia. ¡Creerán que para nosotros se trata de dinero! Eso en el caso de que crean que el reno es nuestro. —A Mattias le temblaba la voz. No porque

estuviera a punto de ponerse a llorar. Estaba enfadado, y Elsa no se atrevía a mirarlo.

—¡Basta! —replicó el padre—. Ahora, no —añadió, mirando a Elsa de reojo.

—¡Pero es la verdad! —Mattias se columpiaba en la silla de pino al mismo tiempo que hacía equilibrios con el vaso de zumo en la mano.

La madre guardó la mantequilla, envolvió el queso en una bolsa de plástico y dejó el cortador de queso en el fregadero. Retiró el cartón de leche y el de zumo, recogió un poco las migas y sacó tazas de café para el padre y para ella.

Elsa bebió la leche con extrema lentitud mientras pensaba en hasta qué punto sería ilegal mentir a un policía. ¿Ilegal como para ir a la cárcel o solo un poco ilegal? Según Mattias, la policía siempre los mentía; entonces ¿por qué no iba a poder ella hacer lo mismo? Pensó en la oreja que de momento había escondido debajo de la cama, debajo de su ropa. La había tenido un rato en la mano antes de quedarse dormida, pero no se atrevió a meterla en la cama teniendo en cuenta que su madre siempre la despertaba.

El tictac del reloj de pared sonaba con fuerza. La madre por fin se sentó.

—Me parece que es mejor que digamos que fue Mattias. Ella es muy pequeña.

Mattias dejó de columpiarse; apoyó las patas de la silla en el suelo con un estruendo y dejó el vaso de zumo en la mesa dando un golpe.

—¡Totalmente de acuerdo! Iré yo.

Elsa miró con pena hacia la carretera principal. Ojalá estuviera allí ahora, con Anna-Stina, esperando el autobús. Y no tuviera que pensar en la policía ni en que había perdido lo que era suyo.

Su madre se frotó las sienes y Elsa se fijó en los cabellos grises que se abrían paso entre la negrura. Formaban destellos plateados. Tal vez su madre estaba también a punto de convertirse en otra persona, como Elsa en el bosque. Porque en realidad ella ya no la reconocía. Lloraba a menudo y los regañaba aún más a menudo, sobre todo a Mattias, que bajaba la cabeza y desaparecía.

A su madre la habían llamado *rivgu*. Era el nombre despectivo con el que se referían a las mujeres que no eran sami. Su madre era de la ciudad. Marika, la de la ciudad. Elsa no se creía eso de *rivgu* porque su madre hablaba sami, cosía *gátki,* vestía sus propios *gátki* y era pastora de renos. Pero había dicho que tuvo que aprenderlo todo cuando papá decidió que tenía que ser suya.

—Estaba muy seguro de ello, y ya sabes, cuando tu padre toma una

decisión nadie puede hacerle cambiar de idea. —Y entonces ella se echaba a reír.

Hacía mucho tiempo ya que su madre no le recordaba a Elsa cómo podía surgir el amor. Ahora el aire era más espinoso.

No siempre había mala intención cuando la llamaban *rivgu*; había que escuchar atentamente cómo se decía. Podía ser que solo trataran de explicar que las raíces de su madre no eran sami. Porque era importante saber quién estaba emparentado con quién.

Cuando su madre se casó con su padre y luego llegó Mattias, esa palabra se pronunciaba cada vez menos. Además, ella pudo empezar a vestir el *gátki*. Eso se lo había contado a ella su abuela paterna, *áhkku*. A Elsa no le gustaba la palabra *rivgu*. Y su madre le había dicho que la gente no sabía de lo que hablaba.

—Yo también soy sami —le había susurrado al oído una noche, cuando todavía le leía cuentos.

Elsa, que nunca había creído que no lo fuera, recibió en silencio la información. Y su madre de repente pareció horrorizada. Como si hubiera dicho algún secreto.

—Eres demasiado pequeña —murmuró entonces.

—Somos iguales —había respondido Elsa con determinación.

Mattias aseguraba que era imposible recordar hechos ocurridos antes de los seis años, pero Elsa los recordaba.

También había oído eso de *rivgu* en el pueblo cuando alguien mencionó a su madre de pasada. Cuando llegó a casa y lo comentó, su madre se rio de esas mujeres que no hacían más que chismorrear. No fue una risa de verdad, porque Elsa sabía cómo tenía que sonar cuando subía burbujeando desde el estómago.

Casi al mismo tiempo se había dado cuenta de que *áhkku* y *áddjá* tenían nombres y que los abuelos maternos también los tenían. Y que *áhkku* podía significar tanto abuela materna como paterna, al igual que *áddjá* podía significar abuelo paterno o materno.

A Elsa siempre se le había dado mejor el sami que el sueco, así que se sentía más a gusto en la casa vecina. Allí era fácil hablar y decir lo que querías. En casa de los abuelos maternos, en la ciudad, era difícil. En la escuela se acostumbró al sueco. Porque, aunque era una escuela sami, había compañeros de clase que preferían hablar sueco.

Cuando a su lado su padre se aclaró la garganta, no pudo ocultarse más en los recuerdos.

—Elsa viene conmigo. Si ahora mentimos y se descubre la verdad, nunca

nos creerán ni se nos hará justicia.

No esperó a la reacción de la madre, sino que se levantó rápidamente para enjuagar la taza de café.

Mattias se encogió de hombros y suspiró. Su madre miró fijamente la espalda del padre y Elsa sintió que el desayuno se le subía a la boca. Tragó con fuerza.

El padre se dirigió al dormitorio y la madre también se levantó y salió de la cocina.

—¡Elsa! Tu habitación huele mal. ¿Te has vuelto a dejar alguna fruta a medio comer o una toalla mojada en la mochila? ¿Qué es ese olor? —La madre volvió con el ceño fruncido.

¡La oreja! Probablemente era eso lo que olía. Ella no había notado nada.

—Sí, puede ser que me haya dejado alguna cosa. Voy a ver —murmuró ella.

La madre siguió hacia el dormitorio y Elsa salió disparada hacia su cuarto. Sí, tal vez olía un poco. Tenía que sacar la oreja al cobertizo, en cuanto volviera a casa de la escuela. Allí se secaría bien. Vació rápidamente su pequeña caja verde con collares y colocó la oreja en su lugar. Luego puso la caja en la estantería con dos libros encima. Así seguramente no se filtraría ningún mal olor.

Volvió a la cocina. Desde el dormitorio de sus padres se oía un murmullo irritado.

Se inclinó sobre la mesa de la cocina para poder ver la parada de autobús. El poste estaba casi completamente cubierto de nieve. La máquina quitanieves había pasado por la mañana y había empujado la nieve en bancos a los lados.

Anna-Stina estaba sola en la parada. Solo había dos chicas en el pueblo que iban a la escuela sami, Anna-Stina y ella. El resto iba a la escuela sueca que estaba al lado de la escuela sami. Anna-Stina era dos años mayor que Elsa y estaba en cuarto curso, pero aun así se llevaban bien. No había más remedio cuando no había nadie más.

Entonces se decidió, salió corriendo al pasillo y se puso la cazadora, introdujo los pies en las botas, que aún le quedaban demasiado grandes, sin atárselas, se dio dos vueltas con la bufanda alrededor del cuello, se caló el gorro rojo hasta la frente, tomó los guantes en una mano y la mochila en la otra y poco después ya había salido de casa. La nieve de las escaleras crujió bajo sus botas y saltó el último peldaño. Se oyó un ruido en el bosque, el autobús se acercaba. La mañana estaba tan silenciosa que se podía oír un autobús a varios kilómetros de distancia. El aire cortaba las mejillas y los

pulmones se encogían. Probablemente estuvieran cerca de los veinte grados bajo cero.

Elsa echó a correr hacia la carretera y Anna-Stina la saludó con la mano.

Mattias arrancó la Phazer y se subió el protector del cuello por encima de la nariz. Se caló el gorro sobre la frente y las orejas. Solo se le veían los ojos, que le lloraban por el aire frío hasta que se puso las gafas de la moto de nieve. La cazadora crujía debido al frío. Todos sus movimientos se volvieron más rígidos y, a pesar de la ropa, tenía frío en el cuerpo. No tanto como para congelarse, pero sí frío.

—¡El casco! —gritó su madre cuando estaba a punto de salir.

—¡Ah!

Apretó con fuerza el acelerador: el ruido del motor y toda la fuerza vibrante debajo de él era justo lo que necesitaba. Se deslizó entre los abedules, agachándose o inclinándose en las curvas para no tener que pararse.

En el río podía ir aún más rápido. Si se hubiera quedado en casa un segundo más habría roto alguna cosa. Estaba muy cabreado, más que harto, de todos ellos. ¡Qué malditos cobardes! Todos sabían quién robaba y mataba a sus renos, pero nadie hacía nada.

Puso la vista en un montón de nieve, haría que la moto saliera volando. Los doscientos kilos de máquina despegaron y fue el salto más largo que había dado nunca. La nieve se arremolinó a su alrededor cuando aterrizó, y tensó todos los músculos del cuerpo para no perder el control. El salto más largo de su vida y no lo había visto nadie.

—¡Mierda!

El grito resonó en los bosques de alrededor. Aceleró aún más, tenía una larga pista de rodadas de motos de nieve delante de él. El río serpenteaba entre los pueblos, los conectaba. En verano solía conducir con la moto por el río. Ni siquiera entonces se le aceleraba el pulso; sabía lo que hacía. Sabía cuánto gas tenía que dar para no hundirse. No había nada que no supiera dominar. Había conducido motos de nieve desde que tenía cinco años, y cuanto más mayor se hacía, más a menudo se escapaba solo. Su madre se subía por las paredes, pero su padre lo entendía: él había sido igual. Le decía tranquilamente a su mujer que Mattias tenía que saber conducir. Ella insistía en que era ilegal. Ni siquiera cuando cumplió quince años y ya podía conducir legalmente cejó ella en su actitud, con un cabreo de mil demonios

cuando Mattias salía solo con la moto.

Mattias se acercó al pueblo vecino y redujo la velocidad. Salía humo de las chimeneas. Se oían ladridos de perros cuando pasó por delante de un par de casas, pero, por lo demás, el silencio era ensordecedor, como solía ocurrir cuando la nieve cubría los pueblos.

No tenía ningún plan concreto, solo quería ir a su casa. Ver dónde iba ese hijo de puta con los renos que mataba. Pero siempre existía el riesgo de que no pudiera contenerse. No se peleaba innecesariamente, pero a veces se veía obligado a hacerlo. Esa sensación candente le ardía ahora también en el estómago. Debería llamar a alguien, no ir hasta allí solo. Era de sobra conocido que Robert Isaksson estaba loco. Igual que su padre, que era un borracho. Pero eran dos, y él estaba solo. Cuando el pensamiento arraigó, comenzó a dudar. Lo cual le cabreó todavía más.

La Phazer zumbaba al ralentí. Se quitó el protector del cuello y se inclinó hacia un lado mientras expulsaba los mocos tapándose un agujero de la nariz con un dedo y soplando por el otro.

¿De qué servía ver su casa? A la policía tampoco le importaría una mierda esta vez.

—¡Joder!

Giró el manillar bruscamente hacia la derecha. Dio la vuelta y regresó. Observó cómo se disparaba el velocímetro.

Emanaba un olor agrio de los pantalones impermeables mojados y los jerséis de forro polar sudados que colgaban de los ganchos fuera de la clase. A través de la ventana se oían voces, risas y gritos en el patio de la escuela. En sami y en sueco. Elsa se vistió despacio. Se pasó el jersey de lana gris por la cabeza de tal manera que el pelo se le levantó flotando como una aureola electrizada alrededor de la cara. El flequillo se le quedó pegado a la frente.

Lo vio allí fuera. Markus, que era de la familia de él. Los lunes eran los peores días porque salían al patio a la misma hora. Era posible que él supiera lo que ella había visto. La sangre en el cuchillo y la oreja en la boca. ¿Qué se hacía con los que habían visto demasiado? Elsa había leído lo que alguien escribió en el Facebook de su padre. Un lapón muerto es un buen lapón. Después de eso no volvió a entrar en el Facebook de su padre, por mucho que le apeteciera ver las magníficas fotos que él subía del bosque de renos.

Según le había dicho Mattias, en casa, en el tercer cajón de la cocina al lado del lavavajillas estaban los papeles de la policía. En el cajón había todo lo necesario para diferentes situaciones de emergencia. Tiritas, cinta adhesiva, tijeras, paracetamol, lupa, señuelos de pesca, apósitos para ampollas y abrebotellas. Había que tener cuidado con los señuelos de color amarillo y rojo para no pincharse con los anzuelos. Elsa había visto a su padre extraer un anzuelo que se le enganchó a su madre en el dedo pulgar cuando estaban pescando en el río. Se trataba de quitar las púas cortando la curva del gancho y después sacar la parte recta del gancho clavada en el dedo.

Elsa no había visto los papeles de la policía, pero ahora pensó que quizá debería mirarlos. Una vez vino un policía a su casa y escribió en un bloc de notas. Hablaron de un lugar de matanza y a ella le pareció raro porque ni siquiera era época de matanza. Fue en esa ocasión cuando oyó un nombre que volvería a oír muchas veces. Ese hombre era peligroso, pero ella no llegó a saber entonces hasta qué punto. Ahora lo sabía. Robert Isaksson, del pueblo vecino, era un asesino de renos.

Les había preguntado a sus padres qué hacía la policía en su cocina y ellos se habían echado a reír, algo forzados, y le habían dicho que no era nada, *unna oabba*. *Unna oabba,* hermana pequeña. Si eras la pequeña no

tenías que saberlo todo. Era así de sencillo. Rara vez la llamaban Elsa, ni sus padres ni Mattias. Ella era su *unna oabba*.

Markus miraba fijamente hacia la ventana y Elsa se deslizó rápidamente a un lado en el banco. El corazón le latía desbocado. ¡Él la estaba buscando! Si Mattias fuera aún a la escuela, la habría protegido. Sabía que Mattias y Markus se habían peleado una vez el año pasado. Markus había llevado consigo a muchos amigos y le dieron una paliza a Mattias. Tuvo los labios hinchados toda una semana. Su padre presentó una denuncia y llamó a la escuela, pero lo único que le dijeron es que ya se sabe cómo son los chicos.

Se ató los cordones de los zapatos con dedos temblorosos. Los minutos avanzaban y pronto terminaría el recreo. Quizá fuera mejor no salir.

Markus se había subido a un montículo de nieve al otro lado de la ventana y cuando respiraba en el cristal se formaba un vaho que desaparecía lentamente y entonces se le volvía a ver a él. La mirada era oscura. Debajo de la barbilla tenía un montón de espinillas. No hacía ningún gesto amenazante, no; solo la miraba fijamente hasta que ella tuvo que bajar la cabeza.

Una bola de nieve golpeó el cristal de la ventana con tanta fuerza que retumbó en el pasillo y ella se estremeció. Markus se dio la vuelta riéndose y desapareció bajándose del montículo de nieve. Elsa se quitó los zapatos, subió las piernas al banco y se acurrucó como una pequeña pelota. Colocó los brazos alrededor de las piernas y apretó con tanta fuerza que expulsó el aire de los pulmones. Apoyó la frente en las rodillas.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Anna-Stina desde el otro extremo del pasillo.

—Me duele el estómago.

—¿Voy a buscar a la señorita?

Elsa negó con la cabeza.

—¿Ha pasado algo?

Elsa se imaginó a su reno delante de ella. Se arrepintió de no haberse traído la oreja a la escuela. Necesitaba sentir la pelusilla en la palma de la mano. Y de repente llegó el llanto. Se le humedecieron las mejillas, se le cayeron los mocos y sintió un nudo en la garganta; se estremeció.

Anna-Stina dio unos pasos vacilantes hacia ella. Elsa se acostó en el banco, como si no tuviera ya fuerzas suficientes para seguir sentada. Tenía la frente sudorosa; era agotador llorar tanto.

Se abrió la puerta de una clase y salió Marja, que se puso de rodillas y apartó los mechones de pelo de la cara de Elsa.

—*Mii lea dáhpáhuvvan*? ¿Anna-Stina? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Acabo de llegar. —La voz de Anna-Stina era lastimosa.

Elsa era menuda para su edad. Marja la levantó sin problemas y fue con ella por el pasillo hacia la sala de profesores. Elsa dejó caer los brazos, como si toda la fuerza vital la hubiera abandonado. Marja olía ligeramente a humo de cigarrillo. Elsa siempre había sospechado que la señorita fumaba a escondidas en la clase. Durante los recreos, ella ventilaba siempre con las ventanas abiertas de par en par, aunque afuera hiciera mucho frío. Elsa solía tiritar cuando entraba y se sentaba en su fría silla.

Cuando Marja la acostó en el sofá rojo de la sala de profesores vio muchas caras preocupadas que pasaban revoloteando delante de ella. Hablaban en sami y en sueco. Alguien dijo que deberían llamar a sus padres. Elsa negó con la cabeza obstinadamente. Marja le acarició el pelo. Y entonces Elsa tuvo otro ataque de llanto.

—Pero ¿qué ha pasado, cariño?

Elsa agarró la nuca de Marja y la acercó a ella. Le susurró:

—Han matado a mi reno.

—¿Cómo? ¿Lo han atropellado?

—No. Lo han asesinado.

Cuando lo dijo en voz alta le pareció tan tremendo que intentó tragarse las palabras, borrar lo que había dicho. Pero Marja había abierto los ojos como platos y ya era demasiado tarde.

—¿Asesinado?

—No lo digas en voz alta. ¡No se lo digas a nadie!

Marja le secó a Elsa las mejillas con la palma de la mano. Ella también tenía renos, y la entendía. No todos eran capaces de entender, pero Marja la entendía.

—No sé si lo mataron. Pero todo estaba lleno de sangre. Y estaba muerto. —No podía mirar a la señorita a los ojos cuando mentía.

Marja apretó un puño, pero se relajó y acarició a Elsa en la frente.

—Tienes fiebre. Hoy tendrías que haberte quedado en casa.

Elsa asintió y de repente se sintió tan cansada que tuvo que cerrar los ojos.

—¿Puedo quedarme aquí hasta que llegue el autobús?

Entrecerró los ojos y vio a Marja mirando su reloj.

—¿No es mejor que llame a tus padres para que vengan a buscarte?

Elsa negó con la cabeza, pero no abrió los ojos.

—Bueno, entonces descansa un poco. Vendré a buscarte luego.

Elsa le agarró a Marja de la muñeca.

—No digas nada de mi reno. A nadie.

Marja parecía disgustada, pero asintió.

El murmullo de la sala de profesores actuó en ella como un sedante. Intentó mantenerse despierta, pero fue imposible. Era como estar tumbada debajo de la mesa de la cocina cuando hablaban los mayores. Y el sofá, que olía a polvo, era muy blando.

Cuando Elsa se despertó, *áhkku* estaba sentada allí. Era una vieja pequeñita, no medía ni un metro y medio. Llevaba un gorro jaspeado de punto y una chaqueta acolchada de color azul con la cremallera abierta hasta la mitad. *Áhkku* había acercado una silla al sofá y estaba sentada en ella con los pies colgando. Tenía puesto su mejor calzado, *nuvttahat*, unas botas que ella misma había cosido con piel blanca de reno.

Su abuela no parecía preocupada en absoluto, como hacían el resto de los adultos cuando pasaba algo inesperado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Elsa.

Áhkku señaló con la cabeza hacia atrás, en dirección a Marja, que estaba junto a la encimera de la cocina introduciendo una bolsita de té en una taza.

—Me ha llamado.

Elsa se incorporó, se llevó un mechón de pelo a la boca y lo chupó. Anna-Stina solía decir que era repugnante chuparse el propio pelo, pero a Elsa se le olvidaba a menudo y se lo chupaba de todos modos.

—¿Qué te ha dicho?

—Que es probable que tengas fiebre.

Áhkku se inclinó hacia delante, tocó la frente de Elsa y negó con la cabeza. Su madre solía utilizar los labios, presionándolos suavemente contra la frente.

—Nos vamos —dijo *áhkku*, y parecía deseosa de salir.

—Marja me ha dicho que fuisteis juntas a esta escuela. Cuando era una escuela nómada.

Elsa tendría que aprender a morderse la lengua. *Áhkku* no quería hablar de la escuela nómada. Le parecía que era innecesario que se escribieran libros e incluso que se hablara de las escuelas a las que obligaron a ir a los hijos de los pastores de renos. A menudo rezongaba que no saldría nada bueno de sacarlo a relucir de nuevo.

En el pasillo, *áhkku* comenzó a respirar aceleradamente. Se abrió la chaqueta y se dio aire con ella.

—Bueno, date prisa, ve a buscar tus cosas.

Elsa cogió la mano de *áhkku* y tiró de ella. Sus nudillos parecían como el papel de lija que *áddjá* tenía en el garaje.

—¿No quieres ver mi dibujo? Está en la clase.

Elsa escudriñó el pasillo, que estaba oscuro. Markus podría estar allí. Presionó el interruptor y las luces fluorescentes crepitaron y fluctuaron por encima de ellas al encenderse. *Áhkku* se apoyó en la pared y tenía gotitas de sudor en el labio superior.

—Por favor —dijo Elsa—. Si no vienes, tendrás que quedarte aquí de todos modos. No me dejes sola.

Áhkku se apoyó en su espalda y comenzó a caminar. Elsa encontró enseguida la fuerza en las piernas.

Fuera de la clase se puso los pantalones de nieve y la cazadora mientras le sonreía a *áhkku* todo el tiempo. Los calcetines se le arrugaron en los dedos de los pies cuando se puso las botas. Volvió a coger la mano de *áhkku* y abrió la puerta. Los dibujos estaban colgados en una hilera al fondo de la clase. Elsa corrió hasta allí y señaló.

—¡Eres tú! ¿Lo ves?

Pero *áhkku* no miró. Tenía la mirada fija en el suelo y se aferraba al marco de la puerta como si tuviera garras.

Elsa se quedó cortada, pero se puso de puntillas y quitó los alfileres que sujetaban el dibujo en la pared.

—¡Mira! Eres tú —dijo sosteniendo el papel cerca de la cara de *áhkku*.

Áhkku le echó una ojeada rápida y asintió. Tal vez no le gustó que Elsa la hubiera pintado con el *gátki* negro. Debería haber elegido el azul. Se quedó sin saber qué decir y volvió con paso lento hasta la pared. El dibujo quedó torcido cuando ella lo sujetó de nuevo con los alfileres, pero no importaba.

Cuando salieron, el frío las golpeó. Elsa sintió la aspereza en la nariz y tuvo que toser. *Áhkku* ya se había sentado en el coche y los gases del tubo de escape formaban una nube con forma de hongo. El asiento estaba frío y en la ventanilla había cristales de hielo. *Áhkku* pasó el rascador de hielo por la parte interior del parabrisas y murmuró en voz baja mientras el hielo revoloteaba sobre sus piernas y la palanca de cambios. Salió fuera y rascó el parabrisas con la misma energía. Se sostuvo sobre el capó, pero ni siquiera así llegaba al centro del parabrisas. Quedó una raya blanca de hielo. El ventilador estaba funcionado a toda pastilla, pero el aire era tan frío que no servía de nada. *Áhkku* estaba ahora raspando la ventanilla trasera, aunque *áddjá* le había dicho que no debía hacerlo. Una vez dentro del coche, la abuela no se puso el cinturón de seguridad y aceleró demasiado tiempo en primera. *Áhkku* no veía por encima del volante, sino que miraba a través de él como un búho con la cabeza inclinada.

Afuera estaba oscuro como si fuese de noche, aunque ni siquiera era

mediodía aún. *Áhkku* se quitó el gorro y Elsa vio que tenía el cabello completamente sudado. Se había enroscado su larga trenza formando un moño en la nuca.

No estaba claro si *áhkku* tenía realmente carnet de conducir. Un día empezó a conducir, así, sin más, según había contado su padre. La propia *áhkku* dijo que había hecho un curso intensivo en la ciudad hacía mucho tiempo, pero no empezó a conducir hasta que no consideró que fuera necesario. Lo cual coincidió con el momento en el que *áddjá* se rompió la pierna en un accidente con la moto de nieve el mismo año en que nació Mattias. Al parecer, nadie sabía si era cierto.

El padre de Elsa solía decir que eso se sabría cuando la policía la detuviera en un control. Hasta ahora eso no había sucedido. Pero, claro, la policía tampoco se ocupaba mucho de los pueblos, así que no era tan raro.

—Me ha llamado tu padre. Vamos a la comisaría.

Áhkku tuvo finalmente buena visibilidad a través del parabrisas y volvió a pisar el acelerador aún más. Como de costumbre, los abetos y abedules cargados de nieve se inclinaban ante ellas, pero a la velocidad a la que iban apenas tenía una tiempo de verlo. La máquina quitanieves había limpiado la carretera y parecía más ancha de lo que era. Unos decímetros más allá y podías acabar en la cuneta. Pero a *áhkku* eso no le preocupaba; ella conducía por el medio de la carretera y hacía que todos los demás se apartaran.

Un camión que se acercaba en dirección contraria quitó las luces largas, pero *áhkku* pasó de hacer lo mismo. «¿Cómo voy a ver si se cruza un alce? —solía rezongar—. Es suficiente con que uno de los dos quite las largas». El camión le lanzó una ráfaga de luces cortas y largas para recordarle a *áhkku* que tenía que poner las luces de cruce. Como ella no lo hizo, él puso también las largas y entonces fue como ver el resplandor blanco que le llevará a uno al cielo. El camión tenía luces tanto encima como debajo de la cabina. Fue como si les cayera un rayo encima, y Elsa y *áhkku* cerraron los ojos cuando el camión pasó tronando a su lado.

—¡Qué idiota! —resopló *áhkku*.

Elsa se había quedado ciega y, aunque abrió los ojos, no veía nada.

—No quiero ir a la policía.

—Solo tienes que decir que encontraste el reno y dónde lo encontraste.

—¿Nada más?

Áhkku le lanzó una mirada rápida.

—¿Pasó algo más?

Elsa metió los labios hacia dentro y se los mordió.

—¿Lo viste?

Áhkku casi había alcanzado a un coche que iba delante y ahora tampoco apagó las luces largas. El conductor inclinó su espejo retrovisor y parecía que agitaba la mano, irritado.

—¿Lo viste?

Elsa contó a cuántos les había mentido hasta ese momento. Y, además, *áhkku* era cristiana, por lo que mentirle a ella podía ser más grave aún.

—No.

Cruzaron el pueblo; *áhkku* miraba más hacia su casa que a la carretera.

—*Áddjá* no ha quitado la nieve del patio.

Elsa no tuvo tiempo de verlo, a la velocidad que iban. Empezaba a sentir los síntomas del mareo y buscó una golosina salada en el bolsillo de su chaqueta.

—¿No puede decir papá simplemente que fui yo quien encontró el reno? Mamá dijo que lo haríamos así.

Áhkku resopló.

—Ya le he dicho que no importa quién hable con la policía, si tú o él. De todos modos, no van a hacer caso.

La comisaría de policía, que se encontraba en el centro, más abajo de la *Folkets hus,*[3] estaba rodeada de montículos de nieve, y se veía luz en tres ventanas de la planta baja que daban a la carretera. *Áhkku* aparcó con descuido y casi en diagonal justo delante del edificio de ladrillo rojo de tres pisos. El Kia de su padre estaba un poco más adelante, y él estaba apoyado en la puerta del copiloto con los brazos cruzados. Llevaba el gorro de forro polar bien calado sobre la frente y su aliento se convertía en una nube de vapor blanco en el aire frío. La temperatura había descendido rápidamente y se acercaba a los treinta grados bajo cero. Costaba respirar aquel aire tan frío y Elsa se cubrió la nariz con la bufanda antes de abrir la puerta del coche. *Áhkku* no cerró. Solo dio un portazo lo más fuerte que pudo y rodeó la parte delantera del coche antes de avanzar deprisa hacia su hijo sin esperar a Elsa, que la siguió dando patadas a la nieve de la acera.

Su padre sujetó la puerta de la comisaría; *áhkku* pasó primero y Elsa la siguió muy despacio, con la mirada obstinadamente fija en el suelo brillante de piedra negra. Con un poco de suerte, podría tropezar con algo, caerse, golpearse la cabeza y desmayarse. Si tenía mucha suerte, perdería la memoria y no tendría que hablar de él.

Su padre se detuvo delante del mostrador de la ventanilla, que le llegaba al pecho. Elsa vio cómo se ponía un poco de puntillas con sus toscas botas para parecer más alto. Eso era lo que ella solía hacer también cuando el profesor de educación física de la escuela los dividía en grupos según la altura.

A Elsa no se la veía en absoluto por encima del mostrador gris. Era posible que la policía pudiera ver su gorro con el estampado de cuernos de reno. Los cuernos de reno se convertían en reflectores de seguridad cuando los iluminaba una luz.

Cuando se abrió la ventanilla de recepción, se oyó un rumor como en el centro de salud. Su padre se presentó con una voz enérgica que ella no conocía.

—¿Has pedido cita? —preguntó la mujer detrás del mostrador.

A Elsa no le gustó el tono. Era el tono que oía en ciertos lugares cuando ellos entraban con sus trajes tradicionales. Pero ahora ninguno de ellos

llevaba *gátki*, aunque su padre, naturalmente, llevaba el cinturón de cuero. Le colgaba ligeramente torcido sobre la cadera y tenía ojales blancos, rojos y amarillos. Venía directamente del cercado. El cuchillo no colgaba del cinturón. Se lo quitaban. Aunque solo fueran a repostar a la gasolinera sabían que tenían que dejar el cuchillo en el coche. Y, por supuesto, en la comisaría no entraba uno con el cuchillo.

—He hablado esta mañana con Martin Henriksson y me ha dicho que tenía que venir para poner una denuncia.

—¿Acerca de qué?

Elsa retrocedió un poco para ver a la mujer, que miraba de mal humor a su padre. Tenía unas líneas negras muy marcadas alrededor de los ojos y el cabello oscuro, cepillado con fuerza hacia atrás y recogido con una goma.

—Un reno asesinado en un cercado.

—¿Nombre?

—Nástegallu.

La voz de Elsa fue firme y clara. Su padre, *áhkku* y la mujer la miraron. Su padre cerró los ojos un momento y respiró hondo.

—En sueco, quiere decir «mancha blanca» —aclaró.

La mujer chasqueó la lengua.

—Me refiero a tu nombre.

Su padre respondió con menos dureza en el tono de voz y la mujer tecleó en el ordenador que tenía delante.

Elsa inclinó la cabeza y se apoyó contra el mostrador. Tenía ganas de escupir en el suelo.

—No estoy segura de que tenga tiempo. En este caso, tendré que tomar yo los datos que falten —dijo la mujer.

Elsa miró de reojo a su padre negando con la cabeza. No volvería a hablar nunca más con esa persona.

—Necesitamos un buen policía —comenzó el padre.

—¿Ah, sí?

A Elsa le pareció que la voz sonaba como el hielo, como lenguas de hielo chirriando al chocar unas contra otras en primavera cuando comienza el deshielo y las corrientes quieren abrir el río.

—Me refiero a que se necesita un policía que esté acostumbrado a hablar con niños. Mi hija es la testigo.

Elsa tenía tantas ganas de hacer pis que no podía esperar. Dio unos pasos hacia *áhkku* y le susurró que tenía que ir al baño.

—¿Dónde están los lavabos? —preguntó *áhkku* en voz alta.

No le gustaba hablar en sueco, no conseguía acentuar bien las palabras ni

pronunciar las consonantes. Según *áhkku*, el sueco carecía de la melodía del corazón.

La mujer suspiró y señaló más allá de las sillas rojas del pasillo. Elsa llegó dando traspiés, abrió la puerta de un tirón y casi no le dio tiempo a bajarse los pantalones de nieve. Permaneció un rato sentada. Se lavó las manos tres veces. Se miró en el espejo y sacó la lengua. Lanzó un gran escupitajo al suelo.

Cuando salió, había un policía sujetando la puerta de acceso a un pasillo largo. Su padre ya estaba al otro lado del umbral, pero *áhkku* la estaba esperando. Elsa miró al policía, que medía por lo menos dos metros, y le tendió una mano fría y seca con la que envolvió sus dedos delgados.

—Tú eres Elsa, ¿verdad? —le preguntó sonriendo.

Ella abrió los ojos de par en par. El policía tenía un aparato de ortodoncia en los dientes. Tendría la misma edad que su padre y llevaba aparato. Cuando se lo dijera a Anna-Stina…

En el pasillo interminable se intercalaban puertas abiertas y cerradas. Se oía música en alguna parte. Elsa trató de mirar en todos los despachos. Qué curioso que hubiera tantos policías en la ciudad. Pero si todos tenían que estar sentados en la oficina escribiendo en el ordenador no era de extrañar que no tuvieran tiempo para patrullar por el pueblo.

Martin Henriksson ocupaba el último despacho del pasillo. Se sentó detrás del escritorio con el padre enfrente. Como solo había dos sillas, Elsa tuvo que sentarse en las rodillas de *áhkku*. Hacía mucho tiempo que no se sentaba en las rodillas de nadie y *áhkku* tensó los músculos de las piernas como si estuviera intentando que Elsa rebotara.

Henriksson era nuevo en la comisaría, según les dijo. Por eso estaba tan fría la sala, la estantería casi vacía y el alféizar de la ventana sin flores. Había vuelto a casa después de haberse formado en el sur y de haber trabajado en Estocolmo. Elsa esperaba con ansiedad poder ver otra vez el aparato de ortodoncia, pero Henriksson abría muy poco la boca cuando hablaba.

—Entonces… —dijo Henriksson presionando una tecla del ordenador —. Hablamos de completar, ¿no?

Su padre asintió. Se había quitado el gorro de forro polar y se había abierto la chaqueta. Elsa no pensaba quitarse el gorro. Estaba dispuesta a calárselo por encima de los ojos si era necesario.

Áhkku solía hablar de las pruebas de Dios y de que todo tenía un sentido. Elsa había decidido desde hacía tiempo que ese Dios no era para ella y cuando Nástegallu murió se convenció del todo. Quería gritarle en voz alta a *áhkku* y preguntarle por qué tenían que matar precisamente a su reno.

¿Qué sentido tenía que ella tuviera que estar sentada aquí y que un policía la interrogara? Y verse obligada a mentir. El asunto volvió a apoderarse de ella. Iba a mentir a un policía y a una *áhkku* cristiana. A su padre no se atrevía ni a mirarlo.

—A ver, Elsa, me han dicho que tienes nueve años. Entonces, claro está, ya sabes leer y escribir —dijo Henriksson.

Ella resopló. Ya sabía leer y escribir cuando tenía cinco años. *Áhkku* puso las piernas rígidas y la pellizcó en la espalda.

—Sí.

—Y ¿qué asignatura te gusta más en la escuela?

Elsa frunció los labios. ¿Por qué le preguntaba eso? Al ver que ella no contestaba, Henriksson sonrió y ella lo miró fijamente a la boca.

—¡A mí lo que mejor se me daba era el recreo! —dijo alegremente.

—Eso no es una asignatura —susurró ella.

Él se calló y Elsa se hundió de nuevo en el regazo de *áhkku*, que se estremeció.

—Y tienes renos. ¿Es divertido?

Ella asintió y *áhkku* pareció contener la respiración.

—Según tengo entendido, esquiaste sola hasta el cercado de los renos el domingo. ¡Bien hecho! Porque está lejos, ¿no?

Elsa se miró las manos. Los esquís estaban en el garaje de casa y no los había vuelto a tocar. No quería ni verlos. Pero los echaba de menos.

—¿Puedes contarme cómo fue esa tarde cuando saliste con los esquís? ¿Hacía frío? ¿Te helaste?

Martin Henriksson se volvió a recostar en su silla de oficina tapizada de cuero con un respaldo que llegaba hasta la cabeza. Se le contrajeron los músculos bajo la camisa azul cielo. Tenía el cabello oscuro cortado al rape, y Elsa se preguntó si tocarlo sería como acariciar un erizo.

Otra vez se había vuelto a perder en sus pensamientos y había olvidado lo que le habían preguntado. Por suerte, Henriksson repitió la pregunta.

—Hacía bastante frío. Pero no me helé. Estaba sudando.

—Sí, eso es lo que pasa cuando se esquía —dijo Henriksson.

—¿Había alguien allí cuando llegaste?

Se oyeron risas en el pasillo. Y ella que creía que en las comisarías solo había gente enfadada y severa.

—¿Hay niños en la cárcel? —preguntó con un hilo de voz.

Los nudillos se le pusieron blancos cuando se agarró al reposabrazos. Las uñas dejaron marcas en la madera. Volvió a sentir ganas de hacer pis.

—No, claro que no. Los niños no pueden ir a la cárcel.

Ella tragó saliva. Entonces solo quedaba Dios, que podía castigarla si mentía. Pero ella no creía en Dios.

—No había nadie allí —dijo con absoluta seguridad.

Su padre y Henriksson se miraron, y el policía se frotó la barbilla y asintió lentamente.

—De acuerdo. Pero ¿qué viste cuando llegaste?

Ahora ya no tenía que mentir, pero aun así era difícil contarlo.

—*Mu miessi*. Mi cría de reno —susurró finalmente.

Henriksson se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre el escritorio. Se acercó demasiado y ella se apretó contra *áhkku*, que a su vez se apretó contra el respaldo de la silla.

—Cuenta.

—Estaba llena de sangre. Muerta.

Una de las rodillas de su padre se movía hacia arriba y hacia abajo. Cuando hacía eso en casa, solía moverse todo el sofá de la cocina.

—¿Te acercaste a ella?

Elsa asintió y miró directamente a Henriksson a los ojos. Ahora todo lo que decía era la pura verdad.

—¿Y qué viste?

—Que la habían matado. Tenía sangre en la piel. Había miedo en los ojos, aunque ya no podía ver.

La rodilla de su padre se paró en seco.

—Y entonces te pusiste triste, naturalmente —dijo Henriksson inclinando la cabeza hacia un lado.

Ella asintió y no pudo seguir mirándolo.

—¿Dónde estaba tu reno?

—En el suelo, junto a la valla. Por fuera.

—¿No estaba en la parte de dentro?

—No, estaba fuera.

—Así que alguien sacó el reno del cercado intencionadamente para matarlo —dijo el padre colocando una mano apenada sobre el hombro de la niña—. Elsa se vio obligada a ver su reno muerto.

Henriksson no parecía convencido.

—¿No podría ser que alguien se dejara la valla abierta?

—De ninguna manera —respondió el padre retirando la mano del hombro de Elsa.

Henriksson dirigió la mirada a la pantalla del ordenador.

—Lesión por corte en el pescuezo, dice aquí. De un cuchillo, según dijiste. Pero ¿no podría el animal haberse acercado demasiado a alguna parte

afilada de la valla?

—Absolutamente descartado —zanjó el padre—. Y eso no explica cómo terminó fuera. Y le faltan las orejas.

El padre se inclinó hacia un lado para poder meter la mano en el bolsillo de los pantalones y sacar el móvil. Revisó sus fotos y le dio el teléfono a Henriksson.

—Y encontramos huellas recientes de una moto de nieve, como ya he dicho.

—Sí, hay huellas de una moto de nieve, las veo.

Elsa escuchaba atentamente porque la voz de Henriksson ya no sonaba igual. No era como cuando le preguntó por la escuela.

—Es que os llamamos, pero no vino nadie.

—Hubo un gran despliegue policial en la ciudad como consecuencia de un accidente de tráfico. Además, había expirado la fecha de revisión de los cascos que usamos para las motos de nieve.

El padre tensó las mandíbulas debajo de la piel antes de respirar profundamente.

—Os puedo pasar las fotos. Estamos seguros de que las huellas no son de ninguna de nuestras propias motos de nieve.

—Pero no puede ser tan fácil sacar un reno del cercado. Son muy esquivos, al menos así los recuerdo yo. Estuve mucho en los cercados de chaval. Mi mejor amigo tenía renos —dijo Henriksson.

—Si tienes comida en la mano, entonces se acercan —contestó el padre con voz áspera y cansada.

—¿Es buena idea alimentar a los renos? Según tengo entendido, la calidad de la carne se resiente.

El padre no respondió. Guardó el móvil y apretó los labios.

Elsa sintió los latidos de *áhkku* en su espalda. Cada vez más rápidos. Pero ella permaneció quieta.

—Si hubierais venido y hubierais rastreado ayer con nosotros, habríais visto en qué dirección iban las huellas —dijo el padre.

Elsa pensó en cómo solía acercarse Nástegallu cuando ella le ofrecía liquen de reno. Entonces por fin podía acariciarla.

—*Unna oabba, leat go sihkkar ahte it oaidnán ovttage?* —le preguntó su padre en sami—. ¿Estás segura de que no viste a nadie?

Ella negó con la cabeza sin levantar la vista.

—*Mus lea gožžahoahppu* —susurró—. Tengo ganas de hacer pis.

—*Fas?* ¿Otra vez?

—Sabéis que no entiendo sami, ¿verdad? —dijo Henriksson.

—Tiene que ir al baño —dijo el padre.

—Hay uno justo al lado de mi despacho. Puedes ir a él.

Elsa se deslizó de las rodillas de *áhkku*, salió del despacho con las piernas temblorosas y entró en el baño. Olía mal y tuvo que contener la respiración. La voz de su padre retumbaba y ella pegó la oreja a la pared, pero no por eso oyó mejor. Tiró de la cadena en un retrete vacío y se lavó las manos rápidamente.

Cuando salió, *áhkku* ya estaba fuera en el pasillo. Su padre permanecía firme al lado de Henriksson mientras hablaban en voz baja. Cuando se dieron la mano parecía como si se estuvieran echando un pulso. Su padre dobló un folio blanco.

—¿Qué es eso? —preguntó Elsa.

Henriksson le volvió a tender su enorme mano.

—Has sido una gran ayuda, Elsa. Tal vez quieras ser policía en el futuro. Necesitamos chicas valientes que se atrevan a esquiar solas en la oscuridad.

Ella puso los ojos en blanco, aunque lo tenía prohibido, e intentó darle la mano tan fuerte como él acababa de encajar la de su padre.

Henriksson cerró la puerta y ella y su padre se fueron juntos.

—¿Qué papel es ese?

—Es una copia de nuestra denuncia. Otro robo.

—¿Robo? Pero si la mataron, no la robaron. ¿No debería poner muerta o asesinada?

—Es difícil de explicar.

—¿Va a detener la policía a quien lo hizo?

Llegaron a la puerta de cristal donde *áhkku* los estaba esperando.

—No, no será nada fácil.

Pasaron por delante de la recepción y la mujer clavó los ojos en Elsa, que le sostuvo la mirada.

—¿Habéis discutido? —le preguntó a su padre cuando ya estaban fuera de la comisaría.

—No, pero pienso lo mismo que tú, que no puede ser un robo. Debería haber escrito otra cosa. Y deberían haber venido al cercado. —Se quedó en silencio y abrió la puerta del coche con el mando a distancia.

—Gracias, *enná*. Hasta luego.

Áhkku asintió, pero permaneció donde estaba. Elsa quería abrazarla, pero solo se apoyó ligeramente en la parte superior del brazo de su abuela. *Áhkku* sonrió.

—Lo has hecho muy bien. No todo el mundo puede hablar con la policía.

Se fue antes de que Elsa pudiera responder. Su padre abrió la puerta del

coche y, cuando le colocó el cinturón de seguridad, como si fuera de nuevo una niña pequeña, apoyó la frente sobre ella.

«Es una suerte que esté oscuro, negro como la boca del lobo, porque así no se pueden ver las lágrimas», pensó Elsa. Y era una suerte que los niños no pudieran ir a la cárcel. Se lo contaría a Anna-Stina al día siguiente.

---

3 *Folkets hus* es la Casa del Pueblo.

El trineo crujía debajo de ella. Iba más deprisa por medio de la carretera, por donde había pasado la máquina quitanieves que había convertido el suelo en hielo compacto. En realidad, Elsa no podía conducir el trineo por el centro de la carretera, pero podía oír a los coches desde lejos y tendría tiempo para llegar a la cuneta cuando se acercaran. Se daba impulso con el pie derecho y mantenía el equilibrio con el pie izquierdo fijo en la plataforma. Se agarraba con fuerza a la barra de dirección y cerraba los ojos cuando se daba impulso con el pie y se deslizaba por la carretera. Era como volar.

La escuela estaba cerrada porque los maestros tenían día de estudio y ella daba vueltas con el trineo esperando a que Anna-Stina se despertara. Siempre dormía demasiado.

El sol, que apenas se había alzado por encima de las copas de los árboles, se entreveía detrás de unas nubes vaporosas. Las huellas de las motos de nieve en dirección al cercado eran como una ancha calle sobre el hielo. Su madre había pensado que era mejor que fuera con los esquís, pero Elsa era incapaz de volvérselos a poner. Puede que no se los pusiera nunca más. Eso no lo dijo; solo sacudió la cabeza de mal humor, cerró la puerta de golpe y corrió hacia el trineo.

A la séptima vuelta con el trineo, oyó las motos de nieve a lo lejos: su padre y Mattias volvían a casa. Habían ido temprano al cercado. Ahora estaban allí casi todo el tiempo. Desde que murió Nástegallu apenas estaban en casa. Solo venían a casa a comer. Su padre sorbía la sopa de carne y comía en silencio el *gáhkku* que hacía la madre. Mattias hacía lo mismo, pero con los auriculares puestos. Entonces Elsa y su madre también se quedaban calladas.

Las motos entraron despacio en el patio. Su padre y Mattias se quitaron los cascos y se quedaron sentados un rato, hablando en voz baja.

—¡Sabes que no puedes ir con el trineo por el centro de la carretera! —gritó su padre.

Ella se deslizó lentamente hacia la cuneta, siguió dándose impulso, pero los patines se atascaban y no pudo recuperar la velocidad de vuelo nuevamente. Anna-Stina ya debía de estar despierta. Elsa giró hacia la izquierda y empujó el trineo pendiente arriba. Era la bajada más divertida

del pueblo, pero sus padres decían que era muy peligrosa porque conducía directamente a la carretera principal. Pero se podía derrapar en el último momento e ir a parar a la nieve de la cuneta. Si estaba suelta y blanda era como entrar dentro de una nube. Pero eso los padres no lo sabían.

Anna-Stina aún dormía, pero Hanna, su madre, invitó a Elsa a pasar con la misma sonrisa cálida de siempre. Olía a bollos de canela recién horneados y posiblemente también a sopa de carne que llevaría horas cociendo a fuego lento. La ventana junto a la mesa de la cocina se había empañado.

El tío de Anna-Stina, Lars-Erik, al que todos llamaban Lasse, estaba sentado en su sitio habitual con vistas a la cuesta que Elsa acababa de subir. Tenía una taza de café en la mano y la caja de *snus* delante de él en la mesa. Podría pensarse que un *eanu* tendría que ser mayor, pero Lasse solo tenía unos pocos años más que Mattias. A veces salían juntos y despertaban a todo el pueblo cuando iban en moto hacia los rápidos del río. A veces ayudaba al padre de Elsa y entonces Mattias no era tan hosco y tan difícil. Lasse era el más pequeño de cuatro hermanos, un bebé sorpresa, un *váhkar*, como decían. Pero si eras el pequeño de cuatro hermanos, de los cuales tres eran varones, era difícil convertirse en propietario con derecho a voto en un pueblo sami. Hanna era la mayor de los hermanos, aunque por supuesto no se había hablado de que la hija de la familia se hiciera cargo de la marca de renos del padre o se convirtiera en propietaria. Pero todo se solucionó cuando ella se casó con el hijo del vecino, que también venía de una familia de propietarios de renos.

Elsa le había preguntado a Mattias por qué no podía trabajar Lasse con los renos igual que todos los demás y él le había respondido que Lasse no tenía renos suficientes como para poder vivir de ello. Pero cuando ella le había preguntado por qué Hanna no podía ser propietaria de la marca, la única respuesta que recibió fue unos ojos en blanco, y eso no aclaraba nada las cosas.

Algunos decían que Lasse estaba satisfecho con la forma en que se habían desarrollado las cosas, y de vez en cuando dejaba el pueblo y no volvía en varias semanas. Podía estar muy bronceado cuando regresaba. A veces volvía con mucho dinero, y entonces invitaba a Mattias a una pizza en la ciudad. A Elsa, por supuesto, nunca le dejaron ir con ellos. Pero ahora él tenía los ojos puestos en ella. Le sonreía con picardía y ella no podía contener la risa. Era el más divertido de todos los adultos. Tal vez porque no era adulto del todo. Practicaba *snocross* y se pasaba noches enteras delante

del ordenador jugando con Mattias.

Sacó el móvil y le enseñó una foto de un gran dragón hecho de arena en una playa con palmeras alrededor.

—¿Crees que podré hacer uno así este verano en la playa?

Ella negó con la cabeza riendo.

—Hice este cuando estuve en Creta, te lo juro.

Ella se rio y volvió a negar con la cabeza.

—¡No lo hiciste tú!

—Ya verás este verano cuando aparezca la playa.

La arena más suave yacía escondida bajo el agua del río, como un tesoro que solo conocía la gente del pueblo. Cuando el agua del deshielo que bajaba de las montañas pasaba de largo y cesaba la lluvia, el nivel del río descendía. Y entonces aparecía la playa. Primero como una sombra debajo de la superficie y finalmente como una pequeña isla que se agrandaba día a día. El sol calentaba y secaba la arena hasta que se volvía dorada. Entonces se subían a los botes e iban a la isla. Se tumbaban en las toallas, cerraban los ojos y hacían como si estuvieran en el extranjero. Les perseguían los tábanos y se tiraban al agua helada para liberarse. Había pozas en la arena que se calentaban con el sol y allí llevaban los niños los pececillos espinosos que habían capturado con sus salabres. El agua de las pozas seguro que estaba más caliente que la del Mediterráneo, suponía Elsa.

El vaso tintineó cuando Hanna batió el cacao en polvo en la leche. Elsa sonrió al recibir el vaso y lo bebió a grandes sorbos.

—¿No tienes ningún novio aún, Elsa?

Lasse bizqueaba a veces y ahora lo hizo, pero ella sabía que tenía que centrarse en el ojo derecho, porque ese no bizqueaba. No huía como el otro.

—¡Déjalo! ¡No me gustan los chicos!

—Está bien. ¡Nadie es digno de Elsa, la princesa del pueblo!

Hanna suspiró mirándolo.

—Cuántas tonterías dices, Lasse.

—Tengo resaca —le susurró Lasse a Elsa.

Elsa asintió como si lo entendiera, aunque no lo entendió. Pero que Lasse te susurrara era algo grande y entonces una asentía y ponía cara seria. Pero él se volvió a reír cuando Hanna le dio con el paño de cocina en la cabeza.

Los bollos de canela eran un manjar del cielo. Elsa estaba segura de ello cuando se zampó el tercero.

Hanna se sentó a su lado en el sofá de la cocina y deslizó la mano por la melena larga y oscura de Elsa, que le llegaba por debajo de los omoplatos. La

niña sintió un escalofrío en la nuca.

—He oído lo de tu reno —dijo con cariño.

Elsa se quedó mirando fijamente la mesa, llena de migas que debería haber recogido con la mano.

—Es muy triste —continuó Hanna.

Lasse protestó.

—Muy triste no es suficiente. Una putada, eso es lo que es.

La princesa del pueblo asintió en silencio, aunque no levantó la vista.

—Pero fuiste valiente al ir a la policía —dijo Hanna, y la voz había subido una alegre octava.

—La policía. ¡Vaya tomadura de pelo!

—Lasse —dijo Hanna en voz baja.

—Sí, sí —suspiró él.

Entonces se oyeron pasos desde la escalera que conducía a la planta de arriba. Anna-Stina tenía puesto su camisón rosa y los calcetines de lana color escarlata que había tejido en la clase de trabajos manuales.

Las chicas se acurrucaron juntas en el sofá. Anna-Stina tenía los ojos hinchados y bostezaba mucho. Elsa se apretó contra ella y estaba casi segura de que su amiga daba más calor que el sol.

Lasse se levantó y se estiró al mismo tiempo que gimió.

—Bueno, me voy. Gracias por el café, hermana.

—¿Adónde vas?

—Nunca se sabe. Pero hay mucha gente esperándome. Las puertas están abiertas en todas partes.

Le guiñó un ojo a Elsa, que no tuvo tiempo para decidir si devolverle el guiño o no. Él ya estaba en el vestíbulo y la ocasión había pasado. Le oyó silbar mientras se ponía los zapatos y la cazadora.

—¡Hasta luego, preciosas! —gritó antes de que el aire frío entrara en la cocina.

Hanna se inclinó sobre la mesa, quitó un poco de vaho de la ventana y lo siguió con la mirada por el patio. Sacudió ligeramente la cabeza, pero sonrió. Elsa sabía que él derrapaba de tal manera que la nieve salía disparada detrás del Volvo verde.

Media hora después, Elsa y Anna-Stina estaban tumbadas la una al lado de la otra, con las caras rojas por el esfuerzo después de haber excavado una cueva de nieve. Tenían los pies fuera de la boca de la cueva, siguiendo las estrictas órdenes de Hanna. Tenía que haber piernas de las que tirar si la nieve se

derrumbaba encima de ellas.

Dentro de la cueva había un gran silencio. Solo se oían los pequeños jadeos de las dos niñas. Sentían frío debajo de la espalda, pero el sudor aún las calentaba. Cuando Elsa se movió, el cuello de la chaqueta expulsó vaho caliente.

—He visto a un adulto con un aparato en los dientes —dijo.

Anna-Stina puso los ojos en blanco y Elsa se encogió. Era difícil sorprender a alguien que pronto iba a cumplir once años.

—¿Y qué? Yo he visto a muchos adultos con aparato.

Elsa deslizó el guante por la pared de nieve.

—Ayer estuve en la comisaría.

Entonces Anna-Stina por fin volvió la cabeza.

—¿Me tomas el pelo?

—¡No! Es verdad. Me hicieron preguntas.

—Se dice interrogar.

Pero ahora Anna-Stina no quería mostrarse superior, solo estaba deseosa de empujarla hacia el núcleo del relato.

—¿Fue por lo de tu reno?

Elsa asintió.

—La policía me preguntó qué había visto.

Elsa se había quitado el guante y estuvo hurgando en el bolsillo de los pantalones de nieve hasta que encontró la oreja. Quería sacarla y al mismo tiempo no quería.

—¿Qué dijiste entonces?

—Que Nástegallu estaba muerta y ensangrentada.

—Papá cree que ha sido Robert Isaksson.

La mano se le paralizó alrededor de la oreja. No le gustaba oír su nombre y menos que fuera Anna-Stina quien lo pronunciara.

Las familias de Elsa y Anna-Stina pertenecían al mismo pueblo sami, al mismo *čearru*, desde hacía muchas generaciones. Eran primas, no primas hermanas, pero eso no importaba: una prima es una prima. En casa de Elsa había un libro genealógico que mostraba cómo estaban relacionadas las familias samis, el parentesco cercano o más lejano, en sus regiones. Anna-Stina y ella estaban cada una en su página, y a través de números y códigos podía establecerse su grado de parentesco. Elsa no sabía cómo se hacía. Su madre se lo había explicado, pero era demasiado complicado. Lo importante era que Anna-Stina era su prima, su *oambealli*. Tener tu nombre en un libro, ¡qué cosa más grande! Elsa solía sacar el libro y pasar el dedo por su nombre y fecha de nacimiento. Y seguir los pasos hacia atrás, hasta *áhkku* y *áddjá* y

sus padres, y hasta unos siglos que ella ni siquiera podía imaginar. Su madre estaba en otro libro genealógico sami, pero su propia familia no quería saber nada de eso. De todas formas, en él estaba la prueba de que su madre no era una *rivgu* en absoluto. ¡Estaba en su libro! ¡Existía! Igual que todos los demás. Pero, de todos modos, parecía que había una diferencia entre ser y no ser. Nadie le había explicado a Elsa cómo se habían trazado esas fronteras invisibles, y ella tampoco se atrevía a preguntar.

—Seguro que es Robert. Es él quien dispara a los renos, los caza con motos de nieve y los tortura hasta matarlos. Una vez alguien le extrajo la matriz a una hembra. Cuando aún estaba viva. Y mató a la cría.

Elsa se quedó mirando fijamente a Anna-Stina. ¿Extraer la matriz donde descansa la cría mientras espera a nacer?

—Lo sé —dijo con ímpetu en la voz, aunque el corazón le latía con fuerza y le zumbaban los oídos.

—Sí, todo el mundo lo sabe. Llenan sus congeladores con carne de reno. La venden.

Elsa dejó que su mano se deslizara lentamente fuera del bolsillo. Dejó la oreja. Se subió la cremallera.

Había oído decir que mataban a los renos, pero nunca que lo hiciesen de esa manera. ¿Habían torturado a Nástegallu antes de que el cuchillo le atravesara la piel y alcanzara el corazón palpitante? Elsa se sintió mareada. Le costaba respirar. El oxígeno de la cueva de nieve debía de haberse agotado. Se sentó rápidamente y se arrastró hacia delante apoyándose en el trasero hasta que salió fuera y pudo respirar profundamente el aire frío. Anna-Stina reptó de espaldas como si fuera un ciempiés, y normalmente eso habría hecho reír a Elsa.

—¿Qué pasa? Estás muy pálida.

—Nada.

—¿Qué le hicieron a Nástegallu?

—Le clavaron un cuchillo.

—Yo he visto las entrañas de un reno al que habían destripado.

Elsa se levantó y corrió hacia el trineo. Anna-Stina la llamó. Pero ella ya había cogido velocidad y sabía que la cuesta abajo haría el resto.

Nunca había oído hablar de eso.

Hanna suspiró junto a la ventana de la cocina cuando vio a Elsa correr hacia su trineo y bajar la cuesta a toda velocidad. Anna-Stina se quedó fuera mirando cómo su amiga se iba. Con esa expresión malhumorada y ofendida que Hanna conocía tan bien.

Abrió la ventana y la llamó.

—¿Qué ha pasado ahora? ¿Por qué se ha ido Elsa corriendo a su casa?

—¡Y yo qué sé!

—Entra.

Y unos pies pequeños y enfadados pisotearon el vestíbulo, y la ropa aterrizó en el suelo, al lado del colgador. Anna-Stina moqueaba y tenía las mejillas muy rojas cuando se sentó en el sofá de la cocina con un gesto de arrogancia y una mirada que decía: «Sí, ¿y qué?, ¿qué quieres?».

—Tienes que pensar que ella es más pequeña que tú. Tienes que ser buena con Elsa.

—¡Pero si lo soy!

—Entonces ¿qué ha pasado?

—Nada.

Hanna sonrió con cariño, sabía cómo tenía que tratarla para sonsacarle algo.

—Vamos, pequeña. Dime qué ha pasado. No me voy a enfadar.

Lo cual era cierto; se enfadaba muy pocas veces, y nunca se le ocurriría levantarle la voz a su hija ni a ningún otro niño. Pero no le gustaba cuando su hija y Elsa discutían. Entonces, y a pesar de todo, sí que estaba cerca de alzar la voz. Sentía el deseo de proteger a aquella niña, tan dulce y seria, de su propia hija, a veces un poco dominante.

—Solo dije que es Robert Isaksson quien mata a los renos. ¡Es la verdad! No entiendo por qué se ha puesto así.

—Pero ella está muy triste por su reno, lo entiendes, ¿verdad?

—¡Fue ella quien sacó el tema! Fue ella la que me contó que había estado en la comisaría.

Hanna le dio un trozo de papel de cocina y Anna-Stina pareció ofendida, pero cogió el papel de malas maneras y se sonó ruidosamente.

—¿Qué dijiste exactamente?

—Le dije que él suele abrir a las hembras de los renos y sacarles las crías.

Hanna la miró fijamente un segundo.

—Fue un poco cruel, ¿no te parece?

—¡Pero sé que es así! He visto las vísceras.

—Pero, cariño, solo tiene nueve años. No le puedes contar cosas tan espantosas.

—¡Yo no tengo la culpa de que haya idiotas que matan renos!

Hanna negó lentamente con la cabeza. De pronto le entraron ganas de echarse a llorar y tuvo que volverse. No era propio de ella.

—Tienes razón, cariño.

—¡Ahora no tengo nada que hacer! ¡Nadie con quien estar!

Anna-Stina gimoteó lastimosamente y eso despertó rápidamente en Hanna la mala conciencia. La vieja historia de los amigos, de vivir tan lejos de ellos y verse obligada a estar sola a menudo. Miró el reloj, seguro que le daba tiempo de llevar a Anna-Stina al pueblo de al lado.

—¿Quieres que te lleve a casa de alguna otra amiga?

—¡No quiero vivir aquí! ¡No tengo amigos!

Hanna dejó que se regodeara en la autocompasión. No hacía ni una semana que habían tenido visita de un grupo de amigas, y habían estado divirtiéndose con ella en su habitación. Pero eso siempre se le olvidaba y hacía un drama cada vez que la soledad la asediaba. Cada segundo que pasaba sola en casa era un drama para Anna-Stina.

—Entonces, quizá podrías llamar a Elsa y pedirle perdón.

La niña bufó. No, pedir perdón le costaba mucho. De hecho, lo hacía muy pocas veces. Así que Hanna se acurrucó junto a ella en el sofá, abrazó el cuerpo delgado de su hija y le acarició el pelo. Era cuestión de tiempo que comenzara a resistirse, que no se dejara abrazar, así que Hanna aprovechó la ocasión cuando se le presentó.

—Pero sé que la próxima vez pensarás que eres la mayor y que por eso sabes más. Y que una niña de nueve años no tiene por qué saberlo todo.

Por más que insistieron, nada pudo convencer a Elsa para que los acompañara al cercado. Y cuando las motos de nieve salieron del patio, ella actuó con determinación. Primero fue al cobertizo a mirar la oreja, que había escondido en el rincón más alejado, detrás de la caja de herramientas de su padre, donde sabía que se filtraba el aire frío por las rendijas del suelo. Allí se secaría rápidamente y dejaría de oler mal. Todos los días se inventaba motivos para ir al cobertizo para tocar la oreja y ver si ya se había secado. A menudo se llevaba la oreja consigo, solo para tocarla un rato.

Una vez vista la oreja, entró en casa con la misma determinación y abrió el tercer cajón junto al lavavajillas, levantó con cuidado los señuelos de pesca y encontró el montón de papeles en el fondo.

Había palabras difíciles y muchos números, pero leyó los textos y buscó el nombre de Nástegallu, pero no lo encontró. Sin embargo, reconoció la descripción y la leyó en voz alta.

«Reno muerto encontrado junto a un cercado de renos, fuera de la valla. Puñalada en el corazón. Orejas cortadas. La hija del denunciante, menor de edad, encontró el reno. Se encontraron huellas de moto de nieve».

Las palabras se le trababan en la lengua y no entendía qué significaba «menor de edad» ni cómo pronunciarlo correctamente. Alisó el papel sobre la encimera de la cocina, pero volvía a enrollarse. Pasó el dedo índice sobre la palabra «hija». No era como ver su nombre en un libro genealógico. ¿Por qué no habían escrito que el reno se llamaba Nástegallu?

Continuó hojeando los papeles a pesar de que sentía un malestar en todo el cuerpo, y este empeoró cuando leyó sobre una hembra preñada que había sido perseguida por al menos una moto de nieve. Las huellas mostraban que la persecución se había prolongado durante unos quinientos metros. La hembra había sido atropellada y se le había roto una de las patas traseras. Murió a causa de las heridas internas, decía el papel.

Le temblaban las manos cuando leyó, susurrando, el siguiente papel:

«Alguien ha perseguido a unos diez renos propiedad del denunciante con motos de nieve, los atropelló, los mató y se los llevó del lugar del delito. El dueño salió a dar una vuelta. En el bosque encontró sangre, cuernos y restos de piel. Las huellas de dos motos, una de ellas con trineo, conducen al

río y al pueblo más cercano».

Al pueblo de al lado. Donde vivía él. Sujetó el papel con tanta fuerza que se arrugó. Habían encontrado sangre, cuernos y piel de sus renos. Diez renos. ¿Por qué no se lo había contado nadie?

Tal vez fue aquella vez que su padre había vuelto a casa del bosque tan enfadado que golpeó la puerta del cobertizo con el puño cerrado. Tuvo un moratón en el nudillo del dedo impúdico durante varios días.

En la parte inferior, su padre había escrito alguna cosa con lápiz; reconoció su letra redondeada. «Investigación preliminar archivada». Después signos de exclamación. No sabía qué quería decir.

Tuvo que acostarse en el suelo frío de la cocina. Era menuda, o tal vez habría que decir directamente flaca. Cuando estaba acostada de espaldas, los huesos de las caderas sobresalían como dos picos de montañas afiladas a cada lado del estómago hundido. Podía, si quería, introducir los dedos por debajo de las costillas. Pero a su madre no le gustaba que lo hiciera. Ahora veía el pulso saltando justo entre las costillas. Rápido, rápido, rápido.

Cuando se incorporó, sabía lo que tenía que hacer: ponerse los zapatos de nuevo y salir al cobertizo. Cogió la oreja. En el dormitorio de sus padres estaba el *bealljebinnát* del verano pasado, los trozos de orejas que se guardaban enganchados en un hilo de tendón después de marcar a las crías. Ella había estado sentada al lado de *áhkku* cuando las cosía al hilo. «Esto es para que las crías se mantengan unidas», le dijo. Elsa le había entregado solemnemente los trozos de las orejas de Nástegallu y le había dicho a *áhkku* que los cosiera en el extremo del hilo de tendón para que así ella supiera que eran los suyos.

No estaba bien ir presumiendo de cuántas crías habías marcado, le dijo *áhkku*, y por eso el *bealljebinnát* no debía colgar en un lugar visible. Pero ahora Elsa lo puso sobre la mesa de la cocina y acarició los suaves trocitos de piel. Cuando llegó a Nástegallu tomó el trozo de oreja que ya estaba casi seco y lo puso al lado. Fue como si las piezas perdidas de un puzle se unieran y volviera a estar completo de nuevo. Nástegallu estaba entera de nuevo. Eso fue lo que pensó, aunque sabía que no era verdad.

Iban y venían, se turnaban, durante todo el día. Su padre, Mattias, Ante, que era el padre de Anna-Stina, los tíos paternos y maternos de Anna-Stina y los tíos paternos de Elsa. Los hombres y los chicos. La casa se quedaba en silencio cuando ellos salían, pero de alguna manera estaba igual de silenciosa cuando regresaban. Se preparaban bocadillos y se los comían de pie junto a la ventana de la cocina con la mirada perdida en la lejanía. Como si vieran más allá de las huellas dejadas por las motos de nieve en el hielo, por encima de los árboles, hasta los campos donde estaban los renos. Como si estuvieran allí, aunque estaban en casa. Nunca estaban realmente en casa. Estaban en el patio cargando los trineos, poniendo gasolina a las motos de nieve, y se sacaban los mocos tapándose un orificio nasal mientras soplaban por el otro. Tenían los dedos rígidos; algunos seguramente no podrían volver a enderezarse. Por las noches les dolía todo el cuerpo y su padre cojeaba por las mañanas. Pero lo peor era el sueño, que nunca era lo suficientemente profundo.

Elsa estaba acostada en el sofá y estiró las piernas hasta que los dedos de los pies rozaron la mesa blanca del sofá. La manta era áspera, roja y con un gran reno encima. A su madre no le gustaba, pero se la habían regalado las compañeras de atención domiciliaria cuando cumplió cuarenta años, y no podía deshacerse alegremente de ella, por si casualmente pasaban a tomarse un café. Pero era cierto que era como una ofensa a toda la artesanía sami auténtica que tenían en casa. El *duodji* que había hecho *áddjá*. Y *áhkku* y su madre cosían los más hermosos trajes típicos samis y Elsa nunca tuvo que heredar nada, siempre había tenido ropa nueva. Ella también sabía coser, casi con tanta agilidad en los dedos como los adultos. También tenía la paciencia necesaria.

El móvil de su padre vibró en la mesa del cuarto de estar, y él gritó desde el cuarto de baño que contestara. Elsa no tuvo tiempo de saludar antes de que la voz le escupiera directamente en el oído.

—¡Vosotros tenéis la culpa! ¡Vuestros malditos renos! Los voy a matar a todos.

Elsa apartó un poco el teléfono, apenas podía respirar.

—Nuestro coche nuevo está totalmente destrozado y mi esposa seguro

que ha sufrido un latigazo cervical. ¡Malditos renos! ¡Pero eso os importa un bledo, porque ahora os pagan por el maldito reno muerto!

Elsa tiró el móvil al sofá y se quedó mirándolo fijamente. Se apretujó contra la esquina del sofá y los cojines.

—*Isa*, ven —gritó.

Él llegó enseguida, como deslizándose descalzo hacia delante, y agarró el teléfono.

—¿Qué ha pasado? —Pausa—. Lo entiendo, pero…

El padre entró en la cocina, pero Elsa aún podía oír el furioso chisporroteo metálico en el auricular que el padre apretaba contra la oreja.

—¿Dónde habéis chocado?

Sonaba sereno, pero al final explotó.

—Lo siento, pero… —Pausa—. Sí, te escucho, pero también tienes que entender que me estás amenazando y te denunciaré a la policía.

Su madre, que acababa de entrar, daba vueltas de un lado a otro, no podía estarse quieta. Primero fue a la cocina y le pidió al padre que hablara más bajo y después fue al cuarto de estar y subió el volumen de la televisión.

—Sí, denúnciame tú también. Adelante —dijo el padre.

Se quedaron en silencio. Un momento. Luego llegaron los murmullos. El padre y la madre. Venían en oleadas, en voz baja pero con énfasis en las consonantes, y a veces alguna palabra que no se dejaba sofocar. La madre pidiendo que bajara la voz; siempre ella, nunca él.

El sonido de una chaqueta de moto de nieve echada bruscamente sobre los hombros, una cremallera que se subía y luego la corriente de aire frío que entró y rozó los brazos desnudos de Elsa para desaparecer enseguida. El haz de luz del coche barrió el cuarto de estar.

—¿Quién era?

Elsa hizo la pregunta con la voz lo suficientemente alta como para que su madre la oyera desde la cocina. Estaba sollozando. Claro. Así que Elsa no podía echarse a llorar ella también. Sería demasiado.

—Uno del pueblo, *unna oabba*.

—¿Del pueblo de al lado?

—No.

No dijeron nada más.

Media hora después fue una luz azul la que revoloteó por las paredes del cuarto de estar. Elsa se puso rápidamente de rodillas apoyándose en el respaldo del sofá mientras se incorporaba hacia delante para mirar. La ambulancia, sin la sirena, pero con las luces intermitentes. Por suerte no eran más de las cinco, porque entonces no habría podido venir. A esa hora,

las enfermeras recogían sus cosas y se iban a casa, y entonces había que esperar una ambulancia de la ciudad, que podía tardar más de una hora en llegar.

Los propietarios de renos siempre avisaban cuando podía haber renos sueltos alrededor del cercado. Bolsas de basura negras revoloteando al viento, atadas a los jalones reflectantes de color rojo y amarillo que bordeaban la carretera y marcaban la altura de la nieve. Pero había ciertos conductores que entonces ponían una marcha más. No todos, ni mucho menos; la mayoría reducía la velocidad, ponía las luces largas y observaba el bosque. Pero otros se enfadaban. ¿Por qué tenían ellos que tener consideración con los malditos renos de los lapones? Sí, ahí era donde aparecía lo de los lapones.

Elsa se tapó la cabeza con la manta y pensó que esa noche iba a comprobar una vez más si la puerta principal estaba cerrada. Su padre, que era el último en acostarse, a veces no la cerraba. *Áhkku* no cerraba nunca la puerta. Además, cuando salía de casa ponía una escoba en la puerta en lugar de cerrar. Elsa había visto que a veces su madre se acercaba corriendo a su patio a altas horas de la noche y cerraba con la copia de la llave de casa de los abuelos. Sobre todo aquel verano en que se habló de bandas de ladrones.

Su madre abrió los armarios de la cocina, echó agua en las cazuelas, encendió la radio y no tuvo tiempo de apagarla antes de que el presentador de las noticias informara del accidente en la carretera. Un herido leve. Elsa no pudo saber cómo le fue al reno porque entonces su madre ya había apagado la radio. La sartén chisporroteaba y el olor a *suova* frita se extendió por la casa.

Se abrió la puerta principal y apareció *áhkku*. No se descalzó y se sentó en la vieja silla con cajón cerca de la entrada, debajo del reloj. Esa silla era para los que venían de visita, pero no del todo. Su madre solía decir que a veces uno quería pasar allí solo un ratito, tener un lugar donde poder sentarse tranquilamente y sentirse menos triste y menos solo. Ya no ocurría tan a menudo. No desde que el viejo Per-Niila se volvió demasiado achacoso y no tenía fuerzas. Solía aparecer un par de veces a la semana, hasta que cumplió los noventa y cuatro años. Se sentaba allí y sorbía el café del platillo. No decía nada, pero miraba a Elsa con atención mientras ella cosía en la mesa de la cocina. Refunfuñaba de vez en cuando y adelantaba el cuerpo para pedir otro café antes de irse. Otras veces le decía adiós con la mano. Pero era probablemente el último de su especie y ya habían pasado meses desde la última vez que vino.

—Eran los de Johansson —dijo *áhkku*.

—Ya —dijo su madre, bajando la voz—. Han llamado muy cabreados.

Elsa se quitó la manta y entró en la cocina; quería oír lo que decían. Oírlo bien. Se sentó en el sofá de la cocina y miró primero a su madre y luego a *áhkku*, pero se quedaron en silencio. Su madre se volvió de espaldas.

—Han tenido que matar al reno —dijo finalmente.

—Siempre conducen demasiado rápido por esa recta —dijo *áhkku*.

—Sí.

Su madre frio los *suovas* de tal manera que la grasa salpicó en el extractor y en la pared. *Áhkku* sacó una bolsa con cintas que había que coser en el *holbin*, la parte inferior del *gátki*. Se las mostró y su madre asintió y las cogió al vuelo de camino al frigorífico. Dejó la bolsa en la encimera de la cocina, al lado del microondas.

—Pon la mesa, *unna oabba* —dijo.

Áhkku tenía tiritas en el dedo índice y en el pulgar. A veces se le resbalaba el cuchillo. Cuando se cansaba de hacer vestidos, sacaba el cuchillo y tallaba madera. Y si se cortaba no importaba, porque *áddjá* tenía el poder de detener la sangre. No se podía hablar mucho de eso, del poder de *áddjá* de hacer con el pensamiento que la sangre dejara de correr. Era algo natural, nada extraño, pero su madre solía decir que no había necesidad de hablar de ello con los otros, o preferiblemente con nadie. *Áddjá* también podía soplar en algún lugar donde te dolía y entonces desaparecía el dolor. A veces venía gente a su casa en busca de ayuda, y muchos llamaban por teléfono. Pero todo eso debía mantenerse en secreto.

—¿Te has cortado otra vez? —preguntó Elsa mientras colocaba un cuchillo y un tenedor a cada lado de los platos.

—Bah, solo un poco.

Oyeron el ruido de un motor en el patio, pero su padre no entró.

—Bueno, iré a preguntar —dijo *áhkku*.

Quedaron dos pequeños charcos junto a la silla. Su madre los secó con papel de cocina y suspiró.

Su padre volvió a salir del patio y *áhkku* no volvió. Elsa la vio saltar con agilidad sobre un montón de nieve y encaminarse a su casa.

Su madre hizo ruido con los cucharones que no cabían en el segundo cajón de la cocina.

—Se ve que cenaremos solas —dijo acercando la sartén y sirviendo las finas rodajas en el plato de Elsa.

—Las patatas te las pelas tú misma.

—Me comeré la piel.

—No, ya es hora de que aprendas a pelar las patatas.

Se quemó el pulgar y se le saltaron las lágrimas.

—¡Hola, Robban! ¡Cuánto tiempo!

Robert paró en seco en pleno movimiento; estaba a punto de sacar la cartera del bolsillo trasero para pagar las quinielas en la tienda.

Algunos lo llamaban Robert, otros lo llamaban Isaksson, pero entonces había el riesgo de que la gente pensara que se trataba de su padre. Pero Robban, seguro que nadie lo había llamado así desde hacía veinte años, cuando él tenía veintitantos. Así que frunció el ceño y miró hacia el quiosco.

—Petri.

Ah, sí; lo reconoció. Petri Stålnacke. Era el mismo de siempre, un poco regordete, las piernas cortas y gruesas, la pelambrera oscura y tupida, y los ojos grandes.

—¡Joder! No te veía desde aquel trabajo forestal —dijo Petri sonriendo.

—He estado aquí todo el tiempo.

—Pero no te has convertido en un trabajador forestal, ¿verdad?

Robert no quería hablar de aquella vieja historia desagradable y cambió de tema.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy buscando una casa. ¿Sabes de alguien que venda? ¿O tal vez un terreno?

—¿Qué vas a hacer aquí? ¿Sigues viviendo en la ciudad?

—Sí, sigo allí, trabajo en la mina. Pero estoy empezando a aburrirme los fines de semana y es tan triste venir solo al pueblo a casa de mi madre que he pensado buscar algo propio.

—¿Y entonces eliges nuestro pueblo?

—Es lo de la pesca lo que me atrae, y yo sé qué río tenéis aquí para pescar salmones.

Petri hizo un movimiento, como si estuviera tirando una caña de mosca.

—Sí, pesqué uno de diecisiete kilos este verano —dijo Robert.

—¡Diecisiete! ¡Joder! Qué raro que no te haya visto, he venido aquí varios veranos seguidos a pescar.

—El río es largo y tengo mis sitios.

Petri se echó a reír y asintió.

—Claro, me lo puedo imaginar.

Robert sacó la tarjeta del banco y pagó las quinielas.

—Pero ¿dónde trabajas entonces? —Parecía que Petri no quería darse por vencido.

Robert se tomó su tiempo para volver a guardar la tarjeta en la cartera.

—Estoy de baja. La espalda.

—¡Vaya, hombre! Lo siento. ¿Mucho tiempo?

Robert miró a su alrededor para ver si había gente escuchando; sintió que la irritación iba en aumento.

—Sí, una baja larga. Es crónico.

Petri sacudió la cabeza con gesto compasivo.

—¡Uy, uy, uy! ¡Qué mal, de verdad!

Robert guardó la cartera en el bolsillo trasero y apretó el *snus* con la lengua por debajo del labio superior. No le gustaba que lo compadecieran, pero aun así permaneció de pie junto a Petri. Era difícil que un tipo así te cayera mal. Un poco tonto sí que era, pero en el fondo un buenazo. Justo como lo recordaba.

—No me puedo quejar. Trabajo un poco por mi cuenta. Lo que uno se atreve a hacer sin que alguien llame a la Seguridad Social.

Petri se rio.

—Lo entiendo.

—Pero ahora no es buena época para buscar cosas.

—Pensé que quizá alguien podría haberse cansado de su casa en pleno invierno.

Robert esbozó una sonrisa irónica.

—Sí, ¿quién sabe?

—¿Puedes ponerte en contacto conmigo si te enteras de alguien que quiera vender?

Robert asintió. Sí, podía informarse un poco por allí.

—Y tú, ¿dónde vives?

—Un poco más adentro en el bosque, no en medio del pueblo.

Petri sonrió. ¿Estaba esperando una invitación? Robert dijo lo que debía.

—No tienes más que pasar a tomarte un café. Arriba, detrás de esta colina, a unos trescientos metros giras a la derecha y sigues hasta el final del camino. Una casa roja con un granero grande al lado.

Rara vez los visitaba alguien. Y su padre no dejaba entrar a nadie. Si veía que se acercaba un coche, salía rápidamente al patio. Robert seguramente tendría que hacer lo mismo si a Petri le diera por pasarse por allí.

— *No niin*[4] —dijo despidiéndose de Petri con una breve inclinación de cabeza antes de salir de la tienda.

4 *No niin*: de acuerdo, en finés.

Había un tejido de lana brillante de color azul claro encima de la mesa, y sobre él estaban las cintas que habían comprado en el pueblo de al lado. Habían probado en qué orden debían colocarlas sobre el *holbin*, que era de color rojo. Algunas cintas brillaban a la luz de la lámpara de la cocina; otras eran más apagadas, pero la blanca combinaría bien con la roja. Fuera estaba oscuro como la boca del lobo y sus caras se reflejaban en los cristales. A Elsa nunca le había gustado que pudieran verla tan claramente desde el exterior sin que ella pudiera ver a quien la mirara.

Suspiró y deshizo lo que había cosido mal. Su madre se puso las gafas de lectura, que le hacían los ojos grandes. Sus dedos se rozaron ligeramente cuando su madre se dispuso a ayudarla. Esta sonrió y Elsa aprovechó para apoyarse en la parte superior de su brazo. Volvieron a coger con alfileres la cinta roja con purpurina azul. «No mucho brillo —había dicho su madre— o no quedaría bien». Pero a Elsa le gustaba la purpurina y siempre deslizaba otra cinta, pero su madre fruncía el ceño y la quitaba. Se pondría el traje típico sami, el *gákti,* para ir al mercado de Jokkmokk. Normalmente estaban con los preparativos hasta el último momento, cosiendo hasta la noche antes de ir al mercado. Bruñían los broches de plata y a veces lloraban de cansancio. «Todo el mundo nos va a mirar», decía entonces su madre. Elsa no lo entendía; para ella era mejor que la Nochebuena, mejor que su cumpleaños, salir con el traje nuevo y que todos la miraran. Anna-Stina también iba a estrenar su *gátki* nuevo. Además, el coro donde cantaban las dos iba a actuar en el mercado. No sabía nada de Anna-Stina desde que construyeron la cueva. Tampoco había ido a la escuela; por gripe, había dicho alguien.

Su madre tenía alfileres en la boca y trabajaba con mano firme; solo si *áhkku* la miraba le podían temblar un poco las manos. «De hecho, todo esto es inútil —solía decir la madre—; estás creciendo tan deprisa que el próximo año te quedará pequeño». Pero Elsa no quería heredar la ropa de sus primas mayores. Sobre todo ese año, que iba a cantar en el coro.

El suave repiqueteo de la máquina de coser aumentaba y disminuía de velocidad. Las costuras tenían que quedar rectas. Cuando su madre se estiró para alcanzar la cinta de medir, flotó en el aire un ligero olor a sudor. Tenía el

pelo sin lavar y recogido con una pinza marrón, pero le salían algunos mechones y los del flequillo le caían sobre las mejillas. Las mejillas más pálidas del pueblo, solía decir *áhkku*.

Sonó el teléfono, y la madre levantó la tela azul y contestó con una pequeña sonrisa en las comisuras de los labios. Se recostó en el sofá de la cocina, se quitó la pinza del pelo y se echó a reír. Era *siessá*, tía Ella, tenía que ser ella, su madre solo hablaba de esa manera con ella. Y era como si se turnaran para hablar. Elsa conocía el ritmo de su conversación; cuando era su madre la que escuchaba en silencio a veces intercalaba un «*nu go lea*», ¿qué dices?, o simplemente «*juoa*», sí, y cuando era ella la que hablaba, apenas respiraba entre las frases.

Siessá tomó a su madre bajo su protección cuando su padre decidió casarse con ella. Era la hermana de su padre que había dejado su pueblo sami para mudarse al pueblo sami de su esposo, más al sur. Pero se quedó durante bastante tiempo cuidando de su madre, la enseñó a atar correctamente las cintas del calzado, la distancia que debía haber entre los botones del cinturón, y la dejó hablar un sami un poco torpe, sin corregirla con demasiada dureza.

Por lo demás, solo Mattias y los perros habían oído el sami que susurraba su madre, y llamar a un perro o decirle a un niño que mire la luz o que venga a comer está al alcance de cualquiera. Pero *siessá* trataba a su madre con amabilidad y no la corregía como los policías del idioma, dijo, y Elsa siempre se había preguntado quiénes eran, y se sorprendió mucho de que uno de ellos fuera *áhkku*. Mattias, claro está, se rio a carcajadas cuando ella preguntó dónde trabajaba *áhkku* de policía. Y entonces ya no preguntó ni dijo más sobre el tema.

Siessá se ganó a su madre y la animó a hablar, y un día dejó de susurrar y alzó la voz.

Siessá se parecía a *áhkku*; era pequeña y menuda, pero con la nariz afilada y las cejas pobladas de *áddjá* parecía otra. Y nadie se reía como ella, de todo y durante tanto tiempo. Había huido de las tonterías cristianas de *áhkku* tan pronto como pudo, cuando tuvo que ir a la ciudad para hacer el bachillerato. Decían que allí perdió un poco las ganas de reír. Había lagunas en los relatos que Elsa intentaba completar, pero, al no formularse las preguntas, quien decidía era la imaginación. *Siessá* recuperaba la risa en cuanto volvía a caminar por los senderos; al menos eso era lo que se decía. Cuando venía a casa en verano y subían a las montañas para marcar a las crías, entonces era *siessá* quien daba la bienvenida a los campos con su risa. Eso lo decía solo cuando quería hacerse la presumida, porque tanto Elsa

como todos los demás sabían que era al contrario, que eran los campos quienes les daban la bienvenida a ellos y que era muy importante estar agradecidos por todo lo que la naturaleza les daba a ellos y a los renos. Elsa sabía exactamente dónde habían ido todos antes que ella y conocía el nombre de los lugares y su significado. Y sobre todo sabía lo que era esperar para poder ver a su reno, su *boazu*, uno entre miles. Pero solo podía encontrarlo cuando era tan bonito como Nástegallu. Su padre y Mattias podían reconocer a muchos más. Pero ahora ya no podría ir a buscar a Nástegallu. Nunca más.

Elsa agarró una de las cintas con más purpurina y empezó a fijarla con alfileres en el *holbin* al lado de la cinta amarilla. Cualquiera podía ver que quedaba más bonito así. *Siessá* no habría protestado, habría dicho que Elsa podía hacer lo que quisiera. Pero *enná* tenía que tener cuidado porque enseguida podían volver a llamarla *rivgu*.

Su madre se echó a reír a carcajadas a su lado y el corazón de Elsa cantó.

Era temprano por la mañana cuando Elsa y su madre se subieron al autobús que iba a la ciudad. Apenas estaba medio lleno, y Elsa sonrió para sus adentros cuando vio que había asientos libres en la parte de atrás. Le gustaba sentarse sola e imaginar que era mayor e iba de viaje a algún lugar ella sola. Su madre se sentó delante para poder hablar con el simpático conductor del autobús, el del bigote grande. Había dos conductores, pero el otro no era tan hablador y solo saludó asintiendo brevemente con la cabeza.

El autobús pasaba todos los días por el pueblo: por la mañana para llevar a los niños a la escuela y a los vecinos a la ciudad, y por la tarde cuando todos volvían de regreso. De camino a la ciudad, el autobús pasaba por pueblos grandes y pequeños. Algunos pueblos ya no parecían lo que habían sido en su día. La pintura de los porches se había desconchado y el sol se había comido el color de los viejos letreros de las tiendas que, además, habían soportado tanto la lluvia como la nieve. Graneros con tejados hundidos y vidrios finos como el cristal más frágil. Pero también había pueblos donde gente optimista recién llegada pintaba la casa del blanco más puro, sacaba fuera la cama elástica de los niños antes del solsticio de verano y compraba un aparato de gasóleo para matar mosquitos que funcionaba las veinticuatro horas del día todo el verano. Fuera de las casas estaban los coches, los *quads*, los trineos, los tractores, y un compañero de cuatro patas paseando por la perrera, listo para la temporada de caza del alce.

No solían tomar el autobús a la ciudad, pero si nevaba copiosamente, como ese día, su madre prefería no conducir. Acudían a la fiesta de cumpleaños de su tía materna en la ciudad, pero no serían muchos porque había que atender el cercado. Nadie lo dijo expresamente, pero Elsa lo comprendía de sobra.

Elsa apoyó la frente en el cristal frío de la ventanilla y respiró hasta que se formó un vaho en el que podía dibujar.

Cuando el autobús paró en uno de los pueblos, subió Robert Isaksson. Elsa vio su pantalón de trabajo amarillo y el gorro de lana negra medio colgando de su cabeza. Pero no le dio tiempo a levantarse y correr junto a su madre. Se acurrucó en el asiento del autobús, escuchando cómo se acercaban sus pasos. Nunca había oído su voz, pero saludó en finés unas filas

delante de ella. Un hombre le devolvió ruidosamente el saludo, en sueco y en finés, y entonces uno sabía que en adelante debía seguir hablando en sueco. Era evidente que se conocían y sabían qué idioma prefería el otro. En los pueblos esas cosas se sabían, era así. Sabían qué idiomas usaban, si estaban emparentados y si el padre de alguien había dado una paliza al padre de otro en el patio de la escuela.

Entre los asientos entrevió sus pantalones y una cazadora negra. No se sentó al lado del otro hombre, sino que invadió los asientos de enfrente, al otro lado del pasillo. Las consonantes duras chasqueaban mientras hablaba de hockey sobre hielo. Largaba alguna palabra en finés, pero eran tan sencillas que hasta Elsa las entendía. Estiró una pierna en medio del pasillo; la bota era negra y tenía los cordones desatados. Gesticulaba mucho al hablar y se rascaba a menudo la nuca a través del gorro, que no se quitó en ningún momento.

Elsa se inclinó con mucho cuidado hacia un lado, buscando a su madre con la mirada. El conductor del autobús subió el volumen de la radio cuando empezaron las noticias. Dos renos atropellados, dijo el locutor.

Y unas filas más adelante, se oyó su irritación.

—*Voi helvetti!* La semana pasada fue Johansson quien estuvo a punto de morir y ahora otra vez. ¿Cuándo van a controlar a esos malditos renos?

—Hay que llevar la escopeta en el coche y dispararles.

—*No niin, tietenki*. Entonces no lo dudaría.

Elsa miró de refilón la fila de asientos que tenía delante de ella y vio a Anette, que era una maestra que hacía una sustitución en la escuela del pueblo. Anette suspiró ruidosamente sacudiendo la cabeza.

Se hizo el silencio; solo se oyó el sonido de una caja de *snus* que se abría y se cerraba.

—Tú no sueles ir en el autobús, ¿no?

—¡No, *ei*! Pero hoy no he tenido más remedio. El maldito motor de arranque ha empezado a dar problemas, no me fío. Así que he dejado el coche en casa de un amigo aquí en el pueblo y ahora voy a la ciudad para comprar piezas. Veremos si puedo arreglarlo pronto cuando vuelva esta noche —dijo Robert.

Clareaba sobre el río cuando cruzaron el puente. La nevada había amainado y podrían haber viajado en su coche. ¡Ojalá estuvieran ahora en el coche! La barandilla del puente estaba cubierta de cristales de hielo. Una mujer que iba en trineo justo después del estribo del puente se apartó hacia la cuneta todo lo que pudo.

Elsa los oyó hablar de nuevo; las voces eran bajas, pero con un tono

amenazador.

—Los lapones dispararon al alce en nuestro terreno y lo arrastraron hacia su lado.

Se provocaban el uno al otro como lobos. Elsa se tapó los oídos; no quería oír más.

De repente él se levantó y observó por encima de los asientos. Elsa apretó la frente contra el cristal de la ventanilla y miró fijamente hacia fuera. Por el rabillo del ojo vio que él se quitaba la chaqueta.

—¡Baja la calefacción! —le gritó al conductor del autobús.

A Elsa le pareció notar su olor, a gasolina y humo de cigarrillo. Era como si él la asfixiara, como si absorbiera todo el aire del autobús.

Pronto la vería, y ¿qué iba a hacer ella entonces? Elsa estaba a punto de perder la sensibilidad en la frente; era como si intentara romper la ventana de un cabezazo y ponerse a salvo.

Tenía que encogerse, volverse casi invisible. Se estiró en los asientos, subió las rodillas hacia la barbilla. Era lo bastante pequeña como para poder acurrucarse, pero seguro que se le veían los zapatos. Contuvo la respiración hasta que los pulmones estuvieron a punto de estallar.

Cuando estuvo del todo segura de que él ya no estaba, Elsa avanzó lentamente por el pasillo del autobús. El conductor le sonrió, pero no se le vieron los dientes debajo del bigote.

—¿Hoy tienes el día libre?

—Sí.

—Qué bien librarse de ir a la escuela, ¿no?

—Mi tía cumple cuarenta años y hemos venido a ayudarla antes de la fiesta.

—¿Cuarenta? Sí, entonces será una gran celebración.

Quería contarle que su padre y Mattias no habían podido venir porque tenían que vigilar a los renos. Pero no sabía lo que el conductor pensaría sobre esas cosas, así que mejor sería callarse. En realidad, según su madre, lo mejor era guardar silencio sobre la mayoría de las cosas. No se sacaba nada bueno de hablar de tus cosas con gente a la que no conocías. Así que Elsa simplemente sonrió y se despidió antes de saltar a la calle, como si el autobús no tuviera escalones.

Su madre y Anette estaban hablando y en sus rostros se veía preocupación. Elsa daba patadas en la nieve, se agachó e intentó hacer una bola de nieve, pero, por supuesto, no funcionó. La nieve, en los guantes, era como azúcar.

Un coche de la policía pasó lentamente a su lado y estuvo casi segura de que era Henriksson quien iba sentado en el asiento del copiloto. Su padre no había dicho nada de lo que había pasado después de su visita a la comisaría. Sin embargo, se había hablado de que a Robert había que pillarlo *in fraganti*. Le preguntaría a Anna-Stina qué quería decir eso. Si se atrevía. Todavía no podía cerrar los ojos con la fuerza suficiente para borrar la imagen de la cría que yacía muerta en el suelo.

Elsa caminó por la nieve que había junto a la acera y fue arriba y abajo hasta que dibujó un corazón. Estaba a punto de hacer un ángel de nieve en el medio cuando su madre le gritó que no podía tirarse al suelo de ninguna de las maneras. Ella oyó que hablaban de racistas y de un psicópata. Su madre susurró algo que no pudo oír y Elsa se dio la vuelta en su dirección para oírla mejor.

—Creemos que fue Robert Isaksson quien mató el reno en el cercado.

—¡De eso no cabe duda! ¿Quién si no? Y Elsa, ¿lo vio?

Elsa rodó directamente hacia el montón de nieve y se quedó sentada con nieve en el gorro.

Su madre negó con la cabeza.

—Es una pena. Pero el hecho de que no se llevara el reno, ¿no es raro?

Su madre volvió la cabeza y miró directamente a los ojos de Elsa, como si la viera de verdad por primera vez en mucho tiempo. Elsa se tiró de espaldas y agitó los brazos y las piernas como una loca.

Casi tenía agujetas y jadeaba cuando su madre finalmente apareció de pie encima de ella con los brazos cruzados.

—¿Qué te he dicho? Nada de ángeles. Ahora estás mojada.

—No. La nieve está seca.

Su madre alargó una mano y tiró de ella para que se pusiera de pie. La nieve cayó como si fueran granos de arroz. Solo tenía nieve pegada en la parte de atrás del gorro de lana, y su madre se la limpió. Con bastante fuerza.

La nieve crujía bajo sus pies cuando caminaban hacia el centro.

—¿Quién es racista?

—No tienes que escuchar a escondidas.

—¿Qué significa «psicópata»?

—Elsa, basta ya.

Las puertas automáticas de la tienda ICA se abrieron con cierta dificultad porque la nieve se había pegado en el umbral. Su madre agarró las dos hojas y las empujó para separarlas. Hacía calor en la tienda y olía a pan recién horneado. Elsa sentía nostalgia de aquel tiempo en el que podía ir subida en el carrito de la compra; no hacía tanto tiempo de ello. Su madre se movía entre mostradores y secciones, con la desenvoltura de costumbre, y cogió muchos litros de leche y nata. De todos modos, cuando el carro estuvo lo bastante lleno como para que no volcara, Elsa pudo colgarse de un lado hasta que su madre le dijo gritando que así era imposible girar, porque pesaba demasiado. Elsa se detuvo, cerró los ojos un momento y pidió perdón; era solo que estaba cansada, no había dormido bien.

—¿Por qué no has dormido?

—Me pasa a veces. Seguro que es la luna llena.

—No había luna llena.

—Pero casi.

Su madre le envió un SMS a su hermana, que tenía que recogerlas con

todas las bolsas.

—¿Por qué no hace la compra la tía?

—¿Qué te pasa hoy? Todo son preguntas.

Elsa agarró un Twix y lo echó al carrito. Su madre siguió avanzando. Elsa echó otros tres. Su madre no se detuvo, pero suspiró profundamente.

Junto a la caja estaba el estante de los periódicos. Elsa leyó el titular más grande: «Tres renos torturados hasta la muerte». Tiró de la manga de su madre y lo señaló.

—No se te ocurra preguntar.

—Pero ¿dónde ha pasado?

—No sé.

Su madre colocó la compra en la cinta. Elsa toqueteó el periódico, intentó hojearlo sin que se notara hasta llegar a la página cuatro. La mano firme de su madre en el hombro la apartó de allí.

—Coloca la compra. Lo más pesado en la parte de abajo.

Sacó la cartera y buscó la tarjeta del banco, tecleó la clave y no habló para nada con la cajera. El recibo era largo y ella lo estrujó y se lo guardó en el bolsillo de la cazadora. Llenaron las bolsas en silencio.

—Pero mamá...

—Aquí no.

Cuando las puertas se volvieron a atascar, su madre, que iba cargada con tres bolsas, se volvió hacia la chica de la caja con un gruñido en la voz.

—¡Tenéis que quitar la nieve!

Abrió las puertas metiendo un hombro y apartándolas con el peso de su cuerpo. Elsa dio una patada al montón de nieve congelada.

—Hay hielo.

—Lo sé.

La tía hizo señales con las luces largas desde el otro lado de la calle. Conducía un pequeño Honda y casi rozaba el interior del techo con la cabeza. Su tía era alta y solía llevar el pelo coloreado con alheña y recogido en diversos peinados que le hacían parecer todavía más alta. Se apresuraron a cruzar la carretera. Su madre echó las bolsas en el maletero y Elsa saltó al asiento trasero. Su tía sonrió y levantó la mano para que pudieran darse unas palmaditas.

—¡Hola, preciosa! *¡Unna oabba!* ¡Cuánto tiempo!

Unna oabba era lo único que sabía decir en sami. Y a Elsa se le alegraba el corazón cuando se lo decía. Su tía se llamaba Angela, pero Elsa siempre la llamaba tía.

Era más joven que la madre de Elsa y como de otro mundo. Su madre

solía decir que Angela era exactamente del mismo mundo que ellas, pero que en realidad no había nacido para la vida en una pequeña ciudad. Que estaba destinada a algo más grande, muy lejano.

Su madre tiró de la palanca, de manera que el asiento del copiloto se desplazó hacia atrás con un tirón brusco.

—Qué amables que hayáis podido hacer la compra. Es que estoy tan estresada con el local y todo lo demás… Me tiene que dar tiempo a ir a la peluquería y hoy ni siquiera me he maquillado.

El coche estaba helado; tenía escarcha en el interior de la ventanilla del asiento de atrás, y Elsa escribió su nombre con la uña del dedo índice.

—¿Por qué está el coche tan frío?

—No sé, algo del termostato.

La tía hizo un giro brusco de ciento ochenta grados y aceleró al subir la pequeña cuesta.

—¡Esta noche fiesta, *unna oabba*!

Sus ojos se encontraron en el espejo retrovisor y su tía le guiñó un ojo.

—Sabes que no nos quedamos por la noche —dijo su madre.

—Eres como una jubilada. Si quieres, puedes quedarte a la fiesta.

—No, no puedo, y lo sabes.

—Eso es lo que pasa cuando te casas con un pastor de renos. Es como si fueras soltera el ochenta por ciento del año, hermana.

La tía se rio con su risa ronca y le dio unas palmaditas a su madre en el hombro.

—¡Estoy bromeando!

—Me hace mucha gracia.

Entonces la tía se rio aún más.

—Pero, en serio, Marika, ella tiene a su abuelo y a su abuela, podría haber pasado la noche con ellos.

Elsa escribió «mierda» en la escarcha de la ventanilla. El dedo índice se le quedó dolorido.

Abuelo y abuela. No sonaba bien. Ella sabía que *áhkku* se había ofrecido a quedarse con ella, pero no se atrevía a contárselo a su tía. Su madre tendría sus motivos.

La tía era diferente, no era como ningún otro miembro de la familia. No tenía hijos ni hombre. O tenía demasiados hombres, por lo que había oído decir Elsa. Lo peor era cuando se murmuraba que ninguno de ellos se había quedado el tiempo suficiente, y por eso no tenía hijos y ahora era demasiado tarde.

Cuando llegaron al piso se abrazaron y su madre la felicitó. Elsa no podía

dejar de mirar las uñas de su tía pintadas de varios colores y con purpurina en los bordes. Eran muy largas y debían de inutilizarle las manos. La tía le dio a Elsa un pellizco cariñoso en las mejillas y le besó en la frente. Incluso sus manos olían a perfume, un poco como a helado de vainilla.

El piso estaba en la segunda planta de un edificio de ladrillo de tres plantas y balcones azules. Las paredes eran blancas, había cuadros colgados por todas partes y la lámpara del cuarto de estar tenía plumas ondeantes. Las alfombras de la entrada y de la cocina eran grises, pero la del cuarto de estar era morada y tan peluda que Elsa tuvo que quitarse los calcetines para dejar que los dedos de los pies disfrutaran.

Su madre y su tía se quedaron en la cocina, y no pasó mucho tiempo antes de que empezara a sonar la batidora eléctrica. Había que poner el horno. Aunque la tía protestaba y decía que no hacía falta, que había comprado una tarta de *mousse* de chocolate en el supermercado.

Elsa se acostó en el sofá y se tapó con una manta blanca, suave y grande, y su cabeza se hundió profundamente en un cojín rosa del sofá. Todo lo que acariciaba la punta de los dedos era suave. Su madre se quejó del mal olor de la basura y enseguida se oyó un golpe en la puerta principal del piso. Su tía salió de inmediato y se acurrucó en el sofá, al lado de Elsa, de tal manera que ella tuvo que soltar unas risitas.

—Podría quedarme aquí tumbada todo el día —susurró la tía.

—Yo también.

Elsa se tragó el nudo que tenía en la garganta y se abrazó a ella. Su tía se rio al principio, pero luego la abrazó con la misma fuerza y se quedaron en silencio. Era injusto que estuviera tan sola y no tuviera hijos que le cantaran el día de su cumpleaños. La puerta principal se abrió y volvió a cerrarse. La tía sonrió con sorna y tiró de la manta hasta taparles la cabeza. Oyeron el suspiro y las pisadas fuertes de su madre en el piso de la sala, pero no se movieron. Al cabo de un rato se volvió a oír el zumbido de la batidora.

Elsa quería contarle a su tía lo que pasó en su fiesta de cumpleaños, cuando cumplió ocho años y no vino nadie. Que ella también había estado sola. Nadie se atrevió a ir porque su madre había llamado a todos para decirles que Elsa había vomitado por la noche. De todos modos, no había invitado a ningún compañero de clase, y, aunque la madre había fruncido el ceño, Elsa se mantuvo en sus trece; quería que estuvieran solo los primos. Y después no vino nadie. Aunque ya había dejado de vomitar. Pero a las tres en punto se oyó la melodía del timbre de la puerta. Su madre y ella se quedaron paradas y se miraron sorprendidas. Y entró Lasse. Con un capirote dorado en la cabeza y otro en la mano. Sin pronunciar palabra, se acercó a Elsa, le

colocó el capirote en la cabeza y le pellizcó suavemente la nariz antes de hacer una reverencia.

—¡Una princesa sin capirote no es una princesa! *¡Ollu lihkku ráhkis,* Elsa! ¡Felicidades!

Tras lo cual sacó del bolsillo de la cazadora un pequeño paquete rosa con una cinta dorada y se lo entregó. Del otro bolsillo de la cazadora sacó una mascarilla para él.

—Se la he pedido a mi dentista. No porque tenga miedo de los microbios, sino para protegerte a ti de los míos.

Elsa podía repetir las frases de Lasse como en una película.

En el paquete, que era de Anna-Stina, y tal como Lasse había reconocido con toda honestidad, estaba el anillo de plata que ella deseaba más que cualquier otra cosa. Cuando su madre sacó la tarta, Lasse esparció lentejuelas brillantes por toda la mesa, el suelo, y en los brazos de Elsa, que se desternillaba de risa. Entonces, él le echó unas pocas en el pelo también.

Lasse estuvo toda la tarde contándoles historias que seguramente no eran ciertas del todo, pero hizo que su madre se carcajeara tanto que hasta lloró de risa. Elsa no la había visto nunca reírse tanto. Era como otra madre. Y ella quería verla siempre así.

Cuando Nils Johan y Marika se casaron, no existían ni Elsa ni Mattias. Pero aun así Elsa se conocía aquel día al dedillo. Había obligado a su madre en repetidas ocasiones a contarle detalladamente todo que había pasado. Cuanto más mayor se hacía, más preguntaba. Y ahora, cuando lo pensaba, era casi como si hubiera estado allí.

La joven pareja había levantado unas carpas gigantescas en el centro del pueblo para poder recibir a los quinientos invitados. En la iglesia no tuvieron sitio para todo el mundo, pero todos tuvieron comida en las carpas y su madre estrechó la mano de muchas personas a las que no había visto nunca. No se casó de blanco, pero tampoco con el traje típico; a eso no se atrevió. Se había hecho confeccionar un vestido que era parecido a un *gátki*. Cintas finas rojas y amarillas, sobre tela azul, en el borde, en el escote en V y en las mangas. No las anchas que eran propias de los trajes típicos de la familia de su padre, pero lo más parecidas posible. No se trataba solo de hacer lo correcto, sino también de no ofender a su propia familia. En la familia había quienes desde hacía mucho tiempo habían abandonado tanto los apellidos propios como sus raíces. Cada vez que Elsa preguntaba por eso, su madre respondía con evasivas como «Así fueron las cosas».

Siessá, que se había convertido casi en una hermana, había sacado brillo al *risku* y se lo había prendido en medio de la pechera del vestido. Esa parte de la historia le gustaba mucho a Elsa, cuando su madre le hablaba del broche que tintineaba en cuanto ella se movía, y lo orgullosa y feliz que se había sentido cuando el broche tintineaba en su vestido, tal como lo había hecho cuando lo habían llevado todas las mujeres de la familia de su padre. El *risku* era pequeño y favorecedor. Las mujeres de la parte norte de Noruega llevaban los broches más grandes, sus trajes típicos brillaban más y las cintas eran más anchas que las de los demás.

La familia de su madre desapareció en medio de tantos colores. Se sentaron en la primera fila de bancos en el lado izquierdo de la iglesia, y estaban arropados por sus familiares, que tenían reservadas las dos filas más cercanas detrás de ellos. Eran como una pequeña mancha gris en un mar de azul y rojo. Pero se sentaron con la espalda recta, orgullosos y conmovidos. Habrían podido tener fuertes discusiones sobre qué familia era mejor, pero

ese día todos se comportaron. Su madre también. Pero estaba claro que en las filas de bancos se murmuraba, porque nunca es posible complacer a todos. Alguien había preguntado si Marika sabía dónde se estaba metiendo, pero ahí estaba Nils Johan, había dicho su madre, no había nadie más. Bailaron toda la noche y caminaron por el pueblo de la mano al filo del amanecer.

Elsa había visto las fotos de la boda y se había enfadado porque su madre no la había esperado. Fue la fiesta de las fiestas, de esas que solo había en la familia de su padre. Elsa había participado en otras grandes fiestas familiares, luciéndose con un *gátki* nuevo con las cintas de las botas bien apretadas alrededor de las pantorrillas y los broches prendidos en un chal colocado con precisión milimétrica. Así era como ella quería llevarlo.

Elsa se detuvo en el hueco de la puerta de la sala de su tía. No se podía comparar una fiesta en la familia de su padre con una fiesta en la familia de su madre. Es cierto que la abuela llevaba la elegante blusa de flores y el abuelo unos vaqueros negros en lugar de los azules, pero no había punto de comparación. A Elsa le habría gustado ponerse su *gátki* de flores, pero si empezaba a hablar de vestirse con él cuando iban a ir a la ciudad a alguna fiesta, su madre siempre ponía cara larga y hacía como si no la hubiera oído. Las fiestas en la ciudad podían ser divertidas, pero eran sencillamente diferentes. Se necesitaba algo más que purpurina en las uñas.

Su tía le hizo una seña a Elsa para que se acercara y, aunque era demasiado mayor, se sentó en su regazo. Se rieron y enredaron sus brazos al intentar comer la tarta. Ya no se le trababa tanto la lengua, y Elsa cambiaba rápidamente del sueco al sami.

Estaban la abuela, el abuelo, los primos de su tía y su madre, y también sus tías paternas y un hermano de la abuela. Menos mal que no estaba su padre porque siempre había malas caras entre él y el tío materno de su madre. Siempre hablarían de los renos y la sal en las carreteras, o de la caza y los terrenos. Era como un alambre de pinchos en el aire.

Su tía miró el reloj por décima vez. Levantó a Elsa y comenzó a recoger los platos y las cucharas. El abuelo se echó a reír y dijo:

—Ah, vaya, quieres deshacerte de nosotros.

No le habían cantado, y Elsa pensó que era tan triste que podría morirse ahí mismo. Sin canción, el día de su cumpleaños no era un cumpleaños ni era nada, y pensar que su tía se había despertado sola, y había estado sola hasta que su madre y ella llegaron, le parecía insufrible. Así que Elsa empezó

débilmente con su *ja må hon leva,*[5] pero no con la suficiente fuerza como para que el murmullo desapareciera. De modo que alzó la voz y entonces por fin todos se callaron para unirse rápidamente al coro. Su tía vino corriendo de la cocina y exclamó:

—¡Pero *unna oabba*! —Y cogió la mano de Elsa mientras todos cantaban la canción. Vitorearon cuatro veces y la tía hizo una gran reverencia y se rio a carcajadas.

Ya estaba. Ahora Elsa podría irse a casa sin dolor en el pecho. La abuela la cogió en sus brazos, le apretó las delgadas clavículas y suspiró un poco. Lanzó miradas a su madre, pero ella no respondió.

—¿Cuándo vas a venir y quedarte a dormir con nosotros? Hace mucho tiempo que no vienes —preguntó la abuela trenzándole el pelo a Elsa.

—Pronto.

La abuela le rodeó la muñeca con el dedo índice y el pulgar y frunció el ceño.

—Eres piel y huesos.

Elsa se miró la muñeca e intentó rodear la de su abuela, pero no llegó ni a la mitad. Ella era como un bollo bien horneado, cálido, suave y de aroma dulce.

—Se parece a mí cuando era niña, ¿no te acuerdas? —dijo su madre pasando la mano por el brazo de Elsa.

—Sigues igual de delgada. Por eso tienes más arrugas que yo.

La abuela se rio tanto que su barriga redonda saltaba, y su madre le sacó la lengua, pero sonrió.

A Elsa le entraron ganas de dormir entre aquellos brazos esponjosos que la habían acunado tantas veces. Parpadeó y luchó, pero al final tuvo que cerrarlos.

Su madre y su abuela esperaron a que se durmiera.

—Creo que ha llorado debajo de la manta —susurró la tía como de pasada.

—Han pasado demasiadas cosas últimamente.

—Tenéis que dejar que hable con alguien sobre el reno muerto. Lógicamente eso fue un *shock* —dijo la abuela.

—Si tengo que ir a un psicólogo cada vez que encontramos un reno muerto debería hacerme un abono.

—¿Sabéis quién lo hizo?

—La policía se negó a venir. Había huellas de una moto de nieve. Habría sido posible seguirlas todo el camino hasta su casa.

—Has perdido peso, Marika.

—No estoy más delgada de lo que suelo estar.

—Nils Johan no debería haberla llevado a la policía. Por cierto, ¿qué ha pasado?

—La investigación preliminar está cerrada. Como dicen ellos, por falta de pruebas.

Los párpados de Elsa temblaron, pero ella permaneció inmóvil. Tenía que acordarse de preguntar a Anna-Stina qué significaba «investigación preliminar».

---

5 El equivalente sueco de nuestro *Cumpleaños feliz*.

La moto de nieve zumbaba en el patio. El ruido e incluso los gases del tubo de escape hicieron que Elsa sintiera un cosquilleo en el cuerpo. La temperatura era de solo ocho grados bajo cero, pero con la velocidad la sensación sería de más frío. Anna-Stina ya estaba sentada en el trineo que Lasse tenía enganchado detrás de la moto de nieve. Él, como de costumbre, hacía payasadas que hicieron reír a su madre. Elsa se puso los guantes de piel y su madre ató las cintas de piel del gorro en un bonito lazo debajo de la barbilla. La piel de zorro le acariciaba las mejillas, la frente y la barbilla. El traje de nieve empezaba a quedársele demasiado pequeño y las piernas del pantalón le subían por encima de los tobillos.

—No conduzcas demasiado rápido —dijo su madre.

—Pero, Makki, ¡eso es precisamente lo más divertido!

Lasse era el único que la llamaba Makki, pero él ponía apodos cariñosos a todos sin que nadie se lo hubiera pedido.

Elsa se sentó junto a Anna-Stina; eran tan pequeñas que cabían la una al lado de la otra y podían estirar las piernas. Ya sentían el cosquilleo en el estómago, y Elsa buscaba un agarre firme en la piel de reno. No se podían agarrar al borde del trineo porque corrían el riesgo de que sus dedos se golpearan contra un montón de nieve dura.

Lasse salió al hielo, pero no por la pista de las motos de nieve que conducía al cercado. Apretó tanto el acelerador que Elsa y Anna-Stina se vieron lanzadas hacia atrás, y se rieron a carcajadas. La moto de nieve avanzó con elegancia sobre el hielo en una línea sinuosa, describiendo amplias vueltas alrededor de la orilla de la playa, donde solían estar amarrados los barcos de plástico en verano.

Lasse miraba de vez en cuando hacia atrás para asegurarse de que las dos seguían allí sentadas. Anna-Stina le hacía señas, animándole a que fuera más rápido; seguro que lo aguantarían. Y él aceleró de tal manera que la nieve salió disparada por debajo de ellos. Lasse eligió una de las pistas de motos de nieve más estrecha que conducía directamente al bosque al otro lado del lago. Allí no se podía acelerar tanto y era necesario levantar los brazos para protegerse de los arañazos de las ramas de los abedules. Elsa, para mayor seguridad, cerró también los ojos. El trineo daba tumbos y ellas daban saltos

riendo. Pronto apareció el siguiente lago y él volvió a acelerar.

Cuando llegaron a nuevas zonas de bosque cerrado, oyeron el ruido de otra moto de nieve que se acercaba. Elsa volvió la cabeza y vio a Mattias. Reconoció su forma de conducir de pie. Con los brazos estirados y a veces con una rodilla en el asiento cuando apuraba un giro o no quería quedar atrapado en la nieve profunda. Anna-Stina abrió mucho los ojos y esbozó una amplia sonrisa. Lasse y Mattias se sonrieron el uno al otro. Tenían delante de ellos una de las superficies de hielo más largas. Conducirían a una velocidad demencial. Siempre se convertía en una competición.

Anna-Stina y Elsa intentaron agarrarse de la mano, pero era difícil con los guantes rígidos de piel. Elsa decidió cogerse a los bordes del trineo; después de todo, en el hielo no había montículos de nieve. Anna-Stina hizo lo mismo y las dos contuvieron la respiración. Los motores de las motos rugieron sobre el lago mientras se perseguían el uno al otro. Pronto llegarían al final del lago y ninguno de los dos hizo ademán de reducir la velocidad para dejar ganar al otro. Elsa quería que ganara Mattias, quería verlo contento. Venció claramente y levantó un puño en el aire antes de aflojar la mano del acelerador para seguir conduciendo entre abetos y abedules.

Lasse lo siguió, quizá demasiado rápido. Se dirigió hacia la nieve suelta y se echó a la derecha en la curva para obligar a la moto a adelantar sin quedarse atascada. Lo consiguió, y se puso delante de Mattias.

El siguiente espacio abierto sería una zona talada, que se lamía las heridas bajo el manto de nieve. Aquí había pocas huellas de motos de nieve; los dos amigos no solían ir tan lejos cuando iban con Anna-Stina y Elsa. Ahora las chicas ya no reconocían los lugares, y miraban a su alrededor tratando de trazar mapas mentales de los nuevos terrenos. Una rama de abedul le golpeó a Elsa en la mejilla. Se quejó y se puso el frío guante de piel en la cara.

El trineo daba auténticos tumbos en el claro, y Mattias se alejó acelerando más rápido de lo que podía hacerlo Lasse con el trineo detrás de la moto. Parecía que los intestinos saltaban dentro del cuerpo y la espalda protestaba, pero Elsa no pensaba quejarse. Anna-Stina parecía igual de resuelta. Mattias dio una vuelta amplia sobre el claro y siguió conduciendo hasta ponerse al lado de Lasse. Gesticularon, señalaron hacia alguna parte y decidieron seguir unas nuevas huellas de moto. Redujeron la velocidad al cruzar los baches en la nieve y miraron con atención: en ese lugar se habían tumbado unos renos. Parecía que los animales hubieran abierto caminos, una especie de corredores entre sus lugares de descanso, como si fuese una casa con habitaciones. Esos renos podían ser suyos, unos renos extraviados

que no habían metido en el cercado.

El juego había terminado. Mattias y Lasse se pusieron a buscar los renos. Cruzaron la linde del claro y se adentraron de nuevo en el bosque. Mattias primero y ellos detrás. De pronto, las dos motos se detuvieron, pero con el motor en marcha. Lasse miró rápidamente hacia atrás y dijo a las niñas que permanecieran sentadas. Lo dijo en un tono de voz tan severo que Elsa y Anna-Stina no se atrevieron ni a mirarse.

Lasse se hundió en la nieve para acercarse a Mattias, que ya estaba con la nieve hasta las rodillas. Elsa se levantó con cuidado hacia su lado, por encima del borde del trineo, y vio cuernos de reno. Y la nieve no estaba blanca. Había manchas rojas esparcidas sobre la nieve, manchas que habían hecho un agujero en la nieve y se habían hundido. Anna-Stina se levantó despacio hacia su lado.

—Intestinos —susurró—. ¡Mira!

Elsa se agarró con fuerza al trineo y se sentó con la espalda recta. Anna-Stina le dio un codazo.

—¡Mira!

Elsa negó con la cabeza y cerró los ojos con fuerza. Anna-Stina se puso de rodillas para mirar por encima de las motos.

—Hay sangre por todas partes.

Elsa se tapó los oídos.

—¡Siéntate! —le gritó Lasse.

Anna-Stina no le hizo caso, sino que se puso de pie y miró. Sus mejillas, tan rojas hacía un momento, parecía que palidecían.

Mattias y Lasse hablaban en voz baja, pero acaloradamente. Mattias sacó su teléfono y Lasse dio unos pasos tanteando sobre la nieve que estaba dura justo en ese punto. Recogió algo que parecía como pezuñas. Volvió con dificultad a la moto de nieve y paró el motor; empujó a Anna-Stina, que se negaba a sentarse. También Mattias apagó el motor de su moto. Todo se quedó completamente en silencio, como si el bosque contuviera la respiración.

Mattias dio unas vueltas y sacó fotos con el móvil. No miró ni una sola vez hacia las chicas.

Sonó el móvil de Lasse y la señal estridente cortó el silencio.

—Al menos dos renos sacrificados. —Escupió el *snus*—. No, no queda ninguna cabeza, todo ha desaparecido menos las entrañas, los cuernos y las pezuñas.

Lasse miró rápidamente hacia Elsa, que le miró a los ojos. Le entró prisa y arrancó de nuevo la moto de nieve mientras susurraba algo en el teléfono.

—Vamos a casa. ¡Anna-Stina, siéntate! Quédate tú, Mattias, están en camino.

Lasse intentó dar marcha atrás, pero no pudo dar la vuelta hacia el bosque cerrado, sino que tuvo que aventurarse por la nieve alrededor del lugar de la matanza. El círculo fue estrecho y Elsa miró la sangre que había corrido y se había convertido en hielo sobre la nieve. Las tripas parecían rígidas, no brillantes y suaves como solían estar en casa en el fregadero cuando su madre las lavaba para rellenarlas con sangre de reno y hacer morcillas. Lo peor eran las astas, porque era como si las hubieran serrado, y aún tenían una parte de la cabeza del reno, una masa sanguinolenta de carne helada. Era una cornamenta imponente con unos cuernos que debían de haberse curvado sobre la cabeza del animal. Elsa apartó la mirada y la dirigió hacia el cielo y las copas de los pinos. Volvió la vista hacia Mattias, que estaba sentado en la moto de nieve, hundido y con la cabeza baja.

Anna-Stina había recuperado el color en las mejillas y sonrió presuntuosamente.

—Te lo dije, destripan a los renos. Como aquella vez que sacaron la cría.

Lasse condujo despacio por el claro, sobre el segundo lago y a través de las zonas de bosque en dirección a su lago. Allí se encontraron con su padre y con Ante. Su padre escuchó con atención mientras Lasse les describió el lugar y les indicó la dirección, y Elsa buscó en vano su mirada. El padre solo miró a Lasse antes de bajarse la visera del casco y acelerar sobre el lago. Las dos motos de nieve se perdieron de vista rápidamente, pero el ruido se oyó durante mucho tiempo antes de que se desvaneciera.

La policía tampoco vino esta vez. Elsa comprendió muy pronto que la espera era en vano. Su padre estaba junto a la ventana de la cocina haciendo muecas después de beber el café, que aún no había tenido tiempo de enfriarse. Mattias estaba sentado en el sofá de la cocina, tirando de los flecos del mantel y levantando su móvil continuamente. Su madre estaba de espaldas a ellos fregando una cazuela de la cena. Sus codos sobresalían como escudos afilados.

Elsa abrió la puerta del frigorífico y buscó el bollo de chocolate que había guardado. Había desaparecido y le entraron ganas de gritar a Mattias.

El silencio en la cocina pronto sería insoportable. Elsa notaba cuándo querían deshacerse de ella para hablar de todo lo que ella no debía saber. Se dirigió silenciosamente a la despensa y se quedó colgada de la manija mientras buscaba las galletas. Movió el pan crujiente y la sal, levantó el pan de maíz y finalmente encontró las galletas de avena con chocolate. Cogió tres y se sentó en el sofá de la cocina a una distancia prudente de Mattias. Su padre se sirvió más café del termo. Mattias no pudo quedarse quieto más tiempo y salió de la cocina dando golpes al suelo con los talones. La taza de café parecía frágil y manifiestamente pequeña en el puño de su padre. Este apuró el café y dejó la taza en el fregadero antes de salir al pasillo. Se puso el calzado bruscamente. La puerta se abrió y se cerró.

Su madre pasó la bayeta por el fregadero y la escurrió con fuerza. Sus pasos por el suelo de la cocina apenas se oían, levantó la alfombra, agarró el tirador de color bronce y subió la trampilla. Colocó el soporte en su sitio y bajó las escaleras de espaldas. Rebuscó en la fresquera y poco después volvió a trepar escaleras arriba. A Elsa siempre le había gustado aquel espacio subterráneo, pero *áhkku* había definido la fresquera, tanto en su casa como en la de ellos, como el lugar más peligroso del mundo. No se podía abrir ninguna trampilla mientras hubiera un niño en la cocina.

Su madre volvió a estirar la alfombra sobre la trampilla, y pasó un rato antes de que el olor a moho y a tierra de la fresquera desapareciera de la cocina. Colocó el tarro de mermelada de arándanos en el frigorífico y se quedó un rato mirando las baldas.

—Me voy a hacer la compra.

Afuera estaba oscuro ya y, como de costumbre, en la ventana Elsa solo se veía a sí misma en una versión distorsionada. Pero cuando salió su madre se encendieron las luces. El coche arrancó y salió del patio marcha atrás. En la habitación de Mattias se oían ráfagas de disparos. Intentaba parecer mayor cuando daba órdenes a otros.

Las galletas de avena le dieron dolor de estómago y se acostó en el sofá. El sofá de madera tenía una tapa, y en el amplio espacio que había debajo guardaban periódicos viejos y ropa de pesca. La tapa era dura como la piedra y sintió que los omóplatos y la columna vertebral le presionaban la piel.

La máquina quitanieves pasó a gran velocidad y la luz ámbar intermitente se deslizó rápidamente por las paredes de la cocina. Poco después retumbó un camión.

A través de la ventana vio que el cielo cambiaba. ¡La aurora boreal! Se levantó a toda prisa y se puso una cazadora, los pantalones de nieve, el gorro y los guantes. Esta vez escucharía con atención y oiría la *guovssahasat*.

Subió corriendo al montón formado por la nieve retirada junto al ahumadero y se tumbó en el suelo. Cómo bailaba por encima de ella; cruzaban el cielo guirnaldas verdes, amarillas, moradas y azules. Y claro que oyó el chisporroteo.

—¡Hola, *guovssahasat*! —gritó tan fuerte como pudo—. ¡Te escucho!

Y la aurora boreal cambió de aspecto a una velocidad vertiginosa: de ondas anchas a guirnaldas estrechas.

—*¡Guovssahasat!* —gritó de nuevo.

Entonces se oyeron pasos rápidos sobre el parapeto de nieve y, de repente, *áhkku* apareció delante de ella con los ojos muy abiertos y la voz chillona.

—¿Qué estás haciendo? ¡No puedes estar ahí tumbada y gritar! ¿No te ha dicho tu padre que eso está totalmente prohibido? Que no lo entienda tu madre es una cosa, ¡pero tu padre!

Agarró a Elsa y la puso de pie.

—Pero...

Áhkku la arrastró cuesta abajo, mirando fijamente hacia el suelo, y hasta que no entraron en casa no pudo pronunciar el nombre de la aurora boreal.

—No habrás silbado o saludado, ¿verdad?

—¿Qué? No.

—Tienes que entender que hay que mostrar respeto a la aurora boreal. Y uno no debe andar por ahí gritando de esa manera. ¡Puede ser peligroso!

Elsa agachó la mirada. «Peligroso», esa era la palabra favorita de *áhkku*. Había muchas cosas que eran peligrosas o pecaminosas. No estaba segura si

esta vez era Dios quien decidía la peligrosidad.

—No hay que provocar a la aurora boreal. Ni siquiera salir y mirarla.

—A mí me parece que es bonita.

—La aurora boreal no trae consigo nada bueno. ¡Al contrario!

—Quiero ir a mi casa.

—Pues vete. Pero no mires al cielo, ¿me has oído?

Elsa asintió, abrió la puerta y corrió por los patios. Tenía un nudo en la garganta.

Mattias dejó los auriculares encima del escritorio. Le ardían las orejas, tenía la raíz del pelo sudorosa. El pulso seguía siendo alto después del juego. Se bebió el refresco a grandes tragos hasta que la botella estuvo vacía. Le había aliviado matar, disparar y ganar. Pero eso no duraría mucho. Se estiró para coger el móvil y le envió un SMS a Lasse. Necesitaba salir de casa, fumar un cigarrillo. El móvil sonó y respiró aliviado; se quitó la camiseta sudada y se puso un jersey negro de manga larga.

En la cocina se zampó un par de rodajas frías de salchicha que habían sobrado y que estaban en el frigorífico. Sintió la mirada de Elsa en la espalda. Estaba sentada en el sofá de la cocina trenzándose el cabello. Debería preguntarle qué tal estaba, pero no tenía fuerzas. Lo único que quería era salir, alejarse de todos; era como tener una olla a presión en el cuerpo, así estaba de cabreado. Su padre se escaqueaba siempre. Llamaba a la policía, se enfadaba cuando no venían y luego se marchaba sin decir una palabra. Mattias no quería pensar en él como un cobarde, quería que su padre pusiera fin a aquel juego, que dijera: «Ya basta, joder, venís ahora y punto».

—¿Adónde vas?

—A dar una vuelta con Lasse.

—Podré ir con vosotros alguna vez?

Él le dirigió una mirada cansada.

—No.

Lasse era suyo.

Sonó una bocina en el patio y Elsa se levantó de un salto y saludó desde la ventana. Las luces largas le devolvieron el saludo. Siguió saludando infantilmente con las dos manos hasta que ellos derraparon al salir del patio.

«¡Mierda!», tal vez no debería haberla dejado sola. Su madre se pondría como una loca cuando llegara a casa y lo descubriera.

—Necesito un cigarrillo y un trago —dijo tamborileando con la mano derecha sobre la rodilla.

Lasse mantuvo la mirada fija en la carretera.

—No tengo nada de beber.

Mintió, pero Mattias no se atrevió a discutir.

—¿Adónde quieres ir?

—A cualquier lugar donde pase algo.

Lasse pisó el acelerador y Mattias sintió la succión en el estómago. Lasse no levantó el pie del acelerador hasta que llegaron a la estación de servicio del pueblo vecino. El quiosco estaba cerrado y oscuro. Bajaron los cristales de las ventanillas y se encendieron sendos cigarrillos. Mattias retenía el humo en los pulmones y lo soltaba lentamente.

—De todos modos, es sábado, seguramente habrá fiesta en algún sitio.

Quería animar a Lasse, hacer algo, pensar en otra cosa. Beber, sencillamente adormecer un poco la irritación que le aguijoneaba todo el cuerpo. Subió el volumen al máximo, hizo que todo el coche vibrara y se volvió hacia Lasse, esperando una reacción positiva. Lasse negó con la cabeza, pero sonrió y gritó:

—Creo que has estado demasiado de fiesta últimamente.

—¿Qué? —Mattias exageró el gesto y se acercó la mano a la oreja—. No te he oído.

Lasse bajó el volumen y echó un poco hacia atrás el respaldo del asiento, antes de expulsar el humo por la ventanilla.

—Estoy preocupado por las chicas —dijo después de un momento de silencio.

—¿Qué chicas?

Mattias lanzó la colilla lejos.

—Elsa y Anna-Stina.

Suspiró y apoyó la cabeza en el reposacabezas. Mierda, ni siquiera con Lasse podía olvidarse del tema.

—Sobrevivirán —dijo, malhumorado—. Dame otro cigarrillo.

Cuando vio que Lasse no sacó el paquete inmediatamente, le entraron dudas. No era su intención sonar tan enfadado; tan solo esperaba poder dejar de pensar en esa mierda durante unas horas. Miró a Lasse de reojo, intentó pensar en algo gracioso que decir, pero no se le ocurrió nada. Se quedaron en silencio. Los dos miraron a un Audi negro que cruzó el pueblo a gran velocidad dejando una nube de nieve tras de sí.

—¡Mierda! ¡Seguro que conducía a más de ciento cincuenta! ¿Quién era?

Lasse se encogió de hombros, pero finalmente sacó el paquete de cigarrillos.

Salir con él era genial, poder ir en el Volvo y fumar. O abrir una cerveza junto al río cuando pescaban. Lasse tenía otros amigos de su edad, Mattias también, pero les gustaba estar juntos. Al menos cuando Lasse estaba en el pueblo. Era él quien ponía las condiciones, pero también era él quien tenía el coche. La libertad. En verano, en las carreras de motocrós, la cosa se

igualaba. A Mattias le gustaba presumir delante de sus primos cada vez que había estado con Lasse. No pocas veces podía exagerar cuántas cervezas habían bebido. Lasse nunca le dejaba beber más de una, dos como mucho. Pero entonces Mattias tenía que insistir y prometer que no estaba borracho. En las historias que luego les contaba a los amigos sonaba diferente.

—Sabes que yo también me siento como un hermano mayor de Elsa y Anna-Stina. Y lo que hemos visto hoy ha sido muy fuerte.

—Podríamos meterle un tiro. Ya sabemos quién es el que mata los renos —dijo Mattias.

Estaba hablando en broma; ahora mismo no se veía capaz de hacer otra cosa y esperaba que Lasse picara. Ya habían tenido antes esta conversación, bromeaban al respecto, y Lasse le hacía reir tanto que a veces hasta le dolía el estómago.

—Tengo que mear.

Lasse salió al montón de nieve más cercano, sin preocuparse por las casas que había un poco más allá. Tal vez dejaría su marca en la nieve. «Solo los perros y yo marcamos nuestro territorio en este pueblo», solía decir entre risas. Pero solo lo hacía cuando había bebido.

Mattias miró el móvil y pensó si no debería llamar a alguien más de todos modos. Era evidente que Lasse no estaba de humor aquella noche. Envió un SMS a Linus.

Lasse se dejó caer pesadamente junto al volante, abriendo y cerrando los ojos más que antes. Sonó el móvil de Mattias.

—Hay fiesta en casa de Linus. ¿Vamos?

—No, no vas a conseguir que pase el rato con niños ni esta noche ni ninguna otra, por cierto.

Lasse puso una marcha y empezó a patinar, dando vueltas y más vueltas. Mattias se sentía mareado, pero le dejó dar vueltas. Era agradable que Lasse no lo incluyera en el saco de los niños. ¿O sí lo hacía?

Lasse dejó de dar vuelta y tragó saliva.

—¿O podemos hacer nosotros algo?

—Te llevo.

Lasse se mordió el labio inferior y permaneció en silencio todo el camino hasta la casa de los padres de Linus. Mattias se desabrochó el cinturón de seguridad. Quería irse y quería quedarse.

—¿Cómo vas a volver a casa? —preguntó Lasse.

Ahora estaba cansado de él. Mattias lo vio en sus ojos.

—Ah, me quedaré a dormir. O a lo mejor viene alguien con coche.

—Entonces, ¿estás bien? Quiero decir, después de lo de hoy.

Mattias extendió los brazos y sonrió.

—Lo hemos visto antes. A la mierda.

Lasse lo miró decepcionado. ¿O estaba enfadado? Era difícil descifrarlo en la oscuridad.

—¡Es sábado y quiero divertirme! Y no pensar en todo eso.

—No tienes que ser siempre tan gallito.

Mattias retrocedió. Soltó una carcajada.

—Pero lo soy. No puede hacerse nada.

Tensó el bíceps debajo de la cazadora y sonrió.

—Está bien —suspiró Lasse—. Está bien.

Mattias abrió la puerta del coche y se quedó de pie con la puerta abierta. Quería decir algo que Lasse respetara, pero tenía la mente en blanco. Así que levantó la mano, le hizo un saludo militar y cerró la puerta.

Se oía música desde el interior de la casa y, joder, cómo esperaba que hubiera cerveza. Lasse hizo sonar la bocina tres veces mientras bajaba la cuesta hacia la carretera.

Todos habían esperado que Elsa los acompañase al cercado, y a veces le habían preguntado con tacto si pensaba hacerlo. Desde que Nástegallu apareció muerta, no había ido con ellos a dar de comer a los renos. Así que cuando Elsa se puso los esquís la mañana siguiente del día que esperaron en silencio a la policía, que no venía nunca, su padre y su madre se miraron pero sin decir nada.

—Puede que me acerque hasta el cercado —dijo.

—¿No quieres ir más tarde con nosotros? —preguntó su madre.

Elsa la miró fijamente, sintiéndose insegura al instante. Se había propuesto hacerlo todo un poco mejor, hacerlos felices, no pensar en lo que había pasado el día anterior.

—Está bien. Qué divertido, *unna oabba* —continuó su madre con un tono de voz demasiado agudo.

Le temblaban los brazos cuando agarró los bastones y se deslizó unos metros por el patio. No iba a cometer el mismo error de la última vez. Esta vez silbaría o tal vez cantaría en voz alta cuando se acercara. Si él estaba allí matando otro reno, la oiría y se marcharía.

Mattias había levantado la tapa del motor de su moto de nieve y tenía los dedos manchados de negro. Elsa esperaba que hubiera oído que se dirigía al cercado. Recordaba su sonrisa cuando ganó a Lasse con la moto, antes de encontrar el lugar de la matanza. Nada le gustaría más que verle sonreír de nuevo. Pero no se atrevió a decirle nada, porque se sentiría muy decepcionada si él pasaba de ella.

Elsa salió del patio esquiando a través de los matojos que asomaban por encima del manto de nieve, y en la pequeña pendiente que conducía hasta el lago tuvo que tensar los muslos para mantener el equilibrio. Las huellas de las motos estaban heladas en algunos sitios; se resbalaba cada dos por tres y trató de esquiar fuera del rastro. La nieve estaba lo suficientemente dura, pero cuando empezó a hundirse cada dos metros pensó que era mejor retomar el rastro de las motos. Los bastones no tenían un buen agarre en el suelo helado, pero si conseguía clavarlos un par de veces se deslizaría hacia delante rápidamente. Las temperaturas suaves de la noche anterior habían llegado por sorpresa y la nieve tuvo tiempo de empezar a derretirse y

ablandarse antes de que la temperatura volviera con rapidez por debajo de cero. *Áhkku* sabía exactamente de qué se trataba: la Biblia ciertamente era muy clara respecto a las tormentas, el frío, el calor y el fuego que asolarían la tierra. Su padre negaba con la cabeza y hablaba del cambio climático.

Menos mal que tenían los renos en el cercado. La capa de nieve que se había convertido en hielo hacía imposible que los renos llegaran al pasto. Por eso habían decidido finalmente alimentar a los renos durante un tiempo en lugar de tenerlos en libertad. Eso fue después de aquel año en que tantos renos murieron de hambre, su padre no estaba dispuesto a volver a verlo. Anna-Stina le había contado alegremente que los glotones podían correr más deprisa en la nieve helada, saltar sobre los lomos de los renos y morderlos en el cuello. Solo por diversión. A veces ni siquiera tenían hambre; solo estaban sedientos de sangre. Y los pastores de renos encontraban renos medio muertos con el pescuezo mordido, agonizando con pánico en los ojos.

Elsa volvió en sí, tenía que pensar en otras cosas. En el verano, en la montaña, cuando marcaban a las crías. Veranos que a veces habían sido tan fríos que habían tenido que ponerse dos chaquetas de plumas o veranos en los que el calor les había sorprendido por completo y los renos apenas tenían fuerzas para moverse. Y *áhkku* decía entonces con voz de mal agüero que eso no había ocurrido nunca antes. La madre de Anna-Stina solía decir que no había que hacer demasiado caso a esos cristianos, y debía saber de qué hablaba, porque su tía era una profunda creyente laestadiana que había hecho todo lo posible para atemorizar a sus sobrinos con sus sermones sobre el infierno y el pecado. Cuando Elsa a veces le contaba a Hanna lo que *áhkku* había dicho, ella le decía que eran tonterías, y, cada vez que se lo prometía, Elsa se quedaba más tranquila. Si *áhkku* no cedía, entonces Hanna enviaba a Elsa y Anna-Stina a ver si alguien necesitaba su ayuda con las crías. Y como no querían perder esa confianza, se iban inmediatamente.

Fue en una de esas ocasiones cuando su padre llamó y dijo que tenía una cría para Elsa. Nástegallu. Su padre sabía qué cría le quería dar a ella y buscaron a la hembra entre cientos de renos. Ella nunca olvidaría la sensación y el sonido de aquella vez. El sonido de los renos, el *ruovgat*, los choques de las cornamentas, los cascabeles alrededor del cuello y la vibración de baja frecuencia contra el suelo que le subía por las piernas. Un sonido que no cesaría mientras estuvieran allí con el *suohpan*, un lazo, en la mano. Renos grandes que pasaban justo al lado de ella, en un movimiento circular que no paraba de girar en sentido contrario a las agujas del reloj, porque la fuerza de atracción de la Tierra así lo decidía. Su padre vio a la

hembra y la señaló, se acercó, corrió a lo largo de la improvisada valla de plástico amarillo. A su lado, la cría con la distintiva mancha blanca en la frente.

Tan pronto como Elsa vio a la cría, supo que nunca olvidaría su aspecto. Tenía las patas inusualmente largas, lo que hacía que pudiera seguir el ritmo de su madre sin dificultad. Fallaron con el lazo la primera vez, pero ya tenían la cría a la vista. La segunda vez la capturaron. La cuerda se tensó y su padre ayudó a tirar. La cría brincaba, saltaba de un lado a otro. Elsa sabía que tenía que tranquilizarla, decirle que pronto volvería con su madre.

La hembra llamaba a su cría. La pequeña respondía. La tumbaron con cuidado y Elsa le susurró cerca del oído, la calmó y acarició su suave pelaje. Lo que había en la mirada de la cría hizo que se detuviera. Su padre se apresuró y no tuvo tiempo de ver lo que ella vio. Pero era el momento de sacar el cuchillo del cinturón. La oreja era tan pequeña y tan suave que quería doblarse debajo de la hoja. Su padre le rodeó la mano y juntos trazaron la marca de Elsa, que era una variación de la de él. Fluyó un poco de sangre caliente sobre la mano de Elsa y ella se la limpió en los matojos, pero ya se le había introducido debajo de la uña del dedo pulgar. Su cría. Nástegallu. La soltaron, la dejaron libre. Ella llamó y su madre le contestó. Elsa miró cómo se buscaban y se encontraban. Ahora eran iguales, se pertenecían la una a la otra, pero eso ya lo sabían.

—*In oamas du, leat du iežat. Leat beare luoikkašin munnje* —le susurró —. No te poseo, eres libre. Solo eres mía en calidad de préstamo.

Una vez había oído a Mattias decirle eso a una cría y ella había repetido esa frase en silencio para sí misma cada noche antes de quedarse dormida para asegurarse de no olvidarla cuando le llegara el turno de dejar ir a una cría.

Un esquí resbaló y se quedó sentada en la pista con los esquís cruzados antes de que pudiera levantarse. Había cruzado todo el lago. Era hora de que se la oyera. Pensó en un *joik* especial, pero esto le llenó el corazón de tristeza.

Nadie sabía que ella practicaba a escondidas, intentando encontrar su tono. Había oído decir que *áddjá* siempre cantaba *joik* en las montañas de joven, pero ella no lo había oído nunca. *Áhkku* tenía opiniones cristianas muy severas sobre los *joiks* pecaminosos, pero Elsa no quería creer que hubiera hecho callar a *áddjá*. Esperaba que él todavía cantara *joik* en sus tierras.

Elsa, ya en el bosque, empezó a cantar en voz baja. Una urraca voló asustada de una rama de un árbol. Cantó más fuerte y su cántico debió de

oírse desde el pueblo, desde el cercado, seguro. Se quedó casi sin aliento al esquiar al mismo tiempo. De repente, se le cerró la garganta, como si alguien apretara las manos con fuerza alrededor de su cuello. El pánico creció y tuvo que tirar los bastones para comprobar si las manos de él estaban ahí, si la había seguido sin hacer ruido. Se dio la vuelta rápidamente, se cayó al suelo y se abrió la cremallera de la chaqueta. Volvió a tomar aire.

—Pero ¡princesa! ¿Qué estás haciendo?

Lasse estaba con los brazos cruzados a unos veinte metros de distancia.

—Me preguntaba quién cantaba tan bien que hiciera que incluso los renos se pararan a escuchar.

Elsa tropezó con las piernas en los bastones y le costó ponerse de pie de nuevo.

—Me he caído.

—No me extraña, con lo fuerte que cantabas. Pero ven aquí.

Avanzó clavando los bastones y se deslizó el último trecho hasta chocar con Lasse, que se rio y fingió perder el equilibrio.

Él no dijo nada de su regreso al cercado, ni que todos habían estado preocupados. No dijo nada en absoluto, y ella lo quiso por eso. Se sonrojó solo de pensarlo. «Amor» era una palabra grande que no debía utilizarse a tontas y a locas.

Elsa se quitó los esquís. Lasse le bajó el gorro tapándole los ojos y ella se lo volvió a subir sonriendo.

—Has llegado justo a tiempo. Es hora de llenar el trineo y salir con los péllets. Estamos empezando a quedarnos sin sacos, pero mañana viene el camión de los piensos con veinte toneladas.

Trabajaron codo con codo, arrastrando pesados sacos hasta el trineo. Lasse avanzó lentamente al entrar en el cercado; ella cerró bien la valla después, luego saltó al trineo que iba detrás de la moto de nieve. Los renos estaban acostumbrados, sabían lo que les esperaba. Los comederos estaban vacíos, había que llenarlos y ella trabajaba rápida y metódicamente levantando los sacos de péllets. Apenas pudieron seguir la ruta antes de que se formara un atasco. No cualquiera podía comer primero; algunos renos recibían cornadas y empujones. Elsa no pudo reconocer a la madre de Nástegallu y quería preguntarle a Lasse si él la reconocía. ¿Estaría la hembra buscando a su cría, llamándola? ¿Había visto la cuchillada que recibió Nástegallu? Elsa llenó el siguiente comedero y apartó a los renos que se acercaban demasiado con las astas.

Los renos eran animales silenciosos. No berreaban si alguien les clavaba un cuchillo, no berreaban cuando los glotones les mordían la nuca hasta

paralizar sus cuerpos; berrear no formaba parte de su forma de ser.

Elsa le dio un puñado de liquen a un reno que antes había sido apartado bruscamente por un gran macho castrado. La miró directamente a los ojos, parecía decir gracias, y ella casi sintió timidez. Si habías mirado alguna vez a un reno a los ojos y lo habías comprendido, entonces sabías que no existía otra opción que quedarse exactamente allí. Eso era lo que solía decir Hanna, y Elsa también lo sabía. Después de Nástegallu, lo sabía: nunca olvidaría esa mirada. Y se lo había dicho a Hanna, que la atrajo hacia sí y le dio un beso en la cabeza.

Elsa miró a Lasse, vio cómo sonreía y silbaba cuando estaba con los renos; hablaba con ellos y los empujaba con mano firme pero amistosa cuando era necesario. Como si fueran sus hijos. Elsa deseaba que Lasse nunca tuviera hijos, quería ser su pequeña princesa para siempre. Él le había prometido que no tendría hijos, no le explicó por qué, solo dijo que había decidido que nunca sería padre. Le había contado este secreto el verano pasado, cuando se sentaban sobre la piedra grande de fuera del cercado, durante el marcaje de renos, y bebían un refresco tibio. Elsa estuvo a punto de llorar por la hembra que corría y gritaba buscando a su cría, que había muerto la noche anterior, y entonces dijo, sin pensárselo dos veces, que habría sido mejor si hubiera muerto la madre, no la preciosa cría.

—La cría no habría sobrevivido sin su madre, lo sabes —dijo entonces Lasse—. Es peor cuando mueren las madres.

—¿Como cuando murió tu madre a pesar de que tú todavía no eras adulto del todo?

Lasse no se había enfadado. La dejaba decir cualquier cosa. Aquella vez incluso le había dado las gracias y la había abrazado con el brazo que tenía libre.

—Es una suerte que tengas a Hanna, porque es como tu madre. Es la madre más buena que conozco.

Nada más decirlo sintió la presión en el pecho, en lo más profundo y oscuro de su pecho. ¿Y si su madre la hubiera oído decir eso? No quería decir eso. Pero Lasse ni siquiera entonces la miró de forma rara.

—Uno puede tener varias madres. Está bien tener una madre extra y Hanna es una de ellas. Tú también lo sabes, ¿verdad?

Elsa no recordaba lo que le había contestado.

—Y nosotros, los niños tardíos, solemos tener madres extra.

—¿Qué es exactamente un niño tardío?

Entonces él se echó a reír, y la risa se llevó la nube negra que la ensombrecía.

—El *váhkar* es el más pequeño, el que tiene hermanos mayores que le pueden sacar muchos años. El último hijo, el que llega como una agradable sorpresa para los padres. Tú y yo somos agradables sorpresas.

Elsa se mordió entonces la lengua para no decir lo que no podía decir de ninguna de las maneras.

—El problema de los más pequeños es que pueden quedar al margen, no ser tenidos en cuenta. Pero que sepas, Elsa, que tú vas a contar, te lo prometo. Me aseguraré de que sea así. ¡De eso voy a ocuparme yo, si hace falta!

Después, ella había pensado varias veces que la conversación no había ocurrido de verdad. Puede que mezclara lo que dijeron, pero lo más importante, lo de las madres, no lo olvidó nunca. Con frecuencia todavía le dolía un poco el estómago al pensar en lo que había dicho: que Hanna era la mejor madre. Era solo porque ella nunca lloraba. A Elsa no le gustaba que los adultos lloraran.

Lasse aceleró y la sacudida interrumpió sus pensamientos. Condujo fuera del cercado y ella volvió a cerrar bien la valla después de salir. Se había hecho la calma.

Él encendió un cigarrillo y se apoyó en el manillar de la moto. Elsa recogió los restos de liquen que habían quedado en un montoncito, lo llevó entre las manos hasta el cercado y lo echó dentro. No se podía desperdiciar nada. Alimentar a los renos era caro, y ella lo sabía.

Ese día a Lasse se le desviaba hacia un lado el ojo izquierdo, y Elsa se concentraba mirándole la nariz.

—Buen trabajo. Con lo bien que trabajas, cuesta creer que seas una princesa.

El cigarrillo, colgado de la comisura de los labios, se movía cuando él hablaba, y cayeron algunas cenizas revoloteando.

Elsa sonrió y aprovechó para hacer la rueda obedeciendo un impulso de su cuerpo.

—Y también eres una pequeña gimnasta.

—¿Crees que la hembra que perdió a su cría el verano pasado tendrá una nueva este año?

—Por supuesto. Es una buena hembra.

Apagó el cigarrillo en sus gruesas botas y guardó la colilla sobrante en un paquete de tabaco que tenía en el bolsillo del pecho. Se acercó a los piensos y parecía que contaba los sacos, tiró de ellos y los colocó mejor.

—Bueno, ¿crees que podemos irnos ya a casa?

Elsa entrecerró los ojos y él suspiró.

—¡Bah! ¿Qué estoy diciendo? Claro que podemos irnos a casa. Seguro que ya ninguno se peleará por la comida.

Se dio media vuelta y volvió a contar los sacos.

—¿Va a venir la policía a ver lo que encontramos?

Lasse se detuvo en mitad del movimiento, antes de volverse y dirigirse con paso rápido hacia la moto de nieve.

—No lo creo —respondió dándole la espalda.

—¿Por qué no?

—Piensan que tienen cosas más importantes que hacer.

—¿Como qué?

Lasse se rio y resopló al mismo tiempo.

—Tienes toda la razón. ¿Como qué? Eres una chica inteligente.

Elsa se peleó con la cremallera del bolsillo de los pantalones. Se había quitado el guante. Allí en el bolsillo estaba la oreja que había recogido en el cobertizo por la mañana temprano. No habría podido salir a esquiar sin ella.

—Alguien mató a los renos y se los llevó, ¿no?

Lasse levantó la tapa del motor y anduvo toqueteando algo.

—¿Qué dice tu padre sobre el asunto?

Elsa introdujo la mano y acarició aquella suavidad. Pero no respondió.

—Seguí las huellas anoche y podría llamar a la policía y decirles hacia dónde iban. Entonces a lo mejor vendrían.

Mientras decía eso no la miró, sino que bajó la tapa del motor y volvió a sacar el cigarrillo. El ojo se le desvió hacia un lado.

—¿Las huellas conducían al pueblo vecino? —preguntó ella en voz baja.

Lasse asintió y dio unas caladas profundas al cigarrillo antes de empezar a soltar anillos de humo. Puf, puf, puf.

Elsa soltó la oreja del reno y volvió a cerrar lentamente la cremallera.

—¿Por qué mata a nuestros renos?

—¿A quién te refieres? ¿Qué sabes tú de eso?

—Pero... Él, Robert...

Elsa se sorbió los mocos.

Lasse apuró el cigarrillo hasta que no quedó más que el filtro.

—No pienses en esas cosas. Deja que se ocupen los adultos.

La decepción hizo que se diera la vuelta.

Una corneja cenicienta voló con pesados aleteos por encima de ellos y graznó con fuerza.

—Un día lo cogerán, los cogerán a todos. Te lo prometo. Nadie puede matar a los renos y quedar impune. Tarde o temprano, solo te digo eso.

Ella miró por encima del hombro y se sonrieron.

—¡Bien! ¿Quieres volver esquiando o prefieres que te lleve?

—¿Me puedes llevar a remolque?

—¡Una idea excelente!

Él desenganchó el trineo y ató en su lugar una cuerda de color azul claro a la moto de nieve. Hizo un lazo en un extremo de la cuerda y ella introdujo el brazo izquierdo en él y agarró la cuerda con fuerza.

—¿A qué velocidad puedo conducir, entonces?

—¡Lo más rápido que puedas!

Elsa tensó las piernas y el abdomen y flexionó ligeramente las rodillas, se deslizó despacio hacia delante y prepararse así para el tirón.

A pesar de que Lasse arrancó con suavidad, la cuerda se tensó y sintió como si el brazo se le fuera a despegar a la altura del hombro. Condujeron a través del bosque. Cuando vieron el lago, Elsa ya se había acostumbrado; había encontrado el equilibrio y la inclinación perfecta. Entonces se dio cuenta de que se había dejado los bastones y gritó a Lasse, pero él llevaba puestos los cascos y aceleró todavía más. Bueno, ¿qué eran un par de bastones cuando podías volar?

La moto de nieve rugió sobre el hielo y detrás iba ella, la princesa más rápida del mundo, con el pelo ondeando al viento. Por fin, pudo cantar su *joik* en voz alta; el ruido de la moto ahogaba y protegía su secreto. Estaban solo ella, el hielo y sus lugares más queridos.

La antigua escuela blanca sami y la recién renovada escuela gris del pueblo estaban la una al lado de la otra en el pueblo vecino. Las escuelas compartían comedor y gimnasio. Ninguna de las dos tenía realmente el suficiente número de alumnos y, a lo largo de los años, la escuela sami había tenido que juntar en una clase a alumnos de diferentes cursos. Elsa había oído que los políticos estaban planeando cerrar la escuela del pueblo y, a cambio, llevar a los alumnos en autobús hasta la ciudad. Deseaba muy a menudo que fuera así, especialmente cuando cruzaba corriendo hacia el comedor que estaba en la escuela del pueblo.

El personal de la cocina tenía delantales blancos, y con brazos robustos y fuertes pasaban las grandes fuentes con patatas humeantes y salchichas de Falun poco hechas. Pero Astrid Johansson solo podía servir las bandejas pequeñas de aluminio con zanahoria rallada, pepino, judías verdes y hojas mustias de lechuga. Y eso se le hacía una montaña. Llevaba alrededor del cuello un collarín bien apretado para que nadie pudiera dudar de su sufrimiento.

Cuando Elsa entró en el comedor, Astrid la siguió con la mirada. A menudo aguantaba el collarín con una mano y se quejaba del dolor. No había nadie en toda la escuela que no supiera exactamente dónde se habían chocado los Johansson con el reno y lo mal que le había ido a Astrid. Incluso le habían dado la baja por primera vez en su vida. Ahora había vuelto, pero todos tenían que tener muy claro que sin el naproxeno ella no estaría allí de ninguna manera. Todos sabían también que el coche quedó para el desguace y que ahora ella tenía que venir en autobús hasta que su marido eligiera un coche nuevo. Era importante que fuera uno en el que pudieran sentarse más alto, preferiblemente un SUV, para tener una buena visibilidad y así «la próxima vez le pudieran atizar un buen golpe al maldito reno sin sufrir ninguna lesión».

Astrid se fue de la lengua más de una vez en la cocina cuando despotricaba contra los renos de los lapones. Hasta tal punto que, según lo que se rumoreaba, tuvo que acudir al despacho del director para hablar sobre el vocabulario que empleaba. Después de aquello, a menudo se negaba a abrir la boca mientras trabajaba.

Elsa se ponía muy poca comida en el plato, porque tenía que comérselo todo. La salchicha estaba tan blanca que solo con verla se le revolvía el estómago. Pero aplastó las patatas y las mezcló con un poco de mantequilla que birló de la bandeja. Quedó casi como un puré que después se puso en la boca con la salchicha y que masticó deprisa. Lo consiguió y bebió unos sorbos de leche, con un escalofrío en la columna vertebral.

Estaba sola, el resto de la clase se sentaba en una mesa redonda al lado de la ventana. Esa mesa estaba llenísima, aunque preferían apretujarse allí antes que sentarse con ella. Pero los miércoles y los jueves Anna-Stina comía a la misma hora y solían hacerlo juntas. Nunca hablaban de que Elsa a menudo comía sola. Ni siquiera los maestros se extrañaban ya, decían que seguramente Elsa lo prefería, pero cuando a la escuela llegó un profesor en prácticas, este se indignó tanto que estuvo a punto de hacer saltar la alarma contra incendios.

—¿Cómo es posible que nadie diga nada cuando es tan evidente que hay una alumna que tiene que sentarse sola?

Entonces, a la maestra de manualidades, que también estaba apretujada en la mesa redonda, se le formó una pequeña O en la boca cuando el otro se le encaró. Pero ese hombre del sur, que se creía que podía venir a dar lecciones al cuerpo docente de una escuela de pueblo, no tenía nada que rascar. Y desde luego Elsa no sufría acoso escolar, ¿verdad, Elsa? Y lo que sucedió fue que el maestro en prácticas se sentó con ella durante varias semanas y fue casi peor que sentarse sola. Porque entonces quedó claro cómo eran las cosas. Por lo demás, Elsa tenía su estrategia de llegar la última al comedor, pasar por delante de la mesa redonda y exclamar lo suficientemente alto: «Uy, qué apretados estáis, me sentaré en otra mesa». De esta manera, parecía que no la marginaban.

No, nadie acosaba directamente a Elsa, pero por alguna razón no había sitio para ella. Tal vez tuviera que ver con que algunos compañeros de clase pertenecían a esa familia de la que su padre no quería hablar. O podría tratarse de que a su madre la consideraban una *rivgu*, algo que las malas lenguas no olvidaban. Elsa había oído comentar que quien no tenía dos padres sami era solo un medio sami. Entonces le entraban ganas de ponerse de pie y gritar a los cuatro vientos que claro que su madre era sami y estaba en un libro genealógico sami.

Pero Elsa se las apañaba, no le importaba almorzar sola tres días a la semana. Aunque también estaba él. Markus. Los lunes entraba en el comedor fanfarroneando con sus amigos, que armaban mucho jaleo. Sus ojos claros, como de lobo, parecían buscarla. Elsa disponía exactamente de

quince minutos para almorzar antes de que llegara él, pero la norma era que el almuerzo tenía que durar al menos veinte. Así que comía deprisa y luego se quedaba sentada mirando fijamente el segundero del reloj grande que había junto a la entrada esperando el momento de poder dejar la bandeja.

En la mesa redonda se reían entonces a carcajadas porque alguien tenía un bigote de leche. Al cabo de un rato ya eran unos cuantos los que lo tenían, y las risas no se acababan nunca. Pero Astrid no iba a decirles que bajasen la voz; parecía más bien que solo vigilaba a Elsa. Y Elsa miraba fijamente el reloj. Cuando entró el lobo, también la miró. Pero había mucha gente esperando a servirse, y esta vez no pudo colarse. Elsa miraba fuera hacia el patio, buscando a Anna-Stina. El lobo se acercaba a la comida y el segundero del reloj daba saltos hacia delante como una rana flemática. Elsa tenía los nudillos blancos, de la fuerza con la que sujetaba la bandeja. Quedaban veinte segundos. Entonces pudo por fin levantarse y colocar bien la silla antes de dirigirse temblando hacia la cocina sin mirar hacia donde estaba él. Astrid se encontraba en medio del aire húmedo de los lavavajillas, y del gorro le sobresalía el pelo sudado. Con el dedo índice dio unos golpecitos a su reloj de pulsera.

—Falta un minuto para que podáis levantaros.

—Pero el reloj de ahí...

—Va mal.

La apartó con una mano flácida y enrojecida. Elsa no podía moverse porque al lobo ya tenía su comida. Tenía la gorra puesta, aunque estaba prohibido, pero nadie le dijo nada. Los vaqueros le colgaban muy por debajo de las caderas. Se iba riendo y empujando a otro chico.

Astrid no le quitó la mirada de encima mientras se aflojaba el collar y dejaba a la vista un cuello rojo y sudoroso. Se rascó.

Para entonces hasta los compañeros de clase de Elsa habían terminado de comer y se colocaron delante de ella. Elsa estaba la última a pesar de haber llegado la primera. Astrid le dio la espalda y, cuando abrió la puerta del lavavajillas, salió una nube de vapor.

Elsa miró al suelo mientras se alejaba de allí a toda velocidad. En la entrada se tropezó con Anette, la maestra sustituta.

—¡Hay que ver la prisa que llevas! —exclamó ella con una risa, y la agarró.

Elsa aspiró el aroma de un suave perfume, y el pelo de Anette le hizo cosquillas en la cara.

—Todo bien, ¿no?

Anette la observó atentamente. Elsa forzó una sonrisa y le aseguró que

todo iba bien.

—Es que quiero salir puntual. Hay una competición para ver quién sube más rápido el montón de nieve.

Ella nunca había subido corriendo por aquel montón de nieve, aunque sabía que seguramente era la más rápida. Pero la empujarían hacia abajo si llegaba hasta arriba.

—¡Pues date prisa entonces! ¡Espero que ganes!

Elsa corrió hacia la clase e hizo un esfuerzo para no sollozar.

Nadie podía quejarse de nada. Las camas estaban hechas, había quitado el polvo de todas las superficies, había limpiado las alfombras con nieve, y ahora estaban heladas y rígidas, extendidas sobre los suelos recién fregados. Había frotado las juntas de los azulejos del baño milímetro a milímetro, el lavabo brillaba y el espejo estaba impecable. Se podría dar el gusto de sentarse un rato en la cocina, pensó Hanna, pero naturalmente no lo hizo. Alisó la manta del sofá, movió las fotos de Anna-Stina y, con una sonrisa, acarició la fotografía de cuando tenía un año y el agujero entre los dientes era más importante que el traje tradicional que vestía. Con lo que Hanna se había esforzado la tarde anterior para que le diera tiempo a ponerle los flecos al chal nuevo, y luego casi no se veía, porque el fotógrafo había cortado la foto unos cuantos centímetros por debajo de la barbilla. Pero su corazón solo tenía ojos para ese agujerito.

La foto de Lasse con el traje sami de la confirmación había acabado muy atrás en la estantería. La cogió para mirarla. Lasse tenía el flequillo largo en un intento de tapar el ojo que quería desviarse hacia la izquierda. Estaba pálido y delgado, pero, como siempre, con una amplia sonrisa. Le había gustado mucho el campamento anterior a la confirmación; había sido sin duda el as de los corazones, una estrella, un punto de referencia, el compañero del que todos querían estar cerca. El traje sami le hacía parecer más ancho de hombros. Lo había cosido Hanna, por supuesto. Era más como un hijo que como un hermano pequeño. Cuando murió *enná* y después *isa*, fue evidente que ella iba a estar allí para él. *Enná* se había avergonzado de su inesperado embarazo, dijo que era demasiado mayor. Había sido una madre joven para Hanna pero mayor para Lasse. Y luego murió, de repente y demasiado pronto, por una rotura de la arteria aorta, y el padre, que era casi catorce años mayor que ella, también falleció pocos meses después. Hanna todavía podía quedarse paralizada de tristeza al pensar en aquella primavera. Lasse se quedó huérfano. Ella también, claro, pero había una diferencia entre ser una mujer adulta con familia propia y ser un joven de dieciocho años que todavía iba al instituto en la ciudad. De alguna manera se las habían arreglado para seguir adelante. Después de los entierros, Lasse ya no venía al pueblo los fines de semana ni se mudó a casa

de ellos. A ella le habría gustado eso, pero ambos sabían que no iba a ser así. No fue una decisión de Hanna y él tampoco se lo pediría nunca. Estaba tan avergonzada que no pudo mirarlo a los ojos cuando dijo que se buscaría la vida en el pueblo después de terminar los estudios secundarios. Uno de los hermanos se había quedado con la casa de los padres. Hanna había discutido con él, dijo que Lasse necesitaba la casa.

Se abrió la puerta principal y ella supo por la forma de pisar que era él. Entró en el cuarto de estar y se rio a carcajadas al ver esa foto en la que parecía un pequeño espantapájaros.

Solía venir cuando Ante estaba con los renos. Ellos dos sencillamente no congeniaban. En sus momentos más oscuros, ella llegó a pensar que había celos por parte del marido. Antes decía, en un tono mordaz, que un hombre adulto tenía que valerse por sí mismo. Pero Lasse era entonces un estudiante de secundaria, estaba muy lejos de ser un adulto. Ese año cumpliría los veintidós, pero para ella eso no tenía ninguna importancia.

—Bueno, habrá café, ¿no?

Lasse ya estaba en la cocina, y ella respiró profundamente y lo siguió.

Cuando el café estaba en las tazas y el queso crujía entre los dientes, él empezó a tamborilear con los dedos. Se estiró y puso la radio.

—Debes de ser la única persona en el mundo que todavía tiene un radiocasete.

Lasse sabía que era de *isa*, que lo había utilizado para grabar el programa musical de radio *Melodikrysset* cuando no le daba tiempo a escuchar todas las preguntas y necesitaba oírlas de nuevo. Hanna nunca lo tiraría.

Lasse se sirvió otro café y dejó de tamborilear.

—Tal vez tenga que aceptar el trabajo en la mina de todos modos.

Él no levantó la vista y ella volvió la mirada hacia el patio. Había nevado y debería volver a retirar la nieve porque a Ante no le daría tiempo a hacerlo.

—¿Y qué? No hay nada de malo en ello.

Ella formuló cada sílaba en la cabeza antes de pronunciarla en voz alta, pero no por ello dejó de sonar forzado.

—Y si no, lo intentaré con Linda.

Con ella juntaría más renos, los suficientes como para que fueran rentables.

Él se echó a reír y golpeó con fuerza la mesa con el nudillo:

—Si ella todavía me quiere como marido.

Hanna echó unos trozos más de queso en el café y los removió.

—Pero quién sabe si vale la pena. Los ladrones y los torturadores de renos pronto habrán matado todo su rebaño.

Al ver que ella no contestaba, él hizo una mueca sonriendo.

—¿Qué te parece, hermana?

Ella buscó la bayeta, levantó la taza de él, la limpió por debajo y sobre la superficie de la mesa donde se había quedado un círculo.

Él bebió un sorbo.

—La mina, pues.

Cuando el ojo izquierdo se le fue hacia un lado, ella quiso taparlo. Calmarlo.

—Necesitas el dinero. Será solo durante los trabajos de mantenimiento de la mina, ¿no?

—Bueno, será como de costumbre, vamos un grupo grande de los pueblos.

Se referían a los trabajos de mantenimiento que se llevaban a cabo cuando en la mina algunas partes de la producción se paraban. Ella sabía que Lasse estaba muy solicitado, porque se le daban bien las máquinas.

Él presionó dedo tras dedo contra la palma de la mano.

—Aunque seguro que esta vez sea más largo, tal vez más fijo.

Ella vio por el rabillo del ojo que Lasse estaba esperando su reacción.

—Si alguien le va a vender su alma al diablo ese soy yo —dijo sonriendo de nuevo.

—Déjalo.

—Pareces disgustada, pero yo estoy contento. Ganaré mucho dinero. Podré volver a viajar.

—¿De verdad que no hay otra opción?

Se arrepintió tan pronto como lo hubo dicho. Las palabras de Ante sonaron en sus oídos. «Él es mayor, tú no eres responsable de él. No te involucres todo el tiempo». Para él era fácil decirlo.

—Solo quiero decir que Nils Johan seguro que necesita tu ayuda.

—No te preocupes, saldré de la mina cuando el sol de primavera sea lo suficientemente cálido.

Se oyeron unos gritos alegres que venían del patio. Elsa perseguía a Anna-Stina. Hanna sabía que la pequeña podía dar alcance a Anna-Stina en cualquier momento y adelantarla, pero se contenía.

—Me dan mucha pena —dijo Lasse.

—¿Qué quieres decir?

—No debería haberlas llevado más allá de la torre de caza. No tendrían que haber visto…

—¿Cómo podemos protegerlas de eso? ¿Deberíamos ir siempre por delante y ver si hay renos muertos antes de dejarlas salir? ¿Borrar las

huellas? ¿Qué vida sería esa?

—La policía no se ha puesto en contacto con nosotros.

—¿Todavía esperas que se haga justicia?

Hanna oyó lo punzante que sonaba, pero él sonrió a las chicas, que daban volteretas en la nieve.

—Ahora es buen momento para empezar a trabajar en la mina, cuando está oscuro tanto de día como de noche.

—¿Y dónde vas a vivir?

—Iré y vendré todos los días.

—¿Hasta cuándo puedes alquilar la casa en el pueblo?

Él se encogió de hombros, sacó un paquete de cigarrillos y empezó a jugar con uno entre los dedos.

—No se te ocurra fumar delante de las chicas.

Lasse levantó los brazos y esbozó una sonrisa torcida.

—No, por Dios, no. ¿Por qué van a tener que ver cosas tan peligrosas como los cigarrillos?

El lavavajillas pitó y ella se levantó para abrir la puerta; el vapor subió hacia el techo.

—Está aterrorizada —dijo él.

—¿Quién?

—Elsa. Creo que vio a Robert Isaksson.

Hanna suspiró y cogió el paño de cocina, levantó los rebanadores de queso y los secó hasta dejarlos brillantes.

En ese mismo momento se oyó un estruendo en la escalera de la entrada y la puerta se abrió de golpe. Hubo risitas en el pasillo, alguien se cayó y las dos niñas estallaron en carcajadas.

—¡Leche con cacao y bollos! ¡Estamos heladas! —exclamó Anna-Stina.

Tenían las mejillas rojas, y la punta de la nariz y las pestañas les brillaban por la nieve fundida. Se acurrucaron la una al lado de la otra en el sofá, susurrando entre risitas.

Lasse extendió los brazos y fue hacia ellas.

—¡Las princesas del pueblo!

—¡Nada de abrazos! —dijo Anna-Stina con firmeza levantando un pie.

Las chicas se rieron.

Lasse bajó los brazos y se quedó parado un segundo antes de agarrar el pie de Anna-Stina y ¡zas! De repente estaba colgando boca abajo y gritando. Elsa se reía tanto que se le saltaban las lágrimas.

—¡Para ya, loco! ¡Se te caerá! —exclamó Hanna.

—Siempre se puede confiar en mí.

Lasse bajó a Anna-Stina hasta que su mano tuvo contacto con el suelo y ágilmente rodó sobre su espalda. Se quedó en el suelo jadeando, con la cara aún más roja.

—¡Ahora levanta a Elsa!

Lasse miró con picardía a Elsa y Hanna vio las ganas que tenía de que Lasse la agarrara boca abajo.

—Esto parece el parque de atracciones de Gröna Lund —la animó él.

—¡Tú nunca has estado allí! —protestó Anna-Stina.

—Eso es lo que tú no sabes.

—¿Mamá?

—Fueron a Estocolmo con el instituto.

Lasse le tendió una mano a Elsa.

—¿Confías en mí?

Hanna vio que a la pequeña se le subía el rubor a las mejillas al mismo tiempo que asentía, toda seria. Lasse sería un gran padre algún día, se veía claramente. Tenía esa mirada para los pequeños e indefensos. Cuando sus padres murieron, en medio de su propio dolor, estuvo muy pendiente de Anna-Stina, la consolaba y la entretenía, sensible a las necesidades de una niña de siete años.

Elsa chilló cuando Lasse le dio la vuelta. Al final se agarró a sus pies y él la bajó con mucho cuidado.

Hanna no fue la primera en llegar a los buzones del pueblo. Como de costumbre, ya había allí un Mazda de color verde y ella saludó al anciano, que levantó la mano. No salió del coche y la radio tronaba a todo volumen. Hanna barrió la nieve de los diez buzones con el guante cuando el coche del correo dio la vuelta y aparcó.

El cartero saludó amablemente y puso la pila de correo directamente en las manos a Hanna, y esta le dio las gracias antes de echarlo todo en una bolsa. La bolsa se balanceaba en el manillar del trineo y, después de avanzar unos metros, se lo pensó un momento, dejó el trineo y volvió hasta el buzón de Marika y Nils Johan. Recogió algunos sobres blancos y publicidad de tiendas que solo había en las ciudades costeras.

Realmente no tenía tiempo; aún tenía que lavar la ropa de Lasse. Él había esperado hasta el último momento para contárselo, lo cual solo le había dejado a ella dos días para preparar todo lo que él necesitaba.

El timbre estaba estropeado, así que Hanna abrió la puerta y gritó que tenía demasiada nieve encima para entrar. Se sacudió el gorro y se retiró la nieve de los hombros. Le tendió el montón de correo a Marika.

—He recogido también el tuyo.

—¡Muchas gracias! ¡Entra! Hay café.

—No tengo tiempo, tengo que lavar la ropa de Lasse, se va hoy a la ciudad.

Pero entró en el pasillo y cerró la puerta.

—No sé cómo se las va a arreglar Nils Johan sin él —dijo Marika.

—Mattias ya es todo un hombre, seguro que salen adelante.

Marika echó un vistazo al correo y le enseñó una carta con el sello de la policía antes de abrir el sobre.

—Archivado. De nuevo. Esta vez directamente. Si no, suele llegar un poco más tarde. Cuando al menos hacen como si intentaran hacer algo, investigar algo.

Arrugó la carta dentro del sobre y la tiró encima de la balda del perchero.

—No se la enseñaré a Nils Johan esta noche. Así estaremos más tranquilos.

Hanna asintió y dijo que lo entendía. Le goteaba el pelo y se pasó la

mano por la mejilla húmeda.

—Pero he pensado una cosa. ¿Cómo se encuentra Elsa? ¿Habéis hablado con ella de lo que pasó?

—Creo que no vio mucho del lugar de la matanza.

—No, no me refiero a eso, sino en el cercado cuando estaba sola. He hablado con Lasse y él cree que está muy asustada.

Marika le dio la espalda y colgó una bufanda que se había caído del gancho del perchero.

—No lo creo. Con el tiempo lo olvidará.

—Pero es demasiado mayor para olvidar. Quizá la enfermera de la escuela...

—¿Qué va a decir ella? —Marika negó con la cabeza—. A Elsa se le pasará, o tendrá que acostumbrarse a que es así.

Hanna apretó los puños en los bolsillos de la parka.

—Pero no podemos dejar que lo gestionen solos. No tenemos que contarles todo si no hay necesidad, pero cuando ocurren tantas cosas desagradables tienen que recibir apoyo.

Le salió un tono más duro de lo que pretendía y Marika miró al suelo.

—Nosotros hablamos mucho con Anna-Stina y le explicamos muchas cosas —dijo Hanna tratando de emplear un tono de voz más suave.

Marika levantó la vista y abrió la boca para decir algo, pero luego apretó los labios.

—Ya sabes que, por desgracia, ese tipo de cosas pasaban cuando nosotras éramos pequeñas —continuó Hanna.

—Tú has pasado por ello. Sí, lo sé.

Marika acentuó el «tú» y Hanna se volvió a enfadar. ¿Qué le pasaba? Apretó sin querer el gorro mojado y el agua cayó en la alfombra de la entrada.

—Si quieres puedo hablar con Elsa. A veces es más fácil hablar con alguien que no sean tus padres.

—No hace falta.

Hanna se puso el gorro y los guantes.

—Bueno, entonces me voy a casa. La colada. Lasse sabe lavarse la ropa, pero será más fácil cuando tengamos la secadora nueva.

—Sí, claro.

—Puede que le den un puesto de trabajo fijo en la mina. Pero no sé si alegrarme.

—En cualquier caso, ganan mucho dinero.

—Sí, eso es verdad. Pero él quiere estar con los renos. Ya sabes lo que

pasa cuando creces con eso.

La mirada de Marika se ensombreció de nuevo.

—Gracias por el correo.

Hanna tenía las mejillas encendidas cuando estaba en la salida del patio. La última vez que les hacía un favor. Giró el trineo con un movimiento rápido y salió a la carretera principal. La nevada era aún más densa y se encogió. Nunca había sido fácil entender a Marika. ¿No hablar con los hijos? ¿Qué tonterías eran esas? A veces se notaba claramente que no se había criado con los renos. Podía tener el traje tradicional sami y hablar sami, pero no iba más allá. Hanna esperó a que un coche pasara por la carretera antes de cruzarla. En la subida caminó entre los patines del trineo y la bolsa con el correo que se movía de un lado a otro.

El Volvo de Lasse estaba en el patio con el motor al ralentí. Se apresuró y dio impulso con el pie para hacer el último tramo.

Elsa se bajó del autobús escolar y miró directamente hacia lo alto de la cuesta que conducía a la casa de Anna-Stina; buscaba el Volvo de Lasse. Había cruzado las manos en el camino de vuelta a casa, apretando los dedos con fuerza con la esperanza de llegar a tiempo para despedirlo. Cuando Anna-Stina le dijo que ese día se iba, Elsa no pensó más que en volver al pueblo cuanto antes.

Pero el patio fuera de la casa estaba vacío, y se volvió, se encogió de hombros y agachó la cabeza. Arrastró los pies a través de la nieve recién caída y se hizo su propio camino desde la carretera principal hasta su casa. Miró hacia atrás y le gustó lo que vio, ser la primera, trazar sus propios caminos. Entonces se le ocurrió lo que iba a hacer. Hoy era el día. Había dejado de nevar, pero la máquina quitanieves todavía no había pasado. Aún dudó un momento, pero cuando no vio a nadie a través de la ventana de la cocina tomó la decisión. Abrió la puerta y tiró dentro la mochila antes de correr de nuevo hacia la carretera. Ya no podía tardar mucho. Tenía que escuchar atentamente para oír por dónde venía la máquina quitanieves. Guardó la placa reflectante en el bolsillo de la chaqueta para ser lo más invisible posible. Se caló el gorro sobre las orejas y se aseguró de que las mangas de la chaqueta le cubrieran los guantes.

¡Ya! Ahí estaba el ruido del motor. Venía con toda seguridad del pueblo vecino, y Elsa corrió rápidamente hacia el otro lado. Quizá debía acurrucarse, o ¿debería colocarse abajo en la cuneta y correr hacia arriba cuando se acercara la máquina? Anna-Stina habría sabido cómo hacerlo.

Pero ahora iba a impresionarla, iba a hacer algo ella sola. Se encendió la lámpara del cuarto de estar y Elsa se tiró al suelo de bruces. Su madre iba dando la vuelta con un trapo del polvo en la mano, levantando las macetas y limpiando el alféizar de la ventana. Parecía que hablaba sola, tal vez estaba cantando. Su madre tenía realmente una voz muy bonita. Ahora la máquina quitanieves estaba cerca. Ella quería que la nieve le cayera por todo el cuerpo; acurrucada no sería lo mismo. El parpadeo de la luz se vio a lo lejos en la curva, era cuestión de segundos.

Se levantó y miró hacia la ventana del cuarto de estar, le dio tiempo a ver a su madre sobresaltada y acercándose más a la ventana. El camión se acercó con un ruido atronador y la gigantesca pala arqueada lanzó una ola de nieve. Ella sonrió; luego ya no pudo respirar. La nieve la golpeó con tanta fuerza que salió despedida hacia atrás. Se cayó, pero aterrizó suavemente en la nieve y estuvo unos segundos completamente perdida en una gran nube de nieve. Había nieve por todas partes, se le pegaban las pestañas, había perdido el gorro y tenía el pelo blanco. ¡Lo había hecho!

En ese momento resonó el grito de su madre y Elsa trató de reponerse y salir de la nieve.

—¡Elsa!

Su madre se tiró al suelo y la agarró por los hombros.

—¿Te has hecho daño? ¿Qué estás haciendo?

Elsa sonrió y extendió los brazos.

—¡Lo he hecho!

—¿Quieres morirte, cariño?

Entonces Elsa vio las lágrimas. Y los mocos. Su madre lloraba como una histérica y la abrazaba con tanta fuerza que le hacía daño.

—¿Cómo has podido hacer una cosa tan tonta? ¿No has visto la máquina quitanieves?

Sacó fuerzas de flaqueza y levantó a Elsa. Ahora que su madre lloraba, no era tan divertido, pero al mismo tiempo le vibraba todo el cuerpo, era como si Elsa fuera invencible y eso la hizo sonreír.

Dentro, en el pasillo, su madre le quitó la chaqueta, los pantalones impermeables y la bufanda, y la sentó en sus rodillas para quitarle las botas. Había nieve por todas partes y la ropa estaba en un montón. Su madre se levantó con ella en brazos y Elsa le rodeó la cintura con las piernas y apoyó la cabeza en su hombro.

Elsa subió pitando la cuesta hasta la casa de Anna-Stina; apenas tenía aliento cuando abrió la puerta. Hanna salió a su encuentro y la miró divertida.

—Llegas temprano como de costumbre, pero parece que hoy pasa algo importante. Lo veo.

—¿Viene Lasse al pueblo hoy?

—No, ha conseguido un apartamento, así que seguramente ya no vendrá todas las tardes. ¿Querías hablar con él?

Elsa asintió con tanto ímpetu que el cabello se le agitó alrededor del rostro.

—¿Has dormido algo, pequeña? Tienes unas pequeñas sombras azuladas debajo de los ojos.

—Me desperté a las seis.

Elsa quería pasar por delante de Hanna y subir a la habitación de Anna-Stina, pero Hanna le cortó el paso en broma.

—¿No puedo oírlo yo también?

—Solo Lasse. Y Anna-Stina. ¿Está despierta?

Hanna asintió y se hizo a un lado sonriendo. Elsa subió las escaleras de dos en dos hasta el piso de arriba y se tiró en la cama al lado de Anna-Stina. Su amiga estaba en la calidez de la cama y levantó el edredón. Elsa había pensado decir: «A que no adivinas», pero estaba tan exaltada que dijo:

—¡Ayer me quedé de pie en la cuneta cuando vino la máquina quitanieves y la nieve me cubrió por completo!

Anna-Stina puso los ojos como platos.

—Salí volando hacia atrás y había nieve por todas partes. ¡Fue como volar! ¡Con nieve!

—Yo también he estado en la cuneta y me ha caído la nieve encima cuando papá la ha retirado con el tractor —dijo Anna-Stina bostezando.

Pero Elsa no se desanimó. Nada podría detenerla ahora. Dio unas palmadas de entusiasmo sobre el edredón.

—¡Pero esto fue con el camión quitanieves! ¡Seguro que fueron dos metros de nieve los que me tiraron al suelo!

Anna-Stina se mordió el labio y luego lo soltó:

—Voy a tener un hermano. Pero es un secreto que no puede saber nadie.

—Lo de la máquina quitanieves también es un secreto.

Pero Elsa bajó la mirada. Un bebé. Un bebé pequeño y cálido. Se imaginó a Hanna delante de ella, tal como la había visto hacía un momento en el paso de la puerta con el rociador de las plantas en la mano. Pero no tenía la barriga abultada, ¿o sí?

Anna-Stina siempre ganaba. Elsa quería irse a casa. Le quitó el edredón, pero Anna-Stina se lo volvió a poner.

—¿Cómo crees que debería llamarse mi hermanita?

Además, una niña. Elsa se encogió de hombros.

—Creo que Melanie es bonito. —Anna-Stina la miró.

Elsa le devolvió la mirada, enfadada.

—¿Estás segura de que es una niña?

—Eso no se puede elegir, claro, pero eso espero. Va a ser mi mejor amiga.

Elsa apretó los dientes con tanta fuerza que le dolieron hasta las sienes. No podía contarlo. No podía contarlo.

—Yo no fui un bebé corriente.

—¿Qué?

—Vengo de un óvulo de las estrellas.

Anna-Stina enarcó las cejas.

—Los óvulos de las estrellas son más valiosos que otros. Porque cuestan dinero. Y antes de estar en la barriga de mamá, nací afuera.

Elsa había visto las imágenes de los espermatozoides entrando en los óvulos. Eran muy parecidos a los peces espinosos que atrapaban con el salabre en la playa en el verano.

—¿Qué? ¿Cómo?

A Elsa le dio dolor de estómago. Había hablado demasiado.

—Así es como fue. Pero este es un secreto que no puede saber nadie.

—Si mi hermanita no va a llamarse Melanie, entonces puede llamarse Minou.

Por la tarde, cuando Elsa y su madre estaban solas en el sofá mirando una película, ya no pudo aguantarse más.

—¿Puedo tener un hermano?

Su madre la miró sorprendida.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido pensar algo así? Nunca me habías dicho que querías tener un hermanito.

Elsa dejó que las patatas fritas crujieran un rato entre los dientes.

—Pero ahora quiero tenerlo.

—Pero cómo ¿no te acuerdas que te dije que naciste de un óvulo fecundado *in vitro* y que…?

—… y que fue caro y difícil, lo sé.

Su madre resopló.

—Oye, Elsa, yo nunca he dicho eso. Y qué importa lo que costó. Dios mío, tú eres lo más bonito que tenemos.

Elsa se mordió la lengua. Le habría gustado decir que ella había oído cómo su madre y *siessá* hablaban de lo mucho que costaba la fecundación *in vitro*, y que alimentar a los renos era caro, y entonces no podían permitirse el lujo de tener más hijos.

Su madre le frotó la espalda.

—Además, ya soy demasiado mayor.

Elsa también había oído que su madre y *siessá* hablaban de que Hanna quería tener más hijos. *Siessá* solía decir que le hacía falta un chico, y su madre se reía, y nada de eso sonaba demasiado amable. Pero si llegaba una hermana pequeña, como dijo Anna-Stina entonces, tal vez no era tan bueno que tuvieran un bebé. Elsa se llenó la boca de golosinas para no revelar el secreto.

Se levantó del sofá y se dirigió al baño. La luz de la lámpara del pasillo parpadeó y miró hacia arriba. En el perchero había un sobre que parecía abultado. Con ayuda del calzador lo empujó y cayó sobre la alfombra. Vio el sello de la policía y se quedó paralizada. Sacó la carta con cuidado.

—¿Quieres que pare la película? —gritó su madre.

Elsa volvió al cuarto de estar con la carta en la mano.

—¿Tampoco vendrá la policía esta vez?

Robert arrojó un cacillo lleno de agua sobre las piedras y se produjo un silbido furioso cuando el vapor salió en todas las direcciones. Se secó el sudor de la frente, apoyó los codos en las rodillas y gimió.

El calor le escocía en la cara, en la espalda y el pecho. El sudor le corría desde el cuello y por debajo de los brazos, y tenía el pliegue del estómago todo mojado. Llevaba una toalla enrollada alrededor de la cintura, pero el padre estaba sentado desnudo sobre su toalla azul en un banco por debajo del suyo. Años atrás había sido al contrario. Su padre se había sentado en la parte superior echando cacillo tras cacillo a las piedras, hasta que Robert salía huyendo para coger aire. Siempre era una derrota abrir la puerta y volver a entrar después. Su padre, sentado allí arriba con una cerveza en la mano, lo miraba, impasible. Si estaba especialmente de mal humor, echaba otro cacillo de agua a las piedras tan pronto como Robert se volvía a sentar. Entonces no le quedaba más remedio que obligarse a permanecer sentado, aunque el vapor le ardiera como el fuego en el cuerpo y en los pulmones.

Pero eso le había hecho más fuerte y no había nadie en el pueblo que se quedara sentado cuando Robert atizaba las piedras en la sauna municipal, que estaba al lado del lavadero. Sentado arriba de todo, los veía salir uno tras otro. No había sido tan tonto su padre; lo había hecho más fuerte.

En cambio, ahora, el viejo, débil y decrépito, se sentaba en el banco de abajo, y viéndole la espalda parecía que cada respiración era un tormento. Estaba casi a punto de caer hacia delante. A su lado, la cerveza había tenido tiempo de calentarse.

Su padre había estado con él en el bosque para llevarse los renos. En realidad, no era tan viejo, se acercaba a los sesenta y ocho, pero tenía el cuerpo desgastado. Se llevaba la mano al corazón y hablaba de angina de pecho, y tosía de tal modo que le temblaba todo el cuerpo como si sufriera convulsiones. EPOC, dijeron los médicos. Ese día en el bosque Robert había tenido tiempo de pensar más de una vez que pronto se quedaría sin compañía. Tendría que hacerlo todo él solo.

—Tal vez deberías rendirte ya, ¿no?

Robert formuló la pregunta pasándose las manos por los brazos sudorosos, sintiendo el deseo de salir a la nieve. Pero no pensaba irse el

primero.

—Qué dices, ¿ya te rindes? —La voz era ronca, todo el pecho le silbaba al hablar.

—No, pero parece que te cuesta respirar.

—¡Bah! —El padre tosió de manera estentórea y se quedó sin aliento—. En la sauna hay que estar callado —consiguió decir.

El viejo soltaba muchas chorradas, pero Robert le dejaba hacer. El anciano despedía un olor fuerte y desagradable. Siempre se negaba a ducharse antes de entrar en la sauna, y los poros desprendían un hedor infernal. Sudor y viejas resacas.

Robert empezó a relajarse. Notaba en la cabeza y el cuerpo aquel zumbido tan familiar que aparecía después de la tercera o cuarta lata.

Todo había ido bien, de todos modos. La carne estaba lista y empaquetada.

Movió con cuidado el hombro, hacia arriba y hacia abajo. En la sauna todo se volvía suave, las articulaciones y los músculos. El calor picaba en la piel como agujas ardientes, pero los músculos contraídos se relajaban.

Áhkku había dicho que uno iba a parar al infierno si mentía. Eso fue lo primero que se le pasó a Elsa por la cabeza al despertarse. Se quedó quieta apretando y relajando los dedos de los pies. Los estiró de forma que parecían dos abanicos. Nadie más en la familia sabía hacer eso. Todo lo que ella tenía de particular debía de venir del hecho de que había nacido de un óvulo estelar.

Elsa había cometido un gran error. Había desvelado el secreto de su madre sobre el óvulo estelar, y eso que había prometido no hacerlo nunca. Pero se había callado el secreto más grande: aquel que debería haber contado. Así, las cosas quizá habrían sido diferentes. Entonces, puede que no siguieran recibiendo esos sobres blancos con el sello de la policía que tanto entristecían y enfurecían a su madre y a su padre. Entonces, puede que Henriksson se hubiera sentado a la mesa de la cocina, asintiendo y apuntando todo lo que ella decía. Pero ¿y si de todos modos Robert no acababa en la cárcel? Entonces los mataría a todos. Por lo menos a ella, la que lo había contado. La que lo había señalado.

Elsa buscó la oreja del reno debajo de los vaqueros que estaban en el suelo, al lado de la cama. La olió con cuidado. Se había arriesgado y la había metido en casa el día anterior. Pronto debería ser posible tenerla dentro todo el rato sin que su madre se quejara del mal olor.

Se le escapó un sollozo y dejó caer las lágrimas por los lados de la cara hasta las orejas. Notó cosquillas en el oído, y cuando se lo frotó parecía como si lo tuviera mojado y pegajoso. Una vez, Lasse no pudo volver en avión desde Mallorca porque le había entrado demasiada agua en los oídos. Eso es lo que le había explicado, y Elsa, riéndose, le había dicho que era un mentiroso. Ella nunca había tenido agua salada del Mediterráneo en los oídos. Pero sí agua fría del río que casi le había congelado el cerebro.

Hoy quizá vendría Lasse a casa; eso había dicho Hanna. Si alguien era capaz de escuchar lo que ella tenía que decir, era él. Se secó las mejillas con la palma de la mano y trató de pensar en el camión quitanieves y en la nieve que se la llevó por delante. Entonces sintió un pequeño cosquilleo en el estómago. Esa historia le gustaría a Lasse y, de hecho, ella podría contar lo de la máquina quitanieves primero y luego esa otra cosa, cuando él estuviera

contento e impresionado por la valentía que ella había demostrado. Con suerte, él comprendería que había querido protegerlos a todos.

Claro está que, cuando una proviene de un óvulo estelar que ha costado tanto, hay muchas expectativas puestas en esa niña; eso lo podía comprender Elsa. Tal vez esa fuera la razón por la que su madre no quería que nadie supiera que había venido de un óvulo estelar, porque no había salido como todos esperaban. ¿Cómo debía ser realmente? Seguro que tenía que haber algo más que poder estirar los dedos de los pies en forma de abanico.

Subió la cortina y observó la oscuridad de fuera. Había nevado durante la noche y la mitad de la ventana estaba cubierta de nieve. Iba a esperar a que pasara el Volvo de Lasse y subir corriendo a la casa de Anna-Stina en cuanto lo viera patinar por el camino de acceso.

Áhkku estaba fuera quitando la nieve del patio. Elsa la vio pasar como un torbellino empuñando la pala y echando la nieve encima de los montones que había a los lados. Jadeaba y se paraba a menudo. *Áddjá* estaba enfermo. Ya no salía casi nunca. Se quedaba en casa sentado en el sillón junto a la chimenea y le echaba nueva leña seca de abedul una y otra vez. Tampoco le quedaban muchas ganas de charlar, si es que alguna vez las tuvo. La ropa le quedaba grande y tenía las mejillas hundidas.

Elsa sintió de repente que tenía prisa por hablar con él. Escondió la oreja en la caja en la estantería y se puso unos pantalones vaqueros y un jersey blanco. Pasó corriendo al lado de *áhkku*, que le dijo algo, pero se hizo la sorda, se sacudió la nieve de las botas y entró. Justo como lo había imaginado, *áddjá* estaba sentado en el sillón en el cuarto de estar.

—Anda, eres tú.

Parpadeaba lentamente, y sus muñecas, que una vez habían sido fuertes, temblaban en su delgadez bajo las mangas de la camisa. Era una camisa nueva a cuadros que *áddjá* se solía poner para ir al médico.

—¿Nos acompañarás al mercado la semana que viene? Voy a cantar en el coro.

Olfateó el aire; la casa tenía el mismo olor que *áhkku*.

—Creo que me quedaré en casa.

Áddjá cerró los ojos y ella se preguntó si se habría quedado dormido de repente, como acostumbraba a hacer últimamente.

Hacía un calor asfixiante, y echó una ojeada al ventilador que había en el techo. Solo *áhkku* se atrevía a encenderlo sin preguntar primero. Pero en ese momento Elsa se puso de puntillas y tiró del cordel dorado. El ventilador se puso en marcha y los finos pelos grises de *áddjá* revolotearon en su cabeza.

Parecía disgustado, pero ella no hizo caso.

—Ayer, cuando pasó la máquina quitanieves, yo estaba en la cuneta y acabé cubierta por completo de nieve. ¡Dos metros de nieve!

Áddjá la observó un rato y luego sonrió.

—¡No me digas!

Ella se puso de rodillas en el sofá, dando pequeños saltitos. ¡Por fin! Por fin había alguien que apreciaba lo que había hecho. Tal y como lo haría Lasse también.

—Salí volando de espaldas, seguro que tres metros.

Cuando *áddjá* se rio, ella casi se levantó del sofá de un brinco para darle un abrazo.

—Ya verás, lo volveré a hacer.

Grandes llamas lamían el cristal de la chimenea. Elsa tiró del cordel dorado del ventilador para ponerlo a la máxima potencia y a *áddjá* se le pusieron los pelos de punta.

Ella le colocó la mano en la oreja y le susurró que era un secreto. Él asintió y le volvió la cabeza para poder susurrarle una respuesta. Elsa sintió escalofríos a lo largo de la columna vertebral.

—Me encantaría ver cómo vuelas en la nieve, pero ahora apaga ese ventilador antes de que nos cojamos una otitis.

Elsa le obedeció y se sentó a pensar. Toqueteó el botón del cojín de sofá. Soltó un suspiro.

—Si tuviera una otitis… —empezó a decir.

—¿Sí?

—Bueno, si la tuviera, no pasaría nada, porque tú la podrías curar.

Ya lo había dicho. Eso de lo que no se podía hablar. Miró nerviosa al patio donde *áhkku* iba deprisa de un lado a otro. Solo esperaba que no fuera a entrar ahora. *Áddjá* no dijo nada. Metió otro trozo de leña en la chimenea.

—Me gustaría saber cómo lo haces.

La voz se le volvió ronca por los nervios.

—Ven —le dijo él extendiendo una mano.

Ella se escurrió hacia la esquina del sofá y *áddjá* puso su mano caliente sobre la de ella.

—¿Habrías podido salvar a Nástegallu? —preguntó Elsa en voz baja.

Él sacudió la cabeza. Cuando al cabo de un rato le soltó la mano, él sonrió. Elsa no comprendió por qué, pero le devolvió la sonrisa.

—Ha sido una suerte que vinieras hoy aquí, *unna oabba*.

—No le digas a *áhkku* que te lo he preguntado.

—Claro que no.

—¿Pero puedo saber cómo lo haces?

—Cuando seas más mayor, lo sabrás.

Ella frunció el ceño. No le gustaban esas respuestas extrañas que daban los adultos. *Áddjá* volvió a cerrar los ojos y esta vez no cabía duda de que se había dormido. Un ronquido profundo resonó en la garganta.

Mattias estaba agachado en el coche; se cubrió la cabeza con la capucha y se tapó la cara con el móvil. Habían aparcado justo enfrente de la entrada de la tienda del pueblo vecino. Todos sabían que debían hacer la compra allí siempre que fuera posible, porque si no corría el riesgo de irse a la quiebra. Pegada con celo a la puerta, había una nota escrita a mano en la que la dueña, con letra casi ilegible, decía que necesitaba el apoyo de los clientes. La señora empezaba a acercarse a los ochenta, pero no tenía ninguna intención de abandonar su puesto detrás la caja, aunque ahora el hijo que vivía con ella solía ser quien recibía a la clientela. El hijo tenía casi sesenta años y nunca se había ido de casa. A Mattias no le gustaba que le recordaran ese riesgo, el de convertirse en un solterón raro que todavía vivía en casa de sus padres.

El padre arrancó el coche y lo dejó en punto muerto mientras esperaban a la madre. Volvía a hacer frío; los cambios de tiempo eran cada vez más frecuentes. Mattias tenía la esperanza de poder hacer prácticas de conducir en el camino de vuelta a casa, pero, sobre todo, quería salir de allí antes de que alguien lo viera con su familia.

Elsa estaba sentada a su lado en el asiento de atrás tarareando una canción. Al mismo tiempo vieron el viejo Jeep marrón oscuro, y ella se calló. Aparcó de cualquiera manera y quedó torcido delante de ellos. Había un cuerno grande de reno amarrado al neumático del portón trasero.

—*Sargeoaivi* —murmuró el padre entre dientes.

También Mattias reconoció la forma de los dos cuernos finos y alargados. Agarró el asiento del conductor y se inclinó hacia delante.

—Pero... ¡qué cojones!

Robert dejó el coche con el motor encendido y subió de dos zancadas las escaleras de la tienda. «Ese desgraciado camina como si fuera el dueño del mundo», pensó Mattias.

—¿Tenemos el hacha detrás? ¡Le arrancaré ese cuerno!

Le salpicaba la saliva al hablar y ya había abierto la puerta del coche.

—¡Tranquilízate! —refunfuñó su padre.

—Puede que sea nuestro reno. ¡Seguro que es uno de los nuestros!

—¡Cierra la puerta!

Mattias respiraba aceleradamente y Elsa parecía asustada. Eso le

enfurecía aún más.

—¡Pero puede ser una prueba!

Salió del coche, pero no cogió el hacha. Sin embargo, sacó fotos al cuerno desde diferentes ángulos. Se entretuvo, esperando que saliera ese cerdo. Estaba preparado para pelearse.

—Entra en el coche, Mattias —dijo Elsa con una vocecilla lastimera.

Ojalá Elsa no los hubiera acompañado. Mattias se volvió a sentar junto a ella a regañadientes y le pasó el móvil a su padre.

—¿Te has fijado en la puta pegatina? «No al Convenio 169 de la OIT».[6]

Era imposible quedarse quieto. Se le disparó el pulso y pegó un puñetazo al asiento, sobresaltando a Elsa.

Su madre salió con dos bolsas llenas. Abrió el maletero y las guardó antes de sentarse delante. El padre señaló el Jeep con la cabeza y ella se paró en seco antes de seguir poniéndose el cinturón de seguridad.

—Papá no me deja que arranque el cuerno de un hachazo.

Ella echó un vistazo hacia atrás.

—¿Estás loco? Nos vamos de aquí ahora mismo.

El padre metió la marcha atrás pero no soltó el embrague. Se quedó mirando fijamente el cuerno de reno.

—Vamos, papá, por favor —susurró Elsa.

Robert salió sujetando un ejemplar del periódico *Aftonbladet*. Pasó lentamente junto a su coche; sin mirarlos, pero con una sonrisa irónica. Mattias dio un puñetazo al asiento del conductor.

—¡Basta! —dijo su madre con voz tensa.

El padre metió primera y pisó el acelerador, pero sin soltar el embrague. Su madre parecía aterrorizada.

—¿Qué haces? Ahora mismo das marcha atrás y sales de aquí. ¿Me oyes?

Mattias asomó su cabeza entre los asientos.

—¡Atropéllalo, papá!

—¡De ninguna manera! —dijo la madre susurrándole enfadada al oído —. Llevamos a Elsa en el coche.

El Jeep dio marcha atrás rápidamente hasta quedar muy cerca de la parte delantera del otro coche. Los neumáticos patinaron un poco cuando Robert pisó demasiado el acelerador, pero finalmente salió de allí.

Se hizo el silencio en el coche. Mattias se recostó hacia atrás, se sentía completamente vacío. El padre dio marcha atrás y la madre miró por la ventanilla.

6 El Convenio 169 de la OIT sobre los pueblos indígenas.

A veces llegaba aquella sensación de que era demasiado tarde. La sensación de haber perdido algo. Hanna deambulaba por su casa silenciosa. Ante estaba en el cercado para realizar un último control. Anna-Stina se había dormido hacía un buen rato.

No tenía nada con que ocupar el tiempo, nada que limpiar, ya lo había hecho todo. Así que andaba de un lado a otro en el silencio y, de vez en cuando, miraba hacia el pueblo. Había llamado Lasse. Tenía que haber regresado ayer, pero le había tocado hacer un turno extra. El dinero venía bien, le había dicho.

¿Se le había olvidado decirle algo? Arregló los flecos de la alfombra de la cocina con los dedos de los pies, se colocó una mano sobre el vientre, que ya iba asomando, y sonrió para sí misma. Las hormonas estaban haciendo de nuevo de las suyas. Tenía unas pesadillas repugnantes y se despertaba con acidez de estómago. No tenía las ideas claras; las hormonas influían en todo lo que hacía. Se calmó y se sentó a la mesa de la cocina. Tenía que acordarse de poner una bombilla led que fuera más suave a la vista.

Se recostó en la silla blanca para dejar descansar los ojos, pero enseguida se irguió de nuevo. Pasó las manos por encima de las servilletas lisas con un estampado de flores verdes. Recolocó los portavelas. Cuando sonó el móvil, el número oculto la puso en guardia. Eso no se debía a las hormonas.

Una vez acabada la conversación, dejó caer el móvil al suelo, se le redujo el campo visual y se le pusieron a temblar las piernas. Le faltaba el aire. Salió fuera para poder respirar.

Se quedó en la nieve en las escaleras, descalza.

Gritó.

Lasse había muerto. Se había matado.

A Hanna le resultaba difícil pronunciar la palabra suicidio. Habían pasado dos semanas y aún no podía hablar de ello. Pero delante de la pastora protestante había formulado esa frase por primera vez. Se mató.

En el coche fúnebre que iba delante de su coche yacía él. En el féretro. Era incomprensible. Hanna iba en el asiento del copiloto y sentía el cuerpo entumecido. Ante conducía, pero la miraba más a ella que a la carretera. En el asiento de atrás iba Anna-Stina, muda y con los ojos rojos de llorar. Hanna debía estirar la mano y apretar la de su hija, pero era incapaz de hacerlo.

Se habían acercado a la ciudad a buscarlo y ahora estaban de camino al entierro. Iban de regreso al pueblo detrás del coche de la funeraria. El cabello rubio de la pastora se entreveía en el asiento del copiloto del coche fúnebre. Hanna había solicitado expresamente a Carin Gustavsson. Le daban igual las voces de cristianos escandalizados por que una mujer oficiara en la iglesia. Carin había conocido a Lasse y él había hablado de ella después del campamento de confirmación sami; había dicho que era distinta de los demás pastores, que escuchaba y además era divertida. Así que Hanna había elegido a Carin con la esperanza de que ella pudiera decir algo sobre Lasse, algo que explicara lo sucedido. Que ya había alguna cosa cuando él tenía quince años que ella había pasado por alto.

Carin le había hablado con franqueza. Le había contado que su marido trabajaba en la mina y por eso se había enterado enseguida del suicidio. Lo habían encontrado muerto en un túnel. Carin le dijo que sus compañeros de trabajo se habían quedado estupefactos, porque él era siempre una persona muy alegre, y sí, así era como le había parecido a ella en el campamento.

Por entonces, Carin era una pastora bastante novata. Lasse le había causado una gran impresión, y también ella lo consideraba una persona de carácter positivo. Un chico que levantaba el ánimo a todos y que creía ver más allá de las dificultades. Había tenido conversaciones a solas con todos los adolescentes. Pero, le dijo a Hanna, con él no era posible profundizar. Solo quería pasárselo bien.

—Y yo le creí.

Hanna la había escuchado, había mirado sus ojos cálidos y se había

reconocido a sí misma. Ella también le había creído.

—Pero es que él era así. ¿O es que fingía todo el rato? —había preguntado.

Carin le había tomado las manos y las había mantenido entre las suyas.

—No debes culparte.

Era un día hermoso; rayos luminosos de color rosa surcaban el cielo. En la ciudad, Hanna, Ante y Anna-Stina se habían reunido con los hermanos y sus familias. Muchos coches se sumarían al cortejo fúnebre a medida que fueran acercándose al pueblo vecino y a la iglesia. También se esperaban muchas familias de Noruega. Llegaría gente de toda Sápmi para despedirse de su Lasse.

Formarían una gran caravana que serpentearía mucho antes de llegar a la iglesia. Los coches que venían en dirección contraria se detenían en señal de respeto por el último viaje del difunto. Los que iban a asistir al entierro estaban esperando con el coche al ralentí fuera de sus casas o a lo largo de la carretera, preparados para unirse a la comitiva fúnebre. A Hanna jamás se le había ocurrido que tendría que ir delante de una comitiva para enterrar a su hermano pequeño.

Se le volvieron a saltar las lágrimas, y le dolió la garganta al tratar de contener el llanto. Ante le puso una mano sobre la pierna y la apretó con ternura.

—Respira —dijo.

No dejó ninguna carta, ninguna explicación, y parecía contento cuando la llamó el día anterior. Los pensamientos iban en círculos, volviendo todo el tiempo a la misma pregunta. ¿Por qué?

Miró en el espejo retrovisor. Ya había tantos coches que ni siguiera se veía el último. ¿Cómo podría superar aquel día? No quería ver descender el féretro en la tumba. Aquella imagen hizo aumentar el pánico y le agarró la mano a Ante. El llanto le volvía a salir del fondo de la garganta.

—Respira hondo. —Él respiró profundamente. Hizo que ella le imitara —. Y suéltalo despacio.

Respiraron juntos. Respiraciones lentas y profundas.

Anna-Stina comenzó a llorar de nuevo en el asiento de atrás y Ante liberó una mano para acariciarle la pierna.

—Todo irá bien, todo irá bien —repitió.

El féretro yacía pesadamente sobre las ramas de abeto en el patio de delante de la casa de Hanna y Ante. Blanco y sencillo, sin coronas de flores. Mattias apenas era capaz de mirarlo. No sabía dónde fijar la vista. Ante sujetaba a Hanna, que tenía la cara retorcida del dolor. Mattias no sabía qué aspecto tenía él mismo. Se notaba la cara rígida.

Las cuñadas de Lasse y algunos familiares ancianos hojeaban algunos papeles. Los salmos se tenían que cantar en sami. Pero la mayoría se sabía los textos de memoria, y los más viejos no sabían leer en su propia lengua.

Mattias observó a la pastora, que estaba callada. Ella tomaría la palabra en la iglesia. Esta era la ceremonia de la familia, cuando el difunto volvía a casa por última vez. ¡Pero esta no era la casa de Lasse!

Elsa estaba escondida detrás de *siessá*. Su traje típico sami de color azul revoloteaba en el viento. El anorak le cubría el chal y su *risku* recién abrillantado. No llevaba guantes y estaba constantemente rebuscando con la mano derecha en el bolsillo del abrigo. *Unna oabba* estaba blanca como la nieve, tenía pálidos hasta los labios, que casi desprendían un destello azulado.

Algún que otro hombre cantaba, pero en general eran las mujeres quienes entonaban con sus voces claras. Les temblaba la voz.

Mattias vio que *áhkku* no cantaba. Tenía los labios apretados y miraba fijamente hacia la carretera. Sus broches estaban mal prendidos. Su madre se había ofrecido a ayudarla, pero *áhkku* solo había sacudido las manos irritada. Todos los demás iban perfectos: los broches en una línea perfectamente recta sobre el pecho y los chales sin una sola arruga. Llevaban puestas las cintas de las botas con la misma pulcritud, y todos los botones de plata, las hebillas y los broches estaban recién bruñidos. ¿Perfectos? Mattias detestaba todo aquello. Pero estaba ahí y era igual que los demás, con la espalda tan recta como si llevara puesto el *gátki*.

La iglesia estaba repleta. Los trajes típicos samis lucían en todo su colorido, los broches reflejaban la luz de las lámparas del techo. Hacía un calor sofocante, y la nieve de las botas se había fundido rápidamente y había

formado charcos.

Mattias no podía mirar a los ojos a sus amigos. Las chicas lloriqueaban y se apoyaban las unas en otras en los bancos. Las mujeres lloraban con una pena insoportable. Quería taparse los oídos, como hacía Elsa. El llanto de los hombres era silencioso, si es que lloraban. Su padre se pasó fugazmente una mano por la mejilla. Ante abrazaba a Hanna, cuyos hombros temblaban.

Elsa no quiso quitarse el anorak y su madre le susurró, irritada. Mattias tuvo ganas de sacárselo a la fuerza. Al final, ella cedió, pero siguió con la mano metida en el bolsillo del anorak. El calor de la iglesia le había devuelto el color a la cara. Los bancos de madera, con sus respaldos arqueados, no eran apropiados para los pequeños y ella se puso de rodillas. Su madre suspiró, pero ya no tenía fuerzas para más reprimendas.

Finalmente, Mattias tuvo que forzarse a mirar la foto de Lasse sonriendo que había delante del féretro. Había sido imposible encontrar otra foto, porque él siempre sonreía así. Seguro que a él le habría gustado que lo recordaran de esa manera. Pero ya nadie creía en esa sonrisa. Mattias trató de controlar la respiración y se pasaba las manos arriba y abajo por los pantalones de cuero que había cosido *áhkku*. ¿No podía alguien abrir una ventana? ¡Hacía un calor insoportable!

Las flores sobre el féretro y junto al altar desprendían un olor asfixiante. La pastora agarraba su biblia con firmeza. Lo miró con una sonrisa afable y él fijó su mirada en ella. «¡No sonrías, joder! ¿Por qué sonríes?» Pareció que la pastora perdía el hilo por un instante, como si hubiera oído sus pensamientos.

El órgano comenzó a sonar y Mattias lo detestó también; lo único que consiguió aquello fue que los llantos se reanudaran. Elsa se quedó quieta a su lado con los ojos brillantes.

Cuando dejó de sonar la última nota en la iglesia, la pastora respiró profundamente y entonces empezó a hablar. De su Lasse.

Habían decidido que los amigos de Lasse portarían el féretro, y Mattias no era uno de ellos. Habría querido protestar, decir que era evidente que él también debía cargarlo. Sacar de un empujón al que iba el primero, llorando unas lágrimas que le caían por las mejillas. Mattias habría cargado a Lasse con hombros fuertes y sin llorar de esa manera.

Fuera hacía frío y la gente tiritaba alrededor. Mattias no tenía ni una pizca de frío. Su madre le puso una mano en el hombro, pero él se apartó. Todos miraban el ataúd, que lentamente iba desapareciendo bajo tierra. Elsa

dio unos pasos hacia delante, pero enseguida dio un paso hacia atrás.

Había murmullos entre las mujeres que tenían que elegir un cántico en sami. Las voces sonaban frágiles, como antes, pero poco a poco la canción cobró más fuerza.

Hanna colgaba como una muñeca de trapo entre Ante y su madre. Agotada e inexpresiva. Esta le acarició la mejilla y le susurró algo al oído. Elsa debió de encontrar la ocasión para escapar, porque de repente había desaparecido. Mattias la vio junto al muro, de espaldas a ellos y los hombros encogidos. Tendría que cuidar de ella, pero no tenía fuerzas para hacerlo.

La tarta sándwich, la *smörgåstårta*, tenía tres capas; el salmón era fresco, las gambas grandes, los pepinos estaban cortados en forma de espiral y las ramas de eneldo aún conservaban su frescura. Mujeres enérgicas se movían con rapidez entre las mesas con termos, jarras de leche y zumos recién mezclados.

Elsa miraba indignada alrededor de la sala cada vez que oía alguna risa. Apartaba, irritada, los mechones que se le habían soltado del pelo. Su madre se lo había trenzado demasiado prieto, y le dolía el cuero cabelludo. Pero al día siguiente se levantaría con el pelo rizado como un ángel.

Apartó el salmón de la tarta para comerse solo eso. Sintió la frescura y suavidad del pescado en la lengua. No quería hablar con nadie, pero mantenía la mirada fija en la pastora, que estaba sentada en la otra punta de su misma mesa. Estaba conversando con un hombre mayor que parecía duro de oído.

Elsa esperó con paciencia, y, cuando la pastora por fin se levantó, ella se apresuró en hacer lo mismo. La pastora se puso su trenca negra y Elsa se cogió deprisa el anorak que había colgado de la silla tras explicarle obstinadamente a su madre que tenía que estar en ese sitio.

Fuera había oscurecido y se oían risas provenientes de un gran terraplén formado por la máquina quitanieves. Elsa vio a los primos trepando arriba y abajo para luchar unos contra otros en la cumbre. Se quedó quieta e hizo girar un poco el traje típico alrededor de las piernas. También quería subir al terraplén y jugar. Pero cuando vio a la pastora caminando a toda prisa hacia la esquina de la casa, tuvo que seguirla.

Elsa echó un vistazo detrás de la esquina y allí estaba ella, fumando un cigarrillo. Las pequeñas ascuas relucieron. Elsa se acercó lentamente y la pastora no se dio cuenta de que estaba allí hasta que la tuvo muy cerca. Entonces se sobresaltó y apagó enseguida el cigarrillo contra un alféizar cubierto de nieve.

—Hola —dijo sonriendo con la boca cerrada.

Elsa también dijo hola, pero bajó la mirada a sus botas sami.

—Qué vestido más bonito tienes.

Ella asintió, pero siguió con la mirada en los pies.

—¿Lo ha cosido tu madre?

—Y yo.

Su voz era débil, pero levantó la mirada. Más valiente.

—Uy, qué buena costurera eres. ¿Fue difícil?

Elsa sacudió la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿De verdad les está permitido fumar a los pastores?

—Sí, claro que podemos fumar.

—A mí no me parece bien que los pastores fumen. Y tampoco me parece bien que la gente se ría en un funeral.

Ya lo había dicho, y el corazón le palpitaba más deprisa. Los pastores podían encolerizarse de una manera terrible, eso lo sabía Elsa después de haber acompañado a *áhkku* a los encuentros laestadianos. *Áhkku* le había dicho que no estaban para nada enfadados, que era ella, que no los escuchaba como era debido.

—Pero ¿sabes? Es bueno reírse y recordar todas las cosas divertidas de Lasse. Se pueden hacer las dos cosas, llorar y reír.

—No.

—Está bien.

La pastora se frotó las palmas de las manos y esperó. Elsa miró al suelo y luego directamente a sus ojos azules, y de nuevo al suelo. Se mordisqueó el labio superior, que ya estaba enrojecido y agrietado.

—¿Lasse no irá al cielo por haberse quitado la vida?

La pastora se puso seria y habló más despacio.

—Desde luego que irá al cielo.

—Pero *áhkku* dice que es pecado quitarse la vida.

La pastora puso una mano sobre el brazo de Elsa y lo apretó con ternura.

—Pero yo soy pastora y lo sé. Y digo que él va a ir al cielo. ¿Sabes?, eso se decía antes, cuando la gente era más ignorante. Y los mayores aún pueden creer en eso.

—Pero yo he oído a niños decir lo mismo. Lo dijeron en la escuela.

—Eso es porque se lo han oído contar a personas mayores que no deberían andar diciendo esas cosas.

—¿Estás segura?

—Completamente segura.

Elsa miró de un lado a otro; los primos se reían muy fuerte en el montón de nieve.

—¿Hay algo más en lo que estés pensando?

Elsa metió la mano en el bolsillo, tocó la oreja de Nástegallu y resiguió con los dedos la suavidad.

—Una cosa...

La pastora se puso en cuclillas y ladeó la cabeza. Elsa respiró profundamente y susurró:

—¿Si uno miente, va al infierno?

—¿Has mentido?

—Tal vez un poco.

—A veces hay que mentir y eso lo hace todo el mundo. Uno no va al infierno por eso.

Anna-Stina la llamó.

—Tengo que irme.

—Así que te llamas Elsa. Qué nombre más bonito.

Elsa cerró lentamente la cremallera del bolsillo.

—¿Me prometes que no voy a ir al infierno?

La pastora sonrió y tomó las manos frías de Elsa entre las suyas. Le dio un apretón suave.

—Te lo prometo.

SEGUNDA PARTE. *Čakčadálvi*, OTOÑO-INVIERNO, 2018

El bidón verde de metal estaba abierto en la nieve y el olor a gasolina le cosquilleó en la nariz. Robert puso el embudo, que él mismo se había fabricado con una botella de plástico, en el motor de la moto de nieve y levantó el bidón. Los primeros decilitros le costaron, pero luego fue todo más rápido y más fácil. También tenía que poner aceite, se recordó a sí mismo.

Hacía más de veinte años que tenía aquella Ski-Doo, una moto de nieve Fórmula 500, pero ¿qué haría con las motos de nieve nuevas, las que no podía arreglar él mismo cuando fuera necesario? El frontal izquierdo tenía la pintura rayada, pero tampoco se veía tanto. Había pensado en volver a pintarlo, por si acaso; uno nunca podía estar seguro de que a alguien le diera por investigarlo. Pero el tiempo pasaba y nadie llamaba a su puerta, así que ahora estaba tranquilo. El bidón estaba vacío y lo dejó caer; se agarró el dolorido hombro derecho. Se le había terminado el Tramadol y la médica había dicho que no le iba a recetar más. «Toma un paracetamol y un ibuprofeno», le dijo, pero eso era como el aire. No le hacían ningún efecto.

Robert enroscó la tapa en el bidón y se secó las gotas de gasolina de los dedos en los pantalones. La resistente tela amarilla estaba llena de manchas negras y él no notaba nunca cómo olía hasta que entraba en casa, se quitaba los pantalones en el pasillo de entrada y los colgaba en el recibidor. Se subió la cremallera del forro polar azul, que solo le había costado cincuenta coronas en las rebajas de Intersport. Tendría que haber comprado más. Se puso la cazadora negra que colgaba del manillar de la moto de nieve. Era la vieja de su padre; se le salía el relleno por un desgarrón justo por encima del bolsillo, y el puño de la manga se había deshilachado. Pero era la cazadora más abrigada de todas las que había tenido. Protegía contra el viento y el agua. Era una Helly Hansen, aunque las dos letras ya no eran más que dos sombras en el pecho.

La nieve crujía bajo las botas Graninge, que también habían sido de su padre. Eran un número más grande, pero con dos pares de calcetines de lana le quedaban perfectas. Abrió la puerta del garaje con la mano izquierda. El armero estaba abierto y sacó un rifle para la caza de alces. El viejo Mauser de su padre todavía estaba en el armario. Cuando él murió se quedó allí, como

todo lo demás. Robert no tenía hermanos. Siempre habían sido solo su padre y él.

Su madre los abandonó cuando él estaba en el primer ciclo de la escuela primaria. Su padre siempre dijo que eran los nervios, que estaba delicada, que necesitaba ayuda en el hospital. Pero Robert la había visto en la ciudad. Fue cuando su clase fue a la piscina pública. El autobús se había parado fuera y todos salieron corriendo. Él se había quedado sentado porque allí, entre los abedules, en el camino peatonal, estaba su madre hablando y riendo con otra mujer. Su madre llevaba un vestido amarillo, corto, y el pelo también corto, con un flequillo recto.

No le había dicho ni una palabra a su padre. Se bajó del autobús, entró en la piscina y luego saltó desde una altura de diez metros y se pegó un planchazo de espalda que le escoció de mala manera.

El padre bebía mucho y la madre había dicho que ya no lo aguantaba más. Y al parecer tampoco le aguantaba a él, porque tuvo que quedarse en el pueblo. Recordaba vagamente que la madre lo había cogido en brazos y el padre había sacado su Mauser. Puede que ella tuviera la intención de venir a buscar a su pequeño. Pero al llegar a la ciudad, descubriría que la vida era mejor sin ellos dos.

Le temblaban los dedos mientras buscaba la munición en la caja de metal que había debajo del banco. Hace años, cuando su padre cepillaba la madera, el banco había olido a virutas de madera. Hacía tiempo que había desaparecido ese olor y el banco estaba cubierto de polvo, de tornillos y clavos que había que ordenar en cajas pequeñas.

Se golpeó la mano contra la pierna, dos veces, con fuerza, pero no era fácil parar los temblores. Se le cayó un cartucho al suelo, pero lo dejó tirado. Agarró el rifle y tiró de la puerta del garaje al salir. Pero, claro, se abrió un poco de todos modos, y por el hueco de unos pocos centímetros se colaría la nieve por la noche. A su padre se le daba bien arreglar esas pequeñas cosas. Por supuesto, Robert también sabía arreglarlo. Su padre se había encargado de que supiera hacerlo todo, pero nunca estuvo satisfecho del todo. Ese hueco lo habría arreglado él en un cuarto de hora.

Sacó el móvil; le resultaba casi imposible acertar a pulsar las teclas con el dedo índice temblando. Ya no llamaba nadie, todo eran SMS, y eso no le gustaba. Escribió el sitio y la hora. Recibió en respuesta un pulgar hacia arriba. Parecían críos, dedicándose a enviar dibujitos de pulgares.

La tos le raspó la garganta y se subió la cremallera hasta la barbilla. Fuera el día era hermoso, tanto como para quedarse allí mirando como un idiota. El cielo estaba de color lila y los pálidos rayos de sol estaban tan bajos que

casi no llegaban a salir por encima de la montaña. Noviembre estaba llegando a su fin y en diciembre el sol los abandonaría y entrarían en el tiempo de la luz azul. «Bah», resopló; los colores le importaban una mierda. Levantó la pierna con cierto esfuerzo por encima del asiento negro y giró la llave. La cuerda de arranque se resistía últimamente y tendría que arreglarla. Tal como estaba ahora, no podría tirar con la fuerza suficiente con ese hombro que le hacía un daño de mil demonios.

Había dejado encendida la luz de la ventana de la cocina, y visto desde fuera parecía todo muy hogareño con la cortina y la lámpara de cristal transparente. Raija ladró lastimosamente dentro de casa cuando oyó la moto de nieve. La perra apareció de pronto en la ventana; se había subido a la mesa de la cocina, aunque estaba coja. Él le levantó el puño.

—¡Abajo, Raija!

La perra no le hizo ningún caso, pero el ladrido se convirtió en un gemido fuerte. A Robert le habría encantado llevarla atrás en la moto, como había hecho los últimos siete años, pero era imposible; la perra cojeaba cada vez más.

Aceleró lentamente mientras atravesaba el patio y daba la vuelta a los abetos que había plantado hacía tres años y que, finalmente, comenzaban a crecer y a ocultar la vista desde la casa del vecino, unos cientos de metros más allá. Pero su padre seguro que habría dicho que los había plantado demasiado juntos y que tres era una tacañería; cinco debería haber puesto.

Siguió las viejas huellas de su propia moto hacia el arroyo donde siempre pescaba y se acercó al lago donde hasta hacía unos años solía pescar lavaretos desde el viejo bote de plástico. Antes el lavareto se podía vender bien, pero ya no; el lago estaba completamente muerto. Eso supuso una pérdida de ingresos difícil de suplir.

Se detuvo hasta que oyó la moto de nieve de Petri y entonces giró hacia la pista más ancha, por donde se podía llegar hasta la ciudad, si uno quería, más rápido que con el coche. Volvió la vista y miró hacia atrás; nadie seguía las huellas de la moto. Era un día laborable, la mayoría de la gente trabajaba y hacía mucho frío para salir. Seguramente no corrían ningún riesgo, pero aun así tenía el corazón desbocado.

Petri lo estaba esperando en el viejo lago de los lavaretos con la moto de nieve al ralentí, sonriendo.

—Una manada pequeña, a tres kilómetros de aquí.

Agitó un gran guante de cuero beis, señalando la dirección. Eran buenas noticias. Podían fácilmente dividir la manada y coger a uno de ellos, tal vez dos.

Petri finalmente había conseguido hacerse con una casa, que además estaba situada abajo junto al río. Había pagado un sobreprecio increíble, pero él le había asegurado a Robert una y otra vez que merecía la pena. Especialmente a principios de verano, cuando el salmón subía río arriba. O en primavera, cuando iba al río con el perforador de hielo y pescaba desde la mañana a la tarde.

No había pasado mucho tiempo desde la muerte de su padre cuando Robert cogió la moto de nieve y fue hasta los agujeros de pesca donde estaba Petri. Para tantear el terreno. Dejó pasar un mes y pasó por los rápidos con la caña de pescar y se dejó invitar a un café junto al fuego. Al final, en la sauna de casa, después de unas cervezas, le había preguntado a Petri si le quería ayudar con una cosa.

Y ahora estaban allí, un par de años después, y las cosas habían ido mejor de lo que Robert se habría atrevido a imaginar. Conducían tranquilos, no querían asustar a los renos. Pero ¿quién demonios iba a creer a los lapones, que aseguraban que las motos de nieve asustaban a los renos, cuando ellos mismos las conducían?

El viento le mordía las mejillas y, cuando el gorro se le escurría hacia arriba, el viento le congelaba las orejas. Tiró del gorro y el dolor que sintió en el hombro le hizo gemir. Apretó el acelerador e hizo una mueca. Petri aceleró también.

Allí estaban ciertamente: un grupo de seis renos ocupados en avanzar en la espesa capa de nieve. Algunos con la cabeza hundida muy por debajo de la nieve, pateando con las pezuñas para intentar llegar al pasto. Alguno levantó la vista y los vio. Se detuvieron y Petri señaló a un reno que estaba un poco apartado del resto. Robert asintió, se bajó de la moto, desenganchó el viejo trineo de madera y sacó el rifle de debajo de la lona.

—¿Nos divertimos un poco primero? —preguntó mientras se volvía a subir a la moto.

A Petri se le iluminó la cara:

—¡Por supuesto!

La manada de renos notó los movimientos; pareció que olía el peligro y se alejó hacia los pinos que había en una pendiente un poco más allá. El reno solitario miraba sorprendido y se apartó hacia un lado. Sus delgadas patas quedaron enterradas en la nieve. No podría ir a ningún lado lo suficientemente rápido. Robert estaba decepcionado. No debería ser tan fácil. Le gustaba cazar.

—¡Saca el móvil! ¡Graba! —gritó Petri, y condujo hasta el reno.

Robert puso en marcha la cámara y Petri saltó desde la moto encima del

reno. Agarró los cuernos y consiguió sujetarse en el lomo del animal. El reno empezó a correr y Robert se reía tanto que le costaba sujetar el móvil sin que se moviera. Petri pesaba lo suyo y el reno jadeaba, pero luchaba para entrar en el rastro de la moto de nieve. De repente se resbaló y el movimiento hizo que Petri se cayera. Tirado en la nieve, levantó el pulgar.

—Lo has grabado todo, ¿no?

Robert asintió y guardó el móvil en el bolsillo interior de la cazadora.

Ya. Basta de tonterías. La adrenalina bombeaba y las manos dejaron de temblarle cuando agarró el manillar y apretó el acelerador. El reno corrió con patas más ligeras por las rodadas de la moto de nieve; seguramente pensó que el peligro había pasado, pero era ahora cuando comenzaba. Robert no esperó a Petri, sino que aceleró detrás del reno, primero despacio, luego más rápido. Cuando el reno se desvió hacia la nieve, lo siguió y la moto le rozó las patas traseras. No lo suficiente como para rompérselas. Bien. La diversión no podía terminar tan pronto. Entonces llegó Petri y le cortó la salida al reno por el otro lado, que se quedó dando vueltas alrededor de sí mismo y saltando de acá para allá. Robert levantó una mano para detener a Petri. Esperó a que el reno volviera a entrar en el rastro de la moto y entonces lo persiguió, dejando que el ruido del motor hiciera su trabajo. Luego golpeó al reno por detrás, de manera que este cayó de lado y los esquís de la moto de nieve quedaron sobre su cuello. Perfecto. Parecía que los ojos se le fueran a salir de las órbitas y jadeaba con la lengua fuera. No estaba muerto aún. No tenía las patas rotas. Robert volvió a sacar el móvil y tomó una foto. Dio marcha atrás, dejó que el reno quedara libre. Pero se quedó allí, como paralizado. A lo mejor le había roto algún órgano vital. Trazó una curva con la moto de nieve y Petri hizo lo mismo.

—A este lo matamos sin más —dijo.

—¿Qué? —Petri se pasó el dorso de la mano por la nariz.

El reno se había levantado con las patas tambaleantes.

—Ya está demasiado estresado. No pienso entregar carne mala.

—Pues vaya mierda.

Petri desvió la mirada hacia los pinos por donde habían huido los otros renos. Ya no estaban allí. A estas alturas podían haber llegado lejos.

—Vete a buscar a uno de los otros —dijo Robert.

Petri lo miró sorprendido, pero asintió antes de marcharse trazando una curva muy cerrada.

Robert se quedó allí. Con un reno que había empezado a cojear siguiendo el rastro de la moto de nieve. Tenía el pelaje marrón pardo y estaba bien alimentado. Los lapones siempre hablaban de renos muertos de

hambre y de que deberían tener ayudas para alimentarlos, pero allí, delante de él, estaba la prueba de que mentían.

Introdujo el dedo por debajo del labio superior y mandó a paseo el tabaco húmedo, que acabó en la nieve. Se pasó la lengua por la parte exterior de los incisivos superiores y por la encía, donde siempre quedaban restos de *snus*. Escupió.

Ahora.

Apretó con fuerza la maneta y aceleró sobre las rodadas. El reno hizo un nuevo intento de saltar hacia un lado, de correr sobre la nieve profunda. Pero se hundió y dio vueltas sobre sí mismo, pateó, luchó. Eso le gustó a Robert. Le golpeó las patas traseras con la fuerza suficiente y entonces se produjo el chasquido. Él no lo pudo oír porque se lo impedía el ruido del motor, pero lo sabía. El reno se quedó tumbado y quieto con los ojos fijos en el cielo. Robert se detuvo, pero dejó el motor en marcha. Se acercó e inspeccionó las patas, que estaban rotas y dislocadas. Sacó el móvil y grabó, desde las patas rotas hasta el hocico tembloroso. El animal ya no tenía la mirada aterrorizada, sino rendida. Tal vez podría cortarle la cornamenta mientras estaba vivo. Solo por ver lo que pasaba.

De repente, resonó un disparo en medio del silencio y una urraca salió aleteando de un pino. Petri. Eso fue determinante. Había que darse prisa. Le dio una patada al reno en la cabeza con la bota Graninge y pensó en las opciones que tenía. Sabía que iba a pasar un rato antes de que Petri estuviera listo. Le había enseñado el oficio y había pasos importantes que seguir para no estropear la carne.

Cuando el reno volvió a parpadear, Robert se puso de rodillas y lo observó de cerca. Le salía aire caliente de las fosas nasales. Le brillaba el pelaje. Apretó el puño con fuerza alrededor del hocico, miró al mismo tiempo hacia el trineo. ¿Debería ir a buscar el hacha? Sí. Se levantó, caminó con cierto esfuerzo, levantó la lona verde que estaba rígida por el frío y encontró el hacha. Sintió un cosquilleo en el estómago. ¿Le cortaría las pezuñas de una en una? La última vez que lo hizo, a Petri le dieron náuseas y Robert se rio de él. Petri siempre quería matar demasiado deprisa. No tenía paciencia.

Dejó que la hoja del hacha se deslizara un decímetro por encima de las patas delanteras. En las patas traseras no había necesidad, ya estaban rotas. Los renos no gritaban de dolor. Era una lástima.

La moto de Petri se acercaba y Robert miró hacia la cuesta. Levantó el hacha, la giró y dejó que la hoja cortara la cabeza del reno. El olor a sangre caliente se elevó en forma de vapor en medio del aire frío.

Petri se detuvo a su lado, y todo satisfecho miró hacia atrás. Había atado al reno por la cornamenta y lo había arrastrado detrás de la moto de nieve. Había restos de sangre por todo el camino y Robert tuvo ganas de gritar a aquel gilipollas que debería haber ido a buscar el trineo. Petri vio el hacha y puso mala cara.

—¡Joder!

Desató el reno de detrás de la moto y juntos lo pusieron encima de una lona. Robert se aseguró de que la lona cubriera al animal por encima y por debajo.

—Como has disparado, ahora no tenemos tiempo que perder.

—Me vi obligado a hacerlo. No tuve ocasión de usar el cuchillo. Además, no se oían coches ni motos de nieve.

—Es igual.

—¿Te lo llevas a casa?

—No pensarás que lo voy a despedazar en casa... —Robert resopló—. Conduciremos hasta el sitio de matanza habitual y allí lo arreglamos; después me llevo todo a la cámara.

—No entiendo por qué no podemos despedazarlo aquí.

—Sí, en realidad sería lo mejor, porque has dejado un rastro de sangre a lo largo de más de cien metros. Pero no lo haremos así.

Petri parecía molesto y apretó con un dedo un orificio nasal mientras expulsaba los mocos por el otro.

Había muy poca nieve para la estación del año. La E45 estaba limpia y pelada en algunos lugares. Las líneas blancas del asfalto casi habían perdido el color. La carretera se había cuarteado y en primavera las primeras briznas de hierba volverían a salir, como si la tierra intentara curarse a sí misma, recuperar lo que fue en otro momento, volver a convertirlo todo en bosque y en pasto. Las grietas eran profundas, fruto de las intensas heladas, y un bache que había entre los pueblos había destrozado los bajos de varios coches.

Elsa conducía despacio en el nuevo Nissan Qashqai rojo de su padre buscando huellas en las cunetas. Frenó a tiempo antes de llegar al bache. La Dirección de Tráfico no había puesto ninguna señal de advertencia. En realidad, haría falta señalizar buena parte del trayecto entre los pueblos. A veces venían los finlandeses con sus máquinas asfaltadoras y entonces ponían lentamente un asfalto negro y liso, pero todos sabían que no pasaría mucho tiempo hasta que la carretera volviera a estar casi intransitable. De niña, a Elsa le encantaban aquellos baches y su padre sabía exactamente dónde tenía que acelerar para que le produjera un cosquilleo en el estómago. Pero eso solo se hacía con el coche viejo.

Si hubiera habido nieve en la carretera, habrían podido seguir las pequeñas pisadas de *áhkku*. Su padre se había ido en dirección contraria con el coche viejo y Elsa conducía hacia el pueblo vecino. Lo más probable era que *áhkku* hubiera ido en esa dirección y que se hubiera desviado por el camino de grava que conducía a lo que una vez había sido el lugar donde se reunían. Cuando *áhkku* era una niña. Elsa quería conducir más deprisa, pero tenía que mirar atentamente el camino que tenía delante. A veces *áhkku* no tenía fuerzas para llegar muy lejos y entonces la podían encontrar en un montón de nieve, con la cara roja por el esfuerzo o los labios azulados por el frío.

Áhkku ya no podía vivir sola en su casa y Mattias se iba a hacer cargo de ella. Quizá fuera eso lo que la había inquietado ese día. Algo había despertado sus piernas y la había hecho salir a buscar lo que había sido en otro tiempo.

Áhkku vivía en casa de ellos desde hacía un par de semanas. Después de

que ella casi quemara su casa con una vela olvidada en la mesa de la cocina, su padre se cansó, le quitó la llave, recogió las cosas más necesarias y la instaló en el dormitorio. Su madre no se había quejado; simplemente se había preparado la cama en el cuarto de estar todas las noches. Y finalmente le habían dicho a Mattias que debería hacerse cargo de la casa de *áhkku* y *áddjá*, tal como estaba previsto desde el principio. *Áddjá* llevaba muerto muchos años. Se había consumido lentamente, volviéndose casi transparente en sus últimos días. Elsa le había cogido de la mano cuando yacía en su cama con sábanas recién lavadas y planchadas. Su madre y *áhkku* tuvieron que ayudarse para sacarlo de allí y poder cambiar las sábanas. Eso fue cuando la muerte se acercaba y *áhkku* dijo que no iba a entrar ningún pastor y ver a su marido con las sábanas sucias.

Áhkku había llevado su duelo en silencio, sin dejar que la abrazaran. Después fue como si su mente no aguantara más. Había ocurrido de forma paulatina. Una cazuela olvidada en la placa de la cocina. Un nombre que no recordaba. Una mirada vacía a Elsa. Dejó de reconocer a la gente.

Su padre se resistió durante mucho tiempo, no lo quería ver. Su madre se mordía la lengua, pero estaba pendiente de *áhkku*. Ahora que ella vivía con ellos era más fácil. Pero a veces la madre tenía que hacer otras cosas y era entonces cuando se encontraban la puerta de casa abierta y las pequeñas pisadas que conducían a la carretera.

A veces, llamaba algún vecino para decir que la abuela estaba de nuevo en camino. Los que la conocían bien se paraban y se ofrecían a llevarla a casa, pero a menudo ella solo los miraba con la mirada perdida. Tal vez decía que iba a casa de sus padres. Pero a quien estaba buscando era a su hermana pequeña, que había muerto antes de cumplir los ocho años. Pulmonía en las montañas. Habían sido seis hermanos hasta que la pequeña no pudo sobrevivir al invierno. *Áhkku* tenía entonces once años y su hermanita pequeña era para ella la más querida de los hermanos, y de la que se sentía responsable.

Elsa se sentaba a menudo con *áhkku* en el sofá del cuarto de estar y escuchaba la misma descripción de la hermana pequeña, que parecía viva, aunque estaba helada. Las pestañas reposaban sobre el iris azul debajo de los párpados. *Áhkku* lloraba y hablaba como una niña, como la desconsolada niña de once años que había sido.

Y ahora Elsa había salido a buscarla de nuevo.

El termómetro marcaba entonces diez grados bajo cero. No era un frío terrible, pero nadie sabía cuánta ropa llevaba puesta esta vez. También era raro que no hubiera llamado nadie. Quizá se había encaminado

directamente hacia el bosque, o quizá había seguido alguno de los rastros dejados por las motos de nieve. En ese caso sería imposible encontrarla. Era tan ligera que podía caminar casi sin dejar huellas de sus pisadas en las roderas.

Apareció un coche detrás de Elsa y la adelantó a gran velocidad. Le tocó la bocina. Irritado porque ella conducía a menos de cincuenta en una carretera de noventa. Matrícula noruega. Ella le respondió con otro bocinazo.

Elsa giró hacia el camino de grava, que tenía más nieve. El coche daba grandes tumbos en los baches que en verano solían llenarse de agua. Miraba a ambos lados: ninguna pisada en la nieve y pocas huellas de motos de nieve. Sonó el móvil y ella puso el altavoz.

La voz de su padre parecía cansada.

—¿La has encontrado?

—No, ahora estoy en el camino de grava.

—Llama tan pronto...

—*Juoa*.

Colgó. Tendrían que haber venido los dos por este camino y separarse para seguir las huellas de las motos de nieve. Elsa bajó un poco la ventanilla y el aire frío silbó alrededor de su cabeza. Detuvo el coche y apagó el motor para oír mejor. Abrió la puerta y salió.

—*Áhkku!*

El grito voló sobre los bosques y los pantanos cubiertos de nieve antes de que todo se quedara de nuevo en silencio. El silencio compacto amenazaba con hacer estallar los tímpanos con su presión. Elsa fue hasta las huellas de motos de nieve más cercanas y tuvo que tumbarse en el suelo para buscar pisadas. Nada. Decidió conducir hasta la colina, desde donde podía ver mejor los pantanos.

Justo cuando llegó a la cima, vislumbró una sombra en el lado derecho del bosque. Frenó y agudizó la vista. Apagó el motor y salió del coche. Sí, algo se movía entre los abedules que nunca se habían recuperado después de la invasión de las orugas barrenadoras. Solo quedaban los troncos, que se ponían negros desde arriba y morían lentamente. Siguió las huellas de una moto de nieve y tampoco ella dejaba pisadas reveladoras tras de sí. La gente decía que *áhkku* y ella eran iguales. Pequeñas y ágiles. Elsa podía verlo, claro; la nariz, la boca y la sonrisa se parecían, pero los ojos eran de su madre.

Áhkku estaba de pie con las manos apoyadas contra un abedul. Parecía como si estuviera haciendo estiramientos. Elsa tuvo ganas de echarse a reír,

pero sabía que solo podía llorar.

—Creo que se ha escondido —dijo *áhkku*, y el labio inferior le temblaba de frío.

No llevaba guantes y tenía las manos rojas. El gorro estaba tirado en el suelo y Elsa lo recogió y sacudió la nieve antes de ponerlo suavemente sobre el pelo gris de *áhkku*. Tenía la trenza deshecha y el cabello largo le colgaba sobre una columna vertebral que se podía sentir delicadamente con las yemas de los dedos. Al menos se había puesto una chaqueta, pero los pantalones eran demasiado finos. Cuando soplaba el viento, la tela ondeante revelaba sus piernas delgadas.

—*Áhkku*, ahora tenemos que irnos a casa.

Elsa le envió un SMS a su padre: «Encontrada». Él no contestaría.

—Pero estamos jugando —contestó *áhkku*, sonriendo, feliz.

—Sí, pero pronto se hará de noche y tenemos que irnos a casa.

—Me he hecho pis.

Áhkku se miró las piernas y Elsa vio las manchas oscuras en la tela azul. Lanzó un suspiro esperando que la manta siguiera en el asiento trasero para que *áhkku* pudiera sentarse en ella.

—Entonces es aún más importante que lleguemos a casa para que no te quedes fría y cojas un resfriado.

—Pero no puedo dejar a mi hermana pequeña en el bosque.

Elsa sacó el móvil y se lo acercó al oído.

—Ah, bueno, está con vosotros. Sí, entonces nosotras también vamos ahora a casa. Qué bien que la hermanita ya esté en casa.

Elsa habló claramente asintiendo con firmeza hacia *áhkku*, que entrecerraba los ojos con suspicacia.

—Lo has oído, ¿no? Tu hermanita ya está en casa.

Áhkku miró a su alrededor con preocupación al mismo tiempo que Elsa la agarraba con cuidado de los hombros y la conducía hacia el coche. Elsa le sacaba una cabeza a su *áhkku*. Se puso muy contenta cuando la pasó en altura; era la primera de la familia que la había superado en altura. Mattias se rio de ella y dijo que no era una gran hazaña. Él había crecido más y medía casi uno ochenta. Muy por encima del cuerpo pequeño y encorvado de su padre. Y la madre, sin mucha consideración, había dicho que era una suerte que Mattias hubiera heredado sus genes.

Elsa extendió la manta en el asiento del copiloto y ayudó a *áhkku* a subir y sentarse. Le abrochó el cinturón de seguridad, se sentó al volante y cerró las puertas. Ya había pasado alguna vez que *áhkku* había intentado saltar del coche en marcha. No había ningún sitio para dar la vuelta, así que dio

marcha atrás y giró de nuevo hacia la carretera principal.

—¿Adónde vamos, Elsa?

Había vuelto, volvía a ser casi ella misma. Pequeños momentos de su verdadera *áhkku*; a veces ocurría.

—Ah, ahora vamos a casa a comer.

El olor a orina se extendió por el coche caliente y a Elsa le vinieron náuseas una y otra vez. Se ciñó la bufanda de lana cerca de la nariz y pisó con fuerza el acelerador.

El televisor tenía el volumen bajo y *áhkku* estaba sentada tranquila debajo de la manta. Se estremecía cada vez que una corriente de aire frío se colaba desde el pasillo. Mattias y su madre entraban y salían deprisa, llevando ropa, una lámpara, un calentador del calzado y una caja con cuencos y cucharones. Cuando a *áhkku* se le cayó la cabeza hacia atrás y se quedó dormida con la boca abierta como un pajarillo hambriento, Elsa se deslizó con cuidado fuera del sofá.

Se puso la chaqueta de plumas e introdujo los pies en las botas grandes de su padre, solo porque eran las que estaban más cerca. Mattias estaba de pie en el cobertizo con los brazos cruzados mirando cómo su madre limpiaba. Ella hablaba sola, como de costumbre. Ellos sabían que no debían responder ni preguntar, solo dejarla. Era su manera de organizarse y no esperaba que nadie se inmiscuyera. En ese momento metió la cabeza en uno de los viejos armarios blancos, que estaba lleno de trajes de motos de nieve, pantalones de trabajo, gorros y guantes.

Elsa enarcó las cejas mirando a Mattias, pero él ni se inmutó.

—Será mejor hacer un poco de limpieza ahora que te marchas de casa —murmuró la madre—. Estos pantalones de esquí que nadie se ha puesto desde hace años, ¡tíralos!

Los viejos pantalones negros de Elsa de la marca Peak volaron por el aire y aterrizaron a sus pies. Todavía eran bonitos, pero Elsa los dejó en el suelo.

—Estos viejos pantalones de pescar debería haberlos tirado *isa* hace tiempo. ¿Por qué siguen colgados aquí?

También eran negros; llegaron volando y aterrizaron en el montón para tirar.

—¿No deberíamos llevar alguna vajilla vieja y la mesita de noche? —preguntó Elsa.

La madre miró hacia atrás y asintió con la cabeza señalando con la cabeza una pila de cajas a la derecha de la puerta, al mismo tiempo que tiraba un chaleco de plumas azul.

Elsa agarró la caja y, viendo que era pesada, se volvió hacia Mattias.

—Tienes que echar una mano con esto.

—Lleva la mesilla de noche primero, eso lo puedes hacer sola.

Tenía una voz grave, pero solía hablar tan bajo que había que esforzarse para entender lo que decía. Tenía veintiséis años. Callado. Hablaba entre dientes. Y nunca aguantaba la mirada de nadie más tiempo de lo necesario.

—Pero ¿a qué estás esperando? Lleva algo tú también, para que terminemos de una vez —dijo ella levantando la mesita de noche pintada de azul que Mattias compró una vez en Ikea hacía mucho tiempo.

Eso fue cuando tuvo la idea de marcharse de casa por primera vez, pero al final no fue así. Vendieron la casa que iba a alquilar. Él recibió la noticia sin mayor contrariedad y guardó la mesita en el trastero. Y se quedó en casa otro año.

Era extraño que vivieran cuatro personas adultas en la casa. Elsa había terminado los estudios secundarios en junio y había regresado de la ciudad. De vuelta en la habitación del papel pintado de color verde claro que eligió cuando tenía catorce años.

Al principio tenía intención de seguir estudiando, de ir al Centro de Estudios Superiores Sami en Jokkmokk, pero cambió de idea. La añoranza, después de los años pasados en la ciudad, era demasiado fuerte y era evidente que iba a volver con los renos.

Mattias se agachó y enrolló pensativo los viejos pantalones de pescar antes de guardarlos en la caja con la vajilla. Él pasó delante de ella. Elsa caminaba con dificultad detrás de él, buscando las palabras apropiadas. Cruzaron por encima del montón de nieve que separaba las dos casas. Mattias apretó la manija con un codo y la puerta se abrió con un sonido chirriante. No se quitó las botas, sino que fue directamente a la cocina y colocó con cuidado la vajilla sobre la mesa de la cocina. El hule era de cuadros rojos y, francamente, espantoso, lleno de pequeños agujeros y con marcas de quemaduras que había dejado una cazuela caliente. Lo iba a cambiar todo, según había dicho. Elsa se quitó las botas, entró en el dormitorio y colocó la mesita. Él ya había traído su propia cama. La cama de *áhkku* estaba ahora en la habitación de Mattias; con ella llegó también el fuerte olor de orina. Su madre opinaba que había que quemarla y su padre no dijo nada de nada.

Elsa volvió a la cocina.

—¿Quieres que te coloque la vajilla en los armarios? —Levantó la tapa de la caja—. ¿Pero estos pantalones de pescar no eran para tirar?

Mattias se volvió bruscamente; estaba bebiendo agua directamente del grifo. Estaba tan fría que seguramente le helaba los dientes.

—Sí.

—Está bien, pero...

—Ya me encargo yo, Elsa.

Elsa echaba de menos el tiempo en que le decía *unna oabba*. No sabía por qué había dejado de hacerlo, y cuando se dio cuenta era demasiado tarde para pedirle que continuara. Entonces ella debía de tener alrededor de diez años. Fue un tiempo después de la muerte de Lasse. Pero en aquella época había sido todo tan confuso y tan diferente que hasta las palabras perdieron su significado. Durante mucho tiempo, ella apenas oía lo que le decían los demás. Fue como si tuviera un tapón permanente en las orejas. Todavía podía estremecerse al recordar aquella sensación. Y en algún momento terminó su existencia como *unna oabba*. Para Mattias, ella se convirtió en Elsa.

—Ya no se puede pescar con estos pantalones.

Eran los viejos pantalones de pescar de *áddjá*. Con sus iniciales pulcramente escritas con un rotulador negro en el interior blanco, en la costura de la parte de atrás. Todos recordaban cuando tenía que llevar los renos cruzando un arroyo y se ponía los pantalones de pescar. Y, en efecto, había pescado con ellos, en las partes más tranquilas del río. No era muy profundo, pero era fácil resbalarse si ponías el pie sobre las piedras.

—Ya lo sé.

La voz de Mattias le vibraba en el pecho. Colgó los pantalones en el respaldo de una silla y luego cogió seis platos. Al colocarlos descuidadamente en el armario de pino encima del fregadero, la loza se picó. Otros seis platos hondos les siguieron a la misma velocidad.

Elsa lanzó un suspiro y salió de la casa. En el cobertizo estaba su madre dándole vueltas a un Monopoly gastado.

—¿Queréis conservar vuestros juegos?

—Pero, *enná*, ¿de verdad vas a empezar ahora a repasar esto?

—Me saca de quicio que nunca se limpie. Pronto no llegaré ni al congelador, y si tengo que empezar a levantar cosas también para poder coger la carne, entonces ha llegado el momento de hacer limpieza.

El congelador era blanco y zumbaba tranquilamente en su rincón. Pero los frecuentes cortes de luz del otoño les tuvieron preocupados. El arcón, que tenía capacidad para 560 litros, estaba lleno de comida para meses, si no para años. Filetes de reno y de alce, salmón, salvelinos, tímalos que había que comer pronto, *gáhkku,* bollos de canela, moras rojas, arándanos rojos y silvestres. Si Elsa quería algo que estuviera en el fondo tenía que colgarse sobre el borde del congelador para poder pescarlo. Dentro, en la cocina había otro congelador, uno vertical, al lado del frigorífico, igual de bien surtido. Elsa y su madre se aseguraban de que hubiera siempre salsa

boloñesa, lasaña y albóndigas. Elsa sabía cocinar. Sabía coser. Y sabía cuidar a los renos. Entonces ¿por qué tendría que estar en otro lugar?

Elsa dio unas palmaditas en el hombro a su madre y le dijo que se tranquilizara.

—Dime mejor: ¿qué tengo que coger ahora?

Su madre la cargó con un montón de cortinas, metros de cortinas cortas de color gris que anteriormente había tenido en el cuarto de estar, cortinas sencillas de encaje blanco que había tenido en el dormitorio y una cortina corta con estampados verdes que había colgado en la cocina. Ella misma había encargado cortinas nuevas para todas las ventanas.

Elsa apenas veía por encima del montón de cortinas cuando salió de nuevo al frío, cruzó los patios y entró en la casa de su hermano. Mattias ya tenía una casa. Era un hombre adulto con casa propia. Cierto que era vecino suyo, pero vivía su propia vida independiente. Aunque tal vez no fuera tan independiente. O tal vez lo fuera demasiado. No tenía novia desde que Inga-Lill lo había dejado hacía cuatro años. Y eso tuvo consecuencias, porque Mattias perdió el interés por las mujeres. Si no eras lo suficientemente bueno para una, ninguna iba a ser lo suficientemente buena para uno. Inga-Lill siguió su camino, conoció a uno de la ciudad, esperaba su segundo hijo y colgaba fotos en Instagram, siempre en el mismo ángulo favorecedor y con una sonrisa de Mona Lisa. Elsa no podía evitar mirar las fotos. Quizá Mattias hacía lo mismo, pensando en lo que pudo haber sido. Una familia propia; eso seguramente habría sido bueno para él.

Elsa dejó las cortinas en el sofá del cuarto de estar, aquellos sofás profundos de cuero marrón chocolate claro con altos respaldos y reposabrazos grandes y redondeados que todo el mundo compraba a principios de los años noventa. Hacía tiempo que su madre y Hanna los habían cambiado, pero en casa de las personas mayores se habían quedado. Sofás auténticos de cuero, fáciles de limpiar; no era una cosa que se pudiera tirar en el punto de reciclaje, según *áhkku*.

—Tirarás el sofá, ¿no?

—Sí.

—¿Vas a ir a la ciudad a buscar uno nuevo?

Mattias soltó un bufido.

—Bueno, ya tendré tiempo para eso.

Se le veía irritado, con los hombros levantados, mientras hacía ruido con los cubiertos en los cajones. El de arriba no cerraba bien y tuvo que darle un golpe para hacerlo.

—¿Cuelgo las cortinas?

No esperó su respuesta. Cogió el viejo taburete de *áhkku*, del que se podía desplegar otro peldaño.

—No tires este taburete. Si no lo quieres me lo das.

Levantó la barra blanca de las cortinas y sopló el polvo, introdujo las cortinas grises y la volvió a colgar. Tiró y ajustó hasta que los pliegues quedaron como debían. A través de la ventana vio que *áhkku* seguía durmiendo en el sofá.

Las recientes e intensas nevadas, así como los vendavales de la noche anterior, habían dejado la lápida cubierta de nieve. Casi lo único que quedaba visible era el áspero borde superior. Los hermanos no habían elegido una piedra lisa con una superficie pulida. Habían escogido una piedra que se notaba debajo de las yemas de los dedos, áspera y afilada en algunos sitios. Sin ninguna línea recta. Una piedra indómita para un hombre que jamás se había dejado domar. Elsa no podía dejar de pensar que, en el fondo, era eso lo que él había querido, ser domesticado, conformarse, ser como todos los demás, pero que eso nunca fue posible. Por razones que ella entonces no había entendido porque era demasiado pequeña. Sus promesas la habían dejado a merced del viento y las respuestas que ella había esperado, que debían volver con el viento, no llegaron nunca.

Se apoyó en el mango de madera de la pala. Anna-Stina sacudió la bolsa de plástico y contó las velas para la tumba. Como de costumbre, no quería mirar directamente a la lápida.

—Se me han olvidado las cerillas —musitó, y se dirigió hacia el camino abierto en la nieve entre las tumbas.

Siempre se le olvidaba algo y ahí se quedaba Elsa. En verano, con los mosquitos zumbando porfiadamente alrededor de la cara y las manos, mientras ella trataba de plantar las flores que habían comprado en la gasolinera del pueblo vecino. Y en invierno, como en ese momento, con la pala en la mano.

Tensó los músculos de los brazos y del abdomen y empujó la pala contra el suelo, pero, lógicamente, solo logró atravesar la mitad de la capa de nieve. Levantó la pala, resopló, y lanzó la nieve hacia atrás. Aceleró el ritmo, cargando la pala y retirando la nieve. Su espalda entró en calor enseguida. Cuando se fue acercando a la lápida, movió la pala hacia delante con cuidado hasta que llegó al tope, con un golpe sordo.

Formó un pequeño sendero hasta el nombre y la fecha, que seguían siendo imposibles de ver. Frotó la piedra con el guante para que cayera la nieve. En primavera, cuando la nieve se derretía y caía por la superficie áspera, parecía que la lápida estuviera llorando.

Anna-Stina regresó y arregló las velas, colocándolas una junto a la otra al

lado de la lápida. Prendió una cerilla, la protegió con la mano, y la llama cobró vida.

Tenían estos rituales desde hacía un par de años. Cuando eran pequeñas habían acompañado a Hanna y le habían visto plantar flores o prender velas. Desde que eran lo suficientemente mayores como para encargarse ellas solas, Hanna no acudía con la misma frecuencia. De todos modos, ella no creía que él se encontrara allí y no estaba dispuesta a perdonarlo aún. Pero continuar enfadada con los muertos rara vez beneficiaba a alguien.

Elsa y Anna-Stina nunca lloraban junto a la tumba, porque no se hacía eso, llorar en presencia de otra persona. Solo en los entierros. Aquel llanto al que ella no logró dar salida aquel helado día de invierno tuvo que salir de otra manera. Tampoco hablaban mucho. No sacarían nada de pensar en voz alta sobre la persona que él habría llegado a ser. Anna-Stina era quien llevaba la batuta, como siempre. A Elsa le habría gustado llorar y reflexionar con Anna-Stina, sobre todo cuando estaban en plena adolescencia y les habría resultado fácil llorar de forma dramática si les hubiera apetecido. Pero Anna-Stina había rehusado todos los intentos en ese sentido.

—Él está muerto y aquí quedamos nosotras.

Ese día él habría cumplido treinta y dos años. Probablemente habría enviado fotos desde algún país en el extranjero con una amplia sonrisa y un ojo bizco. Todos habrían confiado en su alegre sonrisa y nadie habría objetado contra la decisión de celebrar su cumpleaños en otro continente.

Era fácil olvidar a las personas que habían muerto, sobre todo si una solo tenía nueve años cuando sucedió. Por un tiempo, Elsa estuvo rondando a los mayores, tratando de escuchar y encontrar una explicación de por qué él ya no existía. Se tumbaba debajo de la mesa de la cocina y se demoraba en el cuarto de la lavadora, perseguía a su madre cuando hablaba por teléfono y apretaba la oreja contra la puerta cuando se la cerraban en las narices. *Ábkku* solo hablaba sobre el pecado y ella no quería escuchar eso. Mamá se encerraba y lloraba, pero no era fácil saber por qué. No era seguro que fuera por la muerte de Lasse.

Y después estaba Mattias.

No quería ni pensar en eso. No sabía si sus padres habían intentado conectar con él. Probablemente todos habían huido, cada uno por su lado, con la esperanza de poder superarlo pronto, de olvidar.

Elsa miró a Anna-Stina, que estaba sacudiendo con torpeza un poco de nieve que quedaba en la lápida.

Al principio, Elsa le había preguntado si sabía por qué, pero Anna-Stina había estado esquiva y finalmente le había dado un empujón a Elsa que la

tumbó de espaldas en la nieve y le había gritado que eso no era de su incumbencia. Así pues, habían ido por caminos separados, se habían sentado lejos la una de la otra en el autobús de la escuela y no habían almorzado juntas en el comedor. Ese invierno había odiado a Lasse.

La nieve se fundió, llegó la primavera, y en junio, cuando echaron hojas los abedules, Anna-Stina cumplió once años. Su madre se había encontrado con Hanna en la tienda del pueblo vecino y volvió a casa con algo más que la leche que iba a comprar: una invitación para una fiesta de cumpleaños. Elsa ya estaba vestida horas antes de la fiesta y había envuelto un libro que en realidad se había comprado a sí misma una semana antes. Trató de contenerse y caminar sosegadamente por la carretera y por la cuesta que conducía a la casa que nadie de la familia había visitado durante meses. Cuando Anna-Stina le dio un abrazo y recibió su regalo todo cambió, de repente. Volvían a ser amigas.

—¿Nos vamos? —preguntó Anna-Stina en ese momento, pero no esperó respuesta.

Elsa se agachó y colocó las velas en forma de corazón antes de seguirla lentamente.

El cinturón estaba tieso y el enganche se resistió antes de hacer clic. Era el coche de Anna-Stina, un viejo Renault, que no estaba pensado para el frío.

—¿Cuándo vas a cambiar de coche? ¿No te acuerdas de lo que decía Lasse sobre la torpeza de los franceses?

Anna-Stina soltó una carcajada y a Elsa le dieron ganas de darle un apretón en el hombro, pero no lo hizo. Había quienes decían que la amistad entre ellas era imposible, que Anna-Stina siempre mandaba y Elsa siempre cedía. Pero no era así, ya no. Ni hablar de que ella fuera la sombra de Anna-Stina.

La muerte había hecho que tuvieran que solucionar más o menos solas lo que era la vida. Y claro que, por edad, Anna-Stina a veces había estado más distante. Como cuando comenzó a maquillarse y le salieron curvas que sonrojaban a Elsa. Las amigas de Anna-Stina tacharon a Elsa de infantil, pero Anna-Stina seguía visitándola por las tardes. Y cuando Elsa empezó séptimo y la madre dejó que se maquillara, las cosas se nivelaron otra vez.

A veces, *siessá* le preguntaba por qué no tenía amigos, pero entonces Elsa se reía y contestaba que tenía a Anna-Stina. Y no le dolía, porque era verdad. Tampoco le importaba si solo se acordaba de ella cuando nadie tenía ganas de llevar a Anna-Stina al pueblo vecino.

Mientras tanto se convirtió en ella misma.

—¿Quieres que nos veamos en tu casa o quieres venir a la mía? —

preguntó Anna-Stina.

Elsa sonrió y dijo que por supuesto quería acompañarla a su casa. Anna-Stina vivía sola, en un pequeño apartamento en el único edificio del pueblo vecino con seis pisos de alquiler.

Elsa se había quedado con el piso en la ciudad, en el que había vivido mientras estudiaba el bachillerato. A veces iba allí para poder estar a solas. Solía llevarse los esquís y hacer eslalon o ir al cine con algún amigo del instituto que seguía allí y no se había ido a estudiar a otro sitio.

Ahora, el piso era un lugar al que añoraba ir, pero la sensación había sido completamente diferente cuando llegó allí con dieciséis años: una soledad abrumadora que la había pillado totalmente desprevenida. Regresar al pueblo los fines de semana o en vacaciones era un recordatorio de todo lo que se estaba perdiendo. La vida con los renos. Algo sumamente vital estaba sucediendo y ella se había quedado al margen de ello. Su padre y Mattias no la necesitaban, pero ella los necesitaba a ellos o, más bien, necesitaba lo que les unía. Mattias nunca hizo el bachillerato porque sabía que se quedaría para siempre en el pueblo con los renos. Eso también lo sabía Elsa, pero era inconcebible que ella no hiciera el bachillerato. Y Anna-Stina le había insistido, contándole lo divertido que era. Estuvieron un año juntas en la ciudad, cuando Elsa hacía primero y Anna-Stina tercero. Después de lanzar su gorra de bachiller al aire, Anna-Stina metió todas sus cosas en el coche y regresó al pueblo. En la ciudad se quedó Elsa, durante dos largos años. Pero tampoco es que se hubiera pasado todo el rato echando de menos a Anna-Stina; por primera vez trabó amistad con gente que no eran sus primos. Empezó a hacer eslalon, a ir al gimnasio y a salir de fiesta. En esos momentos podría haber renunciado a la cría de renos. Las chicas no tenían las mismas expectativas, no estaba igual de claro que fueran a elegir dedicarse a los renos. Sobre todo si había hermanos en la familia. Pero Elsa habría elegido a los renos con hermanos o sin.

El limpiaparabrisas iba de un lado a otro sin parar, los copos de nieve eran pesados. Iban en silencio en el coche. Como de costumbre, Anna-Stina conducía demasiado rápido e imprudentemente cerca de la cuneta. Casi como si deseara que el coche diera un patinazo para poder enderezarlo, manejándolo con soltura para evitar una catástrofe.

Pasaban retumbando a su lado grandes camiones que desprendían una nube de nieve que las cegaba. Era una pared blanca, y contenían la respiración hasta que se dispersaba y veían de nuevo.

—Mañana voy a ir a casa de Per-Jonas —dijo Anna-Stina.

Per-Jonas y Anna-Stina habían sido pareja durante casi un año. Él era del

pueblo sami que lindaba con el suyo. Per-Jonas tenía cuatro años más que Anna-Stina. Era locuaz, casi un pelma. Y convertía a Anna-Stina en una persona diferente. Pero eso Elsa se lo callaba.

Anna-Stina redujo la marcha y encendió el intermitente para girar y entrar en el patio.

—Su padre va a pasar la noche fuera y prometí que le echaría una mano.

El freno de mano chirrió al levantarlo.

—¿Quieres venir?

Elsa reconocía ese tono. Se trataba de Niko. Seguro que él estaría allí. Ya sabía que él estaba interesado en ella, pero eso no cambiaba las cosas.

La nieve les azotaba la cara y se dieron prisa por entrar en el edificio. Anna-Stina encendió la lámpara de la entrada y colgó su abrigo. La cocina estaba hecha un desastre, los cacharros sin fregar, en la mesa había cartas de la administración regional y la ropa colgaba de los respaldos de las sillas. Anna-Stina llenó el filtro de la cafetera y sacó dos tazas blancas. Al poco rato, el olor a café se extendió por la cocina.

—Venga, acompáñame —dijo a la vez que sacaba un paquete de leche de la nevera.

—¿Lasse tenía alguna novia? No me acuerdo.

—¿Por qué lo preguntas?

Anna-Stina sirvió el café y Elsa estiró el brazo para coger la leche.

—A veces pienso que tal vez él se sintiera muy solo. Siempre viajaba solo.

—Él tenía tiempo para viajar, nadie más lo tenía.

—Pero viajar solo... No sé...

—Tú, en cambio, necesitas un novio. Sería genial si Niko y tú... —Dio un toque con los dedos de los pies a la pierna de Elsa—. ¡Nos lo pasaríamos tan bien los cuatro juntos!

Elsa se conformó con sacudir la cabeza y hacerle una mueca a Anna-Stina, que se rio.

Necesitar un novio. Como si encontrar uno fuese tan fácil, o pudiera contentarse con el primero que estaba por ella. Solo porque sí.

En el buzón solo estaba la carta de la Seguridad Social y Robert la levantó para tantear el peso en la mano. Pesaba poco, no contendría ningún cambio. Miró hacia el pueblo; las casas estaban ordenadamente alineadas a lo largo de la carretera interior y de los caminos de grava, más pequeños. Salía humo de las chimeneas. Los grajos aleteaban pesadamente sobre los viejos postes de teléfono, que llevaban muchos años sin usarse. Volvió al coche, que estaba en marcha, con los gases del tubo de escape formando una nube densa alrededor.

Se sentó con dificultad e hizo una mueca cuando sintió una punzada en el hombro. El dolor, como de costumbre, había empezado a extenderse hacia abajo, hacia los omoplatos y la espalda. Buscó a tientas la manera de introducir el dedo índice en la solapa y abrir el sobre, pero al final arrancó una esquina. Consiguió sacar la mísera hoja con unas pocas frases y, como siempre, una serie de cláusulas sobre cómo se podían presentar alegaciones. Sabían de sobra que nadie podía expresarse lo suficientemente bien como para presentar alegaciones. Siempre había alguna cláusula que no cumplía. El médico de la Seguridad Social había afirmado rotundamente que no sufría ninguna enfermedad que le impidiera trabajar. No querían hacerle un reconocimiento. Y en el centro de salud estaba esa maldita Jeanette, que fruncía la boca cada vez que él iba allí para que le recetara más analgésicos. Era hora de ir a otro lugar con la esperanza de que nadie abriera su historial médico. Hacer un viaje a Luleå. O pasar de todo, sencillamente.

Golpeó el volante con las palmas de las manos y puso primera, aceleró hasta que las ruedas patinaron en la nieve.

Aquello no pintaba bien, nada bien. Pronto llegaría la factura de la luz de Vattenfall y tenía que llevar a Raija al veterinario para ver cómo iban sus caderas. Se rascó la cabeza y tiró la visera al asiento trasero. Raija la olisqueó y se tambaleó cuando él giró. Gimió de dolor y Robert miró hacia atrás.

—Lo siento, Raija, ha sido sin querer.

Extendió la mano y la perra gris apretó el hocico contra la palma de la mano, jadeando. Tenía cuatro meses cuando se la dieron, en pago por un trabajo que hizo. De hecho, fue idea suya. Había visto una camada de cachorros en el patio y preguntó si se podía quedar alguno. No habían tenido

un perro en casa desde que Robert era adolescente, desde aquel día de otoño en que su padre salió con Onni y volvió sin él. Su padre tenía los ojos rojos, pero cuando Robert le preguntó, cambió de humor, como tantas otras veces antes.

—Es maltrato animal, una crueldad dejar vivir a un perro enfermo, ¿lo entiendes? Estaba sufriendo.

Robert se quedó mudo. Ni siquiera le había dado la oportunidad de despedirse de él. Habría podido matar a su padre en aquel momento. Después de aquello no volvió a haber un perro en la casa. Onni era un *setter* irlandés, el mejor perro de caza del pueblo, según su padre. Había mostrado más afecto por Robert, y el padre, algunas veces, trató de quitarle esa querencia a golpes. Y el viejo sabía salirse con la suya. Mató de un disparo a Onni y nunca dijo qué fue de su cuerpo.

Hacerse con un perro había sido una idea repentina: había visto a Raija dando vueltas y era la más valiente del patio. Él necesitaba un buen perro para cazar alces. Había habido jaleo en el grupo de caza durante mucho tiempo, algunos no querían tenerlo en el grupo, decían que no era de fiar, que bebía. Entonces se agenció a Raija y se volvió útil. Raija era la mejor, igual que Onni había sido el mejor. Su padre no dijo ni una palabra cuando el cachorro entró en casa. Robert le dejó bien claro de quién era el perro.

Raija se tumbó en el asiento trasero y gimió. Robert subió el volumen de la radio.

Junto a la gasolinera había un Audi gris nuevo que él no reconoció; llevaba un remolque detrás, donde se adivinaban las formas de una moto de nieve debajo de una lona negra. Volvió la cabeza y condujo más despacio. Claro, ¡joder!, podría habérselo imaginado. Otro maldito pastor de renos con coche nuevo y seguramente moto de nieve nueva. ¿Cuántos coches tenían ya? ¿Tres? El hijo tendría dos. Allí tendría que actuar la Agencia Tributaria, investigar esas deducciones.

Siguió conduciendo hasta salir del pueblo, sin rumbo fijo, pero pisando cada vez más el acelerador. Se cruzó con un coche que le dio unas ráfagas insistentes con las luces largas. Probablemente, renos en la carretera. Efectivamente, después de la curva los vio. Cuatro renos grandes lamiendo la sal de la carretera. Sería muy fácil derribarlos como si fueran bolos. Lo miraban fijamente, con sus ojos vacíos, sin moverse del sitio. Robert tocó la bocina y eso les hizo saltar y alejarse lentamente hacia el borde de la cuneta. Él se puso en marcha de nuevo, solo para volver a frenar cuando uno de los renos volvió a la carretera. Tocó la bocina repetidamente y el reno saltó hacia atrás.

A veces no había tiempo para pensar. Un sitio para aparcar, una frenada rápida, abrir la puerta del coche, abrir la puerta del maletero y sacar el rifle.

Raija estaba en tensión; un gruñido salió de su garganta, pero eso fue todo. Nunca ladraba en un momento inoportuno, y él solo necesitaba levantar el dedo índice para que se callara por completo.

Los renos se habían movido hacia un bosque de abetos y levantó el rifle. Apuntó. Disparó. Acertó. El animal cayó. Volvió a disparar. Volvió a dar en el blanco. Los otros dos renos se hundieron profundamente en la nieve, tratando de escapar. En el tercer tiro falló.

Entonces se derrumbó; de repente le temblaban las manos y el pulso se le aceleró en los oídos. Demasiado cerca del pueblo. Tres disparos. Miró jadeante a lo largo de la carretera, atento al ruido de coches. Llegó tambaleándose a la puerta del maletero y tiró dentro el rifle. Sacó el móvil del bolsillo de la cazadora y marcó el número de Petri. Fue breve y brusco. «Necesito un remolque y sacos. Ahora».

Sacó un cigarrillo y casi se lo dejó caer al llevárselo a la boca. No debería estar allí con el coche. Buscó los casquillos, encontró dos, el tercero había desaparecido, tal vez estaba debajo del coche. Se oyó el ruido de un motor y él se tiró dentro en el asiento trasero, y al hacerlo rozó sin querer a Raija, que aulló. Un camión pasó retumbando. Miró por la luna trasera cuando ya había pasado. Noruego. Nadie que conociera su coche.

Permaneció allí, con las rodillas casi a la altura de la barbilla. El dolor de espalda le bajaba hasta la cadera y le subía por toda la espina dorsal. Intentó tumbarse de espaldas, pero se quedó atascado en una postura retorcida. Pegó un puñetazo en el respaldo del asiento. Prestó atención a otro ruido de motor, que, de nuevo, pasó; el coche vibró ligeramente, era un *pickup* pequeño. Esta vez no se levantó para comprobar la matrícula.

Todo fue una chapuza apresurada, pero se aseguraron de despiezar las mejores partes. Arrastraron a los renos hacia el interior del bosque, los descuartizaron a hachazos y recogieron las vísceras, las pezuñas, los cuernos, las cabezas y los trozos del pelaje en los sacos de plástico azules. Echaron nieve a patadas sobre la sangre. El sudor les corría por las sienes. Robert tenía un dolor tan fuerte que le hacía ver las estrellas. Petri echaba pestes todo el rato. Que les diera tiempo a subir los cuerpos de los renos al remolque antes de que pasara algún coche era una empresa que estaba condenada al fracaso. Era viernes y el rally del valle del Torne estaba a punto de empezar. La gente de la ciudad que había abandonado sus pueblos de origen hacía mucho tiempo volvía todos los fines de semana a sus pequeñas residencias para encender la chimenea y tomar una sauna.

Petri cargó el último saco de basura en el remolque.

—Nos repartiremos la carne, ¿no? —preguntó en voz baja mientras ponía encima la lona.

Robert simplemente levantó la mano, como diciendo que era una cosa evidente.

—Asegúrate solo de que desaparezcan los sacos.

Petri asintió y se subió al coche. Robert se quedó un momento masajeándose las vértebras lumbares. Las copas de los abetos susurraban. Trató de agacharse para ver si el casquillo estaba debajo del coche, pero tuvo que detenerse en mitad del movimiento. Al levantar la pierna derecha para subir al coche jadeó y se mordió con fuerza el interior de la mejilla hasta que el sabor de la sangre le llenó la boca.

Se acercaba un coche y él desvió la cara de forma instintiva. Pero eso, lógicamente, no servía de nada, porque en los pueblos todos conocían las matrículas de los demás. Un Qashqai rojo y nuevo pasó zumbando y él reconoció al conductor. Nils Johan.

Su respiración se había calmado. No había nada de que preocuparse. Llamaría al restaurante en Pite para decirles que podían comprar más carne. O tal vez a la empresa de Finlandia, que pagaba aún mejor. También iba a quemar la carta de la Seguridad Social cuando llegara a casa. No los necesitaba. De una u otra manera, siempre se las arreglaba.

Elsa miró hacia la casa de Mattias. Se había acostumbrado a llamarla así. Era peor en el caso de *áhkku*, a quien tenían que buscar y llevar de vuelta a la casa familiar un par de veces por semana cuando ella, toda indignada, se preguntaba cómo era posible que la puerta estuviera cerrada con llave. Y por qué nadie había colocado una escoba en la puerta en lugar de cerrarla. Mattias cerraba para que ella no pudiera entrar. No tenía fuerzas para darle más explicaciones.

Elsa cruzó y llamó a la puerta, y oyó pasos antes de que se abriera la puerta.

—Tengo que enseñarte una cosa.

Siempre tenía que haber un motivo para llamar a la puerta. Mattias había empezado a dejar las persianas bajadas. Pero fingían ignorarlo; sabían que su madre se quedaba a menudo delante de la ventana, en silencio y con la mirada fija en la casa de Mattias.

El vídeo del hombre montado en un reno había sorprendido a Elsa. A Anna-Stina se lo había pasado Per-Jonas, y ella a su vez se lo había enviado a Elsa. La grabación era corta y no tenía sonido, pero aquella ofensa fue como un puñetazo en el estómago. Solo de pensar que eran tan atrevidos y descarados como para grabar cómo maltrataban a los animales… Era casi imposible de asimilar.

Los cacharros estaban fregados y la cocina olía a jabón. El hule había desaparecido y en su lugar había un camino de mesa largo y gris en el centro y encima de él un cuenco de color marrón. No limpiaba su madre, lo hacía él mismo.

Elsa se sentó en la silla de palillería y sacó el móvil. Mattias se sirvió café y le ofreció el termo a Elsa, pero ella negó con la cabeza.

Parecía relajado, se movía más tranquilo y no golpeaba el suelo con los talones. El traslado a los pastos de invierno había transcurrido sin problemas y parecía que el rebaño crecía y se encontraba en buenas condiciones.

Él le sostuvo la mirada, incluso sonrió ligeramente. Faltaban solo unos días para el *rátkin*, la clasificación, y entonces recibirían la confirmación de si lo que él había visto durante el traslado coincidía con la realidad. Según él, parecía el mejor año desde hacía mucho tiempo; habían sobrevivido muchos

renos y, sobre todo, muchas crías.

Elsa dejó el móvil en las rodillas. Podía esperar. Tal vez hasta después de la clasificación. Aunque, al mismo tiempo, quería saber qué pensaba él, si deberían denunciarlo a la policía. Antes de pasar por su casa, ella había hojeado la pila de denuncias que habían presentado. Eran su padre y ella quienes se encargaban de que todas acabaran en un archivador, y a menudo era ella quien escribía el pie: «Investigación archivada». Era Elsa quien llamaba a la policía para preguntar cómo iba el trámite de sus denuncias. Su padre había aceptado encantado que ella se hiciera cargo de esa parte y, además, escribía mejor. Quedó muy impresionado cuando Elsa les escribió una carta a los jefes de la Policía Regional del Norte sobre la falta de diligencia de la policía local a la hora de investigar los delitos contra sus renos. «Contra nuestra vida», para expresarlo más correctamente, había señalado en la carta.

Mattias casi nunca quería ver las denuncias, pero ese vídeo tenía que verlo. Puede que reconociera al tipo que cabalgaba sobre el reno.

—¿Qué querías enseñarme?

—Creo que voy a tomar café de todos modos.

Él le dio una taza y bebieron en silencio.

—¿Y?

Ella sonrió discretamente. Tragó saliva. Pero no, no podía hacerlo. Se repuso rápidamente.

—La moto de nieve que querías comprar ya está disponible. Per-Jonas se lo dijo a Anna-Stina.

Él se frotó la barbilla y asintió.

—Es muy chula.

—¿Puedes permitírtelo?

—La empresa siempre puede permitírselo —dijo él sonriendo.

—No digas eso.

—¿Ah, no? Eso es lo que dicen todos. Así que no pasa nada si dejo que lo crean. Siempre habrá algún envidioso.

—¿Por qué no subes las persianas?

—No puedo soportarlo.

Ella se incorporó y colocó los listones de madera en posición vertical. Su madre estaba de pie en la ventana de la cocina y rápidamente dio un paso atrás.

—¿Te has dado cuenta de que nunca viene aquí?

Sí, Elsa se había dado cuenta.

—A veces es difícil saber lo que quieres, hermano.

—¡Bah!

—Pero no te quejarás, *áhkku* sí que viene.

Quería hacerle sonreír de nuevo y él le dio un cachete suave en la cabeza antes de levantarse y desaparecer en el cuarto de baño. Ella hojeó distraídamente la pila de periódicos viejos que había en el suelo, dentro del antiguo cajón de madera. Entre las revistas de caza y pesca, *Jaktmagasinet* y *Fiskejournalen,* había una foto. Le dio la vuelta. Lasse. La imagen sonriente que había estado delante de su ataúd.

No dejó ninguna carta, pero años después Elsa había pensado que Mattias a lo mejor lo sabía. Habían sido muy amigos. Tenía que haber sido muy difícil de superar el haber estado tan cerca de otra persona y, aun así, no haber podido evitarlo.

Pero los hechos fueron los que fueron. Quizá ella se había perdido las explicaciones después de su muerte. Quizá todos sabían más que ella. Durante mucho tiempo había oído decir que los samis presentaban un índice de suicidios muy elevado, pero, según las investigaciones más recientes, parecía que tal vez la cosa no fuera así en absoluto. Había escuchado a medias las noticias de *Ođđasat*, la televisión sami, y apagó cuando su madre entraba en la cocina. Eso sí le había quedado claro, que no se debía hablar innecesariamente de cómo ni por qué había muerto Lasse. Poco después del entierro había visto a su madre tratando de consolar a Hanna diciéndole que él estaba mejor ahora. Entonces Elsa le dio una patada en la espinilla a su madre y salió corriendo todo el camino hasta casa. ¡¿Cómo podía uno decir que era mejor estar muerto?! Elsa había oído otras explicaciones vagas como que él no estaba hecho para esta vida. ¿Y quién decidía eso?

Psicólogos y terapeutas habían tratado de acercarse a las personas más afectadas, pero la familia y los allegados se habían cerrado en banda. No querían que nadie se acercara demasiado. Ni hablar de ello. Querían dejar las cosas como estaban. Además, ninguno de los psicólogos sabía hablar sami. Y evidentemente así era imposible.

Elsa no sabía cómo Mattias llevó la pena. Solo recordaba que en el entierro no quiso cogerla de la mano y que fue uno de los pocos que no lloró.

Lasse no era el primero que se suicidaba en Sápmi, y otros habían ido tras él. Elsa de niña pensaba que no era tan raro cuando algunas personas como su madre decían que estaban mejor allá donde estaban después de la muerte. Era como justificarlo.

Se estremeció y pasó la palma de la mano por el rostro sonriente de Lasse. ¿Y si los que se suicidaban eran los que tenían razón? Los que decían

que no podían más y dejaban todo lo que les hacía daño. Los que dejaban un mensaje al mundo entero. ¿Veis adónde nos conducís? No podemos soportarlo más. Preferimos quitarnos la vida antes que ver cómo se maltrata y se mata a nuestros renos mientras oímos cómo nos odiáis. Preferimos quitarnos la vida antes que ver cómo se reducen nuestras tierras por una mina que no dará más de una década de trabajo, como máximo.

Los padres, preocupados, vigilaban atentamente a sus hijos, les ponían límites, los retenían, no les permitían mudarse más lejos que al otro lado del montón de nieve, al patio vecino. Pero si no se eliminaban las razones para querer abandonar la vida, todo eso no servía de nada.

Sus pensamientos le llenaron el corazón de inquietud. Sonó al agua de la cisterna y poco después el grifo. Elsa metió la foto entre las revistas.

—Me tengo que ir —dijo cuando él salió—. Tengo hora en la peluquería.

Se comentó el día anterior que se habían oído disparos en las afueras del pueblo. Alguien afirmó que había oído dos y otro, tres. En pleno día. Elsa no le dijo a nadie que había visto el coche de Robert en un aparcamiento solitario. Había pensado hablar de ello con Mattias, pero lo dejó pasar también. Podría haber sido alguien que le pegó un tiro a un zorro sarnoso, se dijo en la tienda. O alguien que disparó a los renos. Eso no lo dijeron en voz tan alta.

Pronto tendría lugar la clasificación. Entonces volverían a estar más seguros. Elsa contaba los días; todos contaban los días. El pronóstico del tiempo era que iba a hacer frío, pero el último día habían tenido temperaturas suaves.

Abajo, en la provincia de Jämtland, los pueblos samis se habían cansado de llevar a cabo la clasificación de los rebaños bajo la lluvia, la nieve y los fuertes vientos y habían construido un cercado cubierto para la clasificación.

—¡¿Cubierto?! —exclamaban los viejos del pueblo sami al que pertenecía Elsa.

Aquello era antinatural y equivocado.

Su padre no había dicho nada cuando se habló de ello, solo fue al cobertizo. Seguro que todos sabían que estaba pasando algo grave. Lluvia en pleno invierno. A Elsa le asustaba. Y habían dado la voz de alarma, habían intentado que la gente de fuera de las tierras de pasto de los renos entendiera lo que estaba pasando. ¿Veis lo que está pasando? Nosotros llevamos mucho tiempo observándolo. Desde hace años venimos advirtiendo de que el clima está a punto de cambiar. Pero como siempre sus voces habían sido demasiado débiles y el viento no había sido capaz de llevarlas demasiado lejos. Así que había pueblos sami que construían techos y la gente pensaba que no estaba mal que no hiciera tanto frío. Pero cuando miraban a los nietos les temblaban un poco las piernas. Al final el techo no sería suficiente.

Elsa se sentó en el coche, su primer coche, un Skoda Octavia azul claro que había comprado a buen precio a un primo. Condujo despacio hacia el aparcamiento que había en las afueras del pueblo, se detuvo y permaneció sentada. A veces era mejor no saber. Pero se bajó y observó el suelo con

atención. El camión quitanieves había tenido tiempo de pasar un par de veces, así que lo que hubiera allí estaría ahora en el montón de nieve. Se movió con cuidado, mirando por encima de la nieve. Blanca e intacta. Pero, un poco más allá, se podía ver claramente huellas de renos. Dio unas zancadas en la nieve profunda. Un par de renos o más, muchas huellas que conducían hacia arriba en dirección al bosque. Intentó seguir sus huellas, dando patadas en la nieve sin encontrar nada. Al final, cuando llegó a la altura de los abetos, vio que las huellas conducían hacia el interior del bosque. Esos renos se habían salvado. No había mechones de piel ni sangre, solo nieve. Era un alivio. Debía de haberse tratado de un zorro sarnoso, después de todo. Volvió sobre sus pasos y se sacudió la nieve de los pantalones vaqueros antes de sentarse de nuevo al volante y ponerse en marcha.

Desde lejos los vio junto al arroyo: cuervos grandes que revoloteaban y aterrizaban unos encima de los otros. No tenía por qué significar nada, pero podía tratarse de un reno atropellado. Condujo despacio, contempló la avidez de las aves carroñeras. Avanzó otros doscientos metros antes de girar y entrar en un aparcamiento, sin saber muy bien qué hacer. Tenía que estar en la peluquería en poco más de una hora. Podría tratarse del zorro sarnoso, que el tirador habría arrojado a la cuneta. Solo necesitaba verlo para poder irse tranquilamente.

Dio la vuelta para volver al arroyo. No se veía desde la carretera, y Elsa condujo tan cerca del borde de la cuneta como pudo, y después encendió las luces de emergencia y salió del coche.

Los cuervos se alejaron volando. Quedaron a la vista dos sacos de plástico azules con el nombre de la empresa minera. Uno medio roto y el otro aún intacto. Un intestino colgaba de un agujero. Eso la hizo volver al coche a buscar los guantes gruesos en el maletero.

Los cuervos se habían posado en las copas de los árboles y la miraban con tizones de carbón en los ojos. Había un agujero en el hielo a medio abrir, como si alguien hubiera tratado de abrirse paso con un hacha. ¿Con la idea de arrojar los sacos al arroyo, tal vez? ¿Con la esperanza de que se hundieran hasta el fondo? Elsa levantó con cuidado el plástico de uno de los sacos, y el intestino salió un poco más. No parecía totalmente congelado; los sacos podrían haber estado guardados en un lugar más caliente antes de que los dejaran en el bosque, pensó ella. El saco pesaba mucho y se armó de valor porque necesitaba ver lo que había dentro. Los cuervos habían conseguido hacer un agujero bastante grande con sus picos afilados. Agarró uno de los bordes y rasgó con determinación el plástico un poco más. La cabeza del

reno la hizo tambalearse hacia atrás. Se le revolvió el estómago y se aclaró la garganta. La marca en las orejas. Era un reno de Mattias. La cabeza estaba llena de sangre y debajo estaban los intestinos, al lado de otras vísceras y unas cuantas pezuñas. Levantó el otro saco, igual de pesado, y pasó la mano a lo largo del plástico y palpó la forma de otra cabeza de reno.

No lo pudo evitar, y se le escapó un gemido. Se serenó después de unas cuantas respiraciones y miró a su alrededor antes de acercarse con piernas temblorosas hasta el abedul más cercano donde se puso de puntillas para cortar una rama. La rama era dura y Elsa gritó enfadada cuando se colgó de ella con todo su peso hasta que la rama crujió y cedió. Removió con ella el interior del saco. Había allí unos guantes de plástico, finos y fofos. ADN. El coche de Robert había estado parado en el aparcamiento. Se obligó de nuevo a mirar la cabeza. El tiro había entrado justo por debajo del ojo.

No iba a llamar a su padre ni a Mattias. Ahora no. No ahora cuando todos estaban preparándose para uno de los mejores momentos del año. Esto lo podía arreglar ella sola.

Unos meses atrás había conseguido hacerse con el número de teléfono directo del agente de policía Henriksson, pero aún no había llamado. Siempre había seguido la vía oficial a través del jefe de la policía local o de la dirección general de la región. Pero en ese momento había perdido la paciencia.

Henriksson respondió después de la sexta señal, sin aliento, la voz febril. Elsa se presentó y le pareció oír un suspiro.

—He encontrado dos sacos con restos de la matanza de, al menos, dos renos. Ayer se oyeron disparos en las afueras del pueblo y he visto orificios de bala en una de las cabezas. Solo he abierto uno de los sacos para no estropear las huellas.

Elsa se preguntó si él había pensado alguna vez en la visita que ella había hecho a su oficina hacía diez años. No se habían visto desde entonces, pero ella había hablado por teléfono con él un par de veces.

—Sí, pero en realidad no es a mí a quien tienes que llamar. Pero sé que, lamentablemente, no tenemos ninguna posibilidad de ir allí ahora. La patrulla está ocupada.

—Pero, entonces, ¿debería dejar los sacos aquí, sin más? Los cuervos ya han conseguido abrir uno de ellos y están comiéndose el contenido. La prueba desaparecerá. Hay incluso guantes en uno de los sacos. Pensé que el ADN…

—Por favor, ¿podrías hacerte cargo de los sacos y presentar una denuncia? Iremos cuando podamos, pero ahora mismo es imposible.

—Creo que puede haber huellas en la nieve a las que la policía debería echar un vistazo.

—Como ya he dicho, es imposible. —Sonó irritado—. Presenta una denuncia y ya hablaremos.

—¿No puedes registrar la denuncia ahora mismo?

—Justamente ahora tenemos la última reunión antes de terminar la jornada. Llama al 114 14.

Elsa colgó sin despedirse.

El remolque estaba en el patio y ella lo enganchó al coche. Su madre salió a las escaleras; Elsa lo vio en el espejo retrovisor antes de volver a salir. Condujo de vuelta al lugar peligrosamente rápido, aparcó abajo en la cuneta en dirección contraria a los coches que se aproximaban y volvió a encender las luces de emergencia.

Los cuervos salieron volando mientras ella avanzaba. Habían tenido tiempo de picotear la cabeza y le habían arrancado un ojo. Arrastró el saco por el suelo hasta el remolque y luego fue a buscar el siguiente. Cuando todo estuvo en su sitio, ajustó los pulpos del remolque. Los sacos seguramente habrían cabido en el maletero, pero no se atrevía a tenerlos tan cerca. Seguramente era un temor injustificado, pero tenía miedo de que empezaran a descongelarse y a oler, y si el hedor no desaparecía se vería obligada a deshacerse del coche. No porque fuera sensible a los malos olores, sino porque siempre le recordaría lo sucedido.

El remolque le impidió conducir tan rápido como quería. La hora en la peluquería; mejor olvidarse de ella.

Al llegar a la comisaría, dio marcha atrás y ocupó dos plazas de aparcamiento. Había sabido dar marcha atrás con el remolque desde que tenía dieciséis años, mejor y más rápido que Mattias.

La puerta estaba cerrada y las luces de la recepción apagadas. Sacó el móvil y llamó al 114 14 y pidió que le pasaran con la dirección central de la región. Pasaron unos minutos antes de que alguien levantara el auricular. Se presentó una vez más y añadió el nombre del pueblo sami.

—Estoy fuera de la comisaría de policía con las pruebas de una caza furtiva.

—Ah, ya. ¿Lo has denunciado?

—Lo estoy haciendo ahora. ¿Puede venir alguien a hacerse cargo de ello?

—Es que la patrulla está fuera de la ciudad. ¿Qué es lo que tienes?

—Restos de dos renos abatidos a tiros.

—Un robo, entonces. —La corrigió con un tono aleccionador—. Los renos se equiparan a los animales domésticos, como los perros o las ovejas, así que no es un delito de caza. Los alces, sin embargo...

Ella lo interrumpió.

—Conozco la ley, pero en cualquier caso estoy aquí con la prueba de que alguien ha disparado y ha matado a dos renos.

—Lamentablemente, como he dicho, no hay ninguna patrulla disponible en estos momentos.

—Entonces, ¿qué te parece que debo hacer?

—Creo que la patrulla estará de vuelta dentro de dos horas aproximadamente.

—¿Me estás diciendo que no hay un solo policía en la comisaría que pueda hacerse cargo de todo esto?

—No, los investigadores ya han terminado su jornada. En la dirección central de la región, en Umeå, los días de diario solo disponemos de una patrulla aquí arriba. Lo siento, pero...

Elsa cortó la conversación. Aflojó los pulpos, que le helaron las yemas de los dedos, y arrastró los sacos hasta la entrada de la comisaría. Sacó una foto y la envió al correo electrónico del periódico local donde recibían avisos.

Buscó en el teléfono y encontró el vídeo que le iba a enseñar a Mattias. Se lo enseñaría al periodista, si es que alguien se ponía en contacto con ella. La secuencia era corta, con el enfoque parcialmente borroso y grabado con una mano inestable. Habían eliminado el sonido. Un hombre cabalgaba sobre un reno, como si fuera un caballo. Se agarraba a los cuernos y golpeaba los costados del reno con los pies. Al hombre solo se le veía de espaldas unos segundos: era bajo, bastante gordo y llevaba ropa negra. Elsa reconoció el bosque; estaba a unos pocos kilómetros de su casa. Una conocida torre para la caza de alces asomaba fugazmente. El vídeo aún no había comenzado a difundirse en círculos más amplios, pero solo era una cuestión de tiempo.

Un cuarto de hora más tarde, un Toyota blanco de un modelo antiguo aparcó delante de su coche. De él salió una mujer joven con un gorro negro, una parka muy gruesa y botas negras. La mujer levantó la mano a modo de saludo y fue directamente hacia Elsa y los sacos.

—¡Hola! ¿Has sido tú quien nos ha enviado el aviso? Me llamo Lovisa Wikberg.

Se quitó el guante y le tendió una mano cálida, que Elsa estrechó.

—Son dos renos muertos, o mejor dicho, los restos de la matanza y las

cabezas de dos renos.

—He de decir que has elegido una manera muy dramática de denunciar un delito. No ocurre todos los días que alguien vuelque los sacos llenos de restos de cadáveres de renos delante de una comisaría.

Lovisa había sacado un pequeño bloc de notas y un lápiz.

—Me he cansado de recibir siempre la misma respuesta: que no hay policías que puedan venir cuando encontramos renos asesinados y torturados.

Lovisa anotó rápidamente lo que Elsa veía al mismo tiempo que levantaba la vista.

—La policía no se está tomando esto en serio —continuó Elsa—. Perdemos muchos animales todos los años, y quienes lo hacen están libres.

—¿Por qué crees que es así?

—Porque lo tipifican como robo o daños, y no interesa invertir recursos en ello. Pero para nosotros no es un robo. Es un crimen, un crimen premeditado.

A Elsa se le volvió ronca la voz. Sacó el móvil.

—Creo que deberías mirar también este vídeo. Es un hombre maltratando y montando a un reno aterrorizado.

Lovisa parecía sinceramente horrorizada.

—¡Es horrible! ¿Tú qué sientes al ver esto?

La periodista dio la vuelta a la página y sujetó la punta del lápiz sobre un nuevo renglón.

—No creo que pueda entenderlo nadie que no sea pastor de renos. Nos duele. —Se le quebró la voz y se aclaró la garganta—. Los renos son nuestra vida. No trabajamos con renos, sino que son una parte de nuestra vida. Y cuando a nadie le importa que maten a nuestros renos…

—Lo entiendo, tiene que ser terrible.

Lovisa bajó el bloc.

—Voy a sacar unas fotos. ¿Te parece bien?

Elsa asintió y miró cómo la periodista montaba un flash en la cámara. Lovisa murmuró para sí misma que era difícil hacer buenas fotos en la oscuridad. Elsa pensó que ella también debería sacar fotografías. Ya había ocurrido antes que las pruebas habían desaparecido. Sujetó el borde de la bolsa y fotografió la cabeza, con el orificio de bala y sin el ojo.

—¿Sabes de quién son los renos?

—Sí. —Elsa dudó—. Son de nuestro pueblo sami.

—Por cierto —dijo Lovisa levantando la vista—. ¿Cómo pueden ser tan tontos como para subir un vídeo de ellos mismos? Disculpa, pero la verdad

es que es increíblemente estúpido.

—Es sencillo. No tienen que preocuparse de que los detengan. La denuncia se archivará.

—Pero podrían identificar a este hombre, ¿no te parece? Entonces el vídeo será una prueba válida.

Elsa había visto muchas veces ese vídeo. Sí, claro que podría haber alguien que lo identificara. Ella no lo reconocía. Iba demasiado rápido y estaba demasiado borroso.

—Aunque alguien lo identifique, nadie ayudará a la policía. Además, no sabemos de quién es el reno, de manera que no hay ningún demandante. Pero quizá tú puedas presionar un poco a la policía, hacerles preguntas críticas.

Lovisa sonrió de pronto.

—En realidad, soy periodista cultural; me enviaron hace un par de meses desde Luleå, así que no estoy especializada precisamente en sucesos. Pero por supuesto que preguntaré por esto.

Miró de reojo el reloj.

—Estaba a punto de ir a un concierto en la iglesia, así que lo siento, pero me tengo que ir. Pero si me das tu número de móvil podemos seguir charlando después, cuando haya hablado con la policía. ¿Puedo hacerte una foto?

—No sé.

—Pero ¿podré incluir tu nombre en el artículo y nombrar el pueblo sami del que se trata?

—Sí, eso sí.

Lovisa se quedó de pie, sonrió un poco, sacó las llaves del coche y toqueteó la cámara que le colgaba en el pecho.

—¿Te puedo hacer una foto por si acaso y así tú puedes decidir más tarde?

Elsa asintió. Siempre era más difícil cuando la rabia se había esfumado. Cuando la desesperanza ocupaba su lugar. Cuando la sensación de que nada importaba lo más mínimo golpeaba con toda su fuerza. Nadie de su familia había salido nunca en el periódico. Solía ser Olle, el portavoz del pueblo sami, quien hablaba. A menudo, los periodistas solo estaban interesados en escribir noticias breves sobre los renos muertos. Quizá esta periodista era diferente. O puede que lo que le hubiera atraído fuera la imagen de los restos de los renos sacrificados dejados descaradamente delante de la puerta de la comisaría. Pero Elsa no quería parecer una quejica; solo quería que la gente lo entendiera. Con demasiada frecuencia eran los samis más bocazas los que

salían en los medios de comunicación porque a los periodistas les interesaba azuzar los conflictos. A algunos samis les gustaba pasarse de la raya y expresarse con dureza, desprecio o un tono casi amenazador contra la sociedad. Trazaban una frontera clara entre nosotros y ellos. A Elsa le costaba aceptar esa retórica. Hacía que los que les odiaban lo tuvieran muy fácil para ponerlos a todos dentro del mismo saco y calificar a los samis de quejicas o pendencieros. Ahora tal vez era ella la que estaba yendo demasiado lejos, al estar allí con los brazos cruzados delante de sus animales muertos.

—Puedes hacerme una foto. No quiero que me fotografíes con los sacos.

Lovisa asintió, demasiado deseosa de que Elsa se sintiera cómoda. Elsa parecía resuelta cuando el flash le iluminó el rostro.

—Es importante hacerlo bien, que la gente lo entienda —dijo ella.

—Desde luego. Considero que esto es muy importante. Te llamaré después del concierto y así podrás contarme más en detalle dónde encontraste los sacos y demás.

Lovisa volvió a mirar su reloj y le dio las gracias por la entrevista antes de dirigirse rápidamente al coche.

Elsa se sintió desnuda. Era una sensación desagradable, como si se hubiera abierto a alguien que solo la había escuchado a medias.

Había nevado por la noche, pero no tanto como para que la carretera hasta la montaña estuviera intransitable. Anna-Stina no iba ni a cincuenta por hora y redujo la velocidad antes de llegar al cambio de rasante. La carretera era de un solo carril, pero había muchos lugares donde hacerse a un lado si venía un coche de frente. Elsa bostezó, cansada y un poco irritada por no saber decir nunca que no. Pero en esta ocasión, la insistencia de Anna-Stina para que la acompañara a casa de Per-Jonas le vino bien. No quería estar en casa cuando llegara el periódico o cuando alguien de la familia leyera el artículo en internet.

Cuanto más subían, mayor era la distancia entre los abedules. La vieja valla de madera, que servía para que los renos de cada pueblo sami se mantuvieran en sus terrenos, de tanto en tanto se inclinaba. El viento soplaba con más fuerza y se formaban ventiscas en el camino. Pronto haría falta que pasara el camión quitanieves. Elsa sintió un escalofrío en todo el cuerpo al pensar en aquella vez que se quedó en la cuneta a esperar que llegara el camión quitanieves. Rematadamente estúpido e incomprensible.

En el pueblo sami de Per-Jonas ya habían hecho la clasificación del rebaño y habían empezado a alimentar a los renos, y Anna-Stina tenía que subir y demostrar de lo que era capaz. Recorrieron muchos kilómetros en silencio. Anna-Stina iba concentrada en la carretera y Elsa pensaba en lo que había dicho en la entrevista.

Las primeras casas aparecieron a lo lejos.

—¿Sabes que aquí arriba hubo otra pelea por una casa? —preguntó Anna-Stina.

—¡No los entiendo, la verdad!

Había aldeanos envidiosos que solían denunciar la construcción de sus pequeñas casas, pero los dueños de los renos contaban con la ley de su parte. Las casas eran necesarias para poder llevar a cabo el pastoreo de los renos en la zona. Elsa estaba muy harta de los comentarios malévolos acerca de que las casas no harían falta si los renos pastaran libres y no los alimentaran. Según ellos, el pastoreo de renos debería realizarse como hacía cien años, con esquís y sin vehículos de motor.

—Si fuera por ellos, tendríamos que vivir en tiendas —dijo Anna-Stina

poniendo los ojos en blanco—. En la sociedad actual todo puede renovarse y modernizarse, pero no el cuidado de los renos. Qué raro, ¿no?

Pasaron por delante de unas casas. Anna-Stina se miró en el espejo y se colocó el largo flequillo detrás de la oreja antes de entrar en el patio de la casa.

—¡Por fin hemos llegado!

Aparcó y el perro pastor negro de Per-Jonas llegó corriendo hasta el coche; ladraba, pero movía la cola. Daba vueltas alrededor de sí mismo, impaciente y feliz. Saltó sobre Anna-Stina cuando salió del coche. Dio rápidamente la vuelta al coche para oler las manos extendidas de Elsa.

El día se había despejado, pero las nubes más allá de las montañas ya se movían velozmente hacia ellos.

En el patio había dos renos domesticados, atados con cuerdas largas. El reno grande castrado llevaba un cascabel colgado del cuello que tintineaba delicadamente cuando iba de un lado a otro. El reno blanco permaneció quieto siguiendo al perro con la mirada. Dentro de unos meses conducirían al rebaño más arriba, a los pastos de verano en las montañas noruegas. El círculo eterno de la vida.

—Nosotros marcaremos a las crías aquí antes de ir a Noruega en junio —dijo Anna-Stina.

Ya utilizaba el nosotros, a pesar de que sus propios renos estaban en su pueblo sami, no en el de Per-Jonas. Si se casaban, probablemente haría lo que se esperaba de ella y trasladaría sus renos al pueblo de él.

Hace años, el pueblo sami de Per-Jonas marcaba las crías en Noruega, igual que hacían en el pueblo de Elsa, pero ahora pensaban que no podían seguir así. Los depredadores atacaban a demasiados animales antes incluso de llegar a su destino. Ahora, con el rebaño recogido, alimentado y con el parto de las crías y el marcaje en el mismo lugar, el pueblo sami podía salvar a casi todas las crías. Per-Jonas siempre decía que era una cuestión económica, pero para Elsa se trataba sobre todo de no tener que ver a sus renos mutilados.

—Nosotros también deberíamos marcar a las crías aquí abajo —dijo ella entonces.

—Pero eso es lo que vamos a hacer —dijo Anna-Stina mirándola—. Al menos eso es lo que dice mi padre.

El padre de Elsa tenía sus dudas. Eso supondría más trabajo, y tendrían que alimentar a los renos durante más tiempo. Pero, además, había otro temor: el riesgo de que los renos fueran víctimas de los cazadores furtivos y de los maltratadores de animales. Dejar que los renos siguieran sus

habituales rutas hacia el norte era también una manera de salvarlos de los hombres que los mataban. Nada había mejorado. Los renos seguían desapareciendo. Pero no sería tan fácil subir hasta esos territorios y, desde luego, no sin que lo vieran. Los terrenos desnudos permitían ver a alguien en una moto de nieve a kilómetros de distancia. Aquí nadie podía matar a los renos al amparo de los bosques densos.

Per-Jonas había ampliado la casa. La acababa de pintar de color verde claro, con los marcos de las ventanas en blanco. Tan pronto como la terminó, fijó seis clavos gruesos a cada lado de la puerta de los que colgaban bolsas bien llenas, cuerdas, una sartén y una sierra. Los esquís estaban apoyados contra la pared de la casa, al igual que una pala.

El calor salió a su encuentro cuando entraron en la casa. Sobre la pálida alfombra de jarapa había botas gruesas de diferentes números, y en los ganchos del perchero colgaban trajes de moto de nieve, protectores para el cuello, gafas y gorros hechos de cuero con piel blanca en las orejeras.

Per-Jonas estaba sentado a la mesa de la cocina. Asintió al verlas antes de llevarse los prismáticos a los ojos y mirar a través de la gran ventana. Un ojo entrenado podía ver incluso sin prismáticos a los renos como pequeños puntos negros sobre la nieve en la montaña pelada.

Bromeó diciendo que llegaban tarde y Anna-Stina lo rodeó con los brazos por detrás y lo besó en el cuello.

Elsa miró de soslayo hacia el dormitorio donde las camas estaban hechas. Solía dormir en el entresuelo, la casa tenía techos altos y había tres espacios para dormir por encima del pasillo de entrada.

Se sentó en el sofá. El cuarto de estar de la casa era grande: era una combinación de cocina y cuarto de estar. Per-Jonas había instalado una gran televisión nueva en una pared.

—Niko también viene —dijo Per-Jonas, mirándola con una sonrisa socarrona, pero ella hizo como si no lo hubiera visto. No debería haber venido.

Anna-Stina dio una vuelta por la cocina recogiendo el paquete de cereales y las tazas que había sobre la mesa, pasó la mano y recogió las migas. Fue una exhibición que irritó a Elsa. Anna-Stina se recogió la larga melena en un moño alto y se arremangó las mangas de la camiseta interior de lana. Se quedó allí con las manos en la cintura mirando alrededor.

—Esto tendría que ser más acogedor.

Elsa clavó las uñas en el cojín del sofá y cerró los ojos un momento. Anna-Stina no tenía ningún deseo de estar con los renos; mostraba en cambio sus habilidades para convertirse en una buena esposa y ama de casa.

Per-Jonas se levantó, estiró los brazos y soltó una especie de gruñido. El jersey acompañó su movimiento y los músculos abdominales quedaron a la vista. Elsa tomó los prismáticos y apuntó hacia la montaña. Los renos se movían despacio, alguno pateaba inútilmente. El estado de la nieve había sido desesperante ese invierno. Los cambios de tiempo eran frecuentes y sorprendentes. Podían pasar de treinta grados bajo cero a algún grado por encima. La nieve, la lluvia, el frío y las temperaturas primaverales se sucedían sin orden ni concierto. El suelo no era capaz de absorber el agua y esta se convertía en hielo. Y entonces ya no había ninguna esperanza de que los renos pudieran atravesar la nieve compacta y el hielo para llegar al pasto. Todos los pueblos samis del distrito se habían visto obligados a solicitar las ayudas que concedía el Parlamento sami para, en esa situación catastrófica, poder seguir alimentando a sus renos.

Per-Jonas se había puesto los pantalones forrados de cuero marrón y se pasó el *gátki* por la cabeza. Era de color azul claro con cintas amarillas y rojas. Se colocó el gorro con piel blanca y se calzó unas chanclas gruesas encima de las botas. Después salió de casa. Anna-Stina se vistió deprisa. Elsa, bastante más despacio.

Per-Jonas puso en marcha la moto de nieve, una flamante Polaris Indy 600 nueva, y con una rodilla encima del asiento se preparó para salir. Miró haciendo un gesto con la cabeza hacia la moto vieja, una Arctic Cat, para que Elsa entendiera que podía conducir esa. Per-Jonas había enganchado el trineo a su moto; era un trineo hecho en casa con una caja de madera y una abertura para poder dar la vuelta y soltar los péllets. Se transportaban toneladas de péllets todas las semanas cuando había que alimentar a los renos.

Anna-Stina se sentó detrás de su novio, le rodeó la cintura con los brazos y se apoyó en su cuerpo. Él aceleró con fuerza y ella soltó un chillido. Elsa apretó los dientes y también el acelerador. Las huellas de las motos eran duras y compactas; era fácil conducir por ellas, pero en algunos lugares había baches y la moto daba tumbos.

Niko estaba a punto de llegar. El ruido de la moto se oía desde el oeste, y de repente lo vieron: conducía a toda velocidad y en posición agachada. Salió a la nieve profunda e hizo un círculo alrededor de Elsa antes de adelantarla y ponerse delante de ella. Elsa lo vio sonreír, pero no le respondió, sino que fijó la mirada hacia delante.

Después de un par de kilómetros por las zonas de bosque ralo, entraron en los terrenos desnudos de la parte alta. Y los renos los oyeron. Reconocieron el ruido de las motos de nieve y se movieron hacia ellos.

Llegaron en tropel, cientos de ellos, de todas las direcciones; se movían al unísono y con determinación.

Las tres motos condujeron tranquilamente entre los animales. El sonido de los renos era como una melodía, como un *joik*, pensaba Elsa siempre. Detuvieron las motos y los renos se acercaron. Uno de ellos le dio un empujón en el guante con el morro. Los renos alimentados no eran huidizos, como los que vivían en libertad. Elsa se quedó sentada siguiendo los movimientos de una cría. ¡Tan parecida a su Nástegallu!

Se estiró hasta la bolsa de liquen que estaba atada detrás del asiento, la abrió y le dio un poco. La confianza en los ojos del animal le hizo contener el aliento.

Per-Jonas conducía despacio y Anna-Stina iba abriendo el hueco para que los péllets cayeran en un flujo uniforme. Él conducía de un lado a otro y los renos agachaban la cabeza y comían. Este sistema era mejor que el de los comederos que usaba la familia de Elsa. En los comederos se podían producir peleas por la comida, renos que daban cornadas y marcaban quién tenía derecho a comer primero y quizá todo. Su Nástegallu había sido valiente, se había atrevido a acercarse, no se había dejado amedrentar. Quizá fue por eso también por lo que Robert había conseguido atraparla. Elsa se sacudió los hombros, suspiró, pensó en otra cosa.

Niko y Per-Jonas dieron vueltas por la montaña y los péllets formaron rastros largos que serpenteaban sobre la nieve. Se comunicaban por gestos el uno con el otro. Realmente, no había nada malo en Niko. Era un chico fuerte con cuello de toro y unos ojos que parecían cambiar de color como la aurora boreal, cuando estaba de buen humor. Es cierto que alguna vez se habían besuqueado, sobre todo porque no había muchas otras cosas que hacer. Recordaba que tenía las manos sudorosas, y ella lo notó a través del jersey cuando él le puso una mano al final de la espalda.

Pero era como su padre y el resto de los viejos propietarios de renos que miraban mal a las mujeres que querían ocupar su sitio. Hombres que tenían sus opiniones sobre dónde tenían que estar las mujeres y que no estaban dispuestos a compartir voluntariamente ni el espacio que ellos ocupaban ni sus conocimientos. Ella no los necesitaba; su padre y Mattias se lo habían enseñado todo. Niko, por otro lado, buscaba una mujer que cuidara la casa, que nunca se quejara de las semanas o los meses que tendría que pasar sola y que siempre se ocupara de llenar el congelador y limpiar los mocos a los niños. Pero de momento la cosa iba bien; pudo acompañarlos como si no pasara nada, conducir la moto de nieve y tirar de alguna cría.

Por supuesto, quedaron impresionados cuando la vieron tirar de los

renos. Levantaban las cejas y sonreían. Pero eso era solo en ese momento. No es que no la dejaran participar en nada: todos los miembros de la familia eran necesarios en la clasificación, en el marcaje de las crías y en la matanza, pero, por supuesto, si los hombres podían decidir, los papeles estaban claramente repartidos de antemano. Y era el papel asignado a los hombres el que Elsa quería tener. Ser totalmente independiente. Tenía su marca y era miembro del pueblo sami, pero el amo era su padre. El único con derecho a voto en la familia. Su portavoz y el de Mattias, y de su madre, por supuesto. Mattias se convertiría en amo con el tiempo, pero Elsa no podía esperar lo mismo. Los hombres viejos del pueblo lo impedirían, estaba segura de ello. Pero nunca pensó juntar sus renos con los de Niko, si es que a alguien se le había pasado eso por la cabeza. No quería pasar de un amo a otro. Para eso prefería quedarse con su padre, que al menos se quejaba y decía que había que modernizar el sistema. Pero, por supuesto, no movía un dedo para cambiar nada. Tenía bastante con vivir y sobrevivir otro invierno sin poder dormir y con una preocupación constante.

Elsa observó a Niko y a Per-Jonas. No parecía que vivieran con la misma preocupación. O puede que fueran como los urogallos con sus grandes saltos en el aire. Mostraban sus rebaños, que eran más grandes que muchos otros. Pero ¿y por las noches? Quizá también permanecían despiertos por las noches, preocupados por los depredadores, las minas y lo que las redes sociales dirían al día siguiente sobre «estos lapones de mierda». Pero ahora, reyes en sus propias tierras, se reían del mundo entero.

Niko condujo al lado de Elsa. Tenía la cara roja y los labios rígidos por el frío.

—¿Cómo está Elsa, la hija de Nils Johan?

Siempre hacía lo mismo. Señalaba de quién era hijo cada uno. Recitaba gustoso de memoria su nombre completo con todos sus apellidos. Los de su tatarabuelo, su abuelo y su padre. Sin duda, orgulloso de la larga lista de nombres que terminaba con el suyo. A los viejos también les gustaba eso, repetir los nombres de memoria para saber de quién eras hijo y por extensión averiguar si eras pariente suyo. O si alguno había dado un mal paso. La rama de la madre de Elsa era muy sospechosa, por más que ella figurara en ese libro genealógico que estaba tan solicitado. Pero no había nada que objetar en la rama del padre.

—Está bien. ¿Y tú?

Él le guiñó un ojo.

—¡De primera! Como siempre.

Ella observó que él se expresaba como los viejos. Era hijo único y,

aunque había crecido rodeado de un montón de primos, estaba influido por la manera de hablar y de razonar de los mayores. Si es que eso era razonar. Quizá fuera porque él nunca tuvo que luchar, que hacerse valer. Además, su padre asistía a las reuniones del pueblo sami con una irritante arrogancia solo amparada en su alto porcentaje de votos. Su rebaño de renos era sobradamente conocido por su tamaño y Niko era consciente de su valor. Por tanto, carecía de humildad.

—¿Y qué haces aquí? ¿No te necesita tu padre?

—Me han obligado a venir.

Él se rio con voz ronca y exageradamente.

—Así que no te gusta estar entre los renos.

—No tengo ningún problema con los renos.

—Buenos, entonces será la gente. ¡Yo!

—Si tú lo dices…

Él se tragó su propia carcajada, pero luego sonrió de todos modos.

—He oído que dejaste dos renos muertos delante de la policía.

Elsa intentó mantener la serenidad.

—Sí, eso hice.

—Bien hecho. No he leído el artículo, pero se está hablando de él. ¿No tienes miedo?

—¿De qué?

—Esos no son buenos tipos.

—Yo tampoco soy muy agradable.

Elsa giró la llave y aceleró antes de que pudiera responder.

Anna-Stina la miró y parecía enfadada. Elsa condujo despacio hasta ella.

—Voy a volver a casa. No hago falta aquí.

—Pero si aún no han terminado. Tenemos que ir a ver a unos renos que no acaban de acostumbrarse a los péllets.

—Per-Jonas tiene a Niko. Ninguna de las dos hacemos falta aquí. No tendría que haber subido y lo sabes.

Anna-Stina miraba como hipnotizada a Per-Jonas, que caminaba entre los renos. Elsa la agarró del brazo.

—¿Puedo coger tu coche e irme a casa?

—Pero… ¡No! ¿Cómo quieres que yo vuelva a casa? Además, Niko se va a quedar con nosotros a comer.

—¡Que se divierta!

Los ojos de Anna-Stina echaban chispas. No solían disentir, y Elsa no sabía de dónde había salido ese arrebato. Pero allí, entre los renos y los machos alfa en sus motos de nieve, todo se le hizo insoportable.

—Nos vamos mañana, ¿de acuerdo? —dijo Anna-Stina.
Elsa se puso la capucha sobre el gorro y asintió.
—Yo me voy a casa ahora mismo. Nos vemos allí.

La lista con todo lo que tenían que llevar estaba hecha con esmero y dividida en tres categorías: comida, ropa y el material necesario para contar los renos durante la clasificación. En el suelo de la cocina estaban las cajas de la comida abiertas y Hanna había tenido tiempo de llenarlas con termos de café, pan, mantequilla, botes de salchichas de la marca Bullens, pan para las salchichas, kétchup, bollos de canela que había horneado la semana anterior, el último trozo de carne seca de reno, *gurpi*, y cinco botellas de refrescos.

Desde la ventana de la cocina vio cómo Jon-Isak le iba pisando los talones a su padre. Ante señalaba y el pequeño levantaba, tiraba, ataba o desataba, todo como un hombrecito. Le llegaba a su padre al hombro y siempre se estiraba para ganar algún centímetro. Sus lazos eran más fuertes que los de ella con su hijo.

Habían deseado tener otro niño, y Ante se puso loco de contento cuando, finalmente, el test dio positivo. Apenas podían creer en su felicidad. Después murió Lasse y Hanna se apagó. Ciertamente, había notado las pataditas justo por encima del pubis y luego habían sentido que algo daba vueltas dentro de ella, y en una noche le salieron unas estrías azuladas en la barriga tirante. Pero el caso es que ella no podía aceptar ese hijo. No podía haber un Dios que la destrozara por completo y después le diera el hijo que habían esperado durante tantos años. Cómo iba a poder alegrarse cuando le parecía que recibía una vida al precio de otra. Un consuelo, decían los que no lo entendían, un consuelo en el dolor. Pero no era así. Lasse había sido como un hijo, no como un hermano: había sido su hijo.

Y las viejas del pueblo, que se quedaban mirando cómo le crecía el vientre tratando de aplicar su propia matemática religiosa después de un suicidio. Habían llamado a su puerta para darle el pésame como todos los demás, pero ella no les abrió. Por primera vez cerró la puerta con llave. No porque tuviera miedo de oírlas hablar del pecado, pero temía que ella pudiera matarlas. Nunca había juzgado a nadie, nunca había participado en las habladurías de otros cuando algún joven del pueblo había decidido poner fin a su vida, y por eso podía ir con la cabeza bien alta. Por eso podía cerrar la puerta con llave y sentarse con la espalda recta en la cocina mientras las viejas daban vueltas arriba y abajo tratando de ver el interior. Se sobrecogían

cuando la veían llevándose una taza de café a la boca. Sin abrir. Sin esconderse. No, no quería encontrarse con unas mujeres que fingían quererla bien para luego hablar de que su hermano había cometido el peor de los pecados. Un suicidio no se podía perdonar. Las fauces del infierno se habían abierto y se lo habían tragado, y allí estaba él ardiendo. Todavía.

No, no había podido encariñarse con el pequeño, aunque en la sala de partos lo tuvo encima de su pecho con esa respiración rápida y superficial. Ante había llorado y sollozado. Era el hijo que había estado esperando. Nunca lo diría en voz alta, por supuesto, y era cierto que amaba a Anna-Stina, pero le faltaba el hijo. Ella lo había despreciado por ello, pero le dijo que podía coger a la criatura porque ella tenía que poder dormir. De alguna manera, Hanna había esperado ver los ojos de Lasse cuando le pusieran al recién nacido en el pecho. Que él regresaría. Transformado en un niño pequeño más preparado para la vida de lo que él había estado. Pero no, la mirada había sido la suya propia. Era un bebé robusto que levantaba la cabeza y buscaba el pecho directamente. Le dolía y lloraba, aunque Ante no la entendió y creyó que era feliz. Pero ella nunca volvería a ser feliz. Anna-Stina lo comprendió antes de que naciera su hermanito. Se deslizaba por las habitaciones, la miraba largamente, no se atrevía a acercarse como antes. Hanna tampoco tenía mala conciencia por eso. Había perdido a su hermano, su hijo, y tendría que haber sido capaz de evitarlo. Eso no la dejaba dormir por las noches. Eso y, más tarde, Jon-Isak, que parecía que intentaba chuparle la vida y le hacía adelgazar semana tras semana.

Pero había hecho lo que se esperaba de ella, había dado a luz a un hijo. Había asegurado el futuro. Cierto que una chica podría haber sido suficiente, pero ambos vieron desde el principio que Anna-Stina no tenía lo que hacía falta. No tenía ni buen ojo ni buena mano. Pero ya se arreglaría, Hanna nunca había estado preocupada por ello. Su hija sabía cómo actuar y dentro de unos años iba a atraer las miradas de muchos en el pueblo.

Nunca lo había dicho en voz alta, pero los hijos se valoraban de manera diferente. Apenas se atrevía a pensarlo sin que la invadiera un profundo desprecio por no ser mejor que nadie. Pero allí y entonces no tenía ninguna importancia. Podía haber dicho claramente que necesitaban un hijo y podía haber abierto la ventana de la cocina y haberles gritado a las viejas que Dios no existía.

La gente del pueblo daba un rodeo cuando la veían venir andando. Iba a la tienda del pueblo vecino en un estado avanzado de gestación, y con los ojos rojos tras otra mañana de llanto incontrolable, sin importarle lo más mínimo. Pero eso hacía que las mujeres huyeran con sus cestas en todas las

direcciones. Podía quedarse llorando al lado del buzón cuando encontraba una carta para él. Y había visto coches que se dirigían a los buzones, pero pasaban de largo cuando ella estaba allí.

La voz clara de Jon-Isak se oyó en el patio y su marido se volvió con una sonrisa. Por supuesto que estaba agradecida: él era todo lo que el niño necesitaba. Su vínculo era tan fuerte que apenas podían estar el uno sin el otro. Jon-Isak lloraba todos los domingos cuando sabía que le esperaba la escuela de nuevo. Quería seguir los pasos de su padre y estar entre los renos. Había una sospecha de que las lágrimas tenían que ver con algo más, no solo con alejarse de su padre, pero Hanna no tenía fuerzas para averiguarlo. Respiraba, preparaba las cajas de la comida, hablaba y reía como si todo fuera como siempre, y aunque los otros vieran que todo era fingido, consideraban que era más fácil no llevarle la contraria.

Jon-Isak solo había conocido a esta madre y se conformaba con eso. A veces se arrastraba cerca de ella en el sofá y, por supuesto, ella le rodeaba con el brazo. Pero fue Anna-Stina quien tuvo una madre con un antes y un después, y por eso debía tener mala conciencia. Pero no la tenía. Así que la cosa salió como ella había pronosticado. La hija se alejaba cada vez más de casa, al instituto en la ciudad, y con los amigos y chicos de los pueblos. Y al final se mudó a un pequeño apartamento en el pueblo vecino y Hanna respiró.

En la mesa de la cocina estaba el periódico del día anterior. Había mirado detenidamente la imagen de Elsa, con los brazos cruzados y la mirada fija en la persona que le sacaba la fotografía. Habían puesto más arriba un detalle ampliado de los sacos con los renos. Se podía ver una cabeza de reno e intestinos. Costaba mucho mirar aquella foto.

La policía rechazó la acusación de Elsa de que no se tomaban la molestia de investigar los robos de renos ni el maltrato a los animales. Decían que era difícil llevar a cabo una investigación sin sospechosos ni pistas relevantes. Además, tenían que priorizar, y una patrulla en un territorio tan grande no podía hacer milagros. Ante había sujetado el periódico con los puños cerrados. Eso no se había discutido en el pueblo sami. ¿Había tomado la chica esa decisión ella sola?, se preguntó en voz alta.

—Me parece muy bien que se atreva —dijo Hanna.

Y lo pensaba en serio. Siempre había visto que Elsa no era como Anna-Stina. Aunque durante mucho tiempo su hija había intentado someter a Elsa gracias a la diferencia de edad, ella sabía que antes o después se girarían las tornas. Las había visto jugar cuando eran pequeñas, las vio pasar por la adolescencia y convertirse en jovencitas, y estaba claro que Elsa podría

llegar donde quisiera. No se necesitaban hijos varones para transferir la cría de renos a la siguiente generación. Se necesitaba un hijo o una hija que estuviera dispuesto y fuera capaz de asumir esa responsabilidad. Pero todavía no habían llegado a ese punto; los hijos todavía cotizaban más alto. Elsa, sin embargo, les demostraría su valor; Hanna estaba convencida de ello.

A veces habría deseado que Elsa hubiera sido su hija; podría haberle enseñado todo lo que necesitaba, mejor que Marika. Eso sí, Marika no lo había tenido fácil; era complicado vivir en el pueblo cuando venías de fuera. Tenías que ser de una cierta manera para espabilarse. No se trataba solo de aprender el idioma y de saber coser el traje tradicional. Marika era demasiado sensible y no comprendía la historia sami.

Hanna y Lasse habían compartido su inquietud por Elsa, pero cuando él murió ella también se despreocupó. Y la chica lo había superado. Hanna así lo creía, lo veía en la mirada del periódico. Ella diría que había hecho lo correcto yendo a la policía, que ya era hora de que asustaran a los asesinos y los sacaran de sus guaridas.

Jon-Isak entró de un salto en la cocina, con las mejillas sonrosadas y el resuello en la garganta. Por supuesto que podía sentir ternura por el pequeño, su *reaŋga*. Le pasó la mano por el pelo empapado de sudor y le pellizcó suavemente la oreja. Era un pequeño paquete de músculos que esperaba la ocasión de demostrar a todos que podía hacer lo que hacían su padre y los otros hombres. Llevaba el lazo verde bien enrollado, colgado del hombro derecho y dando la vuelta a la cintura y la espalda.

Levantó la caja de la comida, echó la espalda hacia atrás todo lo que pudo y salió hacia la puerta principal. Ella le colocó bien el gorro en la cabeza antes de que saliera de nuevo al frío. *Reaŋga*, el pequeño mozalbete, y su padre; siempre se tendrían el uno al otro. Para él los renos eran la felicidad. Hanna y Ante no se habían puesto de acuerdo sobre qué tenían que explicarle. Antes de la muerte de Lasse, Hanna había sido de la opinión de que había que dejar que los niños lo supieran todo. Pero, ahora, a veces se preguntaba si no era todo lo que les había sucedido, todos los renos muertos y todo el odio lo que hizo que su hermano se quitara la vida. Eso no podía volver a ocurrir. Antes o después, algún amigo más mayor le explicaría demasiadas cosas a Jon-Isak. No podrían protegerlo siempre y seguramente ya oía demasiadas cosas en la escuela. Pero ella estaba agradecida a su marido; por muy difícil que fuera, él siempre conseguía colmar a sus dos hijos de esperanza y amor por la vida con los renos. Bueno, en cualquier caso, al hijo. A veces pensaba que todo habría sido diferente, sobre todo para

Ante, de haber tenido una Elsa en casa, una chica que quería dedicarse al cuidado de los renos a tiempo completo. Él lo había necesitado. Pero no se trataba solo de que Anna-Stina era una chica y Jon-Isak un chico; era simplemente que las cosas que querían eran muy distintas.

Ser sami era llevar consigo con la propia historia, enfrentarse a esa responsabilidad de niño y elegir si aceptarla o no. Pero ¿cómo atreverse a elegir otra cosa que no fuera cargar con la historia de tu familia y transmitir el legado? Sintió una punzada en la boca del estómago. Lasse lo intentó, quiso cargar con su historia, pero al final no tuvo fuerzas. De todas formas, no se aceptaba que alguien dijera que quería otra cosa. Y ella no lo había oído, esa era la realidad. Se había dejado impresionar por él, por sus ganas de probar las otras posibilidades que ofrecía la vida; había creído que él hacía lo que nadie más se atrevía a hacer. Pero ella lo había malinterpretado y todo era culpa suya. Por más vueltas que le daba últimamente, siempre llegaba a la misma conclusión. Debería haber visto lo que pasaba y debería haberle ayudado. A Jon-Isak no le fallaría, porque se había desentendido. Dejó al recién nacido a cargo de su marido y siempre había estado completamente segura de que él sabría lo que necesitaba el pequeño.

Se puso los pantalones impermeables negros, se anudó el chal de lana azul en forma de pico sobre la chaqueta de plumas y se caló el gorro, casi hasta los ojos. *Juovlamánnu*. Diciembre. Pronto habría sobrevivido un año más.

El rebaño de renos se agitaba de un lado a otro dentro del cercado de separación, el *rátkagárddis*. Corrían siempre en sentido contrario a las agujas del reloj, algunos renos tomaban la delantera y todos los seguían. Luego se calmaron, se dieron cuenta de que no había ninguna salida. Los tendones de las patas traseras lanzaban chasquidos y el vaho de las respiraciones agitadas se posaba sobre ellos como una nube. Algunos propietarios de renos entraron en el cercado e hicieron que el rebaño empezara a moverse de nuevo. Los grandes focos alumbraban el *girdnu*, el círculo central, donde meterían a los renos para la clasificación final, cuando cada uno de los propietarios llevaría a sus renos a sus propios cercados. Era como un escenario iluminado para un espectáculo largamente esperado donde todos podían participar. Los niños habían trepado a la valla, con las mejillas rojas y los ojos llorosos por culpa del viento. Señalaban y hacían gestos; sin duda reconocían a alguno de sus renos. Elsa vio a Jon-Isak, el más impaciente de todos. Hacía que los demás se rieran a carcajadas.

Elsa iba a tirar de los renos junto con Anna-Stina. Le había sorprendido que ella quisiera hacerlo y probablemente no aguantaría mucho tiempo. Se requería fuerza y maña para tirar de un animal terco que pesaba casi el doble que tú. Elsa estaba acostumbrada, tiraba con sus brazos fuertes y musculosos, tensando los abdominales y las piernas. Crecer no había crecido, pero ya no estaba tan delgada.

Mattias ya estaba allí con sus amigos. Alguien fumaba, hablaban todos a la vez y la risa de él la animó. Cuando Anna-Stina la dejó en casa por la mañana, había dejado pasar un poco el tiempo antes de atreverse a ir a la casa de su hermano.

—Deberías habernos llamado —había dicho él algo enfadado—. Y deberías habernos dicho que ibas a salir en el periódico.

Su padre había rezongado igual de enfadado.

—Esto puede ser peligroso.

No tenían miedo a enfrentarse con la policía, eso ya lo habían hecho. Pero había cosas peores: los comentarios inundarían las redes sociales.

La periodista había rastreado el vídeo que Elsa le había enseñado, y si estabas suscrito al periódico podías verlo en su página web. Habían

difuminado gran parte del torso del hombre, lo cual hacía imposible reconocerlo.

Alrededor del cercado había grupos de gente, hablando y riendo. Elsa sonreía y saludaba a derecha e izquierda. Olle, el portavoz del pueblo sami, buscaba su mirada entre la multitud, pero ella se dio la vuelta. Pero Olle se abrió camino y Elsa no encontró lugar donde esconderse.

—Bueno, así que fuiste con los renos a la policía.

Elsa asintió y se fijó en un punto detrás de la oreja derecha de él.

—Ayer por la mañana, a las ocho y veintiocho, recibí la primera llamada de alguien que dijo que iba a pegarme un tiro.

Su voz era seca, pero el tono era inconfundible.

—Desde un número desconocido, por supuesto. Desde entonces no ha dejado de sonar, pero no he contestado.

—Es que se me acabó la paciencia. Encontré los renos y llamé a la policía pero, como nadie tenía tiempo de venir, me presenté con los animales allí.

—En un mal momento. En plena clasificación.

—O en un buen momento, porque no creo que se atrevan a hacer nada ahora que estamos todos juntos.

—Estos hijos de puta no le tienen miedo a nada, y menos a la policía. Se conocen.

Sí, se decía que Henriksson conocía a Robert, que habían hecho juntos el servicio militar.

—Pero había guantes en el saco, en esta ocasión hay ADN.

—¡ADN! No van a enviar los guantes para que hagan ningún análisis caro a nuestro favor. Estoy casi seguro de que esos guantes desaparecerán. Si no han desaparecido ya.

—Saqué fotos.

—Ya, ya.

Olle saludó a alguien a distancia y se alejó de ella. Elsa notó el sudor debajo de los brazos. Él no se habría dirigido así a su padre o a Mattias. Un hombre probablemente habría recibido una palmadita en el hombro. Pero ella no.

Un brazo se deslizó alrededor de su cintura. Allí estaba Hanna sonriendo, pero como de costumbre la sonrisa no llegaba hasta sus ojos.

—Manda a la mierda a estos viejos. Hiciste lo correcto.

—Aquí una nunca puede hacer lo correcto, ya lo sabes.

—Tienen envidia porque tú eres joven y tienes un futuro por delante. Este montón de vejestorios pronto estarán muertos.

Elsa tuvo que reírse a pesar de todo.

—Espero que seas la primera mujer portavoz de nuestro pueblo sami —dijo Hanna dándole un empujoncito con la cadera.

—Ese día no llegará.

—No digas eso.

—Olle ha recibido amenazas de muerte por mi culpa.

—No es la primera vez que alguien lo amenaza. Y eso no es culpa tuya; lo sabe de sobra, el muy cabezón. Ahora es cuando tenemos que estar juntos, mantenernos unidos y decir basta. Solo está enfadado porque no ha sido él quien ha aparecido en los medios.

Anna-Stina se acercó con paso lento y la cara tensa. Se detuvo a un metro de ellas, con los brazos estirados a los lados del cuerpo y mirando alrededor, como si buscara a alguien.

—Estuvo bien lo que hizo, ¿verdad? El artículo, quiero decir.

Hanna apretó con fuerza el hombro de Elsa y la soltó.

—Claro, Elsa lo hace todo bien. —Sonó mordaz.

Elsa se lo había contado a Anna-Stina cuando volvían de la casa de Per-Jonas y no le impresionó demasiado. Consideraba que Elsa tenía que pensar bien las cosas antes de tomar decisiones impulsivas.

—Tiene que haber una chica que diga basta. Ya va siendo hora —dijo Hanna.

Anna-Stina se encogió de hombros, pero de pronto se le iluminó la cara. Había llegado Per-Jonas. Se le podía oír desde donde ellas estaban. Anna-Stina fue deprisa a su encuentro. Elsa no se volvió. Dio una palmada con los guantes y asintió hacia el cercado.

—Qué bueno ver a Jon-Isak, es un tío duro.

Hanna asintió.

—Sí, es valiente. Bueno, ¿vamos a demostrarles lo que pueden hacer las mujeres?

Elsa miró de reojo hacia atrás. Hanna le dio un codazo en el costado.

—¿O esperas a la novia de Per-Jonas?

—¡La novia! —Elsa se rio burlona.

—Bueno, se me hace difícil mirar cuando presume de esta manera. Vamos.

Elsa se puso de puntillas y levantó la cuerda que cerraba la puerta del círculo central. Pronto iban a soltar los renos. Ahora solo se veía la luz de los focos sobre la nieve y se oían las voces en la oscuridad de fuera. Los renos se oían a distancia. Jon-Isak estaba a su lado. Se sonó la nariz y se la limpió.

—Me han dejado arrearlos este año también. Ninguno se ha atrevido a volver atrás. Los renos están en su sitio.

Ella sabía exactamente lo que se sentía de pequeño cuando se conseguía que todo un rebaño se diera la vuelta y corriera en la dirección que querías. La gente formaba una larga hilera, a veces sosteniendo algo entre ellos, un plástico o una lona, para ocupar más espacio. Alguien gritaba, otro aplaudía y los renos se movían hacia delante, hacia el círculo central.

—¡Venga, que tú puedes!

—Y ahora atraparé a mi reno.

—Claro que sí. Tú lo sujetas y tal vez pueda ayudarte a tirar de él. ¿Te parece bien?

Él la miró de arriba abajo y asintió. Sí, Elsa sabría hacerlo.

Hacía entrar a los renos por turnos en el círculo central. Elsa, su familia, los primos cercanos, los parientes lejanos y los amigos ocuparon sus puestos. Primero se colocaron a lo largo de la valla, mirando, buscando la marca de los renos, si reconocían un collar reflectante o alguna marca en el pelaje, como un tatuaje grabado en la piel. El espacio era angosto y eso hacía posible agarrar los cuernos y tirar de los animales. Por lo general, aquí no hacía falta utilizar el lazo. A veces, alguien podía utilizar un *stávrá*, un palo con un lazo en un extremo, pero normalmente bastaba con meterse entre los renos y agarrar unos cuernos con fuerza.

Elsa fue una de las primeras en empezar a moverse. Había visto su marca, pero precisamente ese reno era especial y lo habría reconocido incluso sin la marca. Era una hembra de patas largas, una de las mejores, y les había dado muchas crías. Volverla a ver le hizo sonreír.

Anna-Stina también estaba dentro ahora.

—¡Vamos! —dijo Elsa.

Elsa se deslizó hacia delante y agarró los cuernos con las manos. La hembra se resistió inmediatamente. Anna-Stina la agarró por otro lado y juntas la arrastraron sin mayor problema, aunque Anna-Stina hizo algunas muecas. La madre de Elsa estaba lista con una inyección para desparasitarla y marcó en sus papeles que habían separado a la primera hembra en su cercado, su oficina. Abrieron la puerta y Elsa dio a su reno una palmadita en el pernil antes de que se adentrara corriendo en la oscuridad, donde enseguida se calmó. Anna-Stina le tiró del brazo; ya había visto el siguiente reno. Era buena, pero solo cuando quería.

Era más de medianoche cuando entraron en el patio. Su madre dijo que las

cajas podían quedarse en el coche. El cielo estaba estrellado y había luna llena. Elsa suspiró y se quedó quieta. Se frotó las muñecas, le dolían, y las movió un poco. Su madre abrió la puerta y desapareció dentro mientras su padre desenganchaba el remolque y bajaba la moto de nieve. Mattias se había quedado en el cercado y las luces de su casa estaban apagadas.

Las pieles de reno había que guardarlas en el cobertizo y su padre las llevó ahí, pero de pronto se paró y levantó la vista hacia el lago. Elsa también lo oyó. Motos de nieve. Se miraron; él enarcó las cejas. Entonces vieron unos conos de luz que se acercaban. Dos motos de nieve. Ella se acercó instintivamente al cobertizo y a su padre.

Las motos subieron por la cuesta desde el lago, la una al lado de la otra, y se detuvieron; la luz de los faros los deslumbró. Elsa levantó una mano para protegerse los ojos. Los hombres apretaron el acelerador, pero permanecieron quietos.

—¡Largaos de aquí ahora mismo! —gritó el padre.

No se movieron.

La madre salió a las escaleras, pero se dio la vuelta inmediatamente. Elsa sacó el móvil y comenzó a grabar, levantando el brazo de forma palpable. Eso hizo que uno de los hombres apretara el acelerador y condujera directamente hacia ella. El otro lo siguió. Su padre tiró de Elsa y la arrastró detrás del remolque. Las motos pasaron junto a ellos derrapando y salieron hacia la carretera antes de atravesar el montón de nieve de la cuneta y la espesura para volver al lago.

El eco de los motores se oyó en el pueblo durante un rato antes de desaparecer en el bosque, al otro lado del lago.

Su padre golpeó el remolque con la palma de la mano. Elsa esperaba que dijera que era culpa suya.

Aunque ya estaba comenzando a oscurecer en Jokkmokk, cada vez había más gente alrededor de los puestos del mercado. A principios de febrero se hacía de noche poco después de las tres. La oscuridad ya ocupaba una gran parte de las horas del día. Aquel había sido un día claro, pero no tan frío como el anterior, en que el termómetro había rozado los veinticinco grados bajo cero. Era todo un arte vestirse para el mercado, y estar abrigada a la vez que elegante. Los trajes tradicionales, las botas samis y los chales de lana, que proporcionaban un calor extra, hacían que los turistas se volvieran para mirar a Elsa y Anna-Stina.

Hacía ya un par de horas que había terminado la caravana de renos, y las carreras se habían celebrado en las riberas del lago Dálvaddis. Salía vapor de los puestos donde vendían kebab de *suovas* o hamburguesas. La artesanía más renombrada, la *duojárat*, se vendía a cubierto en el centro educativo sami. Era viernes y la actividad era febril. Las joyas de plata brillaban en las vitrinas o colgadas en composiciones de madera de lo más imaginativas. *Liinnit*, chales con flecos o sin ellos. Arte. *Duodji*, artesanía sami con sello de autenticidad.

Elsa y Anna-Stina se abrieron paso entre el resto de los visitantes en las escaleras de camino a la planta baja. Se encontraron con unos primos y se abrazaron, prometiendo que se verían por la tarde en el baile sami. Acababan de bajar el último peldaño de las escaleras cuando una mujer de mediana edad extendió los brazos delante de ellas y esbozó una amplia sonrisa.

—¡Pero qué ropa tan bonita! ¿Puedo sacar una foto?

Sin esperar respuesta, cogió el móvil y las miró sonriendo. Le pidió a su marido que le sujetara las bolsas.

—Un poco más juntas, así. ¡Qué trajes samis más maravillosos!

Anna-Stina sonrió y se puso la mano en la cadera. Elsa suspiró e intentó forzar una sonrisa. Era la tercera vez que las habían parado para fotografiarlas.

—Deberíamos empezar a cobrar —le susurró a Anna-Stina cuando finalmente pudieron seguir adelante.

Un fuerte murmullo llenaba el local, que no tenía una acústica lo

suficientemente buena para soportar tal cantidad de voces. Elsa se sintió aturdida por el ruido. Llevaba meses pensando en el mercado, pero ahora estaba allí sintiendo que le gustaría estar en otro lugar. Los observó, podía catalogar a cada persona. Los importantes se paseaban con sus trajes samis, en los que habían cosido hasta el último detalle; en las orejas se mecía la plata y en el pecho tintineaba el *risku*. Los menos importantes, los que no sabían el idioma y buscaban con la mirada, tocaban con cuidado los chales colgados en perchas y querían comprar, pero dudaban. Y luego los demás, los que querían sacar fotos, los que desconocían las jerarquías, los que habían tomado el tren nocturno hasta Boden y después el autobús, los que habían viajado en autocares turísticos o habían venido con su propio coche. Los que solo admiraban y probablemente nunca reflexionaban. Sacaban fotos y las subían a Instagram.

Tal vez habían tenido tiempo de acariciar al reno que caminaba por las calles de Jokkmokk. ¿De qué se trataba? ¿No era aquí donde se discutía por una mina? Seguro que era aquí, ¿no? Recordaban algún conflicto que amenazaba con acabar con la cría de renos en la zona. Pero no tenían ganas de pensarlo bien y preferían pagar alegremente 1.550 coronas por un collar de plata que tenía forma de hojas como las de los broches de los trajes típicos. Artesanía sami auténtica, decían. Lo de «auténtica» era importante. Y «lapón», eso no se decía, lo sabían. Pero a veces se les olvidaba, especialmente si eran de la generación anterior y oían hablar sami.

—Me voy a comprar unos pendientes nuevos, ven —dijo Anna-Stina tirándola de la manga.

Elsa era muy consciente de que ella era una de las importantes, una de las mujeres que podía coserlo todo, desde el *gátki* hasta el cinturón, que sabía tejer las cintas de las botas y ponerle flecos a su propio chal. Solo tenía que comprar los broches y los botones redondos de plata que se enganchaban al cinturón. Y los pendientes que Anna-Stina estaba mirando ahora.

—*Your clothes! So beautiful!*

La mujer que se había abierto camino iba vestida como para una expedición polar y su inglés sonaba británico.

—*Thank you*.

—*Absolutely amazing* —continuó la mujer sin poder evitar acariciar los flecos.

Elsa dio un paso atrás, pero estaba tan lleno de gente que no llegó a ningún sitio. Asintió y, dándose la vuelta, se agarró a Anna-Stina.

—No voy a poder aguantarlo más. Ahora ya me tocan y todo.

—Pero es que estamos muy guapas —dijo Anna-Stina sonriendo.

Sí, claro, ahora tenían que exhibirse, ahora Jokkmokk era un municipio sami orgulloso y nadie reconocería que odiaba a los «lapones de mierda» que habían protestado contra los planes de abrir una mina en Gállok.

—No entienden nada.

—Pero relájate, mujer, y ayúdame a encontrar unos pendientes.

Elsa pensó que tendría que haber retirado la mano de la mujer inglesa y hablado de los hombres del pueblo que no dudaban en amenazarla, que entraban con las motos de nieve en su patio para demostrar que podían hacer todo lo que les diera la gana. La sonrisa de la mujer se habría desvanecido. Elsa se imaginó sacudiéndola, contándole cómo torturaban a los renos hasta matarlos.

Sabía que debía relajarse y sentirse segura. Aquí, más que en ningún otro lugar y, por una vez, eran mayoría y nadie les imponía sus condiciones. Comprendía que ninguno de los amigos quería hablar ni recordar cosas desagradables durante la fiesta más divertida del año, pero aun así le irritaba que nadie hubiera mentado el artículo sobre los cadáveres de los renos. Ya había pasado más de un mes y la policía no había dicho nada de los sacos, y los guantes con ADN seguro que habían desaparecido. Elsa no tenía ganas de llamar a Henriksson, no tenía ganas de escuchar sus excusas.

Hacía mucho calor en el edificio, todos se desabrochaban las cazadoras y las chaquetas al entrar y se sorprendían por la diferencia de temperatura entre el exterior y el interior. El traje tradicional daba mucho calor, igual que las medias de lana, y las cintas del calzado iban muy ceñidas en las pantorrillas. Elsa se abanicó con un folleto del artesano sami que hacía los cuchillos más caros.

Anna-Stina dudaba entre dos pares de pendientes, se los acercó a las orejas y miró indecisa a Elsa. Ella señaló el de la derecha, el que tenía una pequeña piedra azul en medio de la plata. Anna-Stina no parecía convencida y se volvió a mirar en el espejo.

La gente que había detrás de ellas se abría paso para ver las joyas. Elsa ignoraba todas las miradas de admiración y volvía la cara cuando veía a alguien levantando un móvil.

—¿Te falta mucho? Quiero salir de aquí.

Anna-Stina se volvió y la miró con cara de incomprensión.

—¿Qué pasa ahora?

—Pero míralos. Todo es exótico para ellos. Colonizan nuestra cultura con su manera de mirarnos. Es repugnante.

Anna-Stina se rio a carcajadas.

—¿Has bebido?

—No, no he bebido.

Se abanicó aún más fuerte con el folleto y cerró los ojos.

—A veces eres un poco rara. ¿De verdad crees que debería llevarme los de la perla azul? —Anna-Stina volvió a levantar los pendientes.

—Sí, cómpralos. Pero, oye, tengo que salir fuera a tomar un poco de aire. Luego nos vemos.

Dio media vuelta y se dirigió a las escaleras, subió los escalones de dos en dos y abrió la puerta. Sintió el frío de inmediato y respiró profundamente. Se aflojó el cinturón, le parecía que no le llegaba el oxígeno suficiente. Todo tenía que estar tan ceñido, tan perfecto, tan correcto…

También la miraron, pero no los turistas, sino su propia gente. Se quedó allí con el cinturón en la mano, un traje tradicional incompleto y el rostro encendido. En la esquina del edificio había un trineo aparcado cubierto de nieve y se sentó en él. Probablemente pensaban que ya se había tomado la primera cerveza. Alguien le sonrió de lejos levantando el pulgar. Los copos de nieve le bailaban alrededor de la cara, alisándole los rizos que con tanto primor se había hecho aquella mañana. La nieve le caía en las pestañas y le mojaba las mejillas. El rímel se le escurrió por las sienes, como en una pintura de guerra.

Ahora nadie quería hablar de su *gátki*, nadie le preguntaba si podía sacar una foto para subirla a Instagram. Ahora le lanzaban miradas rápidas los turistas que pasaban por su lado, calzados con botas de invierno de pésima calidad que alguien les había colocado en alguna tienda cara de montañismo. Les quería preguntar si eran conscientes de que ese edificio fue en su día una universidad popular que se abrió como compensación a todos los abusos que los samis habían tenido que soportar. Un intento cristiano e inútil de pedir perdón.

—¿Pero sabéis por qué pedían perdón?

Elsa suspiró y se volvió a colocar el cinturón alrededor de la cintura. Apretó los corchetes y ató las cintas para que las borlas colgaran del lado izquierdo. Le temblaban las manos de frío. No podía volver a entrar, aunque tenía la cazadora dentro. Lo que hizo fue enviarle un SMS a Anna-Stina pidiéndole que se la trajera. Se puso de pie, cruzó los brazos para conservar mejor el calor y se apresuró hacia la zona que limitaba con el hotel. Cuando alguien la llamó por su nombre, bajó la mirada e hizo ver que no la oía. Caminó más y más rápido, hasta que echó a correr.

Los ojos ciegos del reno estaban entreabiertos y parcialmente cubiertos de la sangre que corría desde la cabeza hasta el morro. El corte en la cabeza era profundo, y si uno no era muy sensible podía acercarse y ver el cráneo partido en dos. La parte delantera del cuerpo, la cabeza y las patas colgaban sobre el cartel y tapaban tanto las letras JOK como las JÅH. El resto de las palabras, Jokkmokk, en sueco, y Jåhkåmåhkke, en sami de Luleå, apenas podían distinguirse porque estaban embadurnadas de sangre. Como si alguien hubiera cogido la sangre del reno y con una brocha hubiera ultrajado el topónimo sami de una plaza de mercado que había reunido a los samis desde hacía más de cuatrocientos años.

El resto del cuerpo del reno colgaba por la parte de atrás. Era como si lo hubieran tirado sobre la señal de tráfico, como una prenda arrojada a toda prisa en el respaldo de una silla.

Eran poco más de las seis de la mañana cuando Elsa llegó hasta la señal de tráfico. Se había despertado porque Anna-Stina se levantó al baño y, lógicamente, miró su móvil y vio la imagen que se difundía más rápidamente que una caravana de lemmings subiendo por la montaña. Anna-Stina había vuelto a caer rendida en la cama de la habitación para invitados que compartían con otras dos chicas que dormían en colchones tirados en el suelo. El olor al día siguiente era penetrante, y Elsa tuvo que luchar contra las náuseas y el mareo mientras se ponía a toda prisa los vaqueros y la chaqueta de plumas antes de salir.

No fue la primera en llegar; varios vecinos mayores y madrugadores ya se habían reunido, había un coche de la policía aparcado cerca del letrero, y una mujer mayor conmocionada, que llevaba un perro, estaba hablando con los policías, una mujer y un hombre de unos treinta años.

—Sí, me he asustado mucho. He pensado que el loco que lo ha hecho podía seguir por aquí con el hacha. Y entonces os he llamado inmediatamente —dijo la mujer con una voz chillona.

Elsa buscó huellas en la nieve y se acercó con cautela al grupo de vecinos, los oyó discutir sobre cuándo podía haber ocurrido. Hablaban de a qué hora había nevado y de que muchos habían vuelto a casa tarde después del baile, pero hasta ahora no habían descubierto al reno.

Elsa se había quedado hasta que la Casa del Pueblo cerró y había visto a los organizadores indicándole la salida al último cliente bullanguero, que se lo agradeció cantando un *joik* espontáneo en el aparcamiento.

—¿Y tú qué piensas, Elsa?

Se dio la vuelta y allí estaba Minna. Con las mismas ojeras azuladas que ella y las mejillas igual de pálidas. Tan resacosa y sudada como ella después de una noche de borrachera demasiado larga. Se lo habían pasado de miedo. Elsa no había vuelto a ver a Minna desde que fueron juntas al campamento sami de la confirmación, y cuando el día anterior se encontraron en medio del jaleo se abrazaron y no se separaron en toda la noche. Se rieron recordando viejas historias y bailaron hasta sudar por todos los poros. Bebieron tanto que a Elsa le costaba fijar la mirada, pero entonces Minna le hizo beber un vaso de agua. Y después empezaron de nuevo a bailar.

Minna la abrazó y Elsa no quería soltarla.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —dijo Minna soltándose del abrazo compulsivo de Elsa con una pequeña sonrisa—. Cuando el pueblo se quedó en silencio y ya no se oían los gritos de los últimos alborotadores, alguien cargó un reno muerto en un remolque, condujo hasta la señal de tráfico y lo colgó. Para eso hacen falta al menos dos personas.

—Me pregunto cuántas personas han pasado por aquí caminando o en coche, pero no se han tomado la molestia de llamar a la policía.

—¿Te sorprende?

—En absoluto.

Minna agarró a Elsa del brazo y se dirigió con ella hacia los policías. La mujer con el perro se había acercado ahora al grupo de vecinos y estaba contando de nuevo la horrible escena que se había encontrado en la oscuridad.

Los policías estaban discutiendo cuál sería la mejor manera de bajar el reno.

—Habréis sacado fotos, ¿no?

Se volvieron y miraron a Minna.

—Sí, es el escenario de un crimen —aclaró ella.

—Somos conscientes de ello, sí.

—¿Vais a calificarlo como un delito de odio? Sin duda, está dirigido contra los samis, contra los pastores de renos.

El policía asintió y se puso serio.

—No descartamos nada por el momento. Habrá que investigarlo. Puede ser como tú dices.

—¿Qué podría ser si no, según tú? ¿Una gamberrada? ¿Un desvarío de

un borracho? No, esto requiere una planificación, y hombres adultos que tienen un objetivo con su asesinato.

—Intentaremos encontrar testigos. Alguien debe de haber visto algo. —El policía hablaba con acento de Luleå muy marcado.

—Yo creo que tendríamos que dejar aquí al reno todo el día. Que todo el mundo vea lo que pasa en el pueblo —dijo Elsa.

—No podemos arriesgarnos a que la gente destruya pruebas del lugar del delito o se lleve el reno —dijo el policía entre dientes.

—¿Así que esta vez vais a reunir las pistas en serio? ¿Unas pistas que puedan conducir a algo?

El policía clavó la mirada en ella y su voz ya no era tan complaciente.

—Oye, no me gusta tu tono. Nosotros haremos nuestro trabajo, como hacemos siempre.

Minna se apretó contra Elsa. Los dos olían a resaca vieja.

—No estamos acostumbradas, así que tendrás que disculparnos si somos escépticas —dijo Minna.

Ella no provenía de una familia de pastores de renos. Su padre era un conocido *duojar*, un artesano, y su madre, según decían, una mujer del sur que se había unido a los samis de Jokkmokk para encontrar su sami interior. Al parecer, tenía raíces samis y conoció a un sami, pero aun así no se convirtió en la persona que esperaba y regresó al sur de Suecia. Y allí se quedaron el padre y Minna, que entonces tenía catorce años. Poco después, Elsa y ella se hicieron amigas en el campamento de la confirmación y Minna le confesó que no quería que su madre viniera a la iglesia y a la confirmación.

Los policías se alejaron un poco y hablaron en voz baja entre ellos.

—Tenemos que llamar a los periódicos y a la televisión antes de que se lleven el reno —dijo Elsa.

—Ya lo he hecho.

—¿Tú también te has levantado por esto?

—Sí, creí que me despertaría con alguien esta mañana, pero se había largado.

—Johannes.

Elsa sonrió irónicamente y se subió la capucha de la cazadora por encima del gorro. Por la noche, hacia el final del baile, perdió de vista a Minna y cuando la volvió a ver estaba en la pista, en los brazos de Johannes. Él estaba borracho como una cuba, el cinturón del *gátki* se le había caído casi por debajo del culo. Lo vio acariciando la larga melena de Minna, que casi le llegaba hasta el final de la espalda, y besándola con una intensidad que a Elsa le resultó difícil dejar de mirar. Johannes era conocido en el pueblo vecino,

un poco engreído, igual que su hermano pequeño. Elsa no daba un duro por ninguno de los dos. Siempre hubo fanfarrones entre los chicos de esa familia.

—¿Ahora vives en Jokkmokk? —preguntó.

—¿No te acuerdas de lo que te conté? —dijo Minna sonriendo—. Como te dije ayer, me he estado moviendo un poco. Pronto iré a Umeå a estudiar. Para cambiar las cosas —dijo haciendo un gesto hacia el reno.

—¿En serio?

—Sí, claro. Quiero ser abogada. Quiero conseguir que se modifiquen las tipificaciones de los delitos. Porque tú y yo sabemos que esto, como mucho, se tipificará como un robo. Si es que lo es. Será difícil teniendo en cuenta que le han cortado las orejas, así que probablemente no pasará nada.

—Hemos perdido tantos renos…

—Sí. Por cierto, te vi en el periódico. ¡Lo hiciste muy bien! Que fueras hasta la comisaría y arrojaras allí los renos, ¡es la hostia! ¿Qué pasó después?

—No hemos sabido nada, así que será como de costumbre, no pasará nada.

Un hombre de unos veintitantos años se acercaba resbalándose por la calle. Llamaba la atención enseguida porque llevaba puesta una chaqueta demasiado ligera. Se pasó la mano por el pelo y se rascó la cabeza al mismo tiempo que intentaba comprobar con mirada profesional quiénes estaban alrededor de la señal. Elsa lo oyó presentarse a los policías como periodista del periódico *Expressen*.

—*Expressen* —dijo Minna enarcando las cejas—. Está aquí solo porque ayer la ministra de Cultura participó en la carrera de renos. Eso es lo que hace que los periodistas vengan hasta aquí.

—Me pregunto qué dirá la ministra de esto.

—Oh, yo lo sé. Adoptará un aire severo y declarará que esto es muy grave. Y después se irá a casa y se olvidará de todo. O lo contará a sus amigos en alguna cena y dirá que el odio allí arriba es horrible.

—Allí arriba. Así, de forma un poco vaga, porque de todos modos nadie sabe dónde está Jokkmokk.

El periodista del periódico vespertino temblaba un poco cuando sacó el móvil para entrevistar a los policías. No hacía las preguntas adecuadas y recibía respuestas breves. Elsa sacó su teléfono móvil y colgó una foto del reno en Instagram. Dudó en el momento de escribir el mensaje. Al final no se anduvo con rodeos y escribió que se trataba de un delito de odio. Probablemente, eso daría lugar a comentarios amenazantes. Su madre le había pedido muchas veces que hiciera privada su cuenta, ¿pero por qué iba a contárselo solo a un grupo que ya sabía lo que había?

El periodista se acercó a ellas sobre sus suelas resbaladizas con paso apresurado. Elsa casi podía ver lo que iba pensando. No era tan tonto como para no darse cuenta de que la foto de dos chicas jóvenes delante del reno muerto era la imagen que necesitaba. Dos chicas samis jóvenes y enfadadas. Pero, evidentemente, no estaba seguro de que pertenecieran a la población indígena. Ella lo observaba con cierta maldad cuando él intentó formular su pregunta.

—Es un delito de odio —lo interrumpió Minna.

Se le agudizó la mirada y le acercó el móvil a la cara.

—¿A qué te refieres?

—¿Tú qué crees?

—¿Queréis decir que es un mensaje para los pastores de renos y, por tanto, está dirigido a los samis como colectivo?

El cabello le caía sobre la cara y él sonrió. Sabía utilizar su aspecto no del todo carente de atractivo.

Elsa sintió un repentino cansancio. Ya lo había intentado por ese camino y no sacarían nada. Pero el periodista, en cambio, seguramente recibiría elogios en la redacción. Un reno muerto ensangrentado y una entrevista con dos mujeres sami de pómulos altos, enfadadas.

—¿Qué piensas escribir? —preguntó Minna.

—Lo que me contéis. Me gustaría exactamente describir este horror.

—¿Te ha dicho la policía que es un delito de odio?

—No, pero eso no tiene importancia. Lo importante es que los samis, que sois los afectados, podáis decir lo que pensáis.

—Yo no soy pastora de renos —dijo Minna—. ¿Los afectados son los pastores de renos, los samis?

El periodista parecía inseguro, pero sonrió con zalamería.

—Sois duros aquí arriba. Os gusta ir al grano, sin cumplidos. ¿Qué os parece si os hago una foto?

—¿Qué te parece si escribes acerca de esto tal como es? —La voz de Minna sonó cortante.

—Por supuesto, pero entonces tendréis que decirme alguna otra cosa aparte de que esto es un delito de odio. ¿En qué os basáis?

Elsa se cruzó de brazos.

—¿Te tomarás la molestia de averiguar algo más? ¿Vas a preguntar a la policía con qué frecuencia ocurre esto? ¿Entiendes lo que supone ver a tu reno muerto, maltratado hasta morir? Ese reno ha recibido un hachazo en la cabeza y las patas cuelgan en un ángulo raro, así que ese probablemente haya sufrido una muerte larga y dolorosa. ¿Entiendes lo que significa para una

persona ver a su animal así?

Él asintió, mirando de reojo el teléfono para asegurarse de que estaba grabando.

—Sí, sí, claro.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—No, claro, no puedo entender del todo…

—No, no puedes. Pero tienes el poder de escribir para que otros puedan entender. Pero también podría ser que dirigieras el odio contra nosotros. ¿Lo entiendes?

—Sí. O, mejor dicho, no.

—¿Has escrito antes sobre los samis?

—No.

—Entonces, prepárate, porque vas a recibir más comentarios de los que hayas recibido nunca. Y lee atentamente lo que escriben y piensa de dónde viene ese odio.

Él asintió y tiritó de frío

—Pero eso vosotras ya lo sabéis. ¿No podéis contármelo?

Elsa sintió náuseas. Estaba a punto de vomitar. Le brotó un sudor frío entre los omoplatos. Se tambaleó dando unos pasos hacia un lado.

—¿Y la foto? Estaría genial una foto con vosotras dos juntas.

—No hay foto —dijo ella—. Pero puedes fotografiar al reno.

El periodista pareció decepcionado, pero intentó forzar otra sonrisa.

—Esta es vuestra oportunidad.

Elsa se dobló por la mitad y vomitó sobre el montón de nieve. Los músculos del estómago se le contrajeron y sintió ardor en la garganta. El vómito le salió también por la nariz y la sensación de ahogo la hizo gimotear. Minna le dio unas palmaditas en la espalda.

Media hora después, el artículo estaba en internet y Minna se lo leyó en voz alta a Elsa, que yacía pálida en el sofá.

—Escucha esto: «He conocido a dos jóvenes mujeres samis que no se han atrevido a salir en la foto, el odio contra ellas es demasiado amenazante».

Elsa se llevó el vaso de agua a los labios secos con la esperanza de que lo que entrara no volviera a salir.

Minna leyó en silencio y se rio a carcajadas.

—Este sí que sabe pintar cuadros con palabras. Y como era de esperar, utiliza expresiones como «tierra sin ley» y «región salvaje». Es una suerte

que tengamos supermercados de Ica y de Coop aquí en esta región salvaje, ¿Cómo podríamos sobrevivir si no?

—No tiene gracia, Minna.

—No, ya lo sé. Pero ¿qué podemos hacer más que reírnos de este gilipollas? ¿Lo viste ayer dando vueltas en el baile sami?

—No, ¿estaba allí?

—¡Pues claro! ¿De verdad no lo viste? Creía que nadie podía pasar desapercibido sin *gákti*. Parecía un faro solitario en un mar tempestuoso.

—Por lo que veo, tú también sabes pintar cuadros con palabras.

Minna echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Hay que reírse porque si no el cuerpo muere por dentro. Todo se acumula por todas partes, ya sabes. El cuerpo acumula el dolor.

Elsa la miró. No era mucho más alta que *áhkku*; el pelo le caía como un manto negro sobre los hombros y los brazos delgados y nervudos. Elsa quería decir que pronto se le acabarían las fuerzas. Quería que Minna le prometiera que todo iba a salir bien. Quería volver a reírse a carcajadas con ella.

El día anterior se había reído cuando, en plena borrachera, hacía tonterías y tropezaba mientras bailaba el *sydisdans*. Se sintió libre y feliz por un momento cuando un chico de Mittådalen dio vueltas con ella en la pista de baile. Pero al final de la noche se sentó en una silla y sintió que la desesperación se apoderaba de ella. ¿Cuánto tiempo iban a poder seguir cosiendo sus trajes típicos, cantando sus *joik* y bailando durante toda la noche? Para después despertar en medio de un día cualquiera y ver que todo seguía igual, que no había cambiado nada.

—¿Lo arreglarás, Minna?

—¿El qué? —Minna levantó los ojos del móvil.

—Todo.

—¡Por supuesto!

Elsa quería creerla.

La puerta del maletero estaba abierta y su madre colocó dentro la maleta y una caja de mudanza. Elsa se sentó con *áhkku* en los asientos traseros. No eran capaces de mirarla a los ojos. *Áhkku* se agarraba con fuerza a un viejo bolso de piel marrón con las hebillas doradas desgastadas. Lo había preparado ella misma, por lo que en su interior podía haber cualquier cosa. Seguro que *áhkku* sabía dónde iba, pero no dijo nada. Iba sentada en silencio cuando el coche abandonó el pueblo, y Elsa siguió su mirada sobre los pantanos cubiertos de nieve, los rastros de las motos de nieve que se cruzaban unos con otros en las cunetas y los árboles, que después de la última tormenta ya no estaban cargados de nieve.

Cuando la madre redujo la velocidad porque había un par de renos delante, *áhkku* miró hacia abajo y se frotó las manos. Tenía la piel seca y rasposa, y duras grietas al lado de las uñas.

La oscuridad no era tan cerrada y les permitió llegar a la ciudad, donde el resplandor amarillo de las farolas alumbraba suavemente las calles y los montones de nieve. La residencia de ancianos, un edificio de madera roja de dos plantas, era relativamente nueva y se encontraba en una zona de viviendas a un par de kilómetros del centro de la ciudad.

Les habían dicho que había una chica del personal que hablaba sami, pero cuando una tal Britt-Inger les dio la bienvenida, dijo que ese día precisamente esa trabajadora estaba enferma con gripe. Ella misma era del valle del Torne y hablaba meänkieli, una variante dialectal. Les contó que ella era una Mäki de Pajala, una familia a la que, por supuesto, la madre de Elsa conocía. Después de eso, la conversación fluyó más fácilmente. Siempre era posible encontrar conexiones, cabos a los que agarrarse.

—Por cierto, me llaman Brittis.

Áhkku se quedó inmóvil y dejó que su mirada recorriera los pasillos y las puertas cerradas. Pareció prestar atención al sonido de un televisor procedente del fondo del pasillo. Olía ligeramente al almuerzo del día, que debía de haber sido pescado. Elsa tenía muchas ganas de abrazarla, pero justo ese día no podría soportar que no le devolviera el abrazo. Rodeó con suavidad los hombros de *áhkku* y la ayudó a girarse para seguir a su madre y a Brittis. Era uno de los días despejados de *áhkku*, se le veía en los ojos. En

cierto sentido era bueno, porque entonces tal vez recordaría que había venido aquí.

Brittis abrió la puerta de una habitación donde había una cama de noventa centímetros de ancho con una colcha de color amarillo claro, una gran cómoda blanca, una mesa de cocina pequeña junto a la ventana y dos sillas lacadas en blanco con cojines de flores. Brittis siguió la mirada de Elsa.

—Hemos dejado los cojines, porque están como nuevos y los familiares de la mujer que vivía aquí antes no quisieron llevárselos. Así que, si los queréis, pueden quedarse ahí.

Una salía y entraba otra.

Áhkku se sentó en la cama y tiró del asa redondeada del bolso, acercándolo a su lado. Tenía las piernas colgando, pero no de una manera relajada. Era como si estuviera buscando tierra firme debajo de los pies.

Brittis y la madre hablaron de cambiar la barra de las cortinas y de las rutinas de antes de irse a dormir. La madre dijo en voz baja que deberían cerrar la puerta, y por un momento *áhkku* dejó de balancear las piernas. Entrecerró los ojos y comenzó a acariciar con ritmo acompasado la piel lisa del bolso. Hasta que Elsa le puso una mano sobre las suyas; entonces dejó de hacerlo y apartó rápidamente la mano.

—Aquí no vamos a cerrar tu puerta y nosotros, el personal, siempre estamos cerca —dijo Brittis con voz tranquilizadora dirigiéndose a *áhkku*.

Después se llevó a la madre para enseñarle la cocina y otros espacios comunes. La lluvia repiqueteaba contra la cubierta y la ventana.

Lluvia. En pleno febrero. Las carreteras resbalarían si se helaban antes de que condujeran de vuelta a casa.

—Esto no está bien —dijo *áhkku* con un hilo de voz.

Elsa se sentó a su lado y la suave cama se meció bajo el peso de las dos.

—Vas a estar bien. Hablan sami y cocinan la comida que te gusta: carne de reno, alce y pescado. Será como estar en casa.

Elsa cerró los ojos. Como en casa. ¿Por qué decía eso?

—No tiene que llover en febrero.

—No, lo sé. Esto es una locura.

—Todo está en la Biblia, todo está ya decidido. Y ahora ha empezado. Se nos comerán vivos.

Áhkku palpó la cama con la mano como si buscara algo.

—¿Qué va a ser de ti? Todavía sin un hombre y con los renos que acabarán muriéndose. Con este tiempo no se puede. Lo llevo diciendo muchos años, pero no me habéis escuchado y ahora está lloviendo en febrero. Para cuando haya que marcar a las crías el sol abrasará los pastos, te

lo aseguro.

Elsa se aferró a lo que menos le dolía.

—No necesito ningún hombre, *áhkku*.

—Pues entonces no tendrás hijos. Pero casi es mejor así, porque pronto se acabará todo.

—Ahora estás siendo un poco pesimista —dijo Elsa, y tuvo que decir «pesimista» en sueco, porque no sabía la palabra en sami. Y *áhkku* levantó sus finas cejas.

—*Psimisti* —repitió sonriendo—. Sí, esa es una palabra que encaja.

Se rieron juntas a carcajadas, como lo habían hecho cuando Elsa era pequeña. Así quería recordarla. *Áhkku* había sido tan divertida como otras mujeres en el pueblo sami. Aquellas que se reían tanto que les botaba el estómago y tenían que secarse las lágrimas de los ojos.

Las gotas de lluvia repiqueteaban con fuerza contra la cubierta y la ventana. Elsa fue hasta el pequeño lavabo y llenó un vaso de agua helada y se lo acercó a *áhkku*. Esta bebió unos sorbos y se lo devolvió.

—No quiero tener ganas de orinar por la noche porque entonces tengo que pasar por delante de ella.

El filtro había vuelto a la mirada de la anciana.

—Eso no es un problema —dijo Elsa.

—Pero si me hago pipí se enfadará mucho.

Sus piernas empezaron a balancearse de nuevo, cada vez más rápido.

—Pero si me orino, se dará cuenta, y se enfadará aún más. Y entonces me pegará. Con fuerza. Aquí. —*Áhkku* se puso una mano en la nuca—. Pero a lo mejor también me estirará del pelo. Eso no puede hacerlo. Ya tengo muy poco. —Se le humedecieron los ojos mientras volvía a coger el bolso con fuerza.

—Nadie te va a pegar aquí —dijo Elsa con voz suave.

—¿Cómo puedes dejarme aquí, *enná*?

—Tienes tu propio cuarto de baño, *áhkku*. ¡Mira aquí!

Elsa abrió la puerta del baño, pero retrocedió cuando le golpeó en la nariz el olor a desagüe.

—No quiero quedarme aquí. Quiero estar contigo, con papá y con mis hermanos. No tengo que ir a la escuela, puedo estar con los renos.

Elsa se dejó caer en la silla y agarró con las manos el borde de la mesa, que parecía grasiento.

—Esta no es la escuela nómada —dijo con voz baja y clara.

Áhkku estaba llorando. Las lágrimas caían sobre su falda verde. Sin embargo, no trató de escapar. Lloraba en silencio y sin moverse. Consciente

de que no podía elegir otra cosa. Ya entonces lo sabía.

Elsa se quedó mirando fijamente la oscuridad. No tenía sentido abrazar a *áhkku* ahora, era mejor dejar que ella encontrara el camino de vuelta desde ese otro mundo.

—No sé hablar sueco, no sé —gemía *áhkku* meciéndose hacia delante y hacia atrás.

Elsa reconoció ese movimiento.

—Tienes que hacer pipí.

—Pero entonces ella se enfadará.

—Se enfadará aún más si te haces pipí en la cama, y ya sabes que no te cambiará las sábanas. Entonces tendrás que dormir con las sábanas mojadas.

Elsa se sintió mal al oírse a sí misma. Pero surtió efecto. *Áhkku* dejó de repente de llorar y se bajó de la cama. Elsa la condujo con delicadeza hacia el baño.

—Puedes ir al baño cuando quieras.

Áhkku dejó caer la falda al suelo y se bajó las medias de lana antes de sentarse con cuidado y hacer un pipí que resonó en las paredes alicatadas del baño. Elsa se aseguró de que se secara y se lavara las manos.

Áhkku sonrió al salir. El alivio era evidente. Dio una vuelta a la habitación, miró por la ventana.

—¿Dónde duerme mi hermana pequeña? ¿Y todos los demás?

Elsa no respondió. Bajó el bolso de la cama, pero *áhkku* se apresuró a cogerlo y volver a levantarlo. Se sentó al lado y volvió a acariciar la piel.

—¿Te quieres acostar y descansar?

Áhkku asintió y se echó hacia atrás con el cuerpo rígido. Cerró los ojos, pero sus párpados se movían como si no se atreviera a cerrarlos del todo. Tenía la cara más delgada y arrugada. Debajo de los ojos le colgaban pequeñas bolsas de piel y los pómulos le sobresalían, afilados, sobre la piel tirante.

Brittis y su madre estaban de vuelta; se oían sus risas en el pasillo y *áhkku* abrió los ojos y miró con inquietud a Elsa, que intentó sonreír para tranquilizarla. *Áhkku* se sentó y miró con atención a Brittis, que fue la primera que entró.

—Cambiamos las camas el otoño pasado. Es agradable, ¿no?

Áhkku se miró rápidamente las manos. Elsa le tradujo susurrándole al oído. Entonces levantó la mirada y asintió.

—¿Entiendes el meänkieli? —preguntó Brittis.

Y *áhkku* volvió a asentir.

Claro, la mayoría de los samis de esa generación eran bilingües desde

niños. Pero a *áhkku* no le gustaba mucho hablar en meänkieli. Así que apretó los labios y siguió atentamente los movimientos de Brittis por la habitación.

—Hay una chica del personal que habla sami. Es importante que nuestros residentes puedan hablar en su propio idioma, especialmente en estas circunstancias.

«En estas circunstancias». Brittis enfatizó esas palabras. Cuando el cerebro hacía lo que quería, pensó Elsa. Cuando había perdido la dirección.

—Tienden a volver a los idiomas de la infancia, allí donde se sienten seguros, a la leche materna —continuó Brittis.

—¿Dónde están los otros? —susurró *áhkku* a Elsa.

—Esta es tu habitación, duermes sola aquí.

—Sola —repitió ella, y le tembló el labio inferior—. En la oscuridad.

Elsa se alargó para encender la lámpara blanca que estaba instalada encima de la cama.

—Puedes tenerla encendida toda la noche.

—No se puede tener la lámpara encendida.

—Sí, aquí sí que se puede.

Elsa quería sacudirla, hacerle comprender. Su madre parecía no estar escuchando, estaba totalmente ocupada revisando los cajones de la cómoda y pensando cómo colocar la ropa.

—Voy a buscar las cosas —dijo desapareciendo rápidamente de la habitación. Como si no soportara estar allí. No era su madre, pero era ella la que se veía obligada a hacerlo, a buscar una residencia para su suegra.

Brittis, que estaba en el umbral de la puerta, se echó hacia atrás, prestando atención a algún ruido en el pasillo.

—Creo que tengo que dar una vuelta. Pero pasad a despedirme antes de marcharos.

Su madre jadeaba un poco bajo el peso de la caja y la maleta cuando llegó a la habitación. *Áhkku* miraba cómo los fragmentos de su vida terminaban en estanterías y cajones desconocidos que olían a naftalina. Pareció asombrada al ver que la cortina que una vez había colgado en su cocina ahora colgara aquí. Parecía tan pequeña allí sentada con la espalda apoyada contra la pared y las piernas estiradas en la cama… La trenza gris se había vuelto más ligera con los años y serpenteaba hacia abajo sobre el pecho flácido y le llegaba hasta el estómago. Ella la retorcía distraída, dejaba que el extremo le acariciara la palma de la mano. De repente llegó el cántico sami; todos sabían que *áhkku* tenía una hermosa voz, y en ese momento comenzó a cantar con tal ímpetu que se le enrojecieron las mejillas. La madre de Elsa

se detuvo en mitad del movimiento, con los hombros rígidos, pero inmediatamente continuó a lo suyo.

A Elsa le conmovió, tuvo que darse la vuelta. Nunca se pondrían de acuerdo en lo tocante a la religión. Ella nunca la aceptaría, mientras que *áhkku* la había abrazado ciegamente. Ya no era posible hablar del hecho de que *áhkku* no veía todo el mal que les había hecho la iglesia. De cómo se podía ser fiel a la iglesia. A los catorce años, Elsa se mantuvo en sus trece, cuestionó a la iglesia e hizo que *áhkku* levantara la voz. No era a la iglesia a la que seguía; era a Dios, que era una cosa muy diferente. Quienes en nombre de Dios se habían adueñado de lo que en su día fue de los samis, eso era otra cosa; ¿acaso Elsa no lo entendía? Elsa entonces resoplaba. La iglesia no tenía nada que ver con su fe.

Y ahora se buscaba a ella misma donde se sentía más segura, y su voz se volvió tan clara y luminosa como Elsa nunca la había escuchado. *Áhkku* respiró profundamente y volvió a empezar:

—*Mon almmi guvlui dal geahčadan*...

Brittis abrió un poco la puerta y se aclaró discretamente la garganta y dijo que algunos residentes estaban durmiendo la siesta a esa hora.

—Pero será maravilloso contar con un pájaro cantor como tú los jueves en la hora de canto —añadió sonriendo.

Áhkku se quedó en silencio y Brittis le dijo con dulzura en meänkieli que podía cantar, solo que no tan alto en ese momento.

—¿Estás lista? —preguntó después a mamá, que asintió y se secó las manos en los vaqueros antes de volverse hacia *áhkku*.

—Adiós, nos vemos la semana que viene. Espero que estés muy bien.

Sonó un poco forzado y toda la figura de su madre era arisca y brusca.

Brittis salió con ella hablándole de la de cena: albóndigas caseras. Elsa se quedó. Las manos de *áhkku* se aferraban al bolso. Nadie había mirado lo que había dentro.

—¿Puedo ver lo que has traído?

Áhkku sacudió la cabeza con vehemencia.

—Los otros roban.

—Pero yo no.

Áhkku la miró durante mucho tiempo, parecía tratar desesperadamente de adivinar quién era la joven que se parecía tanto a su hermana pequeña.

—¿Me vas a dejar ahora?

—Sí, tenemos que irnos. Pero vas a estar bien aquí.

Su madre tocó la bocina fuera en el coche. Tenían que conducir de regreso antes de que la temperatura cayera bajo cero y las placas de hielo

paralizaran el tráfico. Había dejado de llover.

Elsa se puso de pie, luchando para contener las lágrimas.

—Hasta pronto, *áhkku*.

La anciana levantó la vista y la miró desconcertada.

No se despidieron, y Elsa se dirigió hacia la puerta y la cerró suavemente al salir. Brittis la despidió desde lejos con la mano cuando Elsa abrió la puerta de la calle para salir fuera. Un viento del sur que no era propio del mes de febrero le acarició las mejillas. Pero ella se estremeció hasta la médula.

En la tercera ventana, contando desde la entrada, apareció una figura bien conocida. *Áhkku* había pegado la cara a la ventana, para ver mejor en la oscuridad. Apretaba las palmas de las manos contra el cristal. El pánico se veía claramente en su rostro. Tenía la boca abierta. Elsa se quedó paralizada. ¿Estaba gritando? Las palmas de las manos golpearon las ventanas, pero apenas se oía. Elsa se dio la vuelta para volver a entrar. Eso no podía ser, no podían dejarla así. Entonces apareció Brittis detrás de *áhkku*, la rodeó con el brazo y cogió delicadamente sus delgadas muñecas. Después desaparecieron de la ventana.

Hacía días que el águila planeaba en silencio sobre sus tierras. Ese día empezaba el mes de marzo, *njyukčamánnu*, y todavía no había crías sobre las que pudiera volar y luego llevarse como trofeo de caza. Una cría de cuatro kilos no suponía ninguna dificultad para un águila. Elsa nunca lo había visto con sus propios ojos, pero lo había oído contar.

Se obligó a mirar de nuevo a la hembra muerta que yacía sobre la nieve. Tenía la tripa abierta, y la cría no nacida había desaparecido. Podría haber sido un glotón o algún otro depredador. Al parecer, la hembra se había separado del rebaño, que en esos momentos ya no se alejaba mucho del cercado, donde tenía el alimento. Muy pocas veces llegaban tan cerca del pueblo vecino.

Se puso de rodillas y recorrió con la mano el borde de la herida del vientre. Ningún animal depredador podía desgarrar la carne tan recta. Tan recta como el corte de un cuchillo. Dio la vuelta a la hembra y buscó metódicamente a través del pelaje hasta que encontró el orificio. El animal había recibido un disparo y le habían abierto el abdomen con un cuchillo. ¿Y la cría? ¿Se la habían llevado?

Rastros rojos de sangre en la nieve blanca, un charco grande y gotas en una larga hilera que seguía las rodadas de una moto de nieve. ¿Habían disparado a más de un reno? Elsa observó la nieve alrededor y allí había huellas de zorro. Los cazadores furtivos probablemente le habían abierto el vientre y habían dejado que el zorro se encargara de la cría. Calcularían fríamente que un animal depredador continuaría la fiesta con la madre y ocultaría así las huellas del cuchillo. No habían tenido que preocuparse de la bala porque había atravesado directamente el vientre. Pero los rastros de sangre indicaban que se habían llevado algo.

Sacó fotos de la hembra, se inclinó y sacó un primer plano del vientre abierto. Puso también un dedo en el orificio de la bala y tomó una foto.

Le envió un SMS a su padre; le contó lo del reno y dónde se encontraba. No tenía fuerzas para llamar y escuchar su voz, no sabía si la suya le fallaría.

Pero no era posible sentarse a esperar. Elsa arrancó la moto y condujo al lado de las rodadas donde las gotas de sangre se iban volviendo cada vez más espaciadas. Después de conducir un kilómetro llegó a la colina desde donde

se veía la casa de Robert Isaksson y el cobertizo, algo ruinoso, que en su día sirvió de granero. Las rodadas de la moto de nieve eran recientes y, sin duda, las gotas de sangre iban hasta allí. ¿Cómo se había atrevido? Tan cerca de su propia casa. Elsa se quitó los protectores de los oídos y escuchó atentamente los sonidos procedentes de la casa.

Llamó a la policía. Fue concisa. Contó lo que había encontrado. Que se encontraba fuera de la casa de Robert Isaksson, que era hasta donde le habían conducido las gotas de sangre. Insistió en que debían darse prisa.

No había ningún coche ni moto de nieve en el patio. No estaba en casa. Elsa se bajó de la moto y miró las gotas de sangre, que se habían hundido unos milímetros en la nieve. ¿Adónde se habría ido con tanta prisa?

Su padre le envió un SMS, le decía que debía volver. Pero ella siguió sentada. La policía había prometido venir. En realidad, era la primera vez que un policía la escuchaba y le prometía enviarle una patrulla lo antes posible. Pasó por alto el hecho de que él dijera que había tenido suerte, porque la patrulla acababa de hacer un control de tráfico entre otros dos pueblos y por eso se encontraba cerca.

El cobertizo le llamó la atención. Evidentemente, era práctico tener un viejo granero tan grande a su disposición. Así tenían donde encargarse de los renos.

Se quedó mirando la casa sin pestañear, esperando ver un movimiento detrás de la cortina de la cocina. Su padre llamó, pero ella no contestó. Dentro de un par de horas oscurecería.

No había tiempo para pensar, y empezó a caminar sobre la nieve al lado de las huellas de la moto, al pie de la colina. Podría dispararla a ella también. Pero quería ver con sus propios ojos que la sangre llegaba hasta su cobertizo.

El silencio se cerró alrededor de la casa destartalada con las escaleras rotas y la pintura desconchada, tanto en las paredes como en el porche. Los marcos de las ventanas también necesitaban una buena mano de pintura y la puerta estaba tan torcida que debía de entrar aire frío en el pasillo. Elsa nunca había estado tan cerca de la casa de Robert Isaksson.

La cortina de la ventana de la cocina estaba sucia y comida por el sol, como si hubiera estado colgada allí desde hacía décadas. En la mesa había un termo de color verde musgo y una taza de café grande con un logotipo publicitario. En el fregadero alcanzó a ver una pila de cacharros.

Vio huellas entre el garaje y el cobertizo y las siguió, consciente de que él descubriría las suyas si llegaba a casa antes que el coche de policía. La patrulla no estaba a más de cincuenta kilómetros, así que no tardaría mucho tiempo, cuarenta minutos a lo sumo.

Razonó consigo misma mientras estaba allí de pie delante del cobertizo. Tenía guantes y no iba a dejar ninguna huella. Las puertas blancas con las manijas de latón estaban manchadas de huellas dactilares negras junto al marco. Las gotas de sangre que había en el suelo eran muy pequeñas. Lo que fuera que hubiera llevado a casa estaba al otro lado de la puerta doble cuyas hojas se abrían cada una en un sentido. Un candado grande sujetaba una placa de acero de un decímetro de ancho. Tiró de la manija y las puertas cedieron, pero no lo suficiente como para que abriera una brecha.

Fotografió las gotas de sangre, pero era difícil conseguir que se vieran en la imagen. Retrocedió e hizo fotos del cobertizo y de la casa. No debía quedar ninguna duda de dónde había estado.

El cobertizo había sido en su día un granero pintado de rojo, pero ahora, azotado por el tiempo y el viento, estaba desnudo y gris. Solo había ventanas en la parte superior, junto a la cumbrera del tejado, donde se guardaba antes el heno. No podía llegar hasta allá arriba.

Se oyó el ruido de una moto de nieve; probablemente se encontraba a unos doscientos metros de distancia y no pudo localizar por dónde se acercaba. Cruzó el patio corriendo, pero con cuidado para no pisar el recorrido salpicado de sangre. Trató de pisar sobre sus huellas anteriores. Se cayó en la cuesta, se levantó apoyándose en las manos y clavando los talones. Alcanzó justo la cima cuando una moto entraba en el patio. No era él; era un hombre mucho más bajo. El hombre no se quitó el casco cuando se bajó de la moto y dio dos pasos para subir al porche. Llamó y tiró de la manija de la puerta, pero estaba cerrada.

Elsa estaba tumbada en lo alto, al lado de su moto, que era completamente visible si a él le daba por alzar la mirada hacia arriba. El corazón le latía con fuerza contra la nieve y respiraba entrecortadamente. Abajo, el hombre pareció dudar. Se volvió a subir a la moto y aceleró con tanta fuerza que derrapó media curva. Elsa maldijo en voz baja mientras la nieve salpicaba sobre las manchas de sangre.

Se quedó tumbada hasta que el ruido de la moto desapareció en algún lugar más allá del arroyo. Buscó el cuchillo en el cinturón y se sintió segura con él en la mano.

Se oyó el ruido de otra moto de nieve. Esta vez vino por detrás, y ella se subió rápidamente a la suya. La arrancó, se preparó para huir, ya había visto cuál era el mejor camino. Pero primero quería mirarle a los ojos. Giró la parte superior del cuerpo, pero sujetó con fuerza el manillar, entrecerró los ojos y reconoció el estilo, una rodilla en el asiento y el cuerpo medio incorporado. Mattias. Conducía siguiendo las huellas de Elsa y se detuvo

detrás de ella. Apagó el motor y se quitó los protectores de los oídos. Clavó la mirada en la casa con la misma intensidad que lo había hecho ella.

—¿Está ahí?

—No.

Él la miró de reojo.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—He estado ahí abajo y he seguido la sangre hasta el cobertizo. Ahora lo detendrán.

—No te hagas ilusiones.

Mattias se frotó la barbilla con la mano.

—¿Papá sigue allí con la hembra?

—Sí —contestó resoplando—. Está enfadado contigo.

—Así que tuviste que venir a salvarme.

—Tiene el patio hecho una mierda —dijo Mattias finalmente.

—¿Te sorprende?

—No.

Oyeron el coche al mismo tiempo y los dos se enderezaron. El coche de policía giró en la esquina, entró lentamente en el patio y aparcó fuera de la casa. Elsa comenzó a bajar la cuesta siguiendo sus propias pisadas, al mismo tiempo que Mattias arrancó su moto y condujo cuesta abajo. Los policías bajaron del coche, saludaron haciendo un gesto con la cabeza y esperaron a que Mattias apagara la moto. El hombre era joven, andaría alrededor de los treinta, y la mujer, que parecía algo más mayor, hablaba un dialecto que la situaba muy por debajo de la frontera de la provincia.

—He llamado yo —dijo Elsa.

Tendió una mano fría con la que estrechó las manos cálidas de ellos.

—He seguido el rastro desde donde está la hembra de reno hasta aquí, hasta el cobertizo. La hembra tiene un disparo y la cría ha desaparecido.

—Un disparo, dices. ¿Cómo lo sabes? —preguntó la mujer.

Elsa sacó el móvil y pasó rápidamente las fotos hasta la del orificio de bala. Los policías la estudiaron y asintieron. Sí, seguro que podía ser el agujero de un disparo.

—Puedo llevar a uno de vosotros hasta donde está la hembra —dijo Mattias.

—Este es mi hermano.

Mattias no se quitó el guante para saludar. Tenía el rostro tenso.

—¿Queréis ver los rastros de sangre?

Elsa los condujo hasta el granero, mirando hacia atrás todo el tiempo

para asegurarse de que no pisaran los rastros.

—Hace un momento ha entrado en el patio una moto y parte de la sangre ha quedado cubierta de nieve. —Lo señaló y siguió adelante—. Pero aquí podéis ver que hay sangre otra vez.

La mujer se agachó y alumbró con su linterna mientras su colega estudiaba los rastros que iban hacia la colina.

—Aquí hay más fotos de la hembra.

Elsa le tendió el móvil al hombre.

—¿Podría ser un depredador? —preguntó él.

Elsa negó con la cabeza y vio por el rabillo del ojo que Mattias empezaba a apretar las mandíbulas.

—Tiene un agujero de bala y el corte del vientre es tan afilado como el que deja un cuchillo —dijo Elsa con un tono de voz lo más tranquilo que pudo—. No se preocuparon de llevarse el animal porque probablemente el disparo dañó el estómago y entonces la carne se vuelve mala. Le sacaron la cría, pero no puedo saber si se la llevaron o se la dejaron al zorro que también se paseó por allí.

—¿Entonces las gotas de sangre puede que no tengan que ver con la cría?

—No lo sé. Juraría que han matado a otro reno y ese se lo han llevado.

Mattias escupió en la nieve y luego miró fijamente al cielo. Elsa vio que se le dilataban las fosas nasales y respiraba con pesadez.

—Deberíais seguir a Mattias al bosque y echar un vistazo —dijo ella.

La mujer se fue con Mattias y Elsa se quedó con su colega. Tenía una barba rala y rojiza que apenas le cubría la piel pálida. Sus ojos eran claros, y las pestañas parecían blancas.

—¿Cómo te llamas?

—Ljungblad.

—Tienes que entrar en el cobertizo.

—Ya veremos. Se necesita...

—Una orden de registro. Llama a un fiscal.

Él alzo las cejas, sorprendido.

—Ya lo sabes.

—¿Habéis buscado en vuestro archivo a Robert Isaksson?

—Sí, se está haciendo ahora.

Él observó su ropa y se fijó en el cuchillo que llevaba en el cinturón.

—¿El reno era tuyo?

Ella asintió.

—¿Cómo es que lo encontraste?

—Di una vuelta con la moto de nieve buscando a unos renos que se habían separado del rebaño. Este se encontraba inusualmente lejos. Este y un par de ellos más. Por eso creo que han matado a más. —Lo miró directamente a los ojos—. Ya sabrás que desde hace muchos años tenemos problemas con los cazadores furtivos en esta zona, ¿no?

—¿Así que esto ha pasado antes?

—¿Eres nuevo?

—Sí, soy nuevo. O, mejor dicho, he trabajado como policía algunos años, pero soy nuevo en este municipio. —Sonrió amablemente—. Pero Eriksson, mi colega, lleva aquí un poco más.

—Entonces ella debería saber que esto ha sucedido antes. Que tenéis en los cajones casi cien denuncias de nuestro pueblo sami.

—¿Ah, sí? No, no hemos tenido tiempo de ponernos al día antes de venir aquí. Solo recibimos tu denuncia resumida. Habrá una investigación después.

—Siempre nos dicen que no hay pruebas, pero ahora las hay. Y habéis venido. Debes saber que es la primera vez que la policía viene directamente cuando hacemos una denuncia.

Oyeron la moto de nieve al mismo tiempo y los dos miraron hacia el pueblo. No era Mattias. Elsa se agarró sin pensarlo al brazo de Ljungblad, pero cuando vio su mirada, lo soltó con la misma rapidez.

—Si es él, por favor, no lo dejes escapar.

De repente, Ljungblad se movió a toda prisa hacia el coche con el móvil pegado a la oreja. Elsa estaba como paralizada; sabía que debía correr, pero no podía.

Ljungblad hablaba de armas y parecía aún más pálido, si eso era posible. Bueno, ahora la creía. Y se daba cuenta de que el cazador furtivo podría estar armado.

La moto de nieve entró en el patio haciendo un giro amplio, como si Robert quisiera asimilar lo que veía antes de pararse. Deslizó la vista por el coche de la policía y Elsa, y después levantó los ojos hacia la colina, donde se veía su moto de nieve. Finalmente se detuvo, justo enfrente del coche de la policía, y no apagó el motor, que seguía rugiendo.

Ljungblad se acercó, pero no le dio la mano. Elsa consiguió moverse; de forma instintiva dio unos pasos hacia la cuesta. Robert no llevaba ningún rifle al hombro. Ljungblad señaló la moto y el motor se apagó.

Ella oyó que el policía hablaba ahora con una voz que imponía bastante más autoridad y le explicaba lo que estaban haciendo allí. Los dos hombres se irguieron, se midieron con la mirada. El perro que iba sentado detrás de

Robert tenía la cabeza gacha y gruñía desde el fondo de la garganta.

Entonces se oyó la moto de Mattias y pronto bajó por la pendiente, despacio.

Robert los miró con desprecio. Ljungblad pareció visiblemente aliviado cuando Eriksson regresó y se hizo cargo de las preguntas.

Robert no atendía a los policías, sino que miraba airadamente a Elsa y Mattias.

—Sin orden de registro no vais a entrar en ningún sitio —dijo bruscamente, volviendo la mirada hacia los agentes.

—El rastro de sangre conduce a tu cobertizo —dijo Eriksson.

—¿Ah, sí? ¿Quién dice eso? ¿Los lapones?

—Si no tienes nada que ocultar, ¿por qué no nos abres?

—No. —Giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia la casa—. Es muy grave que te acusen falsamente. Debería denunciaros por difamación.

Miró aviesamente en dirección a Mattias. Golpeó la mano contra la pierna y silbó bajo. El perro saltó de la moto y fue a su lado.

—¿De dónde viene la sangre? —preguntó Ljungblad.

—¿Qué sangre?

—La que hay fuera del cobertizo.

—Ah, eso. Disparé a una liebre. Pero eso aún no está prohibido en este país, ¿no?

Sacó una llave de una bota que había en el porche y abrió la puerta. Dejó pasar al perro y lo siguió.

—No hemos terminado —dijo Ljungblad alzando la voz.

—Vuelve con una orden de registro —se oyó desde el pasillo.

Enseguida estuvo de vuelta en la escalera, ahora con un cigarrillo encendido en la comisura de los labios. Elsa observó que le temblaba la mano cuando se llevaba el cigarrillo a la boca.

—Hablaré con vosotros, pero solo si los lapones se largan de mi patio.

—¿Te importaría ser tan amable de dejar de usar esta palabra? —Ljungblad empleó un tono severo.

—¿Eso tampoco está permitido en este país?

—No te pases —dijo Eriksson.

Robert sonrió y dio una calada.

—Lo dicho, podemos hablar, pero no necesitamos testigos para ello.

Ljungblad se volvió hacia Elsa y con la misma voz de autoridad de antes les pidió que se fueran con la promesa de ponerse pronto en contacto con ellos.

—¿Qué hacemos con la hembra de reno? —preguntó Elsa maldiciendo

el temblor de su la voz.

Los policías se miraron desconcertados.

—Te llamaré y hablamos.

Ljungblad daba órdenes como si fuera un militar, pero suavizó el tono al ver la mirada decepcionada de Elsa.

—Gracias por toda la información.

Mattias aceleró rápidamente cuesta arriba con Elsa detrás de él. Ella se apretó a su cintura, como no lo había podido hacer desde que era pequeña.

Mattias vio pasar el coche de la policía a toda velocidad con las luces azules encendidas. De vuelta hacia la ciudad. No había pasado más de media hora desde que los dejaron en casa de Robert. No era una buena señal, interpretó él. Y debía contárselo a Elsa, si ella no lo había visto. Sus pasos al cruzar los dos patios se volvieron pesados, iba con la cabeza baja.

Elsa estaba sentada a la mesa de la cocina riéndose de algo en el móvil. Tenía el cabello mojado, recién lavado, y el perfume que desprendía inundaba toda la cocina.

Tenía que intentar utilizar un tono neutro, no levantar la voz.

—Los policías se han ido.

—¿Qué?

Elsa sonrió. No había oído lo que él había dicho.

—Tienes que llamar a la policía. Se han ido.

Mattias se dio cuenta de que sus palabras habían sonado como una orden y ella dejó de sonreír.

—¿Estás seguro?

—Sí, joder, acaban de pasar por aquí.

Ella se enrolló el cabello mojado con una pinza. Parecía muy triste. Y la irritación fue en aumento.

—¡Ya te lo dije! Tú siempre esperas demasiado.

La mirada prolongada de ella hizo que él se diera la vuelta. Golpeó las puertas de los armarios de la cocina en busca de una taza de café. Solo para darse cuenta luego de que el termo estaba vacío, y lo dejó sobre la mesa de la cocina con un fuerte golpe.

Ella tenía puesto el altavoz del móvil, y se oyeron las señales de llamada hasta que un policía respondió.

—Me gustaría ponerme en contacto con Ljungblad. Nos acabamos de ver y quiero saber qué ha pasado en casa de una persona sospechosa a la que denuncié.

—La patrulla ha recibido una llamada urgente.

—Pero ¿qué significa eso? ¿No han hecho ningún registro?

Mattias la observaba mientras ella discutía con el policía al otro lado del teléfono. Vio cómo se levantaba y con aire severo y gesticulaba con una

mano. Cortaba el aire con la palma de la mano cuando alzaba la voz.

—¿Es que no entienden que el cazador furtivo ahora estará pasando la quitanieves por todo el patio? ¡Destruirá todas las pruebas! —Era inútil, suspiró—. ¿Puedes decirle a Ljungblad que me llame?

Dejó el móvil sobre la mesa, se dejó caer en la silla y se sujetó la frente con las manos.

—Ahora borrará todas las huellas de la moto de nieve y limpiará el maldito cobertizo, no dejará ni una sola pista. Si tiene un congelador, lo vaciará.

Mattias no pudo responder. Tenía que salir de allí, tenía que golpear algo, hasta que le sangraran los nudillos.

—Pero —dijo ella, mirando hacia arriba— tenemos las fotos, no pueden ignorar las fotografías con las manchas de sangre.

Mattias apretó los puños; habría podido volcar la mesa de la cocina. Ella se acurrucó de nuevo.

—Dirá que fue una liebre —se calló un momento—. Pero entonces tendrá que poder enseñar una liebre muerta, ¿no? Se lo diré a ese tal Ljungblad.

—¡Déjalo! No van a volver. ¿Es que no lo entiendes?

Elsa se dio la vuelta, se levantó y se fue al cuarto de estar.

—¡No pienso rendirme nunca!

Cerró la puerta dando un golpe.

No habían sabido nada de Mattias desde hacía más de un día. Todas las persianas estaban bajadas. Elsa llamó a la puerta y tiró de la manija. La puerta estaba cerrada. A pesar de que tenía frío sin la cazadora, dio una vuelta alrededor de la casa. Llamó en la ventana del dormitorio, primero suavemente, después con fuerza. Gritó su nombre con una voz muy aguda. Continuó hacia la ventana del baño y golpeó con la misma fuerza, después en la ventana del cuarto de estar y finalmente volvió a la escalera y tiró de la manija.

Lo llamó al móvil hasta que las señales de llamada cesaron y saltó el contestador.

Había otras llaves. Volvió a casa y buscó en el armario de las llaves que Mattias había hecho en la clase de artesanía cuando iba a sexto. Rebuscó frenéticamente entre gorros y guantes en los cajones de la cómoda. Finalmente encontró las llaves colgadas en un gancho debajo de la balda del perchero y salió corriendo por el patio.

Los dedos le temblaban violentamente cuando abrió la puerta y la empujó tan fuerte que rebotó contra la pared.

—¡Mattias!

Corrió hasta la cocina, después al cuarto de estar y finalmente al dormitorio, que tenía la puerta cerrada. No se atrevía a abrir. Pero tenía que ser ella quien lo encontrara, no su padre o su madre. Para ellos sería un golpe mortal, no sobrevivirían a esa impresión. Presionó la manija chirriante, empujó lentamente la puerta de color marrón apagado y se quedó mirando fijamente en la oscuridad. No había nadie. Se derrumbó y se agarró a la manija. Siguió hacia el baño con nuevas imágenes en su mente. Se le iba la cabeza y apretó la manija hacia abajo tan despacio como antes. El baño estaba vacío. El grifo del lavabo goteaba. Olía a humedad, al moho que siempre sospecharon que había en el techo.

En la cocina vio una rendija en la trampilla del suelo. La fresquera bajo el suelo. Se puso de rodillas y levantó la trampilla. Cuando la luz le dio a Mattias allí abajo, él volvió la cara hacia arriba y ella retrocedió. Estaba desfigurado, con un aspecto horroroso. La borrachera se le notaba en los ojos. Tenía la cabeza apoyada en una estantería y estaba medio tirado en el

taburete que *áhkku* utilizaba para llegar a los estantes de arriba. Hacía mucho frío y solo llevaba una camiseta y unos calzoncillos largos grises.

—¿Te acuerdas de que siempre ganaba al escondite cuando me escondía aquí? —preguntó balbuceando.

—Recuerdo que mamá se ponía de los nervios porque la escalera para bajar le parecía muy peligrosa y el oxígeno se podía acabar.

Elsa trató de hablar en un tono normal, como si fuera de lo más natural estar hablando de viejos recuerdos.

—Yo me lo creí, lo del oxígeno. Pero, joder, todavía no me he asfixiado.

—Sube aquí arriba.

—¿Llamó el policía?

—Sí. Ljungblad reconoció que él y su colega habrían podido tomar la decisión de hacer un registro domiciliario, pero optaron por esperar la orden de algún superior o del fiscal. De todos modos, llegó un aviso urgente desde la ciudad y se tuvieron que ir.

Entonces lanzó una botella contra el suelo de cemento; los trozos de cristal se esparcieron y el vodka salpicó las conservas y las botellas.

—¡Me rindo, *unna oabba*!

Ella le miró asustada.

—Ten cuidado con los cristales, ¡no te muevas de ahí! ¿Estás loco?

Unna oabba. Algo se movió en su pecho, a un lugar al que no conseguía llegar desde hacía mucho tiempo.

—¿Por qué tenemos que continuar? Lo que no se llevan los animales depredadores, se lo llevan los cabrones. Ayer encontraron en el pueblo sami de al lado cuatro renos muertos. ¡Y estaba lloviendo! ¡En pleno mes de febrero, joder! —Lo último lo dijo gritando.

Se levantó con piernas tambaleantes y Elsa rugió:

—¡Siéntate! Ni siquiera llevas calcetines, te cortarás los pies. Ahora bajo a recoger los cristales.

—Pero ya no puedo más. No puedo. Y papá cierra los ojos para no ver que los números no cuadran. Maldita sea, no ganamos nada de dinero, *unna oabba*.

Unna oabba.

—Tendremos muchas crías, lo sabes. Este año va a ser mejor.

—Sacó a la cría cortándole el vientre a la madre con un cuchillo. ¿Qué hijo de puta loco hace una cosa así?

Había aguantado durante muchos años. Había estado enfadado. Callado. Y a veces se había enfurecido, pero esto era otra cosa. Elsa lo presentía. Mattias se estremeció, perdió el control. Puede que fuera el alcohol el que

había abierto las compuertas, pero el caso es que se había roto. Ella le habló con un tono de voz suave, le pidió que se sentara mientras iba a buscar unos guantes y una bolsa de plástico.

Encendió la luz, una bombilla solitaria balanceándose que hizo que Mattias parpadeara, irritado. A Elsa le temblaban las piernas al bajar de espaldas por la empinada y estrecha escalera plegable. Recogió primero los trozos grandes de cristal, los echó en la bolsa de plástico y pasó la vista por el suelo y la alfombra de jarapa que *áhkku* había tenido allí durante décadas. El olor penetrante a vodka los envolvía.

—Y la nueva mina. Parece que los hallazgos han superado las expectativas de todos. Abrirán nuevas carreteras en nuestros terrenos de pasto, lo sabes, ¿verdad?

Tenía la cara cerca de la de ella cuando Elsa recogió con cuidado otro fragmento brillante de cristal. Mattias estuvo a punto de caerse de espaldas, pero se apoyó contra una estantería.

—Lo sé —dijo, cansada—. Lo sé.

La tarea de encontrar cada mínimo fragmento de cristal para proteger los pies de su hermano de pronto se había convertido en algo de vital importancia.

—Le voy a quemar la casa.

Ella no levantó la vista. Era solo el alcohol el que hablaba.

—Pensabas que estaba muerto, ¿verdad? Cuando corrías de un lado a otro buscándome. —Soltó una carcajada—. Pero solo estaba jugando al escondite, como cuando éramos pequeños, *unna oabba*.

Los pedazos de cristal tintineaban unos contra otros en la bolsa de plástico. Enrolló con cuidado la alfombra de jarapa y señaló.

—Puedes caminar por aquí, ya no hay cristales. Te ayudo.

Él se levantó y apoyó un brazo en el hombro de Elsa. Mattias tenía tanto frío que Elsa se estremeció.

—Pero si es lo que quieres, entonces puedes seguir con papá.

—Calla. Te necesitamos.

—A los viejos del pueblo sami no les gustas. ¡Que se vayan a la mierda!

Mattias levantó el otro brazo con el puño cerrado.

—Lasse siempre decía que tú eras más fuerte que todos nosotros. ¡Ja! Entonces solo tenías nueve años. No eras más fuerte que yo.

Elsa se detuvo. Le escocía la nariz en su lucha por contener las lágrimas.

—¿Él dijo eso?

—¿Qué? ¿Quién dijo algo? —Intentó mirarla a los ojos, pero falló—. Sí, joder, siempre estaba hablando de ti.

«Y sin embargo —pensó Elsa—, sin embargo decidió dejarme».

Sostuvo a Mattias, lo empujó por el trasero para ayudarle a subir el último escalón. Cuando subió ella, él estaba tumbado en el suelo, roncando. Cerró bien la trampilla, hizo un nudo en la bolsa de los cristales y la puso al lado de la bolsa de basura, debajo del fregadero. Buscó una manta en el cuarto de estar. Encontró dos calcetines gruesos y desiguales al lado del sofá y no sin dificultad logró ponérselos en los pies helados. Puede que estuviera dormido. Puede que no. De todos modos, aquí arriba ya no podían mirarse a los ojos.

El primer SMS de un número desconocido llegó aquella noche poco después de las dos. Elsa alargó la mano para coger el teléfono con la esperanza de que fuera Mattias, que se había serenado y le escribía para tranquilizarla. Parpadeó de cansancio antes de poder descifrar las letras.

«Puta lapona».

Se incorporó en la cama y miró fijamente el texto. Tenía que ser de Robert. Tiró el teléfono bien lejos, como si se hubiera quemado. Se esforzó por respirar con inspiraciones tranquilas, regulares y profundas. No pasó mucho tiempo antes de que la señal volviera a sonar de nuevo. Cerró los ojos y decidió no mirarlo, pero al final no pudo resistirse.

«Mantente alejada, joder».

Era como si él estuviera sentado en su cama soltando amenazas. Sonó otra vez. Esta vez no lo leyó, puso el móvil en modo silencioso y lo dejó caer en la alfombra. No podía volver a conciliar el sueño, dio vueltas en la cama, quería mirar y al mismo tiempo no quería. Veía que se iluminaba la luz azul en el suelo una y otra vez. Hasta que al fin paró.

Elsa aparcó el coche delante de su antigua escuela, en el pueblo vecino. Le dolían los ojos por las pocas horas de sueño, tenía el cuerpo desmadejado y notaba un dolor en un punto de la nuca.

Se había incorporado como maestra sustituta en la escuela del pueblo durante un par de semanas. También había conseguido unos días en la escuela sami, y esperaba que le dieran más. Era ahora, antes de la llegada de la primavera, cuando tenía la posibilidad de ganar un poco de dinero extra.

Hanna aparcó a su lado y salieron de los coches al mismo tiempo. Elsa notó que Hanna parecía tener uno de sus días buenos. Jon-Isak saltó del coche y corrió hacia la escuela antes de que Elsa tuviera tiempo de saludarle. Tenía que hablar con Hanna, sobre las peleas en el patio de la escuela. Pero la sonrisa de esta hizo que se contuviera.

—¡Hola, Elsa! Pareces un poco cansada. ¿Te dan mucho trabajo los niños?

—No, es que he pasado una mala noche. —Sonrió débilmente—. Pero

me alegro de verte. ¿Cuándo nos vimos la última vez? Fue en el mercado, ¿verdad?

Una sombra recorrió la cara de Hanna. El aniversario había sido hacía poco más de un mes y todos sabían que en febrero y en marzo se deprimía. Entonces no colgaba alfombras fuera para que se aireasen y casi no se la veía fuera de casa. En la escuela, Elsa había oído que los niños decían que Hanna había estado aullando en la orilla del lago durante la noche. Claro que esto no eran más que habladurías, pero Elsa tenía que hablarle de todas las otras cosas que también se decían en el patio de la escuela.

—Hoy voy a ir a la ciudad para que me den un masaje —dijo Hanna.

Elsa movió la parte superior del cuerpo y se tocó instintivamente el punto de la nuca.

—Yo también tendría que ir.

—¿Has visto a Anna-Stina últimamente? Ya casi no la vemos. Pasa la mayor parte del tiempo arriba con Per-Jonas. ¿Sabes que ha tenido una oferta para trabajar en una cafetería en la ciudad, Veremos si la acepta. No puede quedarse sentada esperando...

—A casarse —dijo Elsa, lo cual hizo reír a Hanna.

—¡Exacto!

—Sí, sabía lo de la cafetería, pero me parece que ella se quedará aquí. Yo tampoco la veo mucho.

Se quedaron un momento en silencio.

—Es una suerte que tengamos a nuestro *reanga* —dijo finalmente Hanna.

Le tembló la voz, pero Elsa no pudo captar bien los matices del temblor.

—Pero entre los dos hermanos hay demasiados años de diferencia. Es como si no pudieran apoyarse el uno al otro.

—Eso mejorará cuando sean mayores.

—Sí, como Lasse y yo.

Elsa quería preguntarle cómo se sentía de verdad y decirle que echaba de menos a Lasse. Y que a veces lo odiaba.

—Bueno, tengo que irme para llegar a tiempo al masaje.

Hanna abrió la puerta del coche y Elsa intentó suavizar la situación con alguna ocurrencia divertida, pero no se le ocurrió nada y su despedida quedó algo torpe.

Caminó despacio hacia el patio de la escuela y oyó la pelea a la vuelta de la esquina. Estaban gritando otra vez. Dos voces de niños enfadados.

—¡Lapón de mierda!

—¡Cállate o te mato!

—Cuando abran la mina, morirán todos los renos. ¡Así lo espero!

Cuando se quedaron en silencio, Elsa sospechó que habían pasado a las manos y que debería correr, pero en vez de esto miró alrededor para ver si había algún profesor. Al final tuvo que doblar la esquina y sí, allí estaban uno encima del otro a puñetazo limpio. Un gorro salió por los aires.

—¡Basta! —gritó, acelerando el paso.

Eran pequeños, y pudo levantar con facilidad al niño que estaba encima del otro.

—Ha empezado él —se quejó el que seguía en el suelo sin gorro y con las mejillas rojas.

—Siempre son los lapones los que empiezan. ¡Porque sois todos unos cerdos! —gritó el niño revolviéndose en los brazos de Elsa.

—¡No digas esa palabra!

Elsa le gritó directamente al oído y él pareció asustado. Lo soltó y los dos chicos la miraron fijamente.

—Sé que todos vosotros sois familia, por eso lo proteges —gritó el niño a su lado.

—Tenéis que dejar de pelearos. Lo digo en serio. Esto se tiene que acabar —dijo con severidad.

Los niños se fueron malhumorados en direcciones opuestas, a sus respectivas escuelas. El patio era como una zona de guerra entre ellos. No hacían otra cosa que tomar el relevo de sus padres, que se habían peleado de la misma manera.

Elsa esperó a que le bajara la adrenalina antes de entrar. El primer niño que encontró fue Jon-Isak, que estaba al lado de la ventana que daba al patio y probablemente había visto la pelea. Seguro que lo había oído todo. Estaba muy enfadado.

—¡Es culpa tuya!

Elsa se quitó el gorro y miró atónita a Jon-Isak.

—Desde que saliste en el periódico todo es peor.

—¿Qué?

—Y es aún peor desde que estás aquí. Porque haces que todos se acuerden.

Le habría gustado alargar la mano y acercarlo a ella. A veces se parecía mucho a su tío, con ese labio inferior obstinado que había visto en las fotografías de Lasse cuando era pequeño. Pero los ojos eran de su padre. De un castaño tan oscuro que ni siquiera se podían distinguir las pupilas.

—Tenemos que hablar claro… —comenzó, pero Jon-Isak la interrumpió.

—¡Aunque eso sea peor para mí!

Elsa le había visto peleándose a él también.

—¡Papá también te odia! ¡Te crees alguien, pero no eres nada!

«Tu padre me importa un bledo», le habría gustado decir, pero se mordió la lengua.

—Siempre ha sido así. Siempre hemos tenido que oír tonterías en la escuela. Yo también. Y tu hermana. Tenemos que conseguir que esto termine. Igual que tenemos que poner fin a la matanza de renos.

Él la miró aún más enfadado. Demasiadas palabras, ella se daba cuenta. Él no veía la conexión que había, o no la quería ver. Jon-Isak solo tenía nueve años, tuvo que recordarse a sí misma.

—¡No quiero que estés aquí de maestra!

Eso fue lo último que le soltó antes de darse la vuelta y echar a correr por el pasillo. Elsa se desplomó en el banco, delante de la clase que una vez había sido la suya. El montón de nieve se veía por encima del marco de la ventana, igual que cuando era pequeña. Y recordó que ella también quiso huir y no volver a poner un pie en la escuela.

«Esto no se acabará nunca», pensó. Era un bucle donde todo se repetía. Apoyó la cabeza en la pared y sintió vibrar el móvil en el bolsillo de los pantalones. El séptimo mensaje.

Al fondo del garaje, al lado de grandes cajas de plástico, estaban los esquís que a Elsa le regalaron cuando cumplió nueve años. Parecían nuevos, casi sin usar. Los esquís eran una maldición; así había pensado siendo niña. Traían la desgracia, y eran ella y los esquís quienes llevaban la muerte consigo. Con ellos había encontrado a Nástegallu y con ellos se había deslizado por última vez detrás de la moto de nieve de Lasse. Así que era justo que los esquís se quedaran en un rincón hasta que ella hubiera crecido demasiado para volver a usarlos. Su madre había querido venderlos, pero ella no podía permitir que la maldición pasara a otro niño. Claro que esto no se lo podía decir a su madre, así que cada vez que salía el tema de la venta Elsa bajaba rápidamente la mirada y negaba con la cabeza. Y los esquís se quedaban en su sitio.

Ahora deseaba haberlos quemado hace mucho tiempo. Eran como un estigma, un recordatorio de todo lo que pudo y debió haber impedido. Aun así, deslizó la mano por uno de ellos antes de sacar sus esquís nuevos.

Después de la muerte de Lasse, pasaron muchos años antes de que volviera a esquiar de nuevo. Ni en la escuela habían conseguido hacerla esquiar. Cuando empezaban las actividades al aire libre, le pedía a su madre que dijese que estaba enferma.

Pero, luego, un par de años atrás, había ido a las rebajas de una tienda de artículos de deporte en liquidación y Elsa se encontró delante de la caja con unos esquís, bastones y botas. La primera salida casi la destrozó; el sonido de la nieve que crujía debajo, el chasquido de los bastones y la respiración buscando su ritmo. Sí, es verdad que estuvo cerca del llanto durante el primer kilómetro, pero todo se calmó, y al final el cuerpo se impuso al antiguo dolor. Y ahora no podía prescindir de las salidas con los esquís.

Hoy era diferente, ni siquiera los esquís podían calmar la inquietud. Habían dejado de llegar SMS, pero esto no significaba nada. Había llamado a la policía, pero colgó enseguida. Había llamado a Minna, que le dijo enfadada que tenía que denunciar a ese cabrón. Pero podría ser cualquiera. No tenía por qué ser Robert. Seguramente era más inteligente que eso, y tenía a alguien que le hacía el trabajo.

Pasó con los esquís junto al coche. Había descubierto el rayón a lo largo de la puerta del copiloto de su Skoda al salir de la escuela. Veinte

centímetros de largo. No había ningún coche cerca; eso no lo había otro coche al aparcar, por más que lo deseara. Probablemente había sido una llave, quizá una herramienta. Tampoco podía decir que eso había sido obra de él, pero sin duda había algo en marcha.

Entonces sacó el móvil para hacer una foto del rayón y se la envió a Minna. Era una alegría tener a alguien como ella, alguien que reaccionaba y comprendía. Desde el mercado de Jokkmokk se comunicaban varias veces a la semana, sobre todo a través de SMS, y a menudo se sorprendía a sí misma pensando qué diría o qué haría Minna. Como ahora: «¿Se atrevería a salir a esquiar después de haber recibido tantos mensajes amenazadores?». En el bosque, sola e indefensa, sobre un par de esquís, Elsa era consciente de que cometía una imprudencia, pero no se pudo contener. Necesitaba tener la naturaleza a su alrededor, hacer ejercicio, dejar que el cuerpo trabajara.

Pocas veces elegía las pistas que llegaban hasta el antiguo cercado. Además, la familia tenía ahora el rebaño de renos en otros lugares, más seguros, más grandes, más fáciles de vigilar. Ese día decidió seguir las roderas de las motos de nieve que reseguían el borde del río hasta donde se podía girar, entrar en el bosque y continuar hacia las áreas taladas, donde con los años habían empezado a crecer árboles nuevos.

Mattias estaba en su porche quitando la nieve.

—¿Quieres venir y entrenar un poco?

Sonó demasiado despreocupada y falsa. Tendría que preguntar cómo estaba. Tendría que acercarse a él para comprobar si olía a alcohol.

—Ganaré la carrera de esquí entre los pueblos sin entrenar un solo día.

Era evidente que hacía un esfuerzo para parecer divertido. Elsa forzó una carcajada. Sabía que nunca volverían a hablar de lo que había pasado en la fresquera, y no quería que él sintiera vergüenza. Ante todo, quería decirle que ella estaba a su lado si la necesitaba, pero en vez de eso se rio.

—Estás hecho un vago —logró decir, y dijo adiós con los bastones antes de salir del patio.

Respiraba de forma acompasada, y hacía mucho tiempo que no se sentía físicamente tan fuerte. El bosque estaba en silencio; el viento había amainado, pero no había ninguna diferencia entre la nieve y las nubes blancas del cielo. Parpadeó y se arrepintió de no haber cogido las gafas de sol. Dejó que la mirada descansara en los árboles. Añoraba el verdor del verano, los paseos al río con la caña de pescar en la mano. Se alegraba de ser capaz de mirar hacia delante. En verano podría traer a *áhkku* y salir con ella

a buscar moras. Pero más valía ponerle un arnés. Se rio de su ocurrencia. Por lo menos no había perdido las ganas de reír.

Sin embargo, era extraño. Que ella resistiera y Lasse no hubiera podido hacerlo. Y de repente él estaba allí, con ella. No era algo insólito o extraño. Su risa en su oreja y la sensación de su presencia. No decía nunca una palabra, pero sonreía, confirmaba su presencia. No le pesaba, y cuando desaparecía lo hacía sin que ella se sintiera abandonada. Estaba convencida de que no sería la última vez. Nadie sabía de esos momentos; no quería hablar de ellos. No porque alguien pudiera pensar que era raro, sino porque a veces las palabras podían ser devastadoras.

Unas motos de nieve que oyó a distancia la paralizaron. Lasse la había advertido, la había hecho parar. Por lo menos dos motos. Parecía que conducían en zigzag; el sonido avanzaba y retrocedía. Elsa observó las huellas de sus esquís entre las rodadas de las motos de nieve. La podían encontrar fácilmente. Estaba a cuatro kilómetros de casa, demasiado lejos para que alguien tuviera tiempo para venir a ayudarla. Las motos se acercaron aullando y Elsa cerró los ojos. Sentía un pitido en los oídos, como un acúfeno, como las ruedas de un tren cuando chirriaban contra las vías. Pero las motos no llegaron. De repente el sonido cambió de dirección y se alejó de ella.

Abrió los ojos.

Ya no podía más.

El sol de primavera era pálido y apenas calentaba. Todavía no goteaba en las cumbreras de los tejados ni había empezado a derretirse la capa superior de la nieve. Pero la luz de la primavera había vuelto y atraía a la gente. Tal vez eso hizo que el espectáculo fuera más macabro. En el bosque silencioso, bajo el resplandor de esa primera luz reluciente de la primavera, allí donde el arroyo desembocaba en el pequeño lago, había cabezas cortadas y otras partes de cuerpos de renos con un metro escaso de distancia entre ellas, colocadas casi de manera ritual, formando un semicírculo.

«Una cosa espantosa, sí, nos quedamos conmocionados», dijo la gente del pueblo que había ido a hacer la primera pesca en hielo de la primavera, cuando llamaron a la policía para informar sobre el hallazgo. Después llamaron al portavoz sami, y pronto lo supieron todos.

Elsa había salido con su padre y Mattias. Apagaron las motos de nieve y se quedaron sentados un buen rato. Era casi irreal. Pero tenía que verlo de cerca. Dio una vuelta con mucho cuidado; ya no merecía la pena pensar en las huellas después de todos que los ya habían pasado antes por allí. Que la policía sería la última en aparecer ya no extrañaba a nadie. No era probable que llegaran antes de que oscureciera.

Elsa miró con mucha atención dos de las cabezas, las reconoció, y también vio el agujero dejado por una bala justo debajo del ojo de una de ellas. Eran los renos de los sacos que ella había dejado delante de la comisaría. Las pruebas para una investigación de la cual no habían tenido ninguna noticia.

—Estoy bastante segura de que estos son los renos que encontré —dijo apuntando con el dedo—. Pero ahora ya no tienen las orejas.

Ni su padre ni Mattias respondieron.

Suspiró y marcó el número de Lovisa Wikberg, del periódico local.

—¿Recuerdas los renos que dejé delante de la comisaría? —dijo cuando Lovisa contestó—. Las pruebas están ahora en el bosque. Alguien las ha colocado de una manera asquerosa. ¿Vienes?

Oyó ruidos por el teléfono, una cremallera que se subía, un portazo y pasos rápidos por una escalera.

—¡Por supuesto, voy ahora mismo!

Para hacer la siguiente llamada, Elsa se retiró un poco del rastro de las motos de nieve. Minna se quedó callada al principio, pero se repuso.

—Lo siento, ahora no tengo tiempo de hablar contigo. Tengo que hacer volar una comisaría.

Minna no se reía y Elsa lo intentó, pero se dio cuenta de que estaba a punto de llorar, así que tragó saliva.

—¿Crees que puedes averiguar cómo lo han hecho?

—Quizá. Lo voy a intentar.

—Pronto llegará una periodista y tengo que contarle lo que sé.

—Por supuesto, no lo dudes.

Elsa avanzó unos pasos siguiendo las roderas, se hundió en la nieve y levantó irritada sus pesadas botas.

—Hola, ¿sigues ahí? —se oyó al otro lado de la línea.

—Por otra parte, no sé si hacer más publicidad nos beneficia. Hablé con el hermano pequeño de Anna-Stina y lo pasa mal en la escuela. Por mi culpa, dice. Y por lo que he dicho. Ya lo sabes, los niños se pelean y se insultan. Y a él le pegan.

—¡Qué mierda!

—Así que tal vez no debería...

—Pero esto no es ninguna broma, Elsa. Si la policía está implicada en la matanza de los renos, la cosa es muy grave. No puedes rendirte ahora. Esto es un escándalo. Un verdadero escándalo. Esto no va a salir solo en los periódicos locales, lo entiendes, ¿verdad?

Elsa se hundió otra vez en la nieve, solo quería gritar.

—Puedo llamar a la televisión, a los periódicos de la tarde y a *Dagens Nyheter* —dijo Minna.

—A Jon-Isak le van a seguir pegando, tanto si eres tú como si soy yo quien hable con los medios de comunicación.

—Entonces tendré que ir a la escuela y matar a esos mocosos. O mejor aún, a los asquerosos de sus padres.

—Me dan mucha pena los niños. Están atrapados, no tienen salida. Todos saben todo de todos, saben de quién es familia cada uno, y por tanto se espera que uno sea de una determinada manera. Es terriblemente asfixiante.

—Tienes que ser fuerte. Lo que has empezado ahora lo puede cambiar todo.

Elsa miró por el rabillo del ojo a su padre y notó que su espalda estaba encorvada, como si se le hubiera escapado todo el aire.

—Realmente no veo cómo vamos a acabar con esto.

—Si la policía y el fiscal empiezan a hacer su trabajo, esto terminará. Y esto es exactamente lo que tienes que decir cuando llegue la periodista. En este caso, es evidente que alguien no ha hecho su trabajo. Pruebas dispersadas en el bosque. ¡Pruebas! Envíame una foto, la mandaré a todas partes.

—Ojalá ya fueras abogada.

Minna se rio a carcajadas y Elsa se la imaginó perfectamente echando la cabeza hacia atrás.

—Pronto lo seré y haré que los detengan.

—Se me está acabando la batería. Luego hablamos.

—Cuéntalo todo. ¡Lo del rayón en el coche también! No te olvides. Y denuncia las amenazas.

—No son amenazas directas.

—Y tanto que lo son. Amenazas contra ti personalmente e incitación al odio racial, está claro.

—Proceden de un número desconocido.

—Elsa. —Minna sonaba inflexible—. Si te rindes, Jon-Isak no podrá estar nunca tranquilo. ¿Lo entiendes? Nunca.

Al final, se habían reunido quince dueños de renos del pueblo sami. Los cadáveres formaban un semicírculo en el suelo y los pastores de renos habían colocado las motos de nieve en un semicírculo opuesto. Se había hecho de noche y alumbraron con los faros los restos de los cuerpos.

Lovisa Wikberg se movió con pasos cautos y respetuosos, y los fotografió a ellos y a los cuerpos de los renos. Elsa miró a su alrededor, vio la vulnerabilidad que la periodista intentaba capturar. Los ancianos con profundos surcos en las mejillas y los más jóvenes, apenas adolescentes, que estaban sentados detrás de sus padres y parpadeaban sin cesar. Elsa era la única mujer presente y se dejó fotografiar.

Lovisa, que había sido la primera periodista en llegar al lugar, fue la única que consiguió hacer fotos tanto con luz de día como en la oscuridad. Y, además, dio una vuelta al lugar y consiguió declaraciones de casi todos los presentes. Algunos negaban con la cabeza obstinadamente cuando ella les hacía preguntas, mientras que otros hablaban con tristeza o indignación.

—¿Cuánto más vamos a tener que soportar? —dijo el anciano tío de su padre.

Pero cuando llegó la periodista de la radio sami, una joven con un *piercing*, pudieron hablar en su propio idioma y entonces pudieron expresar

muchos más matices. Oyéndolos hablar, Elsa se emocionó.

—No creo que nadie de fuera pueda entender el daño que nos hace esto. Los renos son nuestra vida. Golpean donde más nos duele y lo hacen deliberadamente. Pero ¿dónde está la policía? Llevamos varias horas sentados aquí, pero todavía no ha venido.

Lovisa estaba de vuelta con la moto de nieve de Elsa.

—La batería de la cámara se ha muerto. Tengo que ir al coche. ¿Me acompañas?

Elsa miró de reojo al portavoz del pueblo sami, que parecía malhumorado, y eso la hizo decidirse.

Caminaron la una detrás de la otra; se oía el roce de los pantalones de nieve.

—He recibido amenazas. Me llegan SMS.

—¿De verdad?

—Sí, y además alguien me ha rayado la pintura del coche.

—¿Puedo escribir eso?

—Sí, pero esta vez no pongas mi nombre. Eso solo empeora las cosas.

—Lo entiendo. Puedo contarlo sin poner tu nombre. Pero tengo que ver los mensajes de texto.

Habían llegado al coche y Elsa le pasó su móvil.

—¿Puedes hacer una captura de pantalla y enviármela? Es repugnante. ¿Sabes quiénes son?

—Tengo mis sospechas.

—Y eso del bosque, ¿quién lo ha hecho?

—No lo sé. Al menos dos de los cuerpos son las pruebas que dejé en la comisaría. Por alguna razón, la policía se los ha entregado a alguien. Tendría que saberse a quién.

—Lo comprobaré.

—¿Me prometes que esta vez lo investigarás a fondo? Necesitamos saber cómo han acabado aquí los renos.

Lovisa colocó la nueva batería y levantó la vista.

—Prometo hacer todo lo posible. No es fácil conseguir que la policía hable. Yo no tengo los mismos contactos que los que vienen ahora.

Señaló con la cabeza hacia una furgoneta de la televisión pública sueca que estaba a punto de aparcar. Elsa reconoció al hombre de mediana edad que saludaba con la mano. Salía a menudo en la pantalla, pero rara vez había mostrado interés por la cría de renos. Más bien al contrario.

—Entonces, esta vez, dales en las narices. A ese viejo te lo comes.

Elsa lo fulminó con la mirada y Lovisa dejó escapar una carcajada

ahogada.

—Enviarán un dron y tendrán imágenes que yo no puedo conseguir.

Elsa tembló. Se imaginó cómo se vería desde arriba.

—¿No puedes llamar a la policía ahora, para que pueda oír lo que dicen?

Lovisa pareció que dudaba un momento.

—A nosotros no nos escuchan, pero quiero oír qué dicen cuando llama un periodista.

Lovisa asintió al final y sacó el móvil. Con la función del altavoz activada, oyeron suspirar a un agente de la dirección central de la región cuando se presentó Lovisa.

—Así son las cosas —dijo él—. La patrulla ha ido primero a atender un caso de maltrato e inmediatamente después a auxiliar a una mujer que iba en trineo y fue atropellada por un coche delante de la Casa del Pueblo. Aún no han terminado con esa urgencia. Entiendo que quieres que haga algún comentario, pero, como comprenderás, no puedo decir nada antes de que mis compañeros hayan estado en el lugar de los hechos.

—Es una escena horrible y hay propietarios de renos que reconocen a un par de animales como las pruebas que se entregaron a la policía hace un tiempo. Me veré obligada a escribir sin conocer vuestra opinión y te puedo garantizar que tenéis algo que decir sobre lo que estoy viendo aquí.

Elsa miró asombrada a Lovisa, y le hizo un gesto de admiración. El policía parecía enfadado.

—El siguiente destino de la patrulla son los renos. Si no ocurre otra urgencia con prioridad. Tendrás que conformarte con eso. Los delincuentes no saben que te queda poco tiempo para que tu artículo entre en imprenta. Y tú como periodista sabes lo grandes que son las zonas que nuestras patrullas tienen que vigilar allí arriba.

—¿Quieres decir que esto no es tan importante?

—No, te estoy explicando cómo es la situación. Todos los delitos son importantes, pero tenemos que priorizar. Una patrulla puede encontrarse a veinte kilómetros de la ciudad en una dirección cuando de repente se la necesita a veinte kilómetros en la otra. Esa ecuación es imposible, y ellos lo saben perfectamente, los que conducen bebidos y los ladrones, toda esa panda de vándalos.

—Está bien, esperaré tanto como pueda, pero después tendré que entregar el texto.

Cuando Lovisa colgó, Elsa rezongó.

—¡Vándalos! Esto no tiene nada que ver con el vandalismo. Que hable tanto como quiera de las prioridades, pero eso lo dice todo de su actitud.

Lovisa asintió.

—Te entiendo. Les voy a dar un poco más de tiempo, pero después tengo que irme. Ahora llamaré a la redacción; luego hablamos.

Cuando Elsa se volvió a sentar en la moto de nieve, el asiento estaba frío. Todos seguían sentados en semicírculo; algunos habían sacado chales de lana y se habían puesto pasamontañas en las caras heladas. Elsa tenía las manos congeladas dentro de los guantes.

Otras veces ya se habían encontrado renos muertos, pero casi siempre no salía más que una noticia breve. Pero en esta ocasión la noticia había salido en todas partes; los artículos y los reportajes en la radio y en la televisión se repetían una y otra vez. Elsa entendió que era consecuencia del poder de las imágenes. La imagen captada desde el dron era una obra de arte, un semicírculo iluminado en medio de un bosque negro. La foto del periódico local era casi igual de dramática. Lovisa Wikberg había hecho la foto desde una colina y había captado la formación. Había presionado a los policías, cuando finalmente llegaron, explicándoles que se trataba de pruebas, pero las respuestas fueron tibias.

—¡Ven! ¡Que empieza!

Su madre la llamó desde el sofá, donde ella, su padre y Mattias ya estaban sentados. Elsa se quedó en el umbral de la puerta y oyó que el presentador de las noticias decía que había sospechas de que los restos de los renos eran pruebas.

La cámara recorría el pueblo vecino y se veían caras conocidas delante de la tienda y de la gasolinera. La gente tenía las narices rojas por el frío y adoptaba un aire solemne delante de la cámara. Se esforzaban para no pronunciar demasiado las consonantes.

—Pero puede ser que eso lo hayan hecho los propios pastores de renos, ¿no? —dijo Astrid.

La antigua empleada de la cocina de la escuela, ya jubilada, no apartó la mirada.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, cuando no sacan bastante dinero de los renos acuden a otras vías para cobrarlo. Y, además, he oído que los diferentes pueblos samis se roban renos unos a otros.

Elsa abrió los brazos.

—¿Cómo puede decir eso? ¿Por qué el periodista no le hace otra pregunta? ¿Cómo se supone que podríamos ganar dinero exponiendo renos muertos? ¡Esta tía está mal de la cabeza!

Su padre y Mattias la hicieron callar. En la televisión apareció otra persona del pueblo, un viejo que cada mañana, muy temprano, se paseaba en

trineo por todo el pueblo.

—¿Piensas que la policía puede estar implicada en los robos de renos de esta zona?

—¡No! Por aquí no vemos nunca a ningún policía.

Elsa fue a la cocina dando golpes en el suelo y apretando los puños.

—Pero esto parece una broma. ¿Entendéis lo tragicómico de su respuesta?

Desde el cuarto de estar se oía que tomaba la palabra Olle, el portavoz del pueblo sami, poniendo en duda, con voz severa, las actuaciones de la policía. Elsa volvió a la puerta cuando una jefa de policía respondía a la crítica. Una mujer de mediana edad de aspecto serio y con una ligera arruga justo encima de la nariz.

—¿Cómo explicas que todas las investigaciones sobre robos de renos se acaben archivando?

—No sé exactamente si serán todas. Pero es difícil conseguir que la gente de los pueblos hable.

—La policía nunca viene aquí. ¡Ni siquiera lo intentan! —estalló Elsa.

—¿Puedes estar callada? —saltó Mattias.

—Tenemos que vigilar una de las áreas más grande de Suecia y normalmente solo disponemos de una patrulla, y eso lo hace todo más difícil —dijo la jefe de policía.

—Dicen que los restos de renos descubiertos en el bosque eran pruebas, que se trataba de renos asesinados y llevados a la comisaría de un pueblo sami. ¿Qué dices de esto?

—Todas las investigaciones están archivadas, por lo que, en este caso, no se trata de pruebas de ninguna investigación en curso.

—Pero ¿puedes entender la indignación de la comunidad sami? ¿Y quién se pudo llevar los cuerpos de los renos?

Por primera vez, la jefa de policía parecía molesta.

—Un particular preguntó si podía llevárselos para usarlos como cebo de caza.

—¿Quién?

—No te daré ningún nombre.

El móvil de Elsa sonó y Minna resopló en el auricular.

—¿Has visto cómo se escabullía? ¡Ha sido penoso! Sus respuestas revelan lo mal que hacen su trabajo.

Elsa se fue a su habitación y cerró la puerta.

—He visto que el periódico también ha escrito sobre las amenazas y el rayón de tu coche. Ahora pasarán cosas, Elsa, los meterán en la cárcel.

—Espero que tengas razón.

Se tumbó en la cama y el pulso le latió con fuerza en la boca del estómago, debajo de las costillas. Latía como si algo vital estuviera a punto de romperse.

—En cualquier caso, no se atreverán a robar más renos en estos momentos.

—Pero ¿no has oído a la gente del pueblo, que creen que maltratamos a nuestros renos por dinero?

—Están tocados del ala. Son viejos que chochean. Ni siquiera entiendo por qué el periodista tenía que preguntarles a ellos. ¿A quién le importa lo que ellos piensen?

—Astrid trabajaba en la cocina de mi escuela y su marido y ella intentaron denunciar a mi padre porque chocaron con uno de nuestros renos.

Minna se rio, pero se pudo oír que no había echado la cabeza hacia atrás.

—Sí, lo que te digo, unos idiotas.

—Me odiaba con todas sus fuerzas. Casi no me atrevía a comer en la escuela.

—¡Ojalá se caiga y se rompa el fémur! —dijo Minna, mordaz.

—Las fotos y el vídeo del bosque eran buenos.

—Casi demasiado buenos. Pero la gente no los olvidará. Qué fuerte que os quedaseis allí sentados.

Sí. Cerró los ojos. Sí, se quedaron sentados en las motos de nieve e iluminaron a los renos cuando llegó la patrulla de la policía. Al principio, los policías no sabían qué hacer, no tenían ni idea de cómo hacer frente a aquel silencio. Se acercaron a los restos de los renos susurrando y con pasos torpes; se les veía incómodos al sentirse observados.

La respiración de los propietarios de renos formaba nubes de escarcha. Al final no les quedaron fuerzas para enfadarse. Solo había lugar para la tristeza más profunda. Cuando se llevaron los renos, apagaron las luces de los faros y se quedaron sentados en silencio en la oscuridad.

Petri sabía que tenía que ser más prudente. Sobre todo ahora. La noticia estaba saliendo en los informativos de la televisión, y todos los periódicos escribían sobre los pobres lapones. La gente estaba muy atenta.

No había llamado a Robert. No le había dicho que había salido de la ciudad porque había recibido un encargo. Robert le diría que ahora tenían que dejar pasar un tiempo.

El congelador en casa estaba lleno hasta los topes con lo que Robert había llevado a toda prisa cuando estuvo a punto de que lo pillaran en un registro domiciliario. Petri había podido vender parte de esa carne, pero con Robert nunca se sabía. De repente quería que se lo devolviera todo y entonces se montaba una de las gordas.

Petri no había tenido que buscar mucho en el bosque. Persiguió al reno poco rato con la moto de nieve, conduciendo en zigzag para cansarlo hasta que el reno se hundió en la nieve profunda y él pudo fácilmente cortar con el cuchillo el pescuezo del animal, para luego terminar con una buena estocada en el corazón. Disparar habría sido más sencillo, pero él no era tan estúpido.

Ya tenía el reno en el trineo y pronto estaría de vuelta en la carretera, donde había dejado aparcado su Chevrolet Suburban con el remolque. Lo tenía todo bien planeado. El reno iría tapado bajo la lona junto con la moto de nieve y el trineo. La gente del pueblo sabía que él solía ir a su casa casi todos los fines de semana y las semanas de vacaciones, de manera que nadie sospecharía nada.

Además, ni siquiera tenía que sacrificar al animal, solo entregárselo a quien se lo había encargado. No se podía decir que no a un trabajo tan sencillo. Robert tampoco se habría negado, estaba convencido.

Petri giró la llave de la moto de nieve, pero el motor no respondió. ¡Otra vez no! Lo intentó de nuevo. La maldita bujía. El vecino le había dicho que probablemente era la caja CDI que tiene que dar los impulsos eléctricos a la bujía para arrancar el motor. Petri no sabía nada de motores y no entendía nada de eso. Se colocó al lado de la moto y tiró de la cuerda. Tiró con todas sus fuerzas una vez más, pero la moto estaba completamente muerta.

Con cada minuto que pasaba, aumentaba el riesgo de que lo descubrieran. Sacó el teléfono móvil, indeciso. No, no podía hacerlo. Robert

se pondría furioso. Además, era demasiado arriesgado salir ahora con la moto de nieve.

Petri bajó el reno del trineo y se dio cuenta de que solo le quedaba una salida: tendría que arrastrarlo a mano. Lo agarró de los cuernos y tiró. Era un reno bastante grande, pero por suerte se había formado una placa de hielo en las pistas de las motos de nieve después de la lluvia de la semana y las posteriores heladas. Forcejeó arrastrando el reno a tirones. Se detenía a descansar de vez en cuando. Tuvo que abrirse la cremallera de la cazadora para dejar que le entrara el aire cuando el sudor se le pegaba al cuello. Estaba atento en todo momento por si oía algún ruido. Estaba alerta, era consciente de ello. Y una moto de nieve con un trineo abandonada en medio de las rodadas era sospechosa. Por no hablar de la sangre que había intentado tapar torpemente con la nieve. Joder, tal vez tendría que llamar a Robert de todos modos. La moto y el trineo no se podían quedar allí.

Le faltaban doscientos metros y el ácido láctico se le acumulaba en los brazos. Le temblaban las piernas y sentía que no le llegaba el aire a la cabeza, como cuando inflaba globos para los hijos de su hermana. Clavó los talones en el suelo y volvió a tirar. El reno estaba blando, pesado, y se resbalaba de un lado a otro en la pista de las motos. Los rastros que iban dejando probablemente revelarían lo que había pasado. Se hundió en la nieve hasta las rodillas y de repente sintió un tirón en el pecho. Un espasmo. Apretó los dientes; ya había tenido espasmos antes y solo había que apretar los dientes. Entonces vio la carretera, lo cual le dio nuevas fuerzas, y probó una táctica nueva: coger velocidad y correr con el reno a rastras. Llegó a una pequeña y muy oportuna pendiente que bajaba hasta la cuneta, y el reno cayó tras él. Ahora solo faltaba que llegara un coche, ojalá que no. Jadeó, se quitó el gorro y se enjugó el sudor de la frente y del cuello. Los músculos pectorales acusaban el esfuerzo; seguro que se le habían roto un montón de fibras musculares.

El bosque estaba en silencio, solo se oía un vago rumor en las copas de los abetos. Abrió el coche con el mando a distancia y el parpadeo de las luces fue justo lo que necesitaba para poder salir de la cuneta hasta la carretera y llegar al aparcamiento. Sobre la carretera helada solo oyó un crujido, tan deprisa se deslizaba el reno cuando él tiraba. Se decía en voz baja las cosas que tenía que hacer: primero subir el reno al remolque y después sacar la lona del maletero y taparlo. No se oía ningún coche y sacudió los brazos, que le pesaban por la acumulación de ácido láctico. Se inclinó y agarró al reno por la cintura, evitando que sus ojos se volvieran hacia él. Empujó con las últimas fuerzas que le quedaban en las piernas y maldijo en voz alta cuando

cargó el reno en el remolque. Ya estaba casi listo. Solo iba a tomar un poco de aire. Pero el aire no le llegó a los pulmones y, de repente, volvió a notar el desgarro de los músculos. Peor que la vez anterior. Era raro, alcanzó a pensar Petri antes de perder el equilibrio en el aparcamiento helado y caer hacia atrás.

La autopsia demostraría finalmente si había sido el corazón o el golpe en la cabeza lo que le costó la vida a Petri. De todos modos, estaba muerto. Elsa había leído tantas veces el informe de la policía que se lo sabía de memoria. El nombre de Petri no aparecía, pero las habladurías del pueblo habían resuelto rápidamente el tema. El hombre muerto en el aparcamiento era Petri Stålnacke, el dueño de la casa verde en el pueblo vecino.

El informe decía: «El sospechoso no se ha presentado». Lo que se explicaba con la circunstancia de que había fallecido. El investigador constataba en seca prosa policial que el delito era un presunto robo, dado que el hombre había capturado un reno que no le pertenecía. Con la misma frialdad se describían al reno que tenía medio cuerpo sobre el remolque y al hombre que yacía muerto en el suelo. Según se decía en el pueblo, fue un minero de la ciudad quien descubrió a Petri. Primero pasó de largo, pero enseguida se dio la vuelta y llamó a la policía, que llegó al lugar en un tiempo récord. La policía avisó al portavoz del pueblo sami y este, a su vez, al padre de Anna-Stina, y le pidió que fuera a identificar el reno. Y ahora se había archivado la investigación del robo porque el sospechoso había fallecido.

Elsa estaba en la ciudad para visitar a *áhkku*, pero no pudo pasar por delante de la comisaría sin entrar. Henriksson la recibió, pero dijo que solo podría dedicarle cinco minutos entre dos reuniones.

—¿No vais a hacer un registro en la casa de Petri Stålnacke?

El detective Henriksson no había envejecido bien. Su estómago presionaba el borde del escritorio y la barbilla le colgaba fofa. Estaba pálido y tenía la nariz repleta de venas rojas.

—No, no lo vamos a hacer, y ya te he explicado que no tenemos recursos para dedicar tiempo a un caso en el que el sospechoso está muerto.

—Pero Petri no actuaba solo cuando mataba y se llevaba renos. Puede haber pruebas en su piso, en su teléfono móvil. Sabemos que son varios, sabemos quiénes son. ¡La policía lo sabe! Hemos pronunciado sus nombres muchas veces.

—Lo siento de verdad, pero no es posible. No puedo hacer que aparezca

más personal por arte de magia. Tenemos un gran caso en estos momentos que exige todos nuestros recursos.

Sí, claro, todo el mundo conocía ese caso. Un asesinato pasional en el que un hombre había matado a tiros al vecino, que tenía una aventura con su exmujer. Su intención había sido pegarse un tiro él también, pero cuando llegó el momento, no fue capaz. Y ahora estaba detenido en algún lugar en la comisaría llorando porque se sentía abandonado.

Henriksson giró alternativamente las manos arriba y abajo.

—Tengo que priorizar. Eso no significa que no nos importen los robos de renos, pero hay delitos que son más importantes que los robos.

—Tengo en casa casi cien denuncias que nuestro pueblo sami ha presentado durante los últimos veinte años. Hay muchas más, pero esas son las que yo he conseguido reunir. ¿Sabes cuántas han llevado a una imputación y a una condena?

Henriksson cerró los ojos moviendo lentamente la cabeza.

—Ni una. Puedo colocártelas en fila aquí si quieres. En ellas se dice a menudo que «no hay motivos para la investigación», y eso puede querer decir que ni siquiera se empezó a investigar.

—Estoy bastante familiarizado con la terminología, sí.

—¿Pero entiendes lo que supone para nosotros que a nadie le importe que estén matando a nuestros animales?

Henriksson la miró sin pestañear.

—A veces ha habido pistas y nombres de sospechosos, pero, de todos modos, al final la respuesta ha sido que el delito no se podía probar. ¿Cómo es posible?

—No puedo responder por cien denuncias —dijo Henriksson, y parecía cansado.

Elsa, que estaba detrás de una silla, se agarró al respaldo.

—No, lo entiendo. ¿Pero me puedes explicar por qué no hicisteis un registro domiciliario cuando teníamos rastros de sangre que llegaban hasta un cobertizo? ¿Y a quién se llevó las pruebas, los renos que yo os entregué? ¿Quién?

Henriksson enrojeció de repente.

—¡Fuiste tú! —exclamó ella.

La miró irritado, entrecerrando los ojos.

—¡No fui yo!

—Pero diste el permiso para entregar los cuerpos.

Henriksson golpeó ligeramente la mesa con las palmas de las manos y miró la pantalla que tenía delante.

—No puedo dedicarte más tiempo. Has venido para hablar de la última denuncia y ya sabes mi respuesta. La próxima vez puedes llamar por teléfono.

—¿No puedes admitir simplemente que cometisteis un error?

Henriksson se puso de pie y se subió la cintura del pantalón, pero su barriga era demasiado grande.

—No fue un error. No era ilegal —dijo secamente—. Pero es posible que fuera inapropiado.

Dio unos pasos hacia la puerta y la abrió.

—Inapropiado —prorrumpió Elsa, asintiendo.

Elsa no le tendió la mano y él no la miró a los ojos.

Condujo hasta la residencia de *áhkku*, que tenía uno de sus mejores días, tanto que Elsa pudo acercarse a ella. Se sentaron en la cama y movieron los dedos de los pies, que apenas llegaban al borde de la cama. Elsa había heredado las piernas cortas de *áhkku*.

—Tú y yo somos como pequeños perros salchicha.

Lo cual hizo que *áhkku* se riera a carcajadas y Elsa aprovechó para acercarse un poco más a ella. *Áhkku* tenía el cabello hermosamente trenzado y recogido en un moño en la nuca.

—¿Quién te ha hecho la trenza?

—Mi hermana pequeña —dijo ella sonriendo.

Elsa se derrumbó. Intentó agarrarle de la mano, pero la iba retirando sobre la manta que se habían puesto sobre las piernas. Se notaba en la espalda que la pared estaba fría y Elsa echó la cabeza hacia atrás. *Áhkku* la miró con curiosidad.

—Ha sido Brittis. Pero me la ha hecho como mi hermana pequeña.

—Háblame de tu hermana pequeña.

—Era mi mejor amiga.

—Cuéntame cosas de cuando erais pequeñas.

—Ella me seguía a todas partes, hacía lo mismo que yo. Aprendió todo a través de mí. Pero luego la abandoné. —*Áhkku* miró hacia abajo—. Y no le pedí perdón.

—Tú empezaste en la escuela.

—Nadie me dijo que no iba a volver.

—Pero volviste.

—No durante el resto del año. Ella se quedó muy sola.

Elsa casi no se atrevía a respirar; *áhkku* podía perderse en cualquier

momento.

—Pero seguro que tú estabas más sola.

—¡Ah! Yo tenía a mi hermano en la escuela. Pero siempre le estaban pegando. Tanto los maestros como los otros chicos. Yo casi no quería decir que éramos hermanos. Pero todos lo sabían.

—Y luego llegó allí también la hermana pequeña.

—Yo le dije a la *enná*, que no la dejara venir. No lo soportará. —La voz de *áhkku* gimió y se le estremeció el cuerpo, empezó a moverse hacia adelante y hacia atrás, meciéndose—. Es igual que entonces. Aquí no puedo hablar sami.

—Pero seguro que hay alguien del personal que sabe sami?

Áhkku asintió.

—¿Cómo se llama?

—No me acuerdo. Pero es buena.

—Qué bien. Habla con ella.

Aunque tenía los ojos acuosos, *áhkku* aún podía clavar la mirada en Elsa.

—Quiero ir contigo a casa.

—En verano iremos a coger moras.

—Para entonces ya estaré muerta.

—No digas eso.

Áhkku apretó las mandíbulas.

—Tal vez puedas venir también en primavera y ver a las crías. Vamos a dejar que las hembras tengan sus crías en el cercado antes de ir a la montaña.

Entonces la anciana comenzó a llorar. Gemía y le caían lagrimones por las mejillas arrugadas.

Elsa no se atrevió a rodearla con el brazo. En lugar de eso, le tomó la mano, a pesar de que la anciana se resistió.

—No estés triste. Las cosas mejorarán, ya lo verás.

Se sintió enferma al oír sus propias palabras.

—¿Sabes? Uno de los que se llevaban nuestros renos ha aparecido muerto. Estaba al lado de su coche y tenía un reno —dijo atropelladamente.

—¡Se lo tiene merecido! —dijo *áhkku* en voz baja.

—No está bien decir eso, pero es verdad.

Elsa sacó el móvil.

—Te voy a leer el artículo.

—Todavía puedo leer.

—Ya lo sé, pero puede que no hayas leído este artículo en particular.

Lovisa Wikberg se había expresado con prudencia y Elsa suspiró. Tal vez, el hecho de que Petri muriera hizo que el periódico rebajara el tono. O

tal vez fuera porque la policía había cerrado el caso. ¡Maldito Henriksson!

—«Un hombre, sobre el cual recaen sospechas de que habría robado un reno, fue hallado muerto ayer por la tarde en un aparcamiento. Al reno asesinado le colgaba medio cuerpo en un remolque. La policía no quiere revelar si hay alguna conexión con anteriores robos de renos» —leyó Elsa.

Áhkku se soltó la trenza del moño y la acariciaba.

—¿Quién era?

—Petri. El que tiene la casita verde junto al río.

Áhkku se detuvo en pleno movimiento, parecía que pensaba, que intentara encontrar lo que quería decir. Pero no dijo nada, y Elsa siguió leyendo los informes periciales y de la autopsia.

De repente se oyeron unos ligeros ronquidos, y la cabeza de *áhkku* cayó sobre su hombro. Como un niño, se dormía cuando se tenía que esforzar, pensó Elsa. Y aprovechó para acariciarle la mejilla caliente, que colgaba flácida.

Hubo rumores. En los pueblos siempre había rumores cuando pasaba algo; lo que había pasado era espectacular y dio lugar a muchas teorías. ¿Cómo había muerto realmente Petri? ¿Era cierto que el minero fue el primero en llegar al lugar, o había estado antes Ante y había matado a Petri? El propio Ante se había echado a reír al oír este rumor, aunque le reconoció a Hanna que podría haberle dado una buena paliza a ese cabrón si lo hubiera pillado con las manos en la masa.

—Déjalos que hablen —había dicho antes de salir.

Y entonces Hanna se quedó sola de nuevo, con demasiados pensamientos. A veces deseaba que fueran las mujeres las que tuvieran que pasar largas temporadas lejos de casa, con los renos. Los hombres no tenían que estar en casa pensando; podían dedicarse al trabajo físico.

¿Qué habría dicho Lasse si hubiera vivido? Siempre el mismo pensamiento: ¿qué habría dicho, pensado, hecho... Lasse? Seguro que se habría reído de los rumores y ella lo habría malinterpretado otra vez, pensando que realmente le había parecido divertido. Tantas veces como él se había reído, tantas veces como ella había sentido esa calidez en su interior. Pensando que él era su luz, el que siempre los animaba, les hacía avanzar, el que decía que no era tan peligroso.

Pero Lasse había comenzado a hablar de una manera diferente al final. A veces Hanna recordaba que Lasse había intentado hablar seriamente, pero ella necesitaba sus risas y él le había dado ese capricho. Ese pensamiento hacía que le costara respirar y podía hacer que gritara en su tranquila y solitaria cocina. Con el tiempo, se fue convenciendo cada vez más de que había sido culpa suya.

—¿En qué estás pensando?

Elsa estaba sentada enfrente de ella, con una taza con el café frío y una cesta llena de bollos que habían empezado a secarse. Buscó papel transparente para cubrir los bollos de canela perfectamente enrollados.

—En nada en particular —dijo después.

—He pensado mucho en Jon-Isak —dijo Elsa.

Habían estado hablando un buen rato. Había mucho que decir sobre Petri y ella había intentado realmente sonar interesada. Le había contado los

rumores que corrían sobre Ante y consiguió que Elsa sacudiera la cabeza indignada. Pero ya había estado dando rodeos el tiempo suficiente y Hanna temía lo que vendría después.

—¿Qué tal le ha ido en la escuela después de que se publicaran los artículos? Hace unos días que no trabajo y he estado preocupada. Ya sabes... —dijo Elsa, pero se interrumpió, se llevó la taza a la boca e hizo una ligera mueca por el café frío.

Tendría que levantarse y poner otra cafetera, pero entonces Elsa no se marcharía nunca.

—¿Sabes que se pelean? Supongo que te lo debe de haber dicho. No sé si la escuela te ha dicho algo. —Elsa le dirigió una mirada interrogativa.

Hanna levantó la vista por debajo del flequillo. Hacía tiempo que debería haberse cortado el pelo, que ya le llegaba hasta la espalda, con esas mechas grises que le hacían parecer mayor.

—Me lo ha explicado, sí —mintió.

Elsa se echó hacia atrás y respiró aliviada.

—Me alegro.

Ella asintió, no se veía con ánimos de hacer más. Jon-Isak no había dicho nada. Igual que Lasse, que tampoco había dicho nunca nada.

—Y a Anna-Stina apenas la veo. Siempre está con Per-Jonas —continuó Elsa.

Hanna agradeció la oportunidad de escabullirse, de no tener que hablar de su hijo.

—No, nosotros tampoco la vemos mucho. ¿Y qué tal están tus padres?

A Elsa se le iluminó la cara.

—Mamá está irreconocible. *Siessá* ha estado con nosotros más a menudo y hace poco convenció a mamá para que la apuntase a un grupo de gimnasia en el pueblo vecino y ahora va allí todos los martes.

—Es encantadora tu *siessá*.

—Todo es más divertido cuando ella está con nosotros. Tú ya sabes cómo se ríe.

Elsa miró rápidamente hacia abajo, como si hubiera hablado demasiado. Pero no era ningún secreto que Marika era difícil. ¿Cuántas veces Hanna no había abierto la puerta a Elsa cuando era pequeña y le había dado lo que le faltaba en casa?

—A veces todos necesitamos una *siessá*.

Se le contrajeron los músculos del cuello, un aviso de migraña.

—¡Sí! Ella sabe disfrutar de todo lo que tenemos. De hecho, tenemos la mejor vida del mundo —dijo Elsa con una sonrisa—. Cuando no corren

chismes por el pueblo y los niños no se pegan en la escuela.

Entendió que Elsa trataba de ser irónica. Se buscó la nuca con la mano y se la frotó para relajar los músculos.

Se hizo un silencio, solo se oía el ruido del lavavajillas. Vio que la mirada de Elsa se dirigía a la lona junto al cobertizo donde la vieja moto de nieve de Lasse había estado todos esos años. Se armó de valor para responder a la pregunta de por qué no se habían deshecho de ella. Pero a Jon-Isak le gustaba conducir la Lynx, aunque era vieja. Estaba enfadado porque no llegó a conocer a su tío, del que todos decían que era tan divertido y alegre. Tuvo que levantarse. Los dos, juntos. ¿Cuántas veces no los había imaginado juntos?

—Sabes que está con nosotros —dijo Elsa en voz baja—. Yo siento a menudo su presencia.

Hanna se puso furiosa. Tuvo que darse la vuelta y apoyarse en el fregadero. Sabía que se hablaba de Elsa, que se decía que era especial. Que tenía poderes, que era una *gunsttar*. Lasse no había acudido a Hanna. Ella lo había buscado, en los sueños, en la cocina silenciosa, pero también en la montaña durante los veranos, donde él había sido más feliz. Pero no lo había encontrado en ninguna parte.

Era incapaz de darse la vuelta. Dio un golpe en el fregadero y se encogió de hombros.

—¿Recuerdas cuando Anna-Stina y yo éramos pequeñas y yo solía venir aquí por las mañanas? —Elsa se quedó en silencio antes de añadir—: Tú eras muy importante para mí.

Así que ahora le daba las gracias. Cuando ella no podía darse la vuelta porque los celos le desgarraban el cuerpo.

—Me alegro —logró decir.

—Y cuando tenía suerte, Lasse estaba en tu casa.

Agarró con fuerza el cepillo de fregar y el agua salpicó los azulejos y la ventana cuando revolvió la cazuela de gachas del desayuno.

—Solo quiero que sepas que está con nosotros. Pero seguro que ya lo sabías.

Se obligó a volver la cabeza rápidamente y sonreír. Después abrió el grifo con fuerza.

—Estoy un poco preocupada por Mattias… —murmuró Elsa—. No se encuentra demasiado bien.

Se oyeron las motos de nieve a lo lejos. Se acercaba la hora del almuerzo y Hanna se dio cuenta de que iba con retraso. Elsa también las oyó y no continuó.

¿No esperaría Elsa que ella ayudara a Mattias si no se encontraba bien? Seguro que se daría cuenta de que aquí ya no había ningún refugio para nadie.

—Tengo que empezar a preparar el almuerzo.

Elsa la miró desilusionada. ¿Pero qué podía hacer ella? Mattias nunca se había acercado a ella como lo había hecho Elsa. Él había sido un niño salvaje que pronto se convirtió en un adolescente enfurruñado. Se las había apañado, como hacían los chicos. «Los chicos se las apañan», quiso gritar en voz alta para que se convirtiera en una verdad.

La moto de nieve entró en el patio y Hanna se relajó. La conversación duraría ya poco. Las nubes se habían marchado y salió el sol; parecía que haría una buena tarde. Tal vez podría hacer una limpieza a fondo. Una limpieza de verdad, sacando las alfombras para que se aireasen.

Fue un funeral tranquilo en la iglesia de la ciudad. Tres coronas sobre el ataúd y un pastor que no había recibido mucha ayuda para hacer un discurso personal. No como en el entierro de su padre, donde el café apenas fue suficiente. Tampoco entonces asistió mucha gente, a decir verdad, pero más de los que Robert había calculado. Su madre había enviado un telegrama, pero él lo había roto sin leerlo.

Robert llevaba ahora la misma chaqueta negra que entonces, pero en esta ocasión no le fue posible abrocharse los botones. La camisa blanca tenía manchas por debajo del bolsillo del pecho, pero no se veían debajo de la chaqueta.

La tarta sándwich estaba seca, y el salmón, demasiado salado. Al menos el café era fuerte. La hermana de Petri, con su familia, y la madre anciana estaban sentados al lado del pastor. Sus dos sobrinos no podían estarse quietos. Petri le había dicho alguna vez estando borracho que aquellos pequeños eran como sus propios hijos. Petri y él nunca habían hablado de hijos y familia, pero precisamente eso se le había escapado. Petri solo tenía cincuenta y tres años, un año más que él; eso era difícil de asimilar.

La conversación no era muy fluida entre Robert y sus compañeros de mesa.

—Una copita no habría venido mal —dijo.

Su comentario fue recibido con murmullos y sonrisas.

—Pero tengo que conducir.

Jan-Olov, que tenía la casa al lado de la de Petri, se agachó y se acercó demasiado a la cara de Robert. Su aliento era pestilente.

—¿Qué crees tú que le pasó a Petri? ¿Lo asesinaron?

Robert vaciló, no había nada que desease tanto como encender los ánimos. Miró por el rabillo del ojo hacia donde estaba la familia. Había oído decir a alguien que había sido un infarto. Pero no le apetecía difundir esa información. Y realmente, ¿quién podía afirmar con rotundidad qué había sido lo decisivo, si el corazón o el golpe en la cabeza? La gente quería creer que tal vez, a pesar de todo, había llegado algún maldito lapón justo cuando Petri estaba cargando el reno en el remolque. Puede que incluso lo hubiera atropellado. Nadie sabía con certeza si había otras lesiones, piernas rotas o

hemorragias internas como consecuencia de un atropello. Y sí, claro que podrían haberlo atropellado, o quizá que le hubieran asesinado de un empujón que lo hubiera hecho caer hacia atrás de manera que su cabeza se golpeara contra el suelo.

—Sí, ojalá lo supiéramos. Pero resulta sospechoso —dijo al final.

—He oído que hay un policía nuevo que protege a los lapones; por lo visto tiene origen lapón —dijo Jan-Olov.

—¿No me digas? ¡Hay que joderse! —Robert parecía interesado.

—Tiene un apellido sueco, Ljungkvist o Ljungblad. Dicen que se cambió el apellido lapón.

Robert asintió con énfasis. No me digas. Ljungblad. Ese mocoso que había estado en su patio. Así que se había cambiado el apellido. Sí, ¿quién cojones no lo haría? Estaba claro que uno se avergonzaba si tenía origen lapón. Había muchos samis que habían adoptado apellidos suecos a lo largo de los años. Robert se limpió la boca con la servilleta blanca. No conocía a Jan-Olov lo suficientemente bien como para hablar claro.

—Con tantas habladurías en los periódicos sobre los restos de los renos en el bosque, no me extrañaría que algún loco se hubiera tomado la justicia por su mano —dijo de todos modos.

—Aunque sabemos de sobra que los pueblos samis se roban los renos entre ellos. Y luego echan la culpa a los de fuera.

—Claro, de esa manera pueden quedarse con la carne y cobrar la indemnización.

Jan-Olov negó con la cabeza y sirvió más café.

—Pero Petri se estaba llevando un reno —dijo lentamente mirando fijamente a Robert.

—Sabes, estoy seguro de que Petri lo atropelló sin querer y pensaba actuar correctamente. Seguro que quería hacerse cargo e informar al pueblo sami.

Jan-Olov enarcó ligeramente las cejas y esbozó una sonrisa maliciosa. Robert se quedó sorprendido. Se había equivocado con él. No era más que un charlatán.

—Bueno, tal vez va siendo hora de irse a casa.

Robert empujó la silla hacia atrás y se levantó. Apretó los dientes cuando el dolor se le extendió por la espalda.

Cuando llegó a casa se quedó sentado en el sofá con la chaqueta puesta. No lloró, pero tenía la mirada borrosa.

—¡Bah! —se dijo a sí mismo, frotándose los ojos con las muñecas.

Sobre la mesa de pino había cuatro latas de cerveza Mariestad. Abrió la quinta y la alzó hacia el techo.

—¡Salud, Petri! ¡Estúpido hijo de puta!

El hilo sobre la muerte de Petri en el foro de Flashback ya tenía quince páginas. Robert arrastró el dedo índice a lo largo de la pantalla. La mayor parte ya lo había leído. La mayoría de las intervenciones eran conspirativas y hablaban del asesinato como de una cosa segura. Pocos parecían conocer a Petri, y Robert quería escribir sobre él, contar lo buena persona que era. Pero no sabía cómo se abría una cuenta y no confiaba en el anonimato. No valía la pena correr ese riesgo. La cabeza le daba vueltas de una manera agradable y ya no sentía tanto el dolor en el hombro y la espalda. Raija se subió con dificultades al sofá y colocó la cabeza en sus rodillas. Robert la acarició con mano firme y la rascó detrás de la oreja. «¿Qué pasará si ella se muere?», pensó él. Pero no tenía que pensar en eso. Se tomó la cerveza en tres tragos largos.

Volvió a repasar el hilo, actualizó la página, quería ver más comentarios. Se quitó la chaqueta como pudo y se aflojó la corbata, pero la dejó colgando como si fuera una soga.

Si hubiera podido escribir en el hilo habría dicho que a esa zorra lapona había que ponerla en su sitio. Eso tal vez le haría cerrar el pico.

Apartó a la perra a un lado y se dirigió al frigorífico. Detrás de la fila de cervezas había un trozo de carne seca de reno que se le había olvidado. Petri se lo había ahumado. Se le daba bien salarlo y no descolgaba los trozos de carne hasta que estaban bien ahumados y secos. ¿Quién le iba a ahumar ahora la carne?

Cuando el padre murió se sintió solo. Pero los últimos años había tenido a Petri. Se conocieron cuando tenían veinte años. Durante una tala del bosque. Había sido un verano muy agradable. A pesar de los malditos mosquitos, pero se lo habían pasado muy bien. Hasta que se le ocurrió conducir bebido.

Robert abrió la cerveza, bebió, pero los recuerdos no querían dejarlo en paz.

Se la jugó, condujo hasta el trabajo, aunque había estado toda la noche bebiendo. Era verano, y también quería vivir, aparte de trabajar. El sol le cegó cuando entró en el camino de grava y, entonces, derrapó. La grava salió despedida, algo golpeó el coche y poco después se detuvo en una cuneta. El hijo del capataz se había cruzado en su camino. Un mocoso de mierda que se creía mejor que los demás. No murió, ni siquiera se rompió nada. Pero cayó

cuesta abajo y se hizo una brecha en la ceja y perdió dos dientes.

Y entonces al capataz se le ocurrió decir en voz alta que «había sido un gran error contratar a Robert, que ya se lo podía haber imaginado conociendo a su padre. Alcohólicos y delincuentes toda la puta familia».

Robert quiso darle un puñetazo, pero Petri lo agarró del brazo. En lugar de eso, le gritó al capataz que no necesitaba ese trabajo de mierda y luego se subió al coche para conducir de vuelta a casa, a pesar de que le dijeron que no podía conducir. Que llamarían a la policía. Pero la mirada que les echó les hizo cambiar de idea.

Aquella noche apareció el dolor en el cuello y en la espalda, como un hierro candente contra la piel desnuda. El dolor se extendió, se ramificaba por los vasos sanguíneos, los ligamentos y los tendones. Si hubiera sabido entonces que aquello era solo el principio, se habría colgado ahí mismo. El dolor se fue calmando al cabo de una semana, pero solo se había escondido para volver de nuevo.

Petri y él perdieron el contacto después de aquel trabajo forestal. Pero, un buen día, apareció en el pueblo, unos años antes de que el padre muriera, y al final Petri se pudo comprar la vieja casa junto al río. Tenía trabajo en la ciudad, pero venía al pueblo siempre que tenía tiempo libre. El padre ya no tenía la fuerza de antes y Petri estuvo interesado en ganar un dinero extra. Así fueron las cosas. El padre murió y Petri ocupó su lugar. Siempre quedó claro que aquello era cosa de Robert; él llevaba el timón. Era quien decidía.

Pero ahora… Ahora sabía que Petri se había tomado libertades. Quizá más veces de las que él se había imaginado. Robert se hundió de nuevo en el sofá, todo le daba vueltas.

Después de la muerte de Petri, no hubo tiempo para pensar o cabrearse, sino que Robert tuvo que buscar a toda prisa la carne que había dejado en casa de Petri cuando la policía lo amenazó con un registro domiciliario. Robert había llamado a la hermana de Petri y ella le había dado la llave. Ni siquiera le preguntó qué iba a hacer allí. Se vio obligado a vender la mayor parte de la carne rápidamente y a un precio demasiado barato. Se guardó algunos trozos buenos para él, porque no sería normal no tener ni un trozo de carne en el congelador.

Robert suspiró y Raija levantó el hocico, olfateando el aire. Maldito Petri. ¿Cómo cojones se le ocurrió arrastrar un reno por medio bosque y no llamarlo? Si hubieran sido dos, habrían cargado el animal en un periquete y habrían podido abandonar el lugar de manera rápida y segura. Y entonces Petri aún estaría vivo. Y sobre todo no le habría mentido.

Robert frotó sus grandes puños en los vaqueros. Sus axilas desprendían

un olor desagradable; se desabrochó los botones de la camisa y tiró la corbata en un extremo del sofá. Permaneció allí sentado con el torso desnudo rascándose la nuca.

Cuando salió al frío un poco después con las chanclas, todavía llevaba el pecho descubierto, y los pezones se le endurecieron como brotes de abedul. Entró en el garaje y abrió el armero. Con el rifle en la mano se tranquilizó y volvió adentro, se tropezó en el último escalón y juró cuando una punzada ardiente le golpeó la espalda.

Iba a demostrarles a esos pequeños troles de Flashback que se podía hacer algo más que estar sentado delante de la pantalla y hacer ver que eras alguien. No pasaría mucho tiempo antes de que estuvieran escribiendo entusiasmados sobre lo que había pasado, sobre lo que él había hecho.

Se puso una camisa de franela y, con las prisas, se abrochó mal los botones. Se subió la cremallera de la cazadora y se caló el gorro de zorro. No encontró los guantes. Llevaba el rifle colgado al hombro.

Siessá estaba apoyada en la mesa de la cocina siguiendo el atolondrado ir y venir de su madre entre las habitaciones. Le guiñó un ojo a Elsa y sonrió.

—No está acostumbrada a viajar.

Cuando su tía lo dijo, Elsa se dio cuenta de cuán cierto era. Su madre era siempre la que se quedaba. Cuando su padre y Mattias se iban con los renos, cuando Elsa estaba estudiando y cuando *áhkku* tuvo que dejarlos.

Su madre tenía las mejillas rojas y estaba buscando el móvil que tenía en la mano. Al darse cuenta, se rio a carcajadas.

—Beberemos mucho vino. Y he reservado hora en el *spa* del hotel, y el sábado nos vamos a ir de compras todo el día —dijo *siessá* agitando las llaves del coche.

—No puedo beber mucho alcohol, ya lo sabes. —Su madre arrastró la maleta hasta la entrada—. Estoy lista. Vamos.

Se rieron y se apiñaron en la entrada mientras se ponían los zapatos y Elsa quería decirle a *siessá* que era una heroína. Las abrazó a las dos.

—¿Te las arreglarás sola? *Isa* y Mattias deberían volver pronto. Pero las tormentas han estropeado las vallas.

Elsa negó con la cabeza sonriendo.

—Pero por favor... Hablas como una tonta de cosas que no tienen ninguna importancia.

—Es que me parece muy raro irme de viaje.

Pero no parecía triste en absoluto. *Siessá* puso los ojos en blanco y la empujó hacia la puerta.

—Dios mío, pero si estaremos de vuelta el domingo.

En la familia se hablaba de las visitas cada vez más frecuentes de *siessá* al pueblo. Elsa ya había oído los rumores sobre un divorcio, pero no quería preguntar.

Les dijo adiós con la mano mientras ellas tocaban la bocina tres veces en el patio, antes de que el coche girara hacia el sur, hacia la ciudad de la costa.

Los camiones grandes retumbaban delante de la casa a intervalos regulares, pero aparte de eso el tráfico era escaso. Silencio fuera y silencio dentro. Elsa se tumbó en el sofá del cuarto de estar y se tapó con una manta blanca y suave. Cuando estaba sola, siempre buscaba el centro de la casa.

Cuando era niña, el aburrimiento solía hacerla salir corriendo a casa de *áhkku* y *áddjá*. Ahora no había nada mejor que tener la casa para ella sola. Leyó un rato, se quedó dormida; se despertó y no sabía qué hora era.

Cuando oyó el ruido de motos de nieve se sentó. ¿Podrían ser papá o Mattias? Estiró el cuello para ver si veía luz en el lago, pero parecía que el ruido provenía del otro lado. Se acercó a la entrada sin hacer ruido, tiró de la manija y se aseguró de que la puerta estaba cerrada con llave, apagó la luz de la entrada y la de la cocina. La moto de nieve, solo era una, se acercaba cada vez más y ella esperaba que girara y se alejara, pero el ruido del motor se acercaba cada vez más.

Y allí estaba. Elsa estaba medio escondida detrás de la cortina de la cocina y vio la luz de la moto de nieve. Iba peligrosamente rápido. Al llegar al último terraplén, delante de la carretera, no había disminuido la velocidad. La nieve salía disparada y aterrizó en la carretera, donde osciló antes de detenerse en la cuneta del otro lado. El conductor se cayó y yacía inmóvil en la nieve. Elsa corrió al cuarto de estar para buscar el móvil. Tenía que volver a la cocina para ver hacia dónde iba, pero era como si se hubiera quedado enganchada en el suelo. Tenía las manos heladas y los pies entumecidos. Sentía que el peligro respiraba a su alrededor, en la habitación oscura. El cuerpo no la obedecía y tuvo el impulso de esconderse debajo de la mesa del sofá y cerrar los ojos hasta que todo hubiera pasado. Alguien gimió. El gemido procedía de su propia garganta. Tenía que dar un paso. Y otro. Y otro. Que no la vieran en la ventana de la cocina. Las uñas arañaron el alféizar de la ventana, se agarraron a él febrilmente.

El hombre se había levantado y caminaba por la carretera, cojeando. Llevaba un objeto alargado y estrecho en la mano. ¿Un rifle? No podía ser nadie más que Robert Isaksson, y se dirigía hacia su casa. El presentimiento la golpeó como un puñetazo en la boca del estómago.

Elsa retrocedió hasta la mesa de la cocina, se puso de rodillas y quitó la alfombra Marimekko, tiró de la trampilla del suelo y se apresuró a bajar los empinados escalones. ¡La alfombra estaba tirada en un rincón de la cocina! Él la vería y comprendería que ella estaba en la fresquera del sótano. Y allí estaba ella atrapada como una rata acorralada.

Llamó al 112. Los dientes le castañeteaban en medio del frío crudo y húmedo. El olor a tierra se le metió en la nariz.

—¡Necesito ayuda! ¡Un hombre viene hacia mi casa! Creo que tiene un arma.

La operadora respondió con voz tranquila; hablaba tan despacio que Elsa tuvo que interrumpirla y gritar a qué pueblo tenían que enviar a la

policía. Y al pronunciar el nombre de Robert se le quebró la voz.

—Vivimos en la primera casa viniendo desde la ciudad.

La operadora repitió el nombre del pueblo, aunque no pudo pronunciarlo bien. Le preguntó si había cerrado la puerta con llave y si se encontraba sola.

—¿Estás segura de que lleva un rifle?

—No sé, eso parecía. Por favor, por favor..., ¡esta vez tenéis que venir!

—Procura mantener la calma. Ya he avisado a la policía y mientras hablamos van de camino.

—¿Pero no sabes la distancia que hay hasta aquí? —Su voz era un grito medio ahogado—. ¡Envía un helicóptero! Un coche nunca llegará a tiempo. ¿Lo entiendes?

Entonces se oyeron golpes en la puerta y poco después en la ventana de la cocina.

Ella susurró entre dientes.

—Ya está aquí. Tengo que llamar a mi padre. No llegaréis a tiempo de ninguna manera.

—No cuelgues...

Las manos le temblaban violentamente cuando pulsó el nombre de su padre en el móvil. Sonaban las señales de llamada, pero no contestaba. Al mismo tiempo oyó la voz que venía de fuera, sorda y lejana, pero al mismo tiempo espantosamente cerca.

—¿Dónde estás, maldita zorra lapona?

Hubo un silencio, hasta que sonaron golpes en otra ventana, probablemente la del cuarto de estar.

—¡Vas a aprender a mantener el pico cerrado!

Volvió a llamar a su padre y ahora él contestó.

—¿Qué pasa?

Elsa tenía la boca tan seca que los labios se le pegaban a las encías.

—Robert. Está aquí...

—La madre que...

Oyó crujidos y chirridos en el teléfono; su padre corría. Ahora Elsa lloraba, sentada en un escalón estrecho agarrándose las piernas compulsivamente. Oyó en el teléfono que una moto de nieve arrancaba y a su padre gritando que ya iba de camino.

—¡No conduzcas hasta aquí! Te disparará.

—¿Está armado? Elsa, ahora escúchame. Tengo que colgar y llamar para pedir ayuda. Mantente alejada de todas las ventanas.

—Estoy en la fresquera del sótano.

En ese momento oyó que una ventana se rompía por encima de ella. El móvil se le cayó de la mano, rebotó contra la alfombra que cubría el suelo de hormigón y se apagó.

—¡Malditos lapones, maldita gentuza! ¿Quién mató a Petri?

Su voz estaba muy cerca, junto encima de ella. Balbuceaba. Todavía no se oían pasos en el interior de la casa. Elsa encendió la bombilla y miró rápidamente en las estanterías, buscando algo que pudiera utilizar como arma.

Sopesó la posibilidad de gritar diciendo que había llamado a la policía; tal vez con eso conseguiría asustarlo, pero cuando abrió la boca no le salió la voz.

Todo se quedó en silencio, un silencio peligroso. Agarró con fuerza la cuerda de la trampilla. Se colgaría con todo su peso si él intentaba levantarla. La vieja cuerda le cortaba las palmas de las manos. El silencio y la espera eran peores que oír su voz.

De pronto, el ruido de una moto de nieve. ¿Podría ser su padre ya? Robert lo mataría. Tiró con más fuerza de la cuerda, pero como estaba temblando se le escapaba una y otra vez. Sus dedos eran como de gelatina.

El ruido de la moto de nieve se fue alejando y ella trató de ordenar sus pensamientos. Probablemente era Robert que se marchaba, pero no pudo soltar la cuerda. Ni siquiera cuando el ruido de la moto de nieve hubo desaparecido y todo se quedó en silencio un buen rato. Ni siquiera cuando oyó entrar a dos motos de nieve en el patio. Ni siquiera cuando le pareció oír que abrían la puerta con la llave. Solo cuando su padre la llamó, pudo soltar la cuerda.

Elsa se ciñó la chaqueta alrededor del cuerpo, sudaba y sentía frío al mismo tiempo. Sobre la mesa, la taza de té seguía intacta. Su padre iba de un lado a otro murmurando para sí mismo.

La policía llegó con las luces azules encendidas; quizá habían parpadeado durante todo el camino desde la ciudad. Elsa se los imaginó adelantando a otros coches a toda velocidad, pero reduciendo la marcha cuando se les informó de que el peligro inminente había pasado.

Su padre miró por la ventana, y la luz azul que se reflejaba dentro, en los armarios de la cocina y en las paredes, se apagó.

—¡Caramba! Es Henriksson en persona. Y un colega.

Salió a recibirlos a la entrada y los guio sin decir una palabra. Pasos pesados, alguna cosa que crujía, quizá los uniformes, y un olor desconocido que llenaba la cocina.

—Hola, Elsa. Creo que nos hemos visto antes.

Levantó la vista y, sí, claro que reconoció aquellas pestañas incoloras y los ojos pálidos.

—Sí, y hemos hablado. Sobre ese registro domiciliario que no se hizo nunca —respondió ella con voz ronca.

Ljungblad bajó un poco la cabeza.

—Sí, lamentablemente.

—Y ahora la misma persona me ha amenazado.

Henriksson se aclaró la garganta y Ljungblad dio un paso al lado.

—Sí, Elsa, esto no ha sido nada agradable. ¿Cómo te encuentras?

Ella se encogió de hombros, pero le temblaba la barbilla.

Ljungblad y Henriksson cogieron dos sillas y se sentaron el uno al lado del otro, enfrente de ella. Ljungblad había sacado un bloc de notas pequeño y Henriksson se inclinó hacia delante.

—Cuéntanoslo desde el principio. ¿Qué ha pasado?

—Era Robert Isaksson.

—¿Estás segura?

—Sí. Iba a matarme.

—¿Dijo expresamente que iba a matarte?

—Creo que sí. Todo ocurrió muy deprisa. Me gritó cosas repugnantes y

algo sobre que iba a enseñarme a tener el pico cerrado.

—¿Puedes recordar exactamente lo que dijo?

—Me llamó maldita zorra lapona, eso lo recuerdo bien.

Su padre blasfemó.

—Si no os ocupáis ahora de él… —su voz se interrumpió—. Bueno, entonces no sé muy bien lo que puedo hacer.

—Trata de tomártelo con calma. Siéntate —dijo Ljungblad.

Le habló despacio, pero el padre no se calmó.

—¡Podría haberla matado!

—¿Lo has visto? —preguntó Henriksson—. Empieza desde el principio para que entendamos cómo han ido las cosas.

—Estaba sola en casa y oí una moto de nieve cuando estaba estirada en el sofá del cuarto de estar. Me coloqué aquí, junto a la ventana de la cocina, y lo vi venir a gran velocidad. La moto salió volando sobre la carretera y se estrelló. Después lo vi caminando hacia la casa. Llevaba algo en la mano y estoy casi segura de que era un rifle.

Ljungblad miró por la ventana, pero solo vio su propia imagen reflejada.

—Está bastante oscuro ahí fuera. ¿Estás segura de que la persona a la que viste era él?

—Completamente segura.

—¿Es que no escucháis lo que dice? ¡Está completamente segura! —vociferó el padre.

Ljungblad se puso de pie y lo condujo hacia el cuarto de estar.

—Siéntate aquí un rato para que podamos hablar con Elsa. Entiendo que estés enfadado, pero tenemos que interrogarla con tranquilidad.

Se quedó en el umbral de la puerta hasta que el padre se sentó en el sofá.

—Seguro que podéis seguir las rodadas de la moto de nieve hasta su casa —dijo Elsa.

—Sí, claro, pero resulta que no tenemos las motos de nieve, así que… —Henriksson levantó las palmas de las manos, en un gesto de resignación.

—¡Pero podéis ir con nuestras motos! —dijo el padre en voz alta.

—¿Podemos apagar la luz del techo para que podamos ver lo oscuro que está ahí fuera y lo que puedes haber visto? —Henriksson señaló con la cabeza el interruptor de la luz.

Elsa vio que los músculos de las mandíbulas de Ljungblad se tensaban.

—Quizá primero deberíamos hacernos una idea de lo que ha ocurrido. Veo que la ventana de la cocina está rota.

Henriksson lo miró sorprendido; evidentemente no estaba acostumbrado a que un colega más joven tomara la iniciativa.

—Sí, la rompió él.

—¿Fue entonces cuando te gritó? —preguntó Henriksson.

—Sí. Y ahora recuerdo más. También dijo algo sobre Petri.

—El robo de renos. El que encontraron muerto fuera del coche y tenía un reno en el remolque —aclaró Ljungblad.

Henriksson lanzó una mirada airada a Ljungblad, que se puso pálido. Pero Elsa se relajó un poco, dejó caer un poco los hombros y se masajeó el omoplato izquierdo con una mano helada.

—¿Y dónde estabas tú? ¿Lo viste de cerca? —siguió insistiendo Henriksson, pero ahora ella solo miraba a Ljungblad.

—Estaba abajo en la fresquera del sótano, así que lo oí.

—¿Reconociste su voz?

—Sí.

—Hum. —Henriksson tamborileó suavemente en la mesa de la cocina.

—Ahora tenemos que apagar la luz para poder determinar lo que viste —dijo levantándose.

Le parecía extraño estar de pie con dos policías en una cocina oscura, pero señaló dónde se había estrellado la moto de nieve.

—Podemos ir a comprobarlo, parece que alguien se ha empotrado en el montón de nieve.

—No hay ninguna farola en la carretera, y se trata de un trecho muy largo para ver una cara y un rifle. ¿Es posible que llevara una pala u otra cosa en la mano? —La pregunta de Henriksson quedó suspendida en el aire—. Está bien, entonces podemos volver a encender la luz.

Se oyó la voz de su padre echando pestes desde el cuarto de estar.

—Una cosa es que no nos creáis cuando denunciamos la caza furtiva de renos, pero no creer lo que dice Elsa, ¡eso es sencillamente vergonzoso!

Henriksson lanzó un suspiro.

—Nils Johan, ya está bien. O te sientas y permaneces callado, o tendrás que esperar fuera de casa. Nosotros no estamos diciendo que no creamos a tu hija. Tenemos que hacer preguntas para aclarar lo que ha sucedido.

—Sí, a él lo he reconocido y no, no puedo decir que esté segura al cien por cien de lo que él llevaba en la mano, pero podía ser un rifle —dijo Elsa.

Pensó en Mattias. Lo habría decepcionado si la hubiera oído ahora. Tenía la oportunidad de poner a Robert entre rejas y debía mantener lo del rifle.

Mattias la había ayudado a subir de la fresquera del sótano con los ojos negros como la noche. Dijo que iba a ir a matar a Robert. Su padre lo había arrastrado por el patio, lo había metido a empujones en su casa y había

cerrado dando un portazo.

A Elsa le temblaban las rodillas y tenía el estómago revuelto. Lo que más le apetecía era acostarse y olvidarse de todo. Trató de recordar qué aspecto tenía el objeto que Robert llevaba en la mano: estrecho y alargado. ¿Podría haber sido una pala, realmente?

—¿Qué otra cosa podía llevar? Tiene que haber sido un rifle —dijo ella mirando a Ljungblad—. Por favor, ¿podéis ir a detenerlo?

—¿Crees que alguien del pueblo lo vio? —preguntó él.

—Vivimos precisamente en las afueras del pueblo, así que hay un trecho hasta la casa del vecino más cercano. Si ellos no han visto su moto de nieve puede que nadie más lo haya visto conducir hasta aquí.

Elsa se estiró; el corazón le latía contra la dura tapa del sofá de la cocina.

—¿Cómo estás? ¿Quieres agua? —Ljungblad la miró preocupado.

—Es solo que me he quedado agotada.

Ljungblad cogió un vaso del escurreplatos, lo llenó de agua y lo puso en la mesa delante de ella.

—Robert ya me ha amenazado antes, vía SMS. Supongo que es él, porque los mensajes de texto son de un número desconocido.

—¿Los tienes?

Elsa se incorporó, tomó unos sorbitos de agua y buscó en su teléfono móvil hasta que encontró los SMS. Ljungblad los leyó y se los mostró a Henriksson.

—¿Lo has denunciado? —preguntó, devolviéndole el teléfono.

—Sí, aunque no inmediatamente. Al principio pensé que no valía la pena porque venían de un número desconocido, pero luego lo denuncié.

Pensó en su madre. Totalmente ajena a lo que pasaba en un hotel con *siessá*. Su padre estaba de nuevo en la cocina, tiró del rollo de papel y se sonó.

—No llamaremos a mamá —le dijo en sami, y él asintió.

Henriksson los miró.

—Vamos a echar un vistazo más de cerca a las huellas de fuera —dijo—. Luego pasaremos por la casa de Robert. Después yo me pondré en contacto con vosotros.

Enfatizó el «yo» lanzando una mirada a Ljungblad.

—¿Os lo vais a llevar, o tenemos que pasarnos toda la noche despiertos? —preguntó el padre.

—Me parece que debe de estar durmiendo la mona. En lo que se refiere a él, ya sé de qué pie cojea —dijo Henriksson.

—Esperemos que no os dispare.

Henriksson negó con la cabeza. Parecía confiado.
—No lo hará si ve que soy yo.
Ljungblad puso una mano sobre el hombro de Elsa.
—¿Necesitas algo?
Ella quería llorar.
—Solo que te lleves a Robert y lo encierres.

La casa apestaba, olía a bayeta sucia y a restos de pescado en la bolsa de la basura, y había latas de cerveza apiladas en el fregadero y algunas en la mesa del cuarto de estar. En el patio, Raija ladraba agresivamente.

Robert dejó que llamaran un rato antes de abrir, vestido con unos calzoncillos largos y una camiseta vieja con un dibujo deslucido.

—Vaya, ya iba siendo hora de que vinierais —dijo esforzándose para que no se le trabara la lengua—. Y Henriksson en persona...

Robert tenía húmedo el flequillo y el pelo alrededor de las orejas después de salpicarse la cara con agua helada en cuanto oyó el coche de la policía entrando en su patio.

—¿Ah, sí? Nos estabas esperando —dijo Henriksson recorriendo el cuarto con la mirada—. Y aun así has dejado que llamara varias veces.

—Supongo que estáis aquí para hacerme preguntas sobre Petri, ¿no? No murió de una muerte natural, os lo puedo asegurar.

Robert sintió retortijones en los intestinos y náuseas en el estómago, y el malestar le produjo sudores fríos.

Vio como el cachorro de policía enarcaba ligeramente las cejas mientras Henriksson daba vueltas por el cuarto de estar y la cocina. Con el pecho erguido. Como cuando hicieron la mili. A Robert le dieron ganas de ordenar «¡Descansen!». Sonrió para sus adentros.

—¿Dónde has estado durante las dos últimas horas?

—Aquí, claro. Hoy ha sido el entierro y luego he bebido un poco.

Ni Henriksson ni el cachorro se sentaron y él tampoco les ofreció una silla, pero al final el propio Robert se tuvo que desplomar en un taburete al lado de la cocina. Se secó el sudor de la frente y trató de fijar la mirada.

—¿Y no puede ser que estés tan enfadado por la muerte de Petri que hayas salido a amenazar a la gente?

—Como ves, no estoy en condiciones de conducir.

Tosió durante un rato con una tos larga y roca, para ganar tiempo. Se levantó y escupió en el fregadero. Se quedó allí de pie con las palmas de las manos sudorosas contra la fría placa de aluminio.

—¿Tienes un rifle? —preguntó el cachorro.

La pregunta hizo que Robert se riera ruidosamente, hasta que tuvo que

toser otra vez.

—Claro que lo tengo. ¿Qué demonios te piensas? No hay nadie en el pueblo que no lo tenga. Somos cazadores. ¿Qué clase de colega te has agenciado, Henriksson?

Henriksson se acercó a él y esperó hasta que los ojos de los dos se encontraron.

—Una persona ha dicho que has llegado conduciendo una moto de nieve y que llevabas un rifle en la mano. Que la has amenazado y has roto una ventana.

—¿Crees que puedo conducir cuando estoy así?

Robert abrió los brazos y dio un paso al lado para no caerse. Se volvió a agarrar al fregadero sonriendo, pero sabía que parecía más bien una mueca.

—Necesitamos ver tu moto de nieve.

—La están reparando.

—Entonces echaremos un vistazo al rifle —dijo Henriksson.

Robert suspiró y señaló con la cabeza la puerta principal.

Raija se movió inquieta cuando salieron; la cadena chirrió. Se dirigieron al garaje y Ljungblad vio las huellas de la moto de nieve en el patio.

—Parece que por aquí ha pasado una moto de nieve.

—Bueno, seguro. Todo el día pasa gente por aquí. Toman el atajo para llegar a un buen lago de pesca.

El cachorro no se rindió y siguió un rato las huellas, dando la vuelta a la esquina de la casa y subiendo hacia los abetos. La luz de su linterna se deslizaba sobre la nieve.

Robert tiritó de frío y se subió los calzoncillos largos.

—También hay pisadas de gente que ha caminado por aquí —dijo el cachorro desde lejos.

—¿Sí?, no tengo ni puñetera idea.

—Así que no subiste al bosque en una moto de nieve y volviste a bajar corriendo, ¿verdad?

Robert negó con la cabeza y caminó tambaleándose hacia el garaje. Henriksson iba detrás y Robert le enseñó que el armero estaba cerrado con llave y luego lo abrió sin sacar el rifle. El rifle de su padre estaba escondido debajo de una lona en el rincón del garaje. Se obligó a sí mismo a no mirar hacia allí al mismo tiempo que tragaba saliva para contener las arcadas.

Henriksson miró alrededor del garaje con asco.

—¿Así que era tu padre el que mantenía las cosas en orden?

Robert consideró que era más prudente no contestar.

—Y ¿dónde te están reparando la moto de nieve? ¿En qué taller?

—No puedo permitirme llevarla a un taller. Me la está arreglando un amigo.

—Ah, ¿y cómo se llama?

Robert se tomó su tiempo para cerrar de nuevo el armero.

—Es un amigo de Lainio.

—¿Nombre?

—Joel Pettersson.

—¿Y su número de teléfono es…?

—No me lo sé. Tengo que buscar el móvil.

Ljungblad entró, recorrió con los ojos el garaje y se detuvo en el gran congelador blanco, que había estado vacío durante varios meses, desde que se averió.

«Mira dentro, cabrón», pensó Robert.

—¿Hay alguien que pueda confirmar que estuviste en casa las dos últimas horas?

—Dios.

Ljungblad resopló y lo miró con cansancio.

—Entonces vamos dentro a buscar el número de teléfono de tu amigo —dijo Henriksson—. Que tendrá tu moto de nieve en Lainio —dijo en un tono de voz que a Robert no le gustó.

Una vez dentro, Robert buscó el móvil entre los cojines del sofá. Se le enganchó polvo y suciedad bajo las uñas.

—¿Cómo va eso? —preguntó Henriksson, que de repente estaba detrás de él.

Robert buscó en la página de contactos y les dio el número de Joel.

Ljungblad olfateó ostensiblemente el aire, como un maldito sabueso.

—Me parece que hueles a los gases de escape de la moto.

—¿De dónde dijiste que eras? No estás acostumbrado a las motos de nieve, ¿verdad? El olor se pega. No soy yo, sino que el olor viene de los pantalones que tengo ahí colgados. El olor no se va.

Señaló un par de pantalones negros para salir al bosque que colgaban encima de una de las sillas de la cocina.

—¿Puedo ver tus botas?

Robert extendió la mano para indicarles el camino hacia la entrada. Había tirado las botas Graninge debajo del banco inferior de la sauna. Pero allí no dejaría entrar a nadie sin una orden de registro.

Ljungblad giró las botas hacia un lado y hacia el otro, y tomó una foto con el móvil.

—¿Así que no has amenazado a nadie en el pueblo vecino?

Los ojos de Robert brillaron.

—Quizá deberíais mirar cuántas veces me han acusado falsamente. Tú ya has estado aquí antes. —Miró satisfecho a Ljungblad—. Y eso también quedó en nada. Los lapones dijeron que había un rastro de sangre hasta aquí. Tal vez debería ser yo quien los denunciara a ellos, por calumnias.

Robert irguió el pecho y levantó la barbilla.

—He tenido la amabilidad de dejaros entrar, pero creo que ya hemos acabado. Además, necesito orinar.

—Volveremos —dijo Henriksson dándole una palmada fuerte en el hombro en lugar de darle la mano.

—Hacedlo, volved. Especialmente cuando hayáis cogido al asesino de Petri.

—Deja eso ya. Nadie ha matado a Petri —dijo Henriksson con un tono de voz repentinamente brusco—. Si lo que buscas es venganza, puedes olvidarte de ello.

Robert lo ignoró y miró fijamente a Ljungblad.

—Tú eres el que tiene raíces sami, ¿verdad?

—No, no las tengo, y ¿qué tiene que ver eso con lo que estamos investigando?

—No, nada, solo preguntaba.

Henriksson dejó que Ljungblad saliera primero y luego se volvió hacia Robert.

—Esperemos que nadie del pueblo te haya visto en la moto de nieve. Que no nos hayas mentido, quiero decir. No me gustaría tener que volver para detenerte.

Hanna vio que el coche de la policía entraba en el patio y se pasó el cepillo por el cabello. Elsa había llamado y le había dicho que la policía seguramente pasaría por su casa

Abrió antes de que ellos llamaran, y se quedaron en la entrada. Hanna no quería invitarlos a pasar. Elsa ya sabía que ella no había visto la moto de nieve. Y ahora tuvo que repetírselo a los policías. Claro que había oído una moto de nieve, pero eso lo oía todo el tiempo sin que una tuviera que correr para mirar por la ventana. Solo cuando salía Jon-Isak, entonces miraba entre las cortinas varias veces para asegurarse de que no atravesaba todo el lago y se perdía de vista. Entonces miraba, claro.

—¿Así que no has visto pasar a alguien por aquí conduciendo una moto de nieve? —preguntó el policía de más edad.

Estudió el rostro de ella con demasiado detenimiento para que ella pudiera sentirse cómoda.

—No. ¿No lo ha visto nadie, además de Elsa?

—No, nadie. Hemos llamado a la puerta de las casas por donde debería haber pasado, pero nadie ha visto nada. Un hombre en la casa blanca… —El policía más joven hojeó su bloc de notas—. Ha dicho que vio una moto de nieve, pero entonces su mujer dijo que él suele confundir las cosas y que no habían visto nada de nada.

Hanna asintió lentamente.

—Sabéis que la única manera de atrapar a Robert Isaksson es pillarlo con las manos en la masa. Y para eso tenéis que venir aquí más a menudo.

—Bueno, ya hemos oído eso varias veces. Pero también estaría bien que nos ayudarais como testigos.

Lo dijo el policía más mayor con un tono severo.

—Yo habría testificado directamente, creedme, pero por desgracia no he mirado por la ventana cuando he oído la moto de nieve. Los demás no se atreven. Estos son pueblos pequeños, nadie quiere discutir con el vecino.

—¿Qué rumores corren ahora por el pueblo, que explicarían lo que ha podido pasar?

—Elsa no se inventa las cosas, eso debéis tenerlo claro. —Ahora fue Hanna quien levantó la voz—. Hace tiempo que recibe amenazas, alguien le

ha rayado el coche y le mandan unos mensajes horribles. Y ahora ese imbécil cree que alguien ha matado a su amigo. Se dice incluso que fue mi marido porque fue él quien identificó el reno en representación del pueblo sami.

Hanna se quedó en silencio y de repente tuvo que apoyarse en el marco de la puerta. Robert podría haber entrado en su patio y buscar a Ante. Ella podría haber recibido un disparo. O Jon-Isak. No solían tener las puertas cerradas con llave, solo por la noche.

—Es peligroso, de verdad —dijo en voz baja.

—Sí, pero desgraciadamente no podemos hacer gran cosa sin testigos.

—¿Y qué dice él?

—No podemos decir nada. Solo podemos decir que en este momento es la palabra de uno contra la palabra del otro, y por eso necesitamos testigos.

—Así que se irá de rositas otra vez.

Cuando el coche de la policía salió del patio, Hanna se sentó en la silla de la cocina más próxima a la ventana. Durante mucho tiempo permaneció mirando fijamente la oscuridad. Escribió un mensaje de texto a Elsa preguntándole cómo estaba y recibió un «Bien» como respuesta. Envió el siguiente SMS a Jon-Isak preguntándole si *isa* y él habían tenido un buen día en la cabaña de la montaña. Y el niño respondió con amabilidad y, como siempre, terminó el mensaje con un corazón lleno de esperanza. Hanna le respondió con tres.

Elsa se despertaba todas las noches entre sudores fríos, y un par de veces con un nudo en la garganta. Ahora todos tenían el sueño ligero. Oía los pasos de su padre mucho después de la medianoche y Mattias a veces no apagaba la luz en toda la noche. La luz se filtraba a través de las persianas bajadas. Cerraban con llave todas las puertas de la casa y el cobertizo y pusieron un candado en el ahumadero.

Una noche pasó alguien conduciendo y tocó el claxon, un bocinazo prolongado cuando el coche iba por delante de la casa, y ella corrió entonces a la ventana, pero en la polvareda de la nieve no pudo ver el vehículo, solo dos puntos rojos que desaparecieron rápidamente.

Durante el día estaba enfadada, apretaba las mandíbulas con tanta fuerza que le dolían los dientes. Pero, por la noche, el miedo la superaba y se despertaba con la frente helada y el flequillo húmedo.

Ljungblad llamó por teléfono y dijo que habían investigado la información que les dio Robert.

—La moto de nieve está en Lainio. Y las botas que había en la entrada no coincidían con las huellas de pisadas de delante de la casa. Además, Robert calzaba un número menos.

—¿No se os ha pasado por la cabeza que tiene más de un par de botas?

Sonó sarcástica y Ljungblad suspiró en el auricular.

—Es difícil cuando es una palabra contra la otra y no tenemos pruebas técnicas.

—¿Y qué te parece que tengo que hacer ahora?

—Entiendo que estés preocupada. Me gustaría poder darte mejores noticias. Lo único que podéis hacer es llamarnos si ocurre algo más.

—No duermo más de tres horas por la noche y llevo así una semana.

—No voy a dejar este caso, Elsa. ¿Quién sabe?, a lo mejor algún testigo se atreve a ponerse en contacto con nosotros.

Elsa lo dudaba, pero le dio las gracias al terminar la llamada. Al menos él se tomaba la situación de los samis más en serio de lo que ningún otro policía lo había hecho antes.

La puerta del armario estaba entreabierta y se paró a pensar un momento. Sacó las cajas con los viejos libros escolares que debería haber

tirado y sacó también los juegos de mesa que había conseguido salvar de las limpiezas de su madre en el cobertizo. El Cluedo fue su juego preferido cuando era niña. Abrió la tapa, desplegó el tablero y sacó la bolsita transparente donde estaban las minúsculas armas homicidas: la cuerda, el puñal, el revólver, la llave inglesa, la tubería de plomo y el candelabro. Pero también el trozo de una oreja.

El anuncio en la revista local era pequeño, pero nadie en el municipio lo había pasado por alto. Prohibición temporal del uso de motos de nieve en toda la zona de pastoreo de los renos, donde las hembras preñadas necesitaban calma y tranquilidad. Justo en vísperas de las vacaciones de Semana Santa. Aquello era como soltar una bomba. Todas las primaveras pasaba lo mismo.

Elsa estaba sentada en el coche junto a la gasolinera, y en la radio hablaban personas indignadas porque les habían arruinado la Semana Santa. Agarró con fuerza el volante, obligándose a seguir escuchando.

Un concejal se unió a las críticas.

—Los animales no son más importantes que las personas, y poder salir a disfrutar de la naturaleza es lo más sagrado que hay para nosotros. Además, la cuestión es más amplia que la prohibición de conducir motos de nieve: es discriminatorio que no todos los samis tengan derecho a dedicarse al pastoreo de renos ni tengan ese derecho a las tierras de pastos. Ellos han decidido que algunos samis son mejores que otros y además creen que pueden decidir sobre el derecho de todos a disfrutar de la vida al aire libre.

Elsa golpeó el volante con las palmas de las manos.

—¿Y quién dividió en su día a los samis y sus derechos? No fuimos nosotros, ¡fue el Estado! ¡Y no se trata de enfrentar animales contra personas!

El grupo de hombres que estaban junto al quiosco se la quedaron mirando. Tal vez había gritado tanto que la habían oído. O tal vez fuera simplemente que parecía completamente loca. Ella los miró airadamente.

La voz petulante del concejal le asqueó. Sabía muy bien que estaba provocando a los que querían ser provocados. Fomentaba el odio y dividía a la población.

—He hecho lo que he podido y hemos recurrido la decisión, solo quiero que los vecinos del municipio lo sepan. Yo estoy tan indignado como todos los otros afectados por esta decisión.

Elsa sacó el móvil y buscó el anuncio de la prohibición de conducir motos de nieve en Facebook, donde los comentarios no paraban de llegar.

«Un pequeño grupo de lapones de mierda no va a decidir sobre mis

vacaciones de Semana Santa. ¡¡¡Atropella a los malditos renos!!!».

«Pero ¿cómo demonios pueden llamar a estos gitanos de las montañas el único pueblo autóctono de Europa? Con sus malditos lloriqueos sobre la necesidad de poder mantener el tradicional pastoreo de los renos y ¡luego los vemos dando vueltas a toda pastilla con sus motos de nieve y sus *quads* para controlar el rebaño!».

Elsa tuvo que leer el último comentario una y otra vez.

«Todos los que vivimos aquí arriba lo hacemos por una razón, queremos ir al bosque y al campo en cuanto tenemos un día libre en la mina o en el resto de trabajos. Los samis tienen que trabajar codo con codo con todos nosotros, y además pueden decidir por dónde podemos movernos. Para tener tales derechos, deben vivir del bosque y de sus renos y no de las minas de la LKAB y burlarse del conjunto de la sociedad con todas las subvenciones que una maldita persona puede conseguir. La solución es: dispara contra todo lo que veas, sin renos no hay derechos».

Hizo una captura de pantalla y se la envió a Minna. La sensación de la presencia de Lasse fue tan intensa que tuvo que cerrar los ojos con fuerza. Sus últimos días en la mina... ¿Qué no habría tenido que oír?

Se bajó del coche, abrió la tapa del depósito y conectó la manguera de la gasolina. Los hombres junto al quiosco hablaban en voz alta, con la intención de que ella los oyera.

—Sus jodidos renos son mansos y están acostumbrados a las motos de nieve.

Apoyó la espalda en el coche con los brazos cruzados y la mirada clavada en ellos. El medidor seguía con su tictac llenando el depósito. Goteaba desde el tejado que había por encima de los surtidores y se formaban charcos. «¿Creéis que queremos este odio todos los años?», quiso gritarles. «Solo queremos que nuestros renos estén tranquilos». La manguera sonó y ella dejó que cayeran las últimas gotas. Colocó la tapa del depósito en su sitio, manteniendo la cabeza bien alta.

Se sentó en el coche y aceleró el motor. La gente del pueblo la miraba. Sería muy fácil atropellarlos. Soltó el embrague; la nieve y la grava salieron despedidas detrás del coche. En el espejo retrovisor vio que uno de ellos la amenazaba con el puño. Los hombres se apiñaron y rieron como lobos.

—Habría que poder disparar a los renos como a los alces.

Daniel era ancho de hombros, casi un hombre adulto. Dijo eso con indiferencia y en voz alta cuando pasó junto a Elsa en el pasillo de la escuela.

Ella vio que los niños más pequeños se pegaban a la pared y bajaban la mirada. Jon-Isak era uno de ellos. Daniel chocó con él al pasar de tal manera que el pequeño tuvo que poner las manos en la pared. Elsa abrió la boca para intervenir, pero Jon-Isak le lanzó una mirada tan oscura que ella se quedó cortada.

Daniel se volvió y gritó:

—Voy a atropellar a todos los malditos renos esta Semana Santa. Tenemos el mismo derecho a esas tierras que vosotros.

Su escaso séquito de jóvenes con espinillas le rio la gracia. Elsa miró a los ojos a uno de ellos; sabía cuáles eran sus raíces. Al chaval se le congeló la sonrisa antes de apartar rápidamente la mirada. Las personas como él eran quizá las que más sufrían. Los que negaban su origen.

Jon-Isak pasó corriendo a su lado, pero ella alcanzó a ver el brillo en sus ojos.

«Es insostenible —pensó—. Esto se tiene que acabar». Elsa conocía bien a Daniel, sabía de qué familia era. Justamente era eso, que todos sabían quién eras. No había escapatoria.

En el tablón de anuncios del pasillo, cerca del comedor, estaba la noticia publicada en la revista *Annonsbladet* sujeta con alfileres, y alguien había escrito con mala letra: «Un buen lapón es un lapón muerto».

Arrancó el papel e hizo una bola con él. Después lo alisó; tenía que enseñárselo al director. El orden de las palabras estaba cambiado. Debería haber dicho: «Un lapón muerto es un buen lapón». Pero el mensaje era claro, independientemente del orden de las palabras.

En la sala de profesores el ambiente era tenso. La escuela del pueblo y la sami compartían la sala de personal. Todos decían que remaban en la misma dirección, que luchaban para unir a los niños y superar los conflictos. La directora pasó rápidamente a su lado con sus ruidosos tacones. Olivia era del sur, no tenía la brújula cultural necesaria y nunca captaba los matices de lo que se decía. No entendía cuando alguien ofendía a otro. La directora solía ir deprisa para evitar que se la acercaran. Pero Elsa la agarró del brazo y no lo soltó cuando la directora la miró sorprendida.

—Esto estaba en el tablón de anuncios.

La directora se puso las gafas de leer, unas gafas caras de marca que llevaba colgadas alrededor del cuello. Frunció el ceño y asintió.

—Dámelo.

—¿Cómo?

—Ya me ocuparé yo, Elsa.

Eso significaba que enviaría un correo electrónico poco convincente a todos los padres. Un correo que algunos responderían. Los que consideraban que sus hijos estaban muy bien educados y no querían que se vieran afectados por castigos generalizados a pesar de que ellos siempre se portaban bien. Y luego estaban aquellos a quienes se les partía el corazón y se preguntaban si de todos modos no deberían darlo todo por perdido, mudarse a la ciudad y empezar de nuevo. Estos a veces escribían, para exigir que se tomaran medidas, pero ¿qué se podía hacer cuando el odio no venía realmente de los propios niños?

Elsa tenía ese día a los de primero. Allí había esperanza. Todavía eran demasiado pequeños para transmitir lo que oían en casa. Al contrario, a veces esos niños estaban tan poseídos por el sentido de la justicia y la consideración que ella quería encerrarlos y protegerlos para siempre.

Se oyeron gritos en el pasillo y Elsa asomó la cabeza. Los maestros curtidos esperaban hasta que los gritos alcanzaban unos cuantos decibelios más.

Jon-Isak gritaba, rojo como un tomate.

—¡Tu padre es un gordo borracho! ¡Conduce la moto borracho!

Jon-Isak echó a correr y se quedó un niño con la cara igual de roja, Liam, llorando.

—Siempre es así de malo —dijo Liam entre dientes.

Elsa le puso un brazo en los hombros. Por supuesto, era consciente de que había insultos en ambas direcciones. Los tacones resonantes de la directora desaparecieron por el pasillo; casi sonaban como si estuviera corriendo.

No era así todo el tiempo, iba por temporadas, decían los maestros que estaban allí todos los días. Pero siempre era en esta época del año cuando los conflictos se volvían más evidentes: la publicación de la prohibición en la prensa local hacía que los padres dieran un puñetazo en la mesa.

Y entonces se olvidaban de los niños. De los que se encontraban delante del precipicio hacia una nueva vida. Sí, así lo veía Elsa, un precipicio ante el que tenían que decidir si saltaban o no. A ella no se le ocultaba que a Daniel, corpulento y fanfarrón, le iba mal en la escuela y que no iría al instituto. Y ¿qué hacía uno entonces, con dieciséis años y un futuro que no ofrecía ninguna perspectiva ni esperanza?

O los adolescentes que no se decidían a elegir los renos porque no querían ser la última generación en los bosques de renos, cuando todo se fuera al infierno por última vez. Que, por miedo, se vieran obligados a elegir

algo diferente al legado familiar.

Elsa suspiró y dejó a Liam llorando con otro maestro. Siguió recorriendo despacio los pasillos. Abrió las puertas de los baños y echó un vistazo a la sala de recreo, donde estaba la mesa de pimpón. Al pasar junto a la hilera de ventanas que daban al aparcamiento se quedó sobresaltada y retrocedió. Había algo que se movía entre los coches. Jon-Isak. Llegó corriendo, subió las escaleras de dos en dos y ya estaba dentro del edificio. Elsa lo dejó escapar. Miró hacia los coches, no quería ir a echar un vistazo, pero lo hizo de todos modos.

Sí, un nuevo rayón, más largo y más profundo, que recorría toda la puerta del copiloto. Pasó el dedo índice por el rayón blanco.

Iban a separar a los machos y a las crías del año anterior de las hembras preñadas. Faltaba poco más de un mes para que parieran en *miessemánnu*, el mes de mayo, pero ya era el momento de separarlos. Los machos y las crías del año anterior podían matar de una patada a los recién nacidos.

Elsa cerró los ojos y el sonido de las patas traseras de los renos contra el suelo le trajo a la memoria recuerdos de un tiempo en el que ella aún no sabía nada. Cuando ella todavía no percibía la preocupación de sus padres y *áddjá* tenía fuerzas para ir al bosque.

Encontró el camino de regreso a la sensación de poder entregarse completamente y formar parte de algo que era más grande que ella misma. La vida de un animal que regía sus vidas, pero en el buen sentido. Cuando todo era un olor o un sentido de pertenencia que hacía que sintieras un cosquilleo de emoción en el estómago.

Todo cambió después de que encontrara muerta a Nástegallu. Cuando los adultos ya no pudieron ocultar la realidad brutal, cuando ella aprendió a ver que sus sonrisas no eran auténticas. El silencio se instaló poco a poco entre *enná* e *isa*, se deslizó como una niebla otoñal y cayó sobre ellos como un manto amenazador, y solo ellos sabían lo que se ocultaba debajo. Y el llanto de su madre, por el que Elsa no se atrevía a preguntar, y con el que tuvo que aprender a convivir. Cuanto más lloraba su madre, más callado se volvía su padre. No recordaba haberlos visto nunca tocándose, abrazándose. Cuando la madre estaba triste, el padre nunca iba detrás de ella a ver qué le pasaba. Cuando él pasaba largas temporadas con los renos lejos de casa, la madre no lloraba tan a menudo y Elsa quería decírselo a él cuando volvía a casa, por si había estado preocupado por ella. Pero tenía miedo de que sonara mal.

Elsa suspiró irritada porque siempre se dejaba arrastrar por oscuros pensamientos. Miró hacia el cielo, los penachos de nubes lo recorrían y el sol calentaba. Virggo, la perra, hizo honor a su nombre y ahora daba vueltas alrededor de ella, insistiendo con ansiedad, frotando su cálida piel negra contra las piernas de ella. Era el mejor *boazobeana* que habían tenido jamás. Todavía estaba ansiosa después de haber participado en el traslado del rebaño de renos. A la perra le quedaban aún muchas carreras en el cuerpo.

Estaba pidiendo una ocupación y no se dejaba calmar con caricias en la cabeza y en el cuello.

El camino del bosque estaba embarrado, los charcos profundos habían dejado salpicaduras grises en los laterales de los coches. Elsa saltó ágilmente sobre los peores charcos cuando fue a buscar el lazo. Ella era la única mujer que estaba allí ese día e iba a ser agotador. Los machos podían pesar ya entre noventa y cien kilos. Su objetivo estaba puesto en las crías, ya que era eso lo que se esperaba de ella.

Algunos de sus primos habían llevado a sus hijos, que estaban subidos en las vallas señalando ansiosamente a las crías del año anterior que reconocían como suyas. Los niños querían entrar y los dejaron entrar también. Los renos alimentados no se asustaban fácilmente y dejaban que los pequeños se acercaran a ellos. Los niños más pequeños seguían con piernas inseguras a sus hermanos o primos mayores, que ya habían hecho esto muchas veces. Los más pequeños no tenían miedo de esos cuernos tan afilados, y acariciaban a los renos hasta donde llegaban. Dos renos se alzaron sobre las patas traseras y se dieron coces el uno al otro con las pezuñas. Mattias gritó y los renos se calmaron. Los niños no se dejaron intimidar por el hecho de que los renos midieran así sus fuerzas. Retrocedieron unos metros, pero tan pronto como terminó la pelea siguieron adelante como unos valientes.

—¿Empezamos? —gritó Elsa, y Mattias asintió.

Los niños seguían allí cuando comenzaron con la selección. Nadie podía estar en medio del cercado, había oído decir Elsa muchas veces. Pero era evidente que algunos no hacían caso. Los que se arrepentían de no haberse tomado en serio su origen y venían ahora, se pavoneaban alrededor del cercado y hacían como si supieran lo que había que hacer. Muy pocas veces lo sabían, pero subían bonitas fotografías a Instagram. Para evitar tenerlos dando vueltas entre los renos, se les permitía quedarse en las puertas de apertura del cercado, por donde soltaban uno tras otro a los machos y a las crías de un año. Pero Elsa no quería burlarse de ellos, nunca lo había hecho. Pensaba que probablemente cargaban con una pena. Tal vez no habían elegido ellos mismos seguir otro camino; había muchas elecciones que no eran producto de la libre voluntad. Pero no debían venir aquí a fingir, no; tenían que ser humildes cuando participaban como visitantes en algo cuyo alcance no conocían.

—Mira, ha sobrevivido —le dijo a Mattias señalando a una cría del año anterior, un *čearpmat*, que los había hecho sufrir.

—Sí, qué bien. Parece que este año tiene buen aspecto.

Pronto sería el momento de empezar, pero había indolencia en el

ambiente, nada de estrés. Elsa se enrolló el lazo en la mano.

—Así que has venido tú en lugar de Nils Johan —dijo Olle.

—Está de camino.

La sensación de ocupar demasiado espacio se apoderó de ella. Olle no lo dijo con un tono desagradable ni parecía enfadado, pero había algo en su forma de moverse que lo dejaba ver. Echaba la cabeza hacia atrás y no la miraba a los ojos al hablar. Que ella quisiera estar allí, para él carecía de importancia.

Elsa le dio la espalda y se acercó a los primos de su padre, bromeó con ellos y seguramente le tocó un poco las narices a alguno. Podía ser una malhablada si era necesario. Pero no lo hacía para hacer reír.

—¿Lo ves? Ha expulsado a la cría.

Elsa volvió a señalar y Mattias se acercó a mirar.

La placenta estaba colgando fuera, roja y flácida, golpeando las patas traseras de la hembra.

—¿No quería a su cría? —La hija de un primo, Elle-Karin, una pequeña pecosa de pelo pajizo, se había acercado a Elsa y miraba con curiosidad a la hembra.

—Puede que se haya asustado por algo. Sobre todo las hembras jóvenes pueden perder a sus crías si se asustan.

Elsa de detuvo ahí, no le dijo que podía ser que la hembra no estuviera hecha para tener crías y, en ese caso, le esperaba el matadero. Se dio cuenta de que estaba actuando como sus padres y protegía a los niños. Pero no era tan raro que la naturaleza tuviera su manera de arreglar las cosas.

—Tendrá otra cría el año que viene —dijo Elle-Karin con una gran seguridad.

Elsa había puesto ahora los ojos en una cría muy bonita. Lanzó el lazo y la capturó. Tiró rápida y cuidadosamente de ella; quería reducir las molestias todo lo posible. No debía de pesar más de treinta kilos, pero se resistía, porque no sabía lo que le esperaba. Y no estaba preparada para abandonar a la madre. Algunas crías se enganchaban más tiempo del necesario. Pero era ley de vida: las nuevas tenían que ocupar su lugar.

Elsa hizo fuerza con las piernas mientras tiraba de la cría hacia la puerta y, con la ayuda del hombre que abría la valla, hizo que la cría saliera de un salto hacia la libertad.

—¿No puedes ocuparte de la puerta? —preguntó Olle al pasar por ahí— Ya somos demasiados.

Ella hizo como si no lo oyera. Se dirigió con paso decidido hacia los renos y mantuvo el lazo preparado. Se decidió por uno de los renos que

podía pesar unos cincuenta o sesenta kilos. Lanzó el lazo, lo atrapó y el tirón casi le dislocó el hombro. Hizo fuerza hincando los talones en el suelo, pero se resbaló en una mancha de nieve que el sol aún no había fundido. Era más fácil cuando no había nieve en el suelo. El reno saltó a un lado y dio cabezazos para liberarse. Ella tiró, pero el reno lo hizo más fuerte. Entonces llegó Mattias y los dos tiraron juntos. Mattias sonrió, diciendo que no con la cabeza. Elsa no quería que la ayudara. Pero seguramente habría sido peor caer de bruces al suelo.

—Siempre tienes que hacerte la lista —dijo Mattias cuando dejaron ir al reno.

—He aprendido del mejor.

—Si te refieres a mí, aún estás muy lejos de haber completado el aprendizaje.

Se sonrieron el uno al otro. Elsa quería mucho más. Quería hablar con él de Jon-Isak. Del miedo a Robert. Pero no se atrevió. Tampoco esta vez.

TERCERA PARTe. *Giđđageassi*, primavera-VERANO, 2019

La *Giđđa* dio paso al *giđđageassi*, la primavera dio paso al verano. Antes, por estas fechas, el río solía arrancar bloques de hielo que se desprendían de las orillas, pero el deshielo ya no era como había sido siempre. El hielo se fundía, apático y sin fuerza. Y ahora el río estaba abierto, libre de hielo, y los abedules habían empezado a brotar tímidamente. Los mosquitos, con un poco de suerte, no llegarían hasta el solsticio de verano.

Elsa cortó los globos azules, verdes, amarillos y rojos que todavía colgaban fofos fuera de la escuela, recuerdo de un final de curso que ese año había sido demasiado frío. Pero los niños estaban libres y ya nadie les obligaba a tomar partido en unos conflictos que tenían su origen en un tiempo que nadie podía recordar con exactitud. Los alumnos de noveno tenían el verano para hacerse a la idea de irse de casa para acudir al instituto en la ciudad. Como de costumbre, algunos no podían hacerlo y se quedarían en el pueblo o regresarían a los pocos meses. Puede que lo intentaran de nuevo el próximo curso, o puede que no.

Llevaba una falda negra que le llegaba por la rodilla y revoloteaba alrededor de las piernas, con la piel de gallina a causa del viento frío. Todavía no olía a verano.

El final de mayo había sido, como siempre, un tiempo horrible; ya no se podía ir con la moto de nieve, el nivel del río era demasiado alto para poder pescar, y cuando toda Suecia parecía reverdecer, la nieve los visitó de nuevo. Habían visto fundirse la nieve invernal y brotar la hierba llena de esperanza. El termómetro alcanzó inesperadamente más de dieciocho grados dos días seguidos para bajar luego a unos exiguos grados sobre cero. Ahora tenían unos quince grados, pero los vientos gélidos del norte los ponían a todos en su sitio.

Pero *miessemánnu* también era el mejor mes, porque entonces parían las hembras. Era el inicio del calendario de los pastores de renos. En mayo, todo comenzaba de nuevo, y con las crías llegaban las esperanzas de que fuera un buen año. A Elsa siempre se le ponía la piel de gallina cuando veía nacer a las crías, que se quedaban un rato en el suelo, aturdidas, y enseguida se levantaban sobre unas patas tambaleantes y aprendían a reconocer el *ruovgat* de la madre.

Elsa miró hacia el aparcamiento, donde solo estaba su coche. Cuando la llamó la directora y le preguntó si podía contar con ella para limpiar un poco la escuela, dudó. Pero en el coche se sentía segura y la escuela se podía cerrar con llave. Aun así, tenía que mirar a su alrededor antes de cerrar. La familia sabía que ella no salía de casa sin necesidad y preferiblemente acompañada. Era doloroso saber que él había conseguido esa ventaja. A veces se subía al coche y se iba a la ciudad para sentirse libre. Llamaba a los amigos del instituto y salía a tomar algo con ellos. Nunca les habló de Robert. Solo en la ciudad podía ser otra Elsa. Y se le ocurrió pensar que tal vez era eso lo que Lasse había estado buscando. Ese espacio intermedio donde podía ser otra persona.

Pinchó los globos, que se desinflaron lentamente. Dio una vuelta por la sala de profesores y regó las flores marchitas. Sacó algunas tazas olvidadas en el lavavajillas. Cerró la bolsa de la basura. Lasse no se le iba del pensamiento. Sus viajes a las playas del Mediterráneo. Los castillos de arena que aseguraba haber construido. No pudo evitar una sonrisa, pero la oscuridad siguió latiendo en el pecho. No sirvió de nada que hubiera sido otro Lasse el que construyó castillos de arena. Al final, nada fue suficiente.

Recorrió los pasillos en dirección al comedor escolar y la pared de fuera. Habían pintado el mural directamente sobre el hormigón. Había renos, faisanes y montañas, y abajo, en una esquina, había un pájaro kiwi. Lo había pintado allí Lasse una tarde cuando sus compañeros de clase se habían ido a casa. Los alumnos de noveno se habían encargado de pintar la pared. Después de que esta hubiera aparecido con pintadas unas cuantas veces, al profesor de dibujo se le ocurrió la idea de dejar que los alumnos de noveno pintaran algo en serio, y casi todos se habían acercado a la pared por turnos. Discutieron sobre el tema, pero al final se pusieron de acuerdo. Elsa lo sabía todo. Un día, cuando se quedó muda de pena por la muerte de Lasse, el profesor de dibujo la llevó hasta la pintura y señaló el kiwi.

—¿Adivina quién pintó este bonito pájaro?

Elsa se puso una vez más de rodillas y acarició la fría pared. El pequeño pájaro marrón, incapaz de volar.

Encendió el intermitente a tiempo, antes de girar para entrar en el patio. Se quedó sentada en el coche un rato. El sol se reflejaba en la nueva ventana de la cocina y habían levantado una valla alrededor de la casa. Los martillazos resonaron durante muchos días, pero después tuvieron una mala sensación. Como si se hubieran encerrado ellos mismos y hubieran enseñado a todo el

mundo dónde vivía el miedo.

La conmoción permaneció mucho tiempo después del ataque de Robert, pero de alguna manera los días habían ido pasando. Ljungblad había sido perseverante, buscando testigos e interrogando a Robert. Los vecinos del pueblo nunca habían visto el coche de policía con tanta frecuencia como esa primavera. Pero Ljungblad no entraba nunca en el patio de Elsa, porque nunca tuvo nada esperanzador que decir. Al final llamó por teléfono. Dijo que la situación era insostenible, que era un caso de la palabra de uno contra la palabra de otro.

—No tenías que haber colgado cuando estabas hablando con el 112. Si hubiéramos podido grabar su voz, entonces podríamos haberlo acusado de amenazas.

Con lo cual, la culpa era suya.

Cerró la puerta después de entrar. El suelo crujía bajo sus pies cuando dio una vuelta por todas las habitaciones. En la cocina el aire estaba cargado después de que su madre hubiera horneado *gáhkku*, pero Elsa nunca dejaba las ventanas entreabiertas para ventilar cuando estaba sola en casa. Con demasiada frecuencia acababa junto a una ventana para ver quién pasaba. El ruido de un *quad* cerca del lago podía hacer que se le encogiera el estómago.

Minna contestó a la segunda señal. Elsa se tranquilizó.

—¿Estás preparada para marcar a las crías? —Intentó poner un tono de voz alegre.

—Ya he preparado el equipaje.

Se quedó en silencio demasiado tiempo.

—¿Cómo estás? —Minna parecía preocupada.

Al principio, Elsa había hecho todo como siempre, por costumbre, pero quizá también para negar lo que había pasado. Pero entonces lo vio. Fuera de la estación de servicio, con la gorra calada muy abajo y una sonrisa de lobo en los labios. Y el cuerpo de Elsa recordó el miedo pasado en la fresquera del sótano. Sintió que se quedaba sin aire y el pulso se le aceleró en los oídos. No giró para entrar en la gasolinera, sino que frenó en seco y se equivocó al cambiar de marcha, lo que hizo chirriar el motor antes de que pudiera escapar de allí; la grava del arcén golpeó las llantas del coche. Llamó a Minna. Seguía llamando a Minna cada vez que a su cuerpo le daba por revivir aquel pánico.

—Lo busco todo el tiempo.

—Creo que tiene miedo, que es él quien se mantiene alejado. Tú vives tu vida como de costumbre.

—No exactamente como de costumbre.

En las pesadillas veía la sonrisa mordaz de él. Las horas de sueño se acortaban. Todo su mundo se estaba encogiendo.

—Él no lo sabe. Tienes que mantener la cabeza bien alta. Los cerdos como él buscan debilidades. Y tú nunca se las vas a mostrar.

—Me alegro de que pronto estés aquí.

Cuando colgaron, Elsa fue a mirar otra vez la puerta principal. Giró la llave tres veces. Al principio tuvo la ingenua esperanza de que la policía conseguiría algo esta vez. Después llegó la vergüenza incomprensible. Por el hecho de que no la creyeran. Porque no se merecía ni eso. Y su padre, igualmente avergonzado por no haber podido proteger a su familia, levantó esa valla con una desesperación que no deberían haber mostrado nunca. Ella lo había visto dando martillazos con furia y salpicando pintura con la brocha. La hierba conservaría las manchas blancas durante mucho tiempo.

Y la *giđđa* dio paso al *giđđageassi*.

El estruendo resonaba sordamente en las laderas de las montañas. Cada cinco minutos sonaba el cañón de gas para alejar a los depredadores de las crías recién nacidas.

Elsa estaba sentada con Anna-Stina y Minna a la mesa de la cocina en la cabaña de Per-Jonas. Este año, por primera vez, todo el pueblo sami de Elsa marcaría a las crías en los pastos de invierno, antes de soltar el rebaño de renos en las montañas.

Las detonaciones asustaban tanto al águila como al zorro. El zorro era astuto y sabía cómo espantar, sobre todo, a las hembras jóvenes. Levantaba la cola roja y chillaba antes de hincarle el diente a la cría.

—Haciendo el marcaje aquí mismo esperamos salvar a más crías de los depredadores —dijo Elsa mirando a Minna.

Todavía no se había acostumbrado a la cabeza rapada de su amiga. Minna se había reído de ella al ver sus ojos como platos cuando se encontraron en la parada del autobús.

—Solo es pelo.

Minna miró con los prismáticos.

—¿No es caro alimentarlos?

—Es mejor alimentarlos que encontrar renos con las cuencas de los ojos vacías tras el ataque de un cuervo o con los vientres desgarrados y ensangrentados por el ataque de los glotones, o los pocos restos que dejan los osos. Lo peor es cuando los encuentras medio muertos y sabes que pueden haber sufrido durante días.

—¡Joder!

—Cuando tenía once años perdimos sesenta renos en tres días. Hubo tormenta y no pudo salir nadie a ver qué pasaba. El reno se tumba en la nieve y es una presa fácil para el glotón. Cuando amainó, papá encontró cadáveres por todas partes.

Al volver a casa apenas podía hablar. Al principio. Después se impuso la rabia, y en un ataque de cólera gritó que venderían la marca de los renos y lo dejarían. Su furia cayó sobre todos ellos como una pedrada, que se encogieron y callaron. Elsa lloró porque no conocía nada más que esa vida. No quería otra.

—Tuvo que ser una imagen terrible —dijo Minna dejando los prismáticos.

—Sí, y cuando no son los depredadores son los cerdos los que matan a nuestros renos —dijo Anna-Stina—. Por cierto, Elsa, ¿has oído que han encerrado a Robert Isaksson por sus problemas con el alcohol?

Se le hizo un nudo en el estómago. Hacía un tiempo que no se le veía el pelo. Que bebía era algo que todos sabían en el pueblo.

—¿Estás segura?

Anna-Stina se encogió de hombros.

—Aquí arriba no se atreverá a subir, de todos modos. Lo veremos mucho antes de que él nos vea.

Minna se fue al sofá, y al pasar apretó ligeramente el hombro de Elsa.

Esta era la mejor época del año para el pueblo sami. Él no iba a quitarle esa agradable sensación. Cuando el corazón se le quería acelerar, se recordaba a sí misma la seguridad que da la familia, el hecho de que todos los de su *sohka* estaban reunidos ahora.

Minna estaba tendida en el sofá, moviendo los dedos de los pies, y parecía profundamente absorta en la pantalla del móvil. No hablaba tanto como siempre; más bien parecía pensativa y observadora.

Anna-Stina tenía una barriga creciente debajo del jersey y Elsa había visto que Minna le lanzaba miradas prolongadas. Sí, claro, así era: Anna-Stina iba a ser mamá. Se acariciaba a menudo su pequeña barriga redonda.

—¿Te acuerdas de cuando los viejos nos decían que nuestros ovarios podían dañarse por conducir motos de nieve, que no deberíamos ser pastoras de renos porque era peligroso? Y que no íbamos a poder tener hijos. —Anna-Stina hizo una mueca y le dio un codazo a Elsa en el hombro, que refunfuñó.

—Esta es solo una de todas las tonterías que decían.

—Pues mira, soy la prueba de que se puede montar en moto de nieve y quedarse embarazada.

Las caderas de Anna-Stina se habían ensanchado y la barbilla se le había vuelto más suave y redondeada. La casa estaba limpia y ordenada, Anna-Stina se paseaba con más calma que la última vez que Elsa estuvo allí.

—¿Es Hanna la que viene aquí a limpiar? —preguntó en broma.

Una sombra recorrió el rostro de Anna-Stina, y Elsa se arrepintió de sus palabras. Hanna no había dicho nada de que estuviera esperando un nieto y no había acariciado el vientre de su hija. Pero Elsa había visto el deseo de Anna-Stina, había visto cómo se había acercado a Hanna en busca de contacto.

—Lo hago todo yo sola —dijo Anna-Stina secamente.

Elsa cambió de tema.

—¡Y la casa! Qué bien que pronto podáis empezar a construir.

—Sí, para la primavera. —A Anna-Stina se le iluminó la cara—. Hemos conseguido un terreno cerca del río, con unas vistas maravillosas —dijo volviéndose hacia Minna.

A Elsa no le hizo gracia. A esos terrenos no tenía acceso cualquiera, pero, por supuesto, la familia de Per-Jonas sí.

—Entonces, os vais a construir una casa —dijo Minna pausadamente.

Anna-Stina no percibió el tono de la misma manera que Elsa. Minna seguro que pensaba que Anna-Stina era demasiado joven, que con veintitrés años se ataba demasiado pronto.

—Per-Jonas ha dicho que yo podré elegirlo todo: los papeles pintados, las puertas de los armarios, el suelo, los muebles, todo. Es la ventaja de tener un novio que no está interesado en la decoración de interiores, podré hacer lo que quiera —dijo gesticulando y sonriendo.

Minna asintió y sonrió amablemente.

Elsa también pensaba a veces que Anna-Stina era demasiado joven, pero quién era ella para juzgar a nadie, ella que aún vivía en la habitación de su infancia. No había ido a ninguna parte.

—Y tú, ¿estás trabajando? —preguntó Anna-Stina.

—Pronto iré a Ume para estudiar derecho.

—Ella nos salvará a todos, va a ocuparse de que Robert vaya a la cárcel y de que los delitos de odio en las redes se castiguen duramente —dijo Elsa.

—¡Guau! Suerte con ello. —Anna-Stina parecía impresionada—. Y Elsa se queda con los viejos en el bosque. No entiendo cómo los aguantas, son tan testarudos...

—No hago caso. Estoy aquí por mí, no por ellos.

—Mientras no te quedes soltera como tu hermano... —Estalló de risa—. Aún peor, ¡solterona!

—Anda, déjalo.

Elsa puso los ojos en blanco y Anna-Stina se volvió hacia Minna.

—¿Te ha hablado Elsa de Niko? ¿Te ha dicho que está interesado en ella? Lleva años detrás de ella. —Le lanzó a Elsa una mirada maliciosa—. Pero solo para que lo sepas, no va a estar siempre esperando.

—Madre mía, ya le puedes decir que se busque a otra. Desde hoy mismo.

Minna echó la cabeza hacia atrás y se rio con ganas. Elsa echaba de menos su larga melena. Al mismo tiempo quería estirar una mano y tocarle los pelos de un milímetro de largo.

El ruido de una motocicleta se acercaba a la cabaña. Anna-Stina abrió la puerta y se quedó plantada con las manos en las caderas. Entraron los mosquitos, se enredaron alrededor del pelo de Elsa, le picaron en las manos y ella agitó las manos. Minna no se levantó, sino que pareció que se ponía aún más cómoda.

Per-Jonas entró, hizo un poco el tonto en el pasillo, armó ruido y silbó, cerró la puerta, le rodeó la nuca a Anna-Stina y la besó en los labios. Se dirigió directamente a la cafetera y llenó una taza grande, pero primero se bebió un vaso de agua.

—Tiene buena pinta —dijo.

Tenía el mismo aspecto que todos ellos, excepto Minna, con las mejillas muy morenas y la marca blanca por las gafas de sol. La barba de dos días era como una sombra sobre la barbilla. Se sentó a la mesa.

—Niko está aquí —dijo con segundas, y Elsa suspiró.

Claro que estaba allí. Todo el mundo estaba allí. Minna chasqueó la lengua, irritada, y Per-Jonas la miró antes de recostarse en el respaldo.

Anna-Stina sacó leche, mantequilla, queso y pan hecho en casa que Elsa reconoció inmediatamente como el de Hanna.

Minna se levantó y se sentó delante de Anna-Stina, que con una sonrisa abrió las palmas de las manos y les invitó a servirse.

—Hace demasiado calor ahora, así que esperaremos hasta última hora de la tarde, tal vez hasta la medianoche, antes de empezar. —Per-Jonas lo dijo dirigiéndose a Minna, como si necesitara que la enseñaran—. Las noches son lo mejor.

—Sobre todo ahora, claro, que hay sol toda la noche —añadió Anna-Stina.

Minna le sonrió.

—Yo solía ir con el abuelo cuando marcaban a las crías y él me decía que no tenía que dormir si no quería. Me dejaba estar despierta todo el día y la noche si aguantaba. Y yo aguantaba.

—¿De qué familia eres?

Anna-Stina preguntaba como los viejos de los cercados, los que querían conocer las relaciones familiares antes de hacer ningún esfuerzo, pensó Elsa.

—No tenemos renos, si es a eso a lo que te refieres. Pero íbamos y echábamos una mano —dijo Minna.

Anna-Stina se sonrojó y sacudió rápidamente la cabeza.

—No lo decía por eso; solo quería saber si somos familia.

—Tendrás que mirarlo en ese famoso libro genealógico.

—Lo haré —dijo echándose a reír de nuevo—. Per-Jonas y yo lo

hojeamos nerviosos cuando nos conocimos. Podía ser que fuéramos parientes demasiado cercanos.

Per-Jonas se inclinó hacia delante y le dio un beso en la sien, rápido y fugaz.

—¿Así que sois primos? —preguntó Minna con voz inocente, y Elsa tuvo que morderse las mejillas por dentro para no reírse.

—¡Uy!, pero somos primos tan lejanos que no hay problema. Si somos primos sextos ya está bien, ¿verdad, Elsa?

Se rieron como cuando eran pequeñas y construían cabañas de nieve.

—Mejor primos séptimos, para estar completamente seguros.

El olor a sangre fresca en los dedos. La cría que temblaba debajo de ella. Elsa le dio unas palmaditas en el suave pelaje y le quitó una gota de sangre de la oreja donde acababa de hacer su marca. Soltó a la pequeña, que salió tambaleándose, localizó su voz y llamó a su madre. Pronto se volverían a encontrar. El suelo retumbó cuando el rebaño empezó a correr de nuevo en sentido contrario al de las agujas del reloj. Elsa los siguió con la mirada mientras limpiaba el cuchillo contra el suelo.

Era poco después de medianoche y el sol brillaba sobre ellos. A contraluz se veían nubes negras de mosquitos. La temperatura había bajado algunos grados, pero no tanto como esperaban. Hacía calor y había muchos mosquitos y moscas negras. Elsa se untó otra capa aceite repelente de mosquitos alrededor de las muñecas y el cuello, y se aplicó un poco en la ancha cinta que le sujetaba el pelo.

Minna estaba a su lado cuando Elsa atrapaba a las crías y las marcaba. Se puso de rodillas, observando en silencio las manos experimentadas de Elsa. Escuchaba cuando Elsa les susurraba, justo antes de soltarlas:

—No te poseo, eres libre. Solo eres mía en calidad de préstamo.

Los renos eran *biekka oapmi*, propiedad del viento. *Áddjá* se lo había explicado claramente cuando ella era pequeña. Uno nunca debía presumir de su rebaño de renos y debía ser consciente de que la suerte con los renos podía volar fácilmente. No había que dar nada por sentado, y un rebaño de renos nunca era permanente.

Al final, Elsa no pudo aguantarlo más. Pasó la mano por el pelo de Minna y la sensación fue como cuando Mattias se afeitaba la cabeza cuando era adolescente.

—Deberías llevar una gorra, te van a comer los mosquitos —dijo ahuyentándolos.

Había sangre detrás de una oreja de Minna, una picadura de mosca negra. La gota se abrió camino con un pequeño reguero hasta por debajo del cuello, pero no llegó más allá antes de que se detuviera y se secara.

—Mira a Jon-Isak —dijo señalándolo.

El niño estaba concentrado y atrapó una cría. Ningún adulto le tuvo que enseñar nada, aunque Ante estaba cerca. Tumbó a la cría con movimientos

cuidadosos, sacó el cuchillo y la marcó. Cuando se levantó, sacó pecho, se quedó plantado con las piernas abiertas y escupió por encima del hombro.

—He hablado un poco con Johannes —dijo Minna—. El del mercado de Jokkmokk, ¿te acuerdas? Se las arregló para venirse conmigo y después se escapó en medio de la noche.

—Sí, lo recuerdo. —Elsa sonrió—. Y qué, ¿hay algo entre vosotros?

—Quizá. No sé.

—¿Qué dice él?

—Sí, ¿qué dicen este tipo de chicos? No mucho. —Minna resopló y se rio al mismo tiempo—. Me ha preguntado más que nada por qué me he rapado el pelo.

—Ah, qué idiota es.

—¿Tú crees?

—Supongo que es como Per-Jonas.

—Ay, no.

Elsa se rio.

—No, bah, probablemente sea mejor.

—Me parece que sí lo es. Dice que quizá quiere irse, hacer otra cosa.

—Bueno, se habla de él. Está remoloneando. Su madre nunca lo admitirá, pero se dice que no quiere seguir trabajando con los renos.

Minna la miró con atención.

—Pero está claro que él debe elegir lo que quiere.

Elsa espantó los mosquitos con la mano y sopesó bien sus palabras.

—Bueno, igual no es tan fácil. Sobre todo porque su hermano pequeño también parece que quiere otra cosa. Ya lo sabes, eso sería un desastre para la familia.

—Entonces me da pena por él, si lo obligan a quedarse.

Parecía convencida y Elsa quería poner fin a la discusión.

—Ven, tenemos que ir por aquí. Veo a una de mis crías.

Señaló y caminó deprisa.

—Es un poco como en una cultura del honor, eso de que no te dejen elegir —insistió Minna.

Elsa se paró en seco y se rascó irritada por debajo de la cinta, justo en la sien.

—Está bien, pero no lo digas aquí. Ni en ninguna otra parte. No nos puedes comparar con... —La miró fijamente—. Sí, con todas las cosas ridículas que tienen las culturas del honor.

—Está bien, está bien, perdona —Minna levantó las palmas de las manos.

Elsa miraba hacia el rebaño de renos, pero se le iba la concentración una y otra vez. Había perdido a su cría. Mattias gritó desde el otro lado y señaló, ella le enseñó los pulgares hacia arriba. El rebaño se calmó y Elsa pudo capturar a la cría con su *stávrá*. El lazo se cerró alrededor de la pata trasera y la cría tropezó, retrocedió y se resistió, pero ella pronto la tuvo en el suelo. Esta vez le tembló un poco la mano al hacer los cortes. Minna se había quedado unos metros más atrás con los brazos cruzados y la mirada en otro sitio. Saltó a un lado cuando Mattias pasó tirando de una cría. Se rio a carcajadas y se disculpó.

Cuando Elsa soltó a la cría y comenzó a caminar hacia el fuego para tomar café, Minna se puso a su lado.

—Oye, es verdad que puedo ser un poco provocadora, perdona. No lo decía con mala intención.

Elsa tenía mucho temperamento, le costaba cambiar de humor solo porque le pidieran perdón. Minna le pasó un brazo por debajo del de Elsa.

—Es muy frustrante —dijo Elsa al fin—. No hay nada que desee más en el mundo, pero seguramente no tendré nunca voz ni voto en el pueblo sami.

Minna respiró hondo, pero Elsa puso rápidamente una mano sobre su boca.

—No, no digas nada. Mejor lo dejamos.

Una vez junto al fuego, desató la taza del cinturón y la llenó con humeante café caliente.

—Es una tortura que no pueda decir lo que pienso —dijo Minna, pero en la comisura de los labios apareció una sonrisa.

Elsa se quemó la punta de la lengua y soltó una palabrota. El humo que salía del fuego le obligó a contener la respiración. La taza le calentaba los dedos. Mattias estaba en medio del rebaño de renos, relajado, fuerte, erguido como un pino, se reía y maldecía alternativamente. Así quería verlo a él y a sí misma. Ella nunca dudaría como Johannes, nunca abandonaría esta vida. ¿Pero Mattias? Cuando lo veía aquí, no tenía nada que ver con el hermano mayor que se derrumbó en la fresquera del sótano. Las palabras de Minna habían despertado en ella una antigua inquietud, y no le gustaba.

Entonces llegó *áhkku* para ver marcar a las crías. Parecía pequeña en el asiento delantero del coche del padre y, por supuesto, no llevaba el cinturón de seguridad puesto. Cuando se abrió la puerta del coche, lo primero que se vio fueron sus piernas cortas y flacas. Después se puso en pie. El viento removía los largos mechones que se le habían soltado de la trenza, que se arremolinaban y revoloteaban alrededor de su cara. Había perdido algún kilo, tenía la piel tirante sobre los pómulos, y los ojos se le habían hundido un poco más.

Elsa la tomó del brazo y caminaron juntas hacia el sonido de los renos. A *áhkku* se le iluminó la cara, abrió mucho los ojos y tiró de Elsa para llegar más rápido.

—Aquí no es donde solemos estar —dijo.

—No, los llevaremos a las montañas más adelante.

Áhkku vio a los renos y se detuvo. Las fosas nasales se le ensancharon mientras respiraba profundamente.

—Además, hace demasiado calor.

—Lo sé, sí, hace demasiado calor.

Llevaba su *gákti*, que no se había puesto desde el entierro de *áddjá*. «Nunca más», dijo después, estaba marcado por su pena.

—Tengo que asegurarme de que haya café para todos —dijo apresurándose hacia el fuego, recordando lo que había sido su trabajo.

«Pero no creo que hoy tenga fuerzas para tirar de los renos».

—No, no hace falta que lo hagas. —Elsa le acarició la espalda y notó cómo adelantaba el pecho para evitar la caricia.

Áhkku miró preocupada a Hanna, que estaba de pie junto al fuego con el termo en la mano.

—Dámelo.

Hanna le dio el termo; parecía contenta.

—Me alegro de verte aquí.

Áhkku miró el termo, comprobó el peso para calcular cuánto café quedaba. Echó una ojeada a su alrededor, buscando un asiento donde el humo no pudiera alcanzarla. Se soltó del brazo de Elsa y se sentó. No se sintió a gusto y se volvió a levantar al momento; miró hacia el cercado y

sacudió la cabeza.

—Hace demasiado calor. Deberíamos estar en la montaña.

Elsa le acercó su taza y *áhkku*, adoptando un aire severo, le sirvió estrictamente media taza.

—¿Ha tomado café *isa*? Si no es así, tenemos que preparar más, aquí no hay suficiente.

—Está ahí —dijo Elsa señalando.

Áhkku sujetó el termo contra su pecho.

—Él no. Mi *isa*.

Hanna miró de reojo a Elsa sacudiendo ligeramente la cabeza antes de alejarse un poco y encender un cigarrillo.

—Mira lo que hemos horneado, *áhkku*.

Elsa le acercó un recipiente de plástico lleno de panecillos blancos y planos.

—¿Los he horneado yo?

—No. O sí. Sí, los has horneado tú.

La anciana asintió y cogió un panecillo. Dejó el termo a un lado y se llevó el pan a la nariz. El aroma la hizo sonreír y sacó a la luz una telaraña de arrugas.

Elsa había cortado un buen trozo de mantequilla con el cuchillo y se lo dio. Estaban sentadas la una al lado de la otra, y a *áhkku* se le mancharon de mantequilla los mechones sueltos al dar un buen bocado.

—¿Podré quedarme esta vez?

Elsa no tuvo tiempo de contestar antes de que *áhkku* viera a Minna, que venía caminando hacia el fuego.

—¿Pero de quién es ese chico? ¿O a lo mejor es una chica muy fea?

—Es mi amiga Minna. Seguro que conoces a su padre, es un *duojár*.

Cuando Elsa dijo su nombre, *áhkku* cerró los ojos.

—Ah, sí, sí, el que hablaba demasiado.

—¿Qué quieres decir?

—No siempre hay que decir todo lo que uno puede hacer. —Agarró a Elsa del brazo—. Eso también vale para ti. Si no quieres perder tus poderes.

La boca de Hanna se convirtió en una línea, saludó con la cabeza, apagó el cigarrillo en la suela y se fue.

—¿Me oyes?

Áhkku la pellizcó de nuevo, le hizo daño. Elsa asintió. Los poderes. Incluso era difícil nombrarlo sin tener miedo de haber hablado demasiado. Aún no se había atrevido a acercarse a eso que la gente aseguraba que *áddjá* le había transmitido, su capacidad para curar y detener la sangre. Que ella

era una *gunsttar*. En los pueblos se sabía a quién se podía llamar, quiénes eran los que podían curar. En la familia se hablaba de Elsa, pero ella se resistía. «Todavía no —pensaba siempre—, todavía no».

Alejó ese pensamiento, como había hecho tantas veces antes, cuando Minna se plantó delante de ellas y se presentó a *áhkku* con una cálida sonrisa.

—Las chicas no pueden tener este aspecto.

Minna enarcó las cejas, pero en sus ojos permanecía aún la sonrisa.

—Bueno, las chicas de ahora sí podemos, ¿sabes?

—No sé, a lo mejor es práctico. Así no tienes que lavarte el pelo.

Áhkku soltó una carcajada ronca que hizo que todos rieran con ella.

—Bueno, ¿dónde está la taza? Tengo café.

Minna acercó un vaso de plástico verde y esta vez *áhkku* lo llenó menos de la mitad.

—Lo que queda es para el *isa* de Elsa, mi hijo.

Y Elsa juntó las manos. Bien fuerte, para no caer en la tentación de pasar el brazo alrededor de *áhkku* y notar cómo se le arqueaba la espalda.

Su madre saludó desde lejos mientras se acercaba.

—Aquí las tenemos, esa *rivgun* —dijo *áhkku*. Parecía disgustada—. Cree que va a poder adaptarse a esta vida, pero no va a ser así. Nils Johan debería elegir mejor.

—Pero *áhkku*, se enamoraron, y no pueden ponerse trabas al amor.

La anciana miró a su alrededor, como buscando apoyo cuando la cabeza le flaqueaba.

—¿Se han casado ya?

—¿Quién va a casarse? —preguntó la madre acercando la taza.

Elsa sacudió la cabeza mirando hacia ella, levantó las manos, intentando que la madre se alejara y no preguntara más. Minna removió el fuego con un palo, mirando hacia abajo.

—Una *rivgu* no entiende —dijo *áhkku* sin soltar el termo.

Su madre bajó la mano lentamente.

—No hagas caso —murmuró Elsa.

El fuego crepitaba entre ellas; el humo cambiaba de dirección y les obligaba a contener la respiración y a volver la cara por turnos. El calor les encendía las mejillas. Los mosquitos no se atrevían a acercarse.

—Pero esta *rivgun* se las ha arreglado bastante bien. Solo tienes que ver lo capaces que son tus nietos. Elsa es la chica más fuerte de todas.

La voz de su madre fue tranquila y serena. Se sentó y volvió a acercar la taza, pero *áhkku* escondió el termo tras la espalda.

—Elsa, ¿me das un refresco de cola?

Elsa rebuscó en la cesta roja de la comida, apartó los bollos de canela y un abrelatas, y sacó una botella de plástico.

De repente, *áhkku* comenzó a cantar, en voz alta, con voz clara. Un salmo sami. Hanna se había alejado un poco, pero se volvió, escuchó y se derrumbó; parecía a punto de desmayarse.

—Lo cantamos en el funeral de Lasse —susurró la madre.

La mirada de *áhkku* estaba muy lejos de ahí, y su voz se desvaneció. Tomó un gran bocado de *gáhkku* y le dio el termo a Elsa.

—Ahora tengo que descansar, puedes tomar el relevo. Dale a tu *enná*. No puede beber solo refrescos.

La anciana sonrió a Marika con la cara radiante, como si antes no hubiera dicho nada malo. Y su madre sonrió también, como había hecho mil veces antes.

A finales de agosto, cuando el bosque ardía de rojo y dorado, se podía respirar de nuevo. La estación preferida de Elsa era el verano-otoño, el *čakčageassi*. El verano había sido demasiado caluroso y los fuegos habían arrasado bosques cerca de ellos y había quemado el liquen de los renos. Sin embargo, no se vieron tan afectados como las zonas de los samis del sur, donde habían ardido miles de hectáreas de bosque y ahora tendrían que esperar veinte o treinta años para que volviera a crecer liquen. Si es que volvía a crecer.

Había que cortar el césped de delante de la casa. La nariz de Elsa rozaba las briznas de hierba cada vez que hacía una flexión. Se quejaba en voz alta, pero se obligaba a continuar. Le ardían los músculos entre los omoplatos y los brazos le empezaban a temblar. Aterrizó de bruces jadeando ruidosamente.

—Deberías venir conmigo a gimnasia. Comenzamos de nuevo el martes.

La falda verde de su madre revoloteó al pasar junto a ella.

—No creo que vosotras, las viejas, podáis seguir mi ritmo.

Su madre se rio. Se abrió la puerta del cobertizo. La grava crujió cuando ella volvió.

—¿Estás segura? Pareces agotada.

Elsa se tumbó de espaldas, levantó las piernas y empezó a hacer abdominales. Encima de ella, el cielo estaba gris.

La familia había tenido un buen verano. Casi todas las crías habían sobrevivido. Y habían trasladado el rebaño a lugares más seguros en la montaña. Pero en un par de meses tenían que regresar a las zonas de pastos de invierno.

Con el *čakča*, el otoño, llegaría el aire limpio, pero también todo lo que ella había reprimido. Elsa aumentó el ritmo, no quería pensar, no podía volver a caer en el miedo de la primavera pasada. Pero a medida que el sol de medianoche los abandonaba y las tardes se volvían más oscuras, también iba llegando la inquietud.

Llenaron los congeladores. Lavaretos, truchas árticas, arándanos rojos, arándanos silvestres, pero muy pocas moras. También este año las flores de las moras habían sufrido las consecuencias de algunas noches de heladas

inesperadas. Su madre estaba haciendo sitio para los trozos de alce que llegarían pronto. Ahora cargaba con unas bolsas llenas de pan que iba a guardar en el congelador de casa.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a participar en la caza de alces?

—Solo los fines de semana; quiero hacer todas las sustituciones que me ofrezcan en la escuela.

El sudor le corría por las sienes y Elsa bebió de la botella de agua.

—Hay rumores de que a Robert Isaksson no le dejan participar en el equipo de caza este año —gritó su madre antes de desaparecer en el interior de la casa.

Elsa espero hasta que volvió a salir.

—¿Ha vuelto? Creía que estaba en el hospital.

—¡Ah!, no sé, la gente habla mucho. Pero he oído que alguien llamó a la policía cuando conducía haciendo eses hace unas semanas.

Elsa puso los ojos en blanco. En los pueblos, los conductores ebrios conducían tranquilamente. La policía no llegaba nunca a tiempo; la distancia era demasiado grande. Y mientras la gente del pueblo se ayudara y avisara cuando viera un coche de la policía, no detendrían nunca a nadie. Así que conducían borrachos, sin permiso de conducir y en coches sin permiso de circulación.

Hizo estiramientos con el brazo y sintió una tensión agradable. Debería tranquilizarse con la noticia de que él no iba a salir a cazar alces. Pero un hombre frustrado era tan imprevisible que daba miedo.

Tenía el móvil al lado, encima de la hierba. No era capaz de enseñárselo a su madre. Apenas había regresado de la montaña cuando llegó el primer mensaje con solo tres palabras: «jodido coño lapón». Otra vez, no podría ir por la calle sin volver la cabeza todo el rato.

—Jon-Isak se niega a ir a la escuela. ¿Lo sabías?

Ahora, su madre llevaba las sábanas para colgarlas en el tendedero. Elsa se sacudió las briznas de hierba y la siguió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, cogiendo una sábana.

—¿No trabajaste allí ayer? Le dieron una paliza y tuvo que ser trasladado a la ciudad para que le dieran dos puntos en la frente.

Elsa agarró con más fuerza la sábana, la lanzó sobre la cuerda y la sujetó con las viejas pinzas de madera.

—¿Quién lo hizo?

—Parece que fue alguien de la escuela del pueblo.

—¡Qué mierda!

—Lo han denunciado a la policía, según me dijo Hanna. Me encontré

con ella en la tienda.

—¿Cómo está?

—Mal. Va a dejar la escuela y trabajará a tiempo completo con su padre, según dice. Pobre.

—Tengo que hablar con ellos.

Su madre colgó la última sábana y dio la vuelta al tendedero, contemplando su trabajo.

—Ahora todo volverá a empezar. No sé cómo voy a aguantar un invierno más —Ya estaba dicho; Elsa no se atrevía a alzar la vista.

Su madre levantó el balde vacío y comenzó a caminar hacia la casa. Sus viejos y desgastados zuecos marrones resonaron contra las baldosas de piedra que pronto estarían completamente cubiertas de hierba.

—Haremos lo que siempre hemos hecho, lo conseguiremos —dijo con voz tensa—. Lo único que podemos hacer es denunciarlos a la policía y esperar que un buen día acaben entre rejas.

Elsa se sentó en el césped y dejó que las sábanas le rozaran la cara. Cerró los ojos tan fuertemente como pudo y se los apretó con la tela fría y mojada. Vio a Jon-Isak delante de ella, la risa que tenía en los ojos el día que marcó a sus crías.

Se levantó y cruzó el patio con paso decidido, salió a la carretera y subió la cuesta. La casa parecía oscura y silenciosa. Necesitaba una buena mano de pintura, y el patio estaba desordenado, se veían rastrillos, cubos llenos de agua, una pala rota y una moto de nieve que nunca llegó al cobertizo. Viendo el estado del patio, en el pueblo se especulaba sobre cómo debía de estar la casa por dentro. Elsa era una de las pocas que sabían que los suelos todavía se fregaban con lejía.

Hanna la recibió en las escaleras antes de que Elsa llegara, con los ojos cansados y granitos rojos en la barbilla. Llevaba el pelo suelto, la raya del medio despeinada y se pasaba las manos por la cabeza para colocarse los mechones en su sitio.

—Solo quería saber qué tal está Jon-Isak.

—Sabes, Elsa, es mejor que no vengas aquí ahora.

Elsa se detuvo en el camino de grava justo debajo de las escaleras; no sabía si se tenía que ir. Buscó las palabras apropiadas a la vez que sentía como si un cuchillo la cortara bajo las costillas.

—Lo entiendo —dijo, aunque no entendía nada.

Hanna retorció una bayeta; tenía los nudillos rojos y agrietados.

Elsa se sonrojó. Esperó.

—Jon-Isak está muy enfadado. Así que será mejor así.

—¿Conmigo?

Hanna bajó un par de escalones. Para acercarse, para que no se oyera lo que iba a decir. Habló en voz baja.

—Es demasiado pequeño para entender. Cree que los adultos se lo ponemos todo más difícil, que nos peleamos por los renos muertos y después él tiene problemas en la escuela.

—Cree que es culpa mía.

A Hanna le tembló el labio inferior, pero tiró el mentón hacia delante y apretó los dientes.

—¿Habéis puesto una denuncia, ¿no? Tenéis que hacerlo —dijo Elsa.

Hanna asintió, pero siguió retorciendo la bayeta, cada vez con más fuerza.

—¿Le puedes decir... —Elsa tuvo que aclararse la voz—...que le pido perdón? Que no voy a discutir más. Solo quería mejorar las cosas.

Hanna se había dado la vuelta y puso una mano en la manija de la puerta.

—¿Está muy triste?

—Ya hablaremos otro día.

Hanna entró y cerró la puerta sin hacer ruido.

Elsa se quedó allí y miró en todas las ventanas. Buscaba la carita del niño.

Tenía que salir, tenía que alejarse, estar en medio del bosque.

Se cambió con rapidez, rebuscó debajo de la tabla del sofá de la cocina hasta que encontró los calcetines grises de lana que hacían que los pies no resbalaran dentro de las botas. Su madre iba de habitación en habitación retirando las hojas secas de las macetas; después limpió los mangos del frigorífico y del congelador mientras la miraba de reojo. Pero no haría preguntas. Aunque le veía las manchas rojas bajo los ojos. Pero cuando Elsa cogió la llave del armero, tomó aire.

—¿Para qué quieres el rifle? ¿Adónde vas?

La siguió, vio cómo Elsa abría y sacaba el arma.

—¿Vas a cazar?

Elsa resopló y salió al pasillo. Se puso las botas, cogió la gorra y se la caló bien; apenas se le veían los ojos.

—Elsa…

—No me siento segura en el bosque. Lo llevo por tranquilidad.

—Entonces dile a Mattias que te acompañe.

—No. Además, no está en casa.

Cerró dando un portazo, pero su madre abrió la puerta inmediatamente. Tenía los brazos cruzados y los hombros erguidos cuando Elsa abrió la puerta del coche.

—No vuelvas tarde. Hoy cenaremos pronto.

El camino del bosque estaba lleno de baches y rozaba el chasis del coche. Cuando vio que la superficie de hierba donde los pescadores acostumbraban a aparcar los coches estaba vacía, respiró aliviada.

No pasaron muchos segundos antes de que los mosquitos y las moscas negras la descubrieran. Un tábano grande se le acercó zumbando y lo espantó con la mano. Avanzó a buen paso por el camino agachándose cuando había ramas bajas. El estrépito del río se oía desde lejos y las ramas secas crujían bajo sus botas. Los hormigueros estaban llenos de vida. Y cuando llegó al humedal sabía exactamente dónde tenía que poner los pies. Saltó e hizo equilibrios con la misma agilidad. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que habían llevado a hombros a *unna oabba*. Al recordarlo sintió un nudo en la garganta. Casi siempre era su padre quien la

llevaba en brazos por encima de los peligrosos boquetes, pero cuando Mattias fue lo suficientemente mayor era él quien la colocaba sobre sus hombros. Y *unna oabba* aprendió los caminos invisibles hasta que estuvo lista para ir sola. No se equivocaba ni una sola vez, había hecho suyo el bosque.

El rifle le golpeaba en la espalda. Seguro que había osos que en ese momento la estaban viendo. Olfateando su olor, asustados pero curiosos. Cuando era pequeña, *áhkku* le dijo que cantara en el bosque. Uno nunca debía acercarse sigilosamente y sorprender a un oso. Y caminaba con pasos intrépidos, pero, si oía un crujido en el bosque, la voz le temblaba. «Entonces, solo tienes que cantar más alto», decía *áhkku*.

Llevaba un buen ritmo. Su respiración era cada vez más pesada, y le empezó a sudar la espalda. De no haber sido por el rifle, habría corrido y gritado hasta quedarse sin aire.

El cuerpo protestó, no podía más. Jadeando, redujo la velocidad; se inclinó hacia delante y se apoyó en las rodillas.

Se sentía atraída por el rugido de los rápidos. Debería haber traído la caña de pescar, tratar de encontrar la calma en los movimientos repetitivos, lanzar y enrollar, lanzar y enrollar. El estruendo del río siempre era lo suficientemente alto como para calmar la inquietud de sus pensamientos.

La respiración volvió a ser normal. Y oyó algo en medio del silencio. ¿Los ladridos de un perro? Se quedó quieta y siguió los troncos de los árboles con la mirada, buscando algún movimiento. Entonces lo volvió a oír: era un ruido, pero esta vez se parecía más al gemido de una persona. Dio unos cuantos pasos prudentes por donde el suelo era más blando y después contuvo la respiración y miró a un lado y a otro, tratando de localizar de dónde venían aquellos sonidos. Todos esos lugares le eran familiares, los árboles y los caminos, las grandes rocas y los tocones. Reconoció un olor a gases de combustión; se detuvo y escuchó. Y delante de ella, a unos veinte metros, vio un *quad* volcado. Debajo del vehículo sobresalía una pierna.

Un perro daba vueltas y gemía; parecía que cojeaba. El viento llevó consigo el olor de Elsa y el perro se puso en guardia, gruñendo desde el fondo del pecho.

Elsa se pasó la correa del rifle por encima de la cabeza y se acercó al *quad* con el arma en la mano. El perro continuó gruñendo, pero ella lo ignoró. Aunque lo reconoció; sabía de quién era.

Cuando dio la vuelta, vio la parte posterior de una cabeza y dos brazos extendidos. El tronco y las piernas estaban debajo del *quad*. Había una gorra un poco más lejos. El hombre jadeaba ruidosamente como si estuviese a

punto de quedarse sin aire.

La había oído, y volviendo la cabeza con dificultad la miró con unos ojos sanguinolentos. Era Robert Isaksson.

Elsa agarró el arma con más fuerza.

—¡Ayúdame, joder! ¡No te quedes ahí parada! —gritó él.

Tenía los labios secos y agrietados.

—Tengo las piernas atascadas; tienes fuerza suficiente para levantar el coche.

Elsa no se movió. Tensó los músculos de las piernas y los abdominales. El corazón le latía en el pecho, desbocado.

—Si no piensas ayudarme, por lo menos alcánzame el móvil.

Señaló con la cabeza hacia la izquierda y, allí, en el musgo, había un teléfono que solo se veía a medias. «Ayuda —pensó Elsa—, me pide que lo ayude». Él. El hormigueo de las piernas se le extendió por todo el cuerpo como ácido carbónico.

Levantó el arma y quitó el seguro. Robert abrió los ojos como platos. Elsa apuntó el cañón hacia su cabeza, a una distancia de poco más de dos metros.

Quería preguntarle si recordaba cómo mató a Nástegallu. Quería recordarle cómo la amenazó, siendo una niña. Pero sabía que la voz se le quebraría.

El perro gris gruñó más fuerte; retrajo el labio superior y enseñó los afilados caninos. Entonces dirigió el cañón del rifle hacia el perro. Robert cogió musgo.

—¡Déjala en paz!

—Me pregunto si será un robo, nada más que un robo, si disparo y me llevo el cuerpo —dijo ella en voz baja—. ¿Crees que un perro vale más que un reno?

Él blasfemó y le cayó saliva de la boca.

—*Saatanan perkele. Helvetin vittu*![7]

Empujó con las manos en un intento de hacer que el *quad* se moviera.

—Si te disparo a ti, será asesinato o, al menos, homicidio involuntario. Pero a ti no te puedo cargar. A ella, en cambio...

Cerró un ojo cuando volvió a apuntar contra la perra.

—Maldita sea. Te has vuelto loca. Cuando salga...

Reptó hacia delante y hacia atrás, pero después gimió y dejo caer la cabeza.

Sin pensarlo, Elsa dio unos pasos hacia él y apretó el cañón contra su nuca. Él se estremeció y jadeó convulsivamente.

—¿Es esto lo que haces con los renos? ¿Cuando los atropellas y los torturas lentamente hasta la muerte?

La perra gruñó y se acercó cojeando. Elsa dio una patada al aire y el animal retrocedió.

Removió con el cañón el pelo de Robert y lo apretó con fuerza contra el cráneo. De repente, sintió un mareo y las piernas flojas. Retrocedió un paso y reprimió una arcada. Dio la vuelta al *quad* para que él no pudiera verla. Allí puso la mano contra el tronco de un árbol y esperó a que dejara de darle vueltas la cabeza.

Consiguió sacar el móvil, pero le temblaban tanto las manos que lo dejó caer. Lo recogió y volvió donde estaba Robert. Buscó la aplicación de grabación.

—Quiero que reconozcas todo lo que has hecho. Todos los renos que has matado. Que reconozcas que me has amenazado. Que fuiste tú quien vino a nuestra casa con intención de matarme.

Robert tenía la piel pálida y la frente le brillaba por el sudor, pero fue capaz de soltar una risa ronca.

—¡Jodido coño lapón!

Fue como una descarga, una energía diabólica que la obligó a retroceder un paso para no caerse. Elsa se volvió; el rostro se le contrajo en pequeños espasmos alrededor de los ojos y la boca. Vio delante de ella a Nástegallu, cómo avanzaba con sus largas patas sobre el suelo y las manchas de nieve. Y a Lasse, que sonreía sin bizquear. Se dirigió hacia el río y el fragor. Robert gritaba, pero ella no escuchaba lo que decía. Cuando se detuvo y miró hacia el arma, ya estaba decidida. Como si se dispusiera a cumplir algo a lo que estaba predestinada desde hacía mucho tiempo. Cuando volvió, no hizo nada de ruido. *Unna oabba* sabía exactamente dónde tenía que poner los pies. Estos eran sus dominios.

---

7 Dos maldiciones en finés, en relación con el diablo y el infierno.

Los pantalones de pescar colgaban en el respaldo de la silla. Mattias tomó otra taza de café y sintió un ardor en la boca del estómago. Se pasó las manos por la cresta ilíaca y se masajeó los músculos del final de la espalda. Se pasó la lengua por los dientes sin cepillar. Después de una noche en vela, le dolían los ojos.

Encontró los señuelos de pesca en el armario del pasillo, abrió la tapa y rebuscó entre los dorados de salmón que tantas alegrías le habían dado a lo largo de los años. Pescar salmones en otoño no era como hacerlo a principios de verano, cuando los peces remontaban los ríos, saltaban al lado de las orillas y batían el aire con las aletas. Todavía le dolía la hembra de siete u ocho kilos que había que tenido que soltar. No se podían capturar hembras. Sus primos se habían reído de él, no había nadie que fuera más legal. El pez le había dado mucha guerra; había luchado por su vida durante casi veinte minutos. Mattias sabía cuándo tenía que soltar hilo y cuándo tenía que estirar para agotar al pez. Cuando el salmón finalmente entró en el banco de arena a la orilla del río, lo había levantado por la aleta caudal con un simple movimiento de la mano. Y resultó ser una hembra.

Ahora tendría que coger la caña de pescar. Hacer lo de siempre, actuar con toda normalidad. Pero colocaría los pantalones de pescar en el fondo de la mochila. Pasó la mano por los pantalones fríos y lisos. Recordó a *áddjá* con ellos puestos. En las corrientes de agua, en los arroyos y en la orilla del río. Explicaba cómo había que agotar a un salmón, señalaba las rocas detrás de la que descansaban, y enseñaba a levantarlos por la aleta caudal.

Mattias enrolló los pantalones de pescar y los apretó contra el pecho un momento; cerró los ojos, pero se sintió ridículo y los abrió de nuevo. Apretó los pantalones hacia abajo con movimientos impetuosos y se colgó la mochila de un hombro. Se detuvo en el pasillo. Otra vez lo que le había corroído toda la mañana. Se había decidido, no había ninguna duda, pero la carta…

Nunca había escrito nada sobre sí mismo, apenas había escrito desde que salió de la escuela. El bolígrafo se le resbalaba como si fuera un pez escurridizo y su caligrafía era penosa, angulosa como la de un niño. Además, no eran más que palabras. Lo había intentado y había hecho un gurruño con

el papel; lo había alisado y lo había vuelto a arrugar. Primero dejó la carta de despedida en la mesa de la cocina, pero corría el riesgo de que su madre entrara en la casa antes de que él hubiera salido. Así que pensó que era mejor que tuvieran que buscar, y dejó la carta debajo de la almohada.

Pero ahora le parecía mal. No, debajo de la almohada no. Si hubiera tenido una pareja que durmiera a su lado todas las noches, habría buscado bajo la almohada. Pero para la familia sería demasiado íntimo e inapropiado.

Dejó la mochila en el suelo, entró en el dormitorio y rebuscó con la mano cerca del cabecero. El bote de café era más propio de él, pero ¿quién buscaría allí? Eso le recordó a *áddjá*, que tomaba el café en un plato con un azucarillo entre los labios. Mattias empezó a tomar café a los ocho años. Una vez que habías tomado las primeras tazas, las más difíciles, el aroma y el gusto del café te daban seguridad.

Un accidente, diría la gente, los pantalones de pescar estaban rotos. La familia se aferraría a eso. Evitarían la vergüenza. Se lo creerían incluso ellos mismos. Así lo había pensado. Después, de todos modos, escribió unas líneas, pero ahora estaba decidido: no les iba a dar ninguna explicación. Arrugó la carta con la mano mientras se dirigía al lavabo, la echó al váter y después tiró de la cadena.

La moto rugía por el pueblo. Siempre le había gustado, sobre todo cuando iba con Lasse. El ruido de las motos ahogaba todos los otros, silenciaba las conversaciones y hacía que la gente volviera la cabeza hacia ellos.

Conducía rápido. Un camión era la otra opción. Pero no llegó ninguno, no se encontró con ningún coche en la carretera antes de girar a la derecha y tomar el camino de grava que discurría al lado del río durante un par de kilómetros. Luego siguió por el camino del bosque lleno de baches y decidió conducir hasta el río. Le costaba manejar el manillar con la caña en la mano y estuvo dos veces a punto de volcar. Cuando finalmente aparcó junto a los rápidos, permaneció un rato sentado. El rugido del río tenía la capacidad de ahogar los pensamientos. El lugar del fuego lo esperaba, allí donde había estado mil veces arrodillado y había recogido madera seca. Ahora no tenía fuerzas para encender un fuego, pero tenía que llegar hasta allí. Caminó con pasos lentos, sin levantar apenas los pies.

Alguien había dejado leña de abedul. Se descolgó la mochila y se sentó en la piedra redonda que había servido de asiento junto al fuego para varias generaciones antes que él. *Áhkku* solía colocar un cojín sobre la piedra para no tener problemas con los «pipís», como decía ella. Pescaba muy pocas veces, pero podía ir corriendo a buscar moras. Y ahora… Ahora era

inaccesible.

Sacó los pantalones de pescar y los colocó delante de él; los alisó sobre el suelo.

En la pequeña isla cubierta de hierba, justo al lado de la orilla del río, aterrizó una corneja con pesados aleteos, que volvió a alzar el vuelo poco después. Esa isla lo había atraído muchas veces cuando era niño. No era más grande que el patio de su casa y no podía ocultar demasiados secretos, pero no pasaba nada. Cuando decía que quería ir, los adultos lo amenazaban ahora con esto, ahora con eso otro. El precipicio de varios metros que se abría cerca de la orilla era muy peligroso. Justo allí había rocas grandes, pero un metro más allá todo se complicaba. Y las corrientes se arremolinaban con fuerza. Tan rápidas que te podías dejar la piel. Incluso los barcos evitaban ese camino y rodeaban la isla por el otro lado. Pero la isla no estaba a más de cinco o seis metros de distancia. Tan cerca....

Áddjá había dicho que se podía llegar pisando las rocas correctas, pero *áhkku* le tocó la espalda y dijo que no era verdad.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentado allí, pero cuando los ladridos de un perro rompieron el silencio se le contrajeron todas las fibras musculares del cuerpo. Miró hacia el río y hacia el interior del bosque. Tal vez había oído mal. Pero no era imposible que hubiera algún cazador de aves por allí. No podía estar de brazos cruzados si aparecía alguien, pensó, y empezó a buscar astillas de madera bajo el montón de leña, y encontró unos trozos de corteza de abedul. Cortó la leña en pequeñas astillas, encendió una cerilla y colocó las cortezas encima. Sopló, añadió más leña y vio cómo se encendía el fuego.

El disparo lo sobresaltó. Nadie solía cazar tan cerca del río. Se puso de pie y miró hacia el bosque. Oyó de pronto el ruido de algo que se acercaba deprisa. Un perro. Con las orejas hacia atrás, cojeando y con la mirada estremecida. Era fácil reconocerlo; solo había un perro cazador de alces noruegos con el pelo de esos colores. Era la perra de Robert Isaksson.

Mattias se puso en cuclillas y la llamó. Le enseñó un puño cerrado, como si escondiera alguna cosa. La perra dio vueltas sobre ella misma, renqueó y al final se desplomó, jadeante. Él se acercó, agarró el collar y apretó con más fuerza cuando la perra empezó a gruñir. Tenía salpicaduras de gotas de sangre en el pelaje. Levantó a la perra lo suficientemente alto como para poder arrastrarla hacia el río. Como si lo hubiera planeado. Pero en realidad no pensó en nada cuando la agarró con todas sus fuerzas y lanzó a la perra más allá del río. La perra aterrizó dando vueltas en la isla. Gimió una vez y

luego se quedó en silencio.

Mattias se cayó hacia atrás. ¿De qué cojones servía eso? Miró fijamente a la perra y se arrepintió; no era de los que maltrataban a los animales, y menos a los perros.

Robert debía de haber disparado a un reno. Mattias volvió junto al fuego; le dolía el hombro como si hubiera sufrido un fuerte tirón. El humo lo delataría. Bajó corriendo a la orilla del río y llenó una cafetera con agua para apagar el fuego. Salió una tremenda humareda y él sacudió la cabeza; a veces parecía tonto.

El bosque estaba silencioso. Pero la perra se había levantado, sumergía en el agua las patas delanteras y ladraba lastimosamente. Ese sonido guiaría a Robert. Mattias se llevó la mano al cuchillo que llevaba colgado en el cinturón.

Ni siquiera el rugido del río podía silenciar los aullidos de la perra. Mattias recogió deprisa la cafetera negra de hollín y la caja con los señuelos, y agarró la caña de pescar. Se detuvo. Si Robert había matado a un reno, tal vez podría pillarlo *in fraganti*. Lo soltó todo; subió la pequeña colina en tres zancadas y se encaminó rápidamente en la dirección de donde creía que había llegado el disparo. Era imposible saberlo, por supuesto. El bosque se extendía durante kilómetros en todas las direcciones. El ladrido continuó y Robert no iba a ignorarlo por mucho más tiempo. ¿Pero por qué había huido la perra? Tendría que haberse quedado con su amo. Algo no encajaba, y Mattias se detuvo. Ni un solo ruido en ningún sitio. Robert con un arma. Eso siempre quería decir peligro. Contuvo la respiración para oír mejor, pero el pulso en el oído era más alto que todos los otros sonidos.

El chorro de la ducha salía con fuerza y le dolía cuando caía sobre sus hombros, pero Elsa aguantó la presión hasta que la hizo llorar. Tuvo que apoyarse en las paredes de la cabina de la ducha y sollozar en silencio, porque su madre podría estar escuchando con la oreja pegada a la puerta. Se derrumbó en el suelo. El vapor aumentaba a su alrededor. Cerró la ducha, pero permaneció sentada con los brazos en las rodillas. Las paredes de la cabina no cerraban del todo y sintió una corriente de aire frío. La piel de gallina se le extendió por todo el cuerpo y pronto estuvo tiritando. Consiguió estirarse para alcanzar la toalla que colgaba en una de las paredes. Se acurrucó bajo la suave felpa de algodón rosa, y poco a poco volvió a entrar en calor.

Delante del espejo, que tuvo que secar con la mano, se vio la cara al rojo vivo y el blanco de los ojos igual de rojo. Dejó caer la toalla al suelo y se puso la ropa interior.

En los vaqueros tirados en el suelo estaba el móvil. Era un viejo Samsung rayado. Lo cogió, se lo metió en el bolsillo y corrió todo el camino hasta el coche. Se había equivocado en todas las piedras del humedal, y el agua le había salpicado por encima de las botas y le había manchado los pantalones.

Salió del baño en ropa interior, sujetando los vaqueros a distancia, como algo sucio que no quería tocar.

—Habrá que lavarlos, supongo.

Su madre apareció detrás de ella y alargó una mano.

—Sí, pero primero tengo que vaciar los bolsillos.

—¿Y dónde está Mattias ahora? Hoy iba a comer con nosotras.

Su madre hablaba para sí misma; en realidad no esperaba ninguna respuesta. Elsa ya estaba fuera del alcance de su oído y dejó caer el móvil en un cajón de la cómoda. Tenía que encenderlo, ver si requería algún código. Evidentemente, se lo pidió. Cuando lo silenció sintió las yemas de los dedos sucias, infectadas. El móvil tenía un olor característico a gasoil que se le pegaría a la ropa guardada en la cómoda. Con el tiempo tendría que lavarlo todo.

Le caían gotas frías por la espalda. Sacó del armario un jersey blanco de lana y unos vaqueros negros, y se vistió rápidamente.

En la cocina se lavó las manos un buen rato.

—Esta noche seguro que la temperatura llega bajo cero —dijo su madre, que ya estaba sentada pelando una patata—. Siéntate, no quiero comer sola. Parece que estás helada.

Elsa esquivó su mirada y se sirvió patatas, zanahorias cocidas y un cacillo de carne de reno salteado.

—Bajo cero —repitió su madre.

—¿Cuántos grados?

—Puede que cuatro o cinco. No es normal. También podría nevar.

Las zanahorias estaban blandas y apenas tenía que masticarlas; se quemó la lengua con las patatas, pero la carne de reno estaba en su punto de sal. Masticaba y tragaba. Masticaba y tragaba.

—Qué bien que hayas vuelto a casa tan pronto. —Su madre la miró buscando su mirada—. Pero ¿ha pasado algo? Estás muy callada.

—No, nada de particular. Solo que estoy un poco cansada.

—¿Has guardado el rifle?

—Sí.

Bebió agua a grandes tragos, consiguió que bajara todo el plato y chupó el tenedor para terminarse la salsa. ¿Qué clase de persona podía comer en ese momento?

—Las tardes están empezando a volverse muy oscuras. —Su madre corrió un poco la cortina—. Ya llevo unos días sin saber nada de papá, de manera que todo debe de ir bien.

Elsa se levantó con el plato, lo enjuagó y lo metió en el lavavajillas.

—Has comido muy deprisa.

—Gracias, estaba muy rico.

¿Qué clase de persona hablaba como si no hubiera pasado nada?

—Voy a casa de Anna-Stina.

—La vi el otro día. Tenía la barriga redonda y bonita. A ver si van a ser gemelos.

—Llegaré tarde.

—Salúdala de mi parte.

Cuando se puso la ropa de abrigo, volvió a su habitación y con los guantes de lana pudo levantar la ropa, coger el móvil y dejarlo caer en el bolsillo de la cazadora. Se convirtió en un peso que, al caminar, golpeaba contra sus caderas.

Arrancó el coche, ajustó el espejo retrovisor, aunque no era necesario, adelantó el asiento, se abrochó el cinturón de seguridad y dio marcha atrás. ¿Qué clase de persona era?

Se dirigió al pueblo vecino y pasó por delante del apartamento de Anna-Stina. Todas las ventanas estaban oscuras y siguió conduciendo. Dio la vuelta en la gasolinera.

En el camino de regreso, aflojó el pie del acelerador cuando vio a lo lejos el camino de grava. Entonces notó una vibración en el bolsillo de la cazadora. Una llamada. Para él. Ninguna melodía, solo una vibración contra la cadera. Giró hacia el camino de grava y frenó bruscamente. Sacó el móvil y vio dos llamadas perdidas de un número desconocido.

Tenía que seguir, no podía quedarse allí con las luces rojas encendidas. El lugar era demasiado estrecho para dar la vuelta y se obligó a conducir un poco más. Afuera la temperatura era de cero grados.

Cuando sacó el móvil, conducía por el otro lado del camino de grava. Buscó el teléfono de Minna y presionó el botón del auricular verde, pero, antes de oír la primera señal, colgó.

El teléfono comenzó a sonar. Se sobresaltó y se quedó mirando la foto de Hanna con un pequeño Jon-Isak en los brazos. Hacía mucho tiempo que no veía esa foto; Hanna no solía llamar. La mirada se le volvió borrosa. Jon-Isak.

No contestó, y pisó el acelerador.

Lesiones internas.

Muerto por congelación.

¿Era un delito abandonarlo? «Oh, Minna, tú seguro que lo sabes», pensó.

Bajó la ventanilla y el aire frío llenó el coche. El río era negro en la oscuridad. Quizá debería tirar el móvil de Robert. Hacerlo desaparecer en el fondo del río.

Salvarlo significaba arriesgarse a morir. Volvió a frenar en seco. Marcó el número de la policía. Podía dejar un aviso anónimo.

Pero ¿y si estaba muerto? Nadie debería saber que ella había estado allí. Estaba atrapado debajo de un *quad*. Un accidente.

Pero...

Le habría podido salvar la vida.

Abrió la puerta del coche y salió tambaleándose. Soplaba el viento del norte y Elsa se estremeció. Las hojas de los abedules crujían al otro lado del camino.

Volvió a ver su mirada. Y cómo la vida parecía escapársele cuando ella volvió con el rifle y le apuntó a la cabeza. Y después giró el rifle y disparó al cielo. Y Lasse atrapó la bala.

Después se agachó, cogió el móvil de Robert y echó a correr.

Robert no levantó la cara del suelo; yacía con la cabeza de lado y una mirada vidriosa.

¿Quién abandonaba a una persona de esa manera?

Se orientó en el bosque a pesar de que estaba oscuro. No tenía miedo de los osos. Ahora solo tenía miedo de ella misma.

Cuando las nubes se apartaron de delante de la luna, había suficiente luz para que pudiera ver el *quad* desde lejos, el brillo del metal. Le había quitado el móvil para que no pudiera llamar a nadie para pedir ayuda, le había privado de todas las posibilidades de sobrevivir. La perra salió corriendo como alma que lleva el diablo cuando ella disparó. Un comportamiento que no había visto antes. Quizá después había apuntado el arma contra la perra; no lo recordaba.

Dio los últimos pasos hacia el *quad* y vio una bota debajo del vehículo. Pero ya no se veía ninguna pierna. Él ya no estaba. El *quad* se había movido un poco, creía ella, pero no estaba segura del todo. Robert se había ido. Todo estaba en silencio y deslizó la mirada a su alrededor. ¿Habría conseguido llegar a algún sitio? ¿Estaba cerca de allí, herido? Se agachó y le pareció ver sangre en el suelo, junto al manillar. ¿Se había liberado él mismo, o había venido alguien a ayudarlo? ¿Estaría en ese momento en la comisaría hablando de ella?

Corrió por los alrededores, miró detrás de los árboles caídos y las piedras grandes. Entonces volvió a notar la vibración en el bolsillo y se detuvo.

Debía de ser él, que llamaba a su propio móvil. Elsa lo dejó caer y echó a correr.

Mattias tropezó cuando se torció el pie en la colina y resbaló pendiente abajo hacia el lugar del fuego. Sobre la colina estaba Robert. Llevaba solo una bota puesta y sus pantalones estaban mojados en la entrepierna y también a la altura de la rodilla. Parecía que tenía sangre en la pierna. Se agarraba el pecho y hacía muecas. La perra, que vio a su amo, gemía y cojeaba de un lado a otro; y parecía que quisiera tirarse al agua.

—¡No, Raija! ¡Detente!

La voz de Robert era ronca y se volvió a llevar la mano al pecho. Se apresuró a bajar la colina con una pierna estirada de una manera antinatural. Se quitó la bota y, sin mirar a Mattias, levantó los pantalones de pescar.

—Están llenos de agujeros.

—¿Cómo demonios ha acabado Raija en la isla?

Ya tenía una pierna en los pantalones. Un penetrante olor de orina alcanzó a Mattias.

—Ya verás cuando vuelva, hijo de puta...

Soltó un fuerte gemido cuando metió la otra pierna en el pantalón. Se pasó los tirantes por los hombros y ajustó las hebillas.

—No puedes coger los pantalones de pescar.

La voz de Mattias era monótona. Ni insistente, ni espantada; simplemente inexpresiva. Quería añadir alguna cosa, pero Robert lo empujó bruscamente a un lado.

—¡Cállate!

La perra estaba de pie con las patas delanteras en el agua y Robert gritó.

Tal como Mattias lo recordaría, cayeron los dos en los rápidos más o menos al mismo tiempo. Robert lanzó un grito cuando los remolinos se llevaron a la perra. Se adentró en la corriente a demasiada profundidad y los pantalones de pescar se llenaron de agua en cuestión de segundos y cayó boca abajo. Fue entonces cuando Mattias empezó a correr a lo largo de la orilla e intentó coger los pantalones en un entrante. Allí el río no era tan profundo y se zambulló. El agua helada le hizo jadear. No vio a la perra, que estaba bajo la superficie, pero sí que las botas de agua se acercaban a toda velocidad. Se echó hacia delante con todas sus fuerzas y estiró las manos, pero no cogió nada. Se quedó con los puños cerrados. El momento había

pasado.

Hanna tomó la mano de Anna-Stina en la suya. Tenía los dedos helados y temblaba como si el frío le viniera de dentro. Hanna la había arropado con dos mantas. Le pidió que le soltara la mano para poder llamar.

Primero marcó el 112 y consiguió decir que su hija necesitaba ayuda, que estaba sangrando.

—Sí, está embarazada, te lo he dicho al comienzo. ¿Estás sorda?

Pero no había ninguna ambulancia cerca que estuviera disponible. El personal se había ido a casa a las cinco, así que ahora tenían que enviar una ambulancia desde la ciudad. Se trataba de una espera de más de una hora.

—¿Y un helicóptero? —preguntó, enfadada—. No podemos esperar una hora.

—¿De cuántas semanas está? Lamentablemente, el riesgo de un aborto…

Hanna dejó caer el teléfono. No tenía ningún coche en casa, Ante estaba fuera arreglando el cercado, preparándolo todo para el trabajo del otoño y el invierno, y el coche de Anna-Stina se lo había llevado un primo. Ella estaba sola, como de costumbre. Por suerte, Jon-Isak estaba con su padre y se libraba de ver la sangre y el pánico.

—Todo irá bien, todo irá bien —se oía decir a ella misma, repitiéndolo una y otra vez a Anna-Stina.

Tenía que solucionarlo. No podía fracasar. Pero el pánico estaba a punto de adueñarse de ella. Tenía los dedos entumecidos y le venía un mareo. Tenía que moverse y se puso de pie.

Elsa tenía poderes. Podía hacer que la sangre se detuviera. Aunque no parecía querer admitirlo, todo el mundo sabía que era una *gunsttar*. Hanna buscó en los contactos y presionó sobre su nombre. Pero no hubo respuesta. El rostro de Anna-Stina palidecía delante de ella.

La vergüenza ardía en Hanna como una llama salvaje. Hacía cinco minutos que su hija había tomado el control, aun a pesar del pánico que sentía. Anna-Stina había salido del cuarto de baño y se había dejado caer en el suelo del pasillo gritando que estaba a punto de perder el niño. Hanna se había tapado los oídos instintivamente. Cuando Hanna no acudió de inmediato a ayudar a su hija, Anna-Stina había gritado aún más fuerte: «¡Tienes que ayudarme!».

Hanna cogió el móvil de la mesa de la cocina y corrió a buscar mantas en el cuarto de estar y toallas en el dormitorio mientras el grito aterrorizado de su hija la perseguía de una habitación a otra.

Miró a su preciosa niña, que se sostenía compulsivamente el vientre abultado, mientras la sangre manchaba una toalla debajo de ella.

Anna-Stina la atrajo hacia ella, quería tenerla cerca en esos momentos. Hanna terminó de rodillas y sus manos se entrelazaron.

—Voy a llamar... —A Hanna se le quebró la voz—. Voy a llamar a algún otro que pueda parar la hemorragia. Elsa no contesta.

Pero en realidad se quería liberar, abrir la puerta, echar a correr y no mirar atrás. No era capaz de enfrentarse a aquello. Anna-Stina la agarró más fuerte de las manos y la miró a los ojos.

—¡Ahora tienes que ser mi madre! ¡No me puedes fallar!

Mattias condujo de vuelta a casa con la ropa mojada, que se puso rígida con el viento y la velocidad, y casi se le congeló contra el cuerpo. Pero no tenía frío. No sentía nada. Aparcó junto a la casa que era suya, pero que nunca sentiría como suya. Entró sin mirar la casa de sus padres, cerró con llave y no encendió ninguna luz.

En el cuarto de baño forcejeó para desabrocharse el único botón de los pantalones vaqueros, pero tenía los dedos demasiado fríos. El jersey salió por la cabeza de un tirón y tembló cuando la prenda fría y húmeda se deslizó por el pecho. Se enjuagó las manos con agua caliente hasta que le picaron como si le estuvieran clavando alfileres. Los vaqueros apenas le bajaban de las caderas y se le quedaron pegados a la mitad del muslo. Abrió el armario del baño en busca de unas tijeras, le daba igual cortarlos, pero no las encontró y se puso a tirar de la tela mojada de los tobillos con tanta fuerza que parecía que las articulaciones se iban a salir de su sitio. Tenía las piernas rojas, aunque sin sangre. Caminó desnudo a oscuras hasta el dormitorio y abrió los cajones de la cómoda. Tuvo bastante con unos calzoncillos y una camiseta. Ya vestido, pudo respirar de nuevo. Desde la cama podía ver el lago, que parecía un espejo bajo la luna. No había manera de calcular el tiempo; perfectamente podría ser de noche.

Se había quedado sentado junto al río, mirando fijamente una piedra que el agua rodeaba formando espuma blanca. No podía formular un solo pensamiento completo. El viento intentaba secarle la ropa mojada, pero el agua del río continuaba enganchada. Las orejas se le pusieron rojas y los labios azules.

En la casa de *áddjá* y *áhkku*, el cuerpo se le fue descongelando poco a poco. Pero los pies se resistían, continuaron helados. Le dolían los talones y los dedos mientras caminaba alrededor de la cama y retiraba la colcha de color azul claro. La dobló y la colgó sobre la silla. Se obligó a levantar el edredón y tumbarse. Dejó que la cabeza se hundiera en la almohada de plumas.

Elsa estaba tumbada en la cama con la ropa puesta. Robert aparecería allí esa

noche, estaba convencida de ello. Tal vez prendería fuego a su casa. Le dispararía un tiro. Les dispararía a todos. Esta vez no dejaría que las ventanas ni las puertas lo detuvieran.

Era imposible quedarse quieta. Se levantó y caminó de un lado a otro, sopesando las alternativas que tenía. Pero los pensamientos se le enredaban unos con otros, se perdían formando laberintos. ¿Debería avisar a Mattias, que estaba solo en su casa? Le había oído volver a casa con la moto. ¿Debería alertar a sus padres, que estaban durmiendo? ¿O simplemente tenía que llamar a la policía y contárselo todo?

Debajo de la cama estaba el hacha que había cogido del garaje. Se acostó y volvió a incorporarse para acercarse al borde de la cama y ver cuánto tardaba en cogerla.

Había podido matarlo y darles tranquilidad a todos. Ahora había abierto todas las espitas de la locura de Robert.

Se volvió a sentar y enlazó las manos alrededor de las rodillas. Se balanceó hacia delante y hacia atrás. ¡Tendría que haberle disparado! Y haber explicado que no tenía otra salida.

¿Qué Dios le había ayudado a mover el *quad*? Sintió una punzada en el estómago. No había buscado bien en el bosque. ¿Y si Robert había caminado tropezando, malherido, y tal vez se había desmayado por el esfuerzo y las lesiones? Porque había visto sangre, ¿no?

Se había roto un vaso sanguíneo, y por eso sangraba tanto. Pero el corazoncito del bebé latía. Pequeños redobles de tambor llenaban la habitación. Y Hanna lloraba. Lloraba de una manera que hizo que las enfermeras intercambiaran miradas rápidas.

El cabello de Anna-Stina se derramaba como una madeja de lana enredada sobre la almohada y hacia abajo sobre los hombros. Parecía pequeña con el enorme camisón del hospital, y las manos reposaban sobre el edredón encima del vientre. Confiaba en los médicos y se dejó tranquilizar por las manos cálidas y suaves de las enfermeras.

También le dieron palmaditas a Hanna, pero al final alguien dijo con voz más áspera que ya estaba bien, que ya podía secarse las lágrimas. Que todo había ido bien.

—*Enná*... —Anna-Stina cogió su mano floja—. ¿Qué te pasa?

Pero ¿qué le podía responder? No lo sabía ni ella misma. Lloraba de alegría porque el niño estaba vivo. Pero también lloraba porque nunca volvería a sentirse tranquila. La inquietud ya estaba creciendo en su cuerpo como un volcán.

El niño que aún no había nacido no la dejaría dormir por las noches. Y cuando tuviera al pequeño en la falda, una criatura caliente que olería a vainilla, Hanna nunca más podría volver a respirar tranquila.

Las enfermeras habían dejado de darle pañuelos de papel para que se sonara. Tenía que serenarse. Pero ellas no entendían nada acerca de su vida. No entendían que no era capaz de mantenerlos a todos vivos. No entendían que no dormía cuando su marido estaba fuera con los renos y ella tenía que mantener vivo a Jon-Isak. No entendían que había dejado marchar su hija demasiado pronto de casa.

—*Enná*, si no paras te enviarán al psiquiátrico.

Anna-Stina sonrió como si estuviera bromeando, y Hanna tuvo que apretarle la mano más fuerte. Era una mano pequeña y estrecha, y las uñas, que se arreglaba ella misma, demasiado afiladas. Anna-Stina tenía las manos frías y Hanna quería preguntar a las enfermeras si eso era normal. A partir de ahora se preguntaría si todo era normal o no. Cada vez que su hija fuera al cuarto de baño, esperaría oír un grito y tener que volver a ver sangre.

El psiquiátrico. Sí, allí era donde debería estar. Pero allí nadie la entendería. No sabían lo que significaba ser la esposa de un pastor de renos. Seguro que sabían lo doloroso que era el suicidio de un familiar próximo, pero no entenderían cuál había sido la situación de Lasse. Era imposible que entendieran su vida si ni siquiera sabían hablar su lengua. Le recetarían antidepresivos y le darían una hora de visita al cabo de un mes.

—¿No sería mejor llamar al padre? —preguntó una de las enfermeras a Anna-Stina.

Ella negó con la cabeza.

—Ya lo he llamado. No hace falta.

Se quedaron solas en la habitación. El olor a desinfectante hizo que Hanna sintiera un ligero malestar.

—El bebé está bien. *Áhkku*.

Anna-Stina lo dijo por primera vez. Se retiró el edredón, tomó la mano de Hanna y la colocó sobre su barriga.

—Aún no has notado las patadas.

Hanna quiso retirar la mano enseguida, pero su hija la retuvo. Se deslizaron juntas por su barriga hasta que encontraron un piececito que pataleaba. Hanna se estremeció, como si las patadas de la criatura le hubieran entrado dentro del cuerpo, pasando por todas las células. Anna-Stina sonrió y cerró los ojos un momento. Hanna quería volver a sentir el pie, presionó suavemente la tripa, llamó al pequeño. ¡Y ahí estaba! Una patada, el aleteo de las pequeñas plantas de los pies.

—También puede hacer volteretas —dijo Anna-Stina con una voz somnolienta.

—Duerme, tienes que estar agotada. Yo la vigilaré.

Anna-Stina abrió un ojo.

—¿Crees que es una niña?

Hanna asintió. No podía ser otro niño. Tenía que ser una niña.

—Yo espero que tengamos una hija. Pero no le digas nada a Per-Jonas.

—Nunca.

Se obligó a mirar durante mucho tiempo a Anna-Stina. Las pecas, las sombras oscuras debajo de los ojos, las mejillas más rellenitas, la marca de nacimiento encima de la ceja derecha, que tenía la forma de un pequeño corazón si la mirabas desde muy cerca.

¿Cómo había podido pensar que Anna-Stina no era fuerte? Era una fuerza de la naturaleza. Hanna lo había visto hoy. Esa rabia explosiva. Pero entendió que la rabia también iba dirigida contra ella.

Y, sin embargo, era ella quien se iba a convertir en *áhkku*, la que tendría

que mantenerlos a todos con vida.

La respiración de Anna-Stina se fue volviendo tranquila y sus piernas dieron alguna sacudida. El sueño estaba cerca. Hanna le acarició la barriga y con la otra mano se secó las lágrimas.

Dos días después, Robert estaba en la portada del periódico local: desaparecido y en búsqueda. El periódico había conseguido la foto de uno del grupo de caza. Se veía a los hombres después de una cacería de alces de hacía unos cuantos años. Robert estaba sin afeitar, llevaba una gorra, y tenía una sonrisa amplia, que mostraba todos los dientes.

Elsa se estremeció al ver su rostro, esa sonrisa de lobo. Su madre y Mattias se turnaron para leer la noticia en silencio. Había rumores en todo el pueblo. Era extraño que Robert no hubiera aparecido para hablar con el grupo de caza antes de la cacería de alces. Los viejos se habían preparado para discutir y habían afilado los argumentos, pero entonces él no apareció. Después alguien miró en el buzón y vio que no había recogido el correo, y entonces empezaron a cavilar. ¿Quizá alguno debería llamar a la policía? No porque le tuvieran aprecio dentro del grupo ni porque lo echaran de menos. Pero llamaron, y el policía parecía un poco cansado. Era evidente que reconocían ese nombre, y le pidió a la persona que había llamado que se diera una vuelta alrededor de la casa y tocara el timbre. Así se hizo, y una vez allí resultó que la puerta no estaba cerrada con llave. En la mesa de la cocina había una taza de café a medias y un pastel de canela reseco en el que había dado un mordisco. La silla estaba retirada de la mesa, como si él acabara de levantarse. Dieron una vuelta por la casa, arrugando la nariz por el hedor de la basura. Tiraron de la puerta del garaje, que estaba cerrada con llave, y miraron el candado del cobertizo. Pero no vieron a Robert ni al chucho por ninguna parte.

Así que finalmente la policía se acercó al pueblo y constató que había desaparecido. El viejo Jeep todavía estaba allí, pero el *quad* había desaparecido.

Entonces empezaron las habladurías en el pueblo sobre los coches de matrícula polaca de los que se había advertido desde los otros pueblos, esos tipos que al parecer controlaban las casas para robar después. Después también pensaron que había desaparecido uno detrás del otro, primero Petri y ahora Robert. Nadie ignoraba que Robert mataba algún que otro reno, así que no era totalmente descabellado pensar que los samis se habían cansado.

Y ahora estaba en la portada del periódico. En el artículo la policía pedía

a los ciudadanos que se pusieran en contacto con ellos si tenían alguna información o habían observado algo. Se describía el *quad*, así como al perro cazador de alces noruego, que también había desaparecido.

Su madre leyó algunos párrafos en voz alta. No sabía muy bien cómo encajar la noticia. Se reía de la descripción que hacían de él. «Hace tiempo fue un buen trabajador forestal», decía alguno. «Increíble —decía otro— que eso haya pasado en nuestro pequeño pueblo».

Su madre tuvo que contenerse; no estaba bien reírse si él había muerto.

Elsa se llenó la boca de comida. Masticó hasta que se le hizo una bola. Buscó la mirada de Mattias por encima de la mesa, pero él solo miraba al plato y comía con aire concentrado. No había estado en casa con ellos desde hacía un par de días. A Elsa la mala conciencia la corroía de nuevo. Debería haber buscado en el bosque, seguro que Robert estaba muriéndose en alguna parte, desangrado.

—La policía dice que su móvil se debe de haber quedado sin batería porque no le llegan las llamadas.

Su madre levantó la vista y se recostó en el sofá.

—Qué bien que puedas volver a comer, Mattias. Seguro que has tenido alguna infección intestinal. Parece que has perdido algún kilo también.

Él no respondió, apuró el vaso de agua. Elsa observó que tenía la piel debajo de los ojos de color morado oscuro. Y no la había mirado ni una sola vez.

—¿Tienes fuerzas para ir a trabajar con *isa* esta noche?

La madre tenía un palillo en la boca. Mattias negó con la cabeza y la madre dejó de hurgarse los dientes.

—¿Y tú, Elsa?

—Tengo que ir a casa de Anna-Stina. La criatura...

—Sí, Dios mío. Qué suerte que todo salió bien.

Guardó el pan y la mantequilla, tarareando algo.

—Tengo gimnasia esta tarde. Quizá deberías acompañarme, Elsa. Estás tan pálida...

—Te acabo de decir...

—Ah, sí, Anna-Stina.

Enjuagó la olla de la pasta.

—Probablemente esté muerto.

Mattias desapareció rápidamente en el cuarto de baño y Elsa le oyó abrir el grifo.

Se masajeó los hombros; los tenía tensos y el dolor se trasmitía hacia los oídos hasta provocarle una sensación de mareo. Dentro del cuarto de baño,

el agua seguía corriendo y su madre hacía el mismo ruido enjuagando la olla de la pasta. La radio estaba a todo volumen. Elsa se tapó los oídos, hasta que su madre se volvió y la miró.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, me duele la cabeza y con tanto ruido me duele más.

—Solo quiero escuchar las noticias. Saber si lo han encontrado.

Elsa se puso la rebeca blanca y dio dos vueltas al chal rojo alrededor del cuello. Dejó el plato encima de la mesa y fue hacia el pasillo. Oyó a su madre suspirar y recoger la mesa.

Apoyó la cabeza contra la puerta del cuarto de baño. Se moría de ganas de hablar con él.

—¡Lo han encontrado! —gritó su madre.

El grifo del baño se cerró. Elsa esperó. Su madre volvió a gritar.

—¿Habéis oído? Han encontrado el *quad*, no muy lejos del río. Volcado.

—Tengo que irme —dijo Elsa abriendo la puerta principal.

La madre apareció en el umbral del pasillo.

—¿No te parece raro que hayan encontrado el *quad* y a él no?

—Sí, pero a lo mejor no lo conducía él. Puede que alguien se lo robara y volcara.

Elsa se oyó a sí misma hablar, la naturalidad con la que mentía. Su madre asintió.

—Sí, es verdad. Podrían ser esos polacos. La policía dice que sospechan que puede tratarse de un crimen.

Elsa le dio la espalda y se despidió con la mano.

—Volveré tarde.

—¿Cómo estás, Mattias? ¿Te encuentras mal otra vez?

Se oyó un crujido en el suelo y él murmuró alguna cosa inaudible. La madre agarró a Elsa del brazo.

—Estoy preocupada —susurró, señalando hacia la puerta—. ¿Se habrá vuelto alérgico al gluten?

—Qué va. ¿Por qué tendría que ser así?

Cerró la puerta de la casa al salir, sin dar tiempo a su madre de decir nada más. Bajó la escalera con pasos desacompasados, como si las piernas se movieran por su cuenta. Le temblaban las manos en los guantes de lana que le había hecho *áhkku*.

El cuerpo se enredó en una red que unos pescadores furtivos habían lanzado río abajo. Primero lo dijeron en la radio, y por la tarde en los informativos de la televisión, con un mapa que marcaba con una cruz negra el lugar donde habían encontrado a Robert y con una cruz roja el lugar del *quad*. Parecía un accidente, pero había algunos interrogantes. La policía tuvo que abrir una investigación, y los vecinos del pueblo especulaban, repasaban los hechos y, después de que el hallazgo se hubiera discutido tantas veces, puede que añadieran algún detalle de su cosecha, con el deseo de hacerlo más emocionante.

Pero si había volcado el *quad*, ¿por qué Robert siguió a pie hasta el río? Habían hallado restos de sangre que iban hasta la orilla; quizá quería lavarse alguna herida. Era posible. Pero seguramente estuviera borracho, y entonces lo más inverosímil podía convertirse en verosímil. En cualquier caso, no había actuado de manera racional. Seguro que se tropezó, cayó en los rápidos y no consiguió volver a salir del río.

Así que probablemente no pasaría mucho tiempo hasta que quedara claro que Robert había muerto ahogado. «Un trágico accidente», dirían los periódicos. Y la gente del pueblo respiraría aliviada, porque ya no tendrían que temer a los extranjeros.

El padre seguía los informativos con atención, no se perdía ni media palabra de lo que decían.

—Está claro que no era el único que se llevaba nuestros renos, pero era el peor. Ahora estaremos más tranquilos —dijo.

Era como si quisiera convencerse a sí mismo. Elsa estuvo de acuerdo con él. Aun así, no podía permanecer quieta. Quería huir de casa, pero al mismo tiempo no se atrevía a estar sola con sus pensamientos ni un segundo. En la gasolinera el padre había oído las especulaciones de la gente del pueblo y las repitió en casa.

—¿Qué piensas, Elsa?

—No tengo ni idea, la verdad.

No quería ni pensarlo, pero era imposible resistirse: ese pensamiento no la dejaba tranquila. Había abandonado a un hombre herido que había caído al río y había muerto.

Su padre iba cambiando de canal, buscando noticias. Quería oírlas de nuevo, ver si habían aparecido nuevas teorías. Sacaba el móvil de vez en cuando y actualizaba las páginas de los periódicos. Leía cada novedad en voz alta, aunque fuera completamente irrelevante. La policía callaba y no había testigos.

Elsa tenía que serenarse, de lo contrario pronto estallaría y gritaría que era culpa suya.

—¿Crees que puedo llamar a *áhkku*?

Su padre se encogió de hombros y dijo que era tarde.

Por alguna razón necesitaba oír la voz de *áhkku*. Llamó a la residencia y respondió Brittis.

—Me gustaría ver a *áhkku*, ¿puedes ayudarla con el FaceTime?

—¿FaceTime? —resopló el padre en el sofá—. ¿Cómo quieres que lo entienda?

El dialecto del valle del Torne de Brittis la consoló y, como siempre, le aseguró que todo se podía arreglar. La imagen se movía arriba y abajo, y Elsa oyó cómo Brittis instruía a *áhkku*. Cuando *áhkku* estaba demasiado triste y Brittis veía que la anciana necesitaba a la familia, solía llamar y decir que *áhkku* anhelaba oír una voz familiar. Brittis comprendió enseguida que era Elsa, y no la madre o el padre, quien cogería el teléfono.

Al final, *áhkku* apareció en la pantalla. Miraba con los ojos entreabiertos y turbios.

—¡Hola, *áhkku*! ¿Me ves?

Finalmente sonrió y saludó con las puntas de los dedos.

—¡Pues claro!

—¿Qué tal estás?

—Bien. Hoy hemos comido *kroppkakor*[8] y estaban buenísimas. Brittis ha recolectado los arándanos rojos ella misma.

Brittis apareció al fondo. Levantó el pulgar con una sonrisa.

Elsa apenas podía contener las lágrimas y giró el móvil hacia su padre.

—Mira quién está sentado aquí.

El padre saludó y *áhkku* gorjeó de alegría.

—Pronto empezará la caza de alces. ¿Te acuerdas de cuando *áddjá* disparó a uno con las astas de doce puntas? —preguntó Elsa cuando volvió a mirarla.

A *áhkku* se le iluminó la cara y se rio entre dientes. Sí, esa historia de caza era buena y se podía contar muchas veces. *Áddjá* estaba haciendo pipí al lado de un árbol cuando, de repente, apareció un alce corriendo por el bosque y cogió su rifle y disparó.

—¡Con los pantalones bajados!

Elsa miró de reojo a su padre, que también estaba sonriendo. Por un momento todo era perfecto.

—¿Has oído las noticias sobre Robert? Está muerto —gritó el padre.

—Brittis nos ha leído la noticia a la hora del desayuno. Demasiado fuerte, a pesar de que oigo de maravilla.

Áhkku dejó que la trenza se deslizara entre sus dedos. Trató de quitarse la goma.

—*Nu dat lea* —dijo—. No se puede tratar mal a los animales y salir indemne. Así son las cosas.

Asomaron las manos de Brittis. Deslizó con cuidado la trenza de la mano de *áhkku* y se la recogió suavemente en un moño.

—¿Me acercas un espejo?

Áhkku se miró en el espejo, girando la cabeza de un lado a otro con una sonrisa.

—Mira qué bonito, *unna oabba*.

---

8 *Kroppkakor*: plato típico de la cocina sueca; es una bola de masa de patata hervida rellena con cebolla y carne picada. Se sirve con mantequilla y mermelada de arándanos rojos.

La médica del centro de salud se fijó primero en las manos de Mattias, que tamborilearon en las rodillas y luego sobre la pierna derecha, que no dejaba de moverse arriba y abajo. Pero no consiguió que él la mirara a los ojos. Cuando le hacía preguntas, Mattias miraba por la ventana que había detrás de ella.

—El corazón y los pulmones suenan bien, la presión arterial es normal, los valores de la PCR no muestran ninguna infección. Luego veremos qué dicen los análisis de sangre. Se enviarán para hacer un cultivo y recibirás la respuesta dentro de un par de días.

—Pero me duele el pecho —murmuró él.

—Los paseos y el aire libre son buenos. Entrena tres veces a la semana para acelerar el pulso.

Él levantó la vista y suspiró ruidosamente.

—Salgo y acelero el pulso todos los días. Ya te he dicho que soy pastor de renos. Pero tengo una presión en el pecho.

Hacía un momento que la médica había deslizado por la espalda y el pecho de Mattias el frío estetoscopio haciendo que se le pusiera la piel de gallina.

—Tienes el corazón muy fuerte.

—Estoy completamente agotado.

Nunca lo había dicho en voz alta, y eso hizo que su pierna diera un bote incontrolado.

—¿Qué tal duermes?

—Poco.

—El sueño es importante. ¿Cómo son tus días de trabajo? Tal vez tienes que bajar el ritmo. Creo que tiene que ver con el estrés. ¿Estás estresado?

—No puedo bajar el ritmo de trabajo. Tengo que estar por los renos.

—Sí, pero para acabar con el estrés hay que hacer cambios en el estilo de vida. Uno tiene que aprender a decir no. ¿Puedes hacerlo?

Él se agarró a los reposabrazos de la silla; el metal frío enseguida se humedeció bajo sus manos.

—Con los renos no hay días libres.

Empujó la silla hacia atrás, de modo que raspó el suelo y sonó un

estruendo en la fría sala de consulta. La médica frunció el ceño.

—Puedo darte una baja por enfermedad para que puedas descansar durante dos semanas. También puedo recetarte Atarax, que es un sedante suave que puede ayudarte a dormir.

Ya se había vuelto hacia el ordenador y empezaba a escribir la receta. Mattias le miró las manos; tenía los nudillos secos y las cutículas feas. El cabello oscuro lo llevaba corto, y tenía las orejas grandes.

—Ahora no puedo coger la baja.

Ella dejó de escribir.

—Entonces ¿qué quieres, Mattias?

—Solo quiero que me dejen en paz.

—Tal vez podrías irte una temporada, para que no tengas que pensar en los renos.

Se hizo el silencio. Fuera de la consulta se oían pasos ruidosos y voces. Una de las enfermeras había ido a la misma clase que él en secundaria. Cuando ella lo saludó, él estuvo a punto de darse la vuelta. Pero se escurrió dentro del cuarto de baño y se quedó esperando a que llegara su turno.

No podía comprar Atarax en la farmacia porque allí trabajaba uno de sus primos. Tendría que ir a la ciudad.

—¿Dirías que te sientes deprimido, apático, triste?

Oyó las palabras, pero no pudo relacionarlas con lo que sentía. «Desesperanza», pensó.

—No sé.

—¿Ansiedad?

Asintió.

—Sí.

—¿Qué te provoca ansiedad? ¿Puedes hablarme de situaciones concretas?

Era una médica joven, un poco mayor que él, pero entre ellos había océanos de vida y tiempo. Era suplente, venía de un hospital grande del sur de Suecia y costaba mucho dinero, según había oído él. Cuando volviera a la gran ciudad, seguro que se reiría con sus compañeros y les hablaría de él.

—Se nos mueren muchos renos —dijo finalmente—. Cada vez que salgo sufro.

Ella asintió y lo miró con aire serio.

—Puedo hacerte un volante para un psicólogo, pero el tiempo de espera es de tres meses. ¿Te parece bien? Mientras tanto, tenemos una asistente social que te podrá dar hora antes.

Ella dijo el nombre y él se hundió en la silla.

—La conozco.

—Vaya, entonces no puede ser. En ese caso tendrás que esperar al psicólogo. Ha llegado uno nuevo que, según dicen, es muy bueno.

Ella se volvió de nuevo hacia el ordenador y comenzó a escribir.

¿Sonreía? Eso parecía. Mattias no podía dejar de mirar sus pequeños dientes blancos que asomaban con la sonrisa. ¿Por qué sonreía? Mattias se levantó apresuradamente y dejó caer el gorro al suelo. Se agachó y lo recogió.

—Tengo que irme.

—No, hombre, no. Siéntate, ahora que empezamos a avanzar.

—Ya he acabado.

—¿Y el Atarax? ¿Quieres que te haga una receta?

Él asintió con la cabeza y se puso el gorro.

—No iré al psicólogo.

—¿Estás seguro? Porque creo que, de todos modos, deberías…

Mattias estaba en el pasillo y cerró la puerta al salir.

La antigua compañera de clase estaba hablando con un hombre jorobado y de pelo blanco que empujaba un andador. Sonrió a Mattias al mismo tiempo que ponía ligeramente los ojos en blanco. Era guapa. Tal vez podría haber significado algo para él, hacía mucho tiempo. Ahora él no valía gran cosa. La saludó con la cabeza sin sonreír, pero ella le sonrió aún más.

Sabía que no debía hacerlo, pero no pudo evitarlo. Elsa marcó su número de teléfono directo y él respondió después de tres señales de llamada. Con voz autoritaria, dijo su nombre completo, Alexander Ljungblad. Elsa se preguntó si sus amigos lo llamaban Alex. Su tono se suavizó cuando oyó que era ella. Cuando terminaron las frases de cortesía, Elsa fue directa al grano.

—¿Habéis encontrado el teléfono móvil de Robert? Seguro que hay pruebas de que ha matado renos. Quizá podáis encontrar los contactos que ha tenido, las personas que le compraban la carne.

—Nos hemos puesto con ello, pero no puedo decir más por ahora.

—Supongo que no es una prioridad, ya que está muerto.

—La verdad es que se ha convertido en una prioridad. —Se calló un momento—. Desde que lo encontramos.

—¿Qué quieres decir?

El pulso se le aceleró, tuvo que apoyarse en la pared. ¿Se le había caído alguna cosa? ¿Había dejado algún rastro al lado del *quad*?

Él tapó el auricular y ella escuchó una conversación entre murmullos antes de que él volviera a ponerse al teléfono.

—Perdona, ha venido un compañero. Elsa, no te puedo decir nada más, pero la investigación no está cerrada.

—Pero los periódicos dicen…

—Sí, lo sé, pero las cosas han cambiado.

—¿En qué sentido?

—Hablaremos cuando nos veamos.

—¿Cuando nos veamos?

—Sí, iremos al pueblo esta tarde. Tenemos que hablar con vosotros.

—¿Con nosotros?

—Sí, con tu familia.

Él se cayó y ella notó que se ponía tenso. Volvió a adoptar un tono autoritario.

—Está bien, entonces nos vemos dentro de una hora más o menos. Estaría bien que estuvierais en casa.

—¿Tenías pensado llamar para decirlo o pensabais venir sin avisar?

—¿Tiene alguna importancia eso?

—Sí, claro, y tú lo sabes.

Ella oyó la respiración de él y seguro que él oyó la suya.

—Estaremos en casa —dijo finalmente.

El cabello de su padre se había vuelto muy gris, no solo en las sienes, sino por todas partes. Y lo tenía largo junto a las orejas, tenía que cortárselo. Su madre había adelgazado y no le sentaba bien. Tenía pesas debajo de la cama. Su padre dormía en la antigua habitación de Mattias. Su dormitorio se había convertido en el de la madre, como un extraño refugio en medio del resto de la casa. Lo había llenado de libros y de orquídeas que, gracias a la corriente que entreba por la ventana, florecían esplendorosamente en esta época del año. Había cambiado los cuadros y comprado una nueva colcha de color rosa claro. Era como si se hubiera creado una pequeña vida propia, al lado de la familia. Todos la dejaban hacer. Con tal de que no llorar como antes, pensó Elsa, podían aceptar lo que fuera.

Los padres llenaron las tazas de café por segunda vez y el padre miró la aguanieve que caía fuera. Llegó de repente y más de un mes antes de que la nieve comenzara a cubrir el suelo. No cuajaría. Ese día la nieve se mezclaba con un sol resplandeciente. Dos de las ocho estaciones se peleaban por instalarse demasiado pronto. Todavía no era el momento de pasar de *čakča* a *čakčadálvi*, de otoño a otoño-invierno.

Habían llamado a Mattias, pero no había contestado. El coche estaba en el patio y las persianas estaban bajadas.

—Vendrá cuando vea el coche de la policía —dijo el padre.

—Probablemente no tengan neumáticos de invierno —dijo la madre.

—No está resbaladizo, la nieve se derrite enseguida. No tienes más que mirar la carretera.

Elsa sujetaba con fuerza la taza de té y no la llenó a pesar de que ya se había quedado frío. Los miró, *enná* e *isa* tenían grandes esperanzas puestas en ella y en Mattias. Esperaban que continuasen la obra de su vida.

Se rieron juntos. Estaban aliviados, creían que tenían por delante un futuro prometedor. Tal vez no tendrían que vigilar a los renos este invierno. Robert Isaksson estaba muerto. Por supuesto, nunca se podía desear la muerte de nadie ni celebrarla después, pero por fin podían volver a reír juntos. Era todo un descanso.

Pero eso pasaría pronto, cuando vieran cómo la hija se sentaba en la parte trasera del coche de la policía. Elsa bebió un sorbo de té frío. Se sorprendió de la claridad de sus pensamientos. Decidió que la única cosa

que tenía que hacer era responder con sinceridad.

Sí, estuve al lado del *quad*.

Sí, lo abandoné.

No, no estaba muerto.

¿Por qué lo hice?

Entonces se haría un silencio alrededor de la mesa. Sería el centro de todas las miradas. ¿Cómo podía responder a eso? ¿Qué persona hacía algo así?

—Puede que vengan a pedirnos perdón por todos los robos de renos que no han investigado —dijo el padre.

—Seguro que han registrado su casa y han encontrado carne de reno —añadió la madre.

En las manos llenas de callos del padre, las tazas de café con florecitas de la madre parecían muy frágiles y pequeñas. No podía sujetar el asa con el pulgar y el índice; tenía que rodear toda la taza con el puño. Bebía con todos los sentidos, de forma ruidosa y, durante un instante, con los ojos cerrados.

De pronto, el coche de la policía entró en el patio. Todos enderezaron la espalda y el padre se aclaró la garganta.

—Es Henriksson; entonces la cosa es seria.

Cuando llamaron a la puerta, él gritó:

—¡Adelante!

Y enseguida los tuvieron en la entrada. Eran Henriksson y Ljungblad. La madre dijo que podían entrar con las botas puestas, que parecían muy difíciles de quitar, y el suelo no estaba recién fregado. Se la veía esperanzada. Ya había sacado una taza para cada uno. Se saludaron unos a otros con firmes apretones de manos, pero cuando Elsa estrechó la de Ljungblad, la notó floja y caliente. Les dijeron a los policías que Mattias no estaba en casa ni contestaba al teléfono, pero que lo intentarían de nuevo. Elsa intuía que él estaba en casa. Seguro que vendría pronto, seguro que sí. Pero ¿podría perdonarla? ¿La entendería? Pronto todos la mirarían con otros ojos. Últimamente ella misma evitaba los espejos.

Elsa había llamado a Minna. Había salido a escondidas y, temblando de frío, se había sentado al lado del lago, negro bajo las nubes oscuras. Le preguntó si abandonar a una persona herida era un hecho punible, y la voz de Minna se volvió tensa al preguntar qué había pasado. Fue incapaz de decírselo, ni siquiera a ella, y Elsa dijo entonces que tenía que irse. Colgó para no oír la voz inquieta de Minna, y silenció el móvil.

Ljungblad se había dejado crecer la barba, que llevaba bien recortada hasta las orejas. Parecía que sudaba dentro del uniforme.

Henriksson le dijo que tomara notas. ¿Por qué no la habían citado solo a ella en la ciudad para un interrogatorio individual? ¿Sospechaban que toda la familia estaba implicada?

—¿Cómo va? ¿Habéis registrado los congeladores de Isaksson?

Su padre sonó tan confiado que a ella le dolió. Un dolor físico, como un espasmo en el diafragma. Él nunca podía estar en una posición de ventaja, pero ahora creía que lo estaba. Se recostó tranquilamente con la taza oculta en la mano.

—Tenemos compañeros que han comenzado con eso, sí —dijo Henriksson.

—Ayer también me pareció ver un coche de policía. Justamente dijimos que nunca habíamos visto semejante tráfico de coches de policía. Pero ya era hora de que vinieseis.

No parecía que eso hiciera ninguna gracia a Henriksson. Ljungblad probó con cuidado el café, pero Henriksson puso la mano encima de su taza cuando la madre iba a servirle.

—Mi compañero y yo estamos investigando los detalles de la muerte de Robert —dijo.

—Ah. ¿Entonces no ha sido un accidente?

El padre se inclinó hacia delante, volviéndose hacia la izquierda. No quería reconocer que su oído derecho había empeorado.

—Sí, probablemente, pero para estar seguros queremos atar un par de cabos sueltos.

Elsa miró de reojo a Ljungblad, que no movió ni un músculo de la cara.

—Revisamos la ropa que Isaksson llevaba puesta y se nos presentaron un par de interrogantes. Me gustaría empezar preguntándoos si reconocéis este número de teléfono.

Henriksson tomó el bloc de notas de la mesa, pasó unas páginas y se lo pasó al padre. Era un número con un prefijo de la zona que todos se sabían de memoria, aunque hacía años que no lo utilizaban.

—Es el número del teléfono fijo de mis padres, de la casa de al lado. Pero lo dimos de baja hace mucho tiempo. Ahora es suficiente con el móvil, aunque no siempre puedes confiar del todo en la cobertura —dijo el padre.

—Y estas iniciales, ¿son de tu padre?

—Sí, claro que lo son.

—Las iniciales y el número de teléfono estaban en los pantalones de pescar que Isaksson llevaba puestos. ¿Puedes explicar por qué Robert llevaba puestos los pantalones de pescar de tu padre cuando murió?

El padre se quedó boquiabierto antes de mirar a la madre, que abrió

mucho los ojos. Elsa y Ljungblad se miraron, pero ella no lo vio: su mirada lo atravesó.

—¿Qué? ¿Los tenía él? Pero... —El padre se encogió de hombros con gesto interrogativo—. ¿No los tiramos hace mucho tiempo?

La madre parecía congelada en la silla. Miró primero hacia abajo y luego a Elsa. Gritaron en silencio, sin dejar ver el caos que tenían dentro: Mattias.

—Puede que los robara del contenedor de reciclaje —dijo el padre con aire pensativo.

—¿Robert?

—Sí, esa es la única explicación que se me ocurre. ¿Cómo te lo explicas tú?

La madre respondió lentamente, como si tuviera que medir bien cada palabra antes de decirla.

—Debe de haber sido eso, sí.

—Sea como sea, los tiramos —aseguró el padre.

—Estaban viejos y rotos —continuó la madre con la misma lentitud.

—Sí, eso mismo. Los miramos de cerca y vimos que eran una trampa mortal. Unos viejos pantalones de pescar sin cinturón. Si uno entra en el agua con unos pantalones así, puede quedarse boca abajo y tiene muy pocas posibilidades de salir a la superficie.

—Sí, por eso tuvimos que tirarlos —dijo el padre.

Incapaz de hacer encajar las piezas del rompecabezas, dirigió una mirada interrogativa a Elsa, que desvió la vista y miró por la ventana. Sentía la presencia de Mattias. Ljungblad siguió sus ojos.

—¿Sabéis por casualidad dónde está Mattias?

—No —contestaron al mismo tiempo Elsa y su madre.

—¿Así que murió con esos pantalones?

El padre inclinó la cabeza de nuevo y miró los labios de Ljungblad cuando respondió:

—Sí, así fue. Y encontramos una bota en la orilla del río, así que nuestra hipótesis es que se cambió y se puso los pantalones de pescar. No sabemos por qué. No llevaba ninguna caña de pescar.

—Qué raro —dijo el padre.

—Sí, no nos lo explicamos —dijo Henriksson.

—Sí, ¿cómo podemos saberlo? Como ya he dicho, hace tiempo que tiramos los pantalones.

—¿Estáis seguros de fueron a parar al reciclaje? ¿Dónde los guardabais antes de tirarlos?

«En casa de Mattias.» Elsa se mordió la parte interior de la mejilla hasta

que le dolió.

—En el cobertizo, ¿verdad, Marika?

La madre asintió.

—¿Queréis más café? —preguntó después.

Ya se había levantado y les había dado la espalda. Llenó la jarra de la cafetera de agua, midió el café molido con mano firme, tomándose su tiempo.

—Tenemos que haberlos tirado al contenedor de reciclaje. Yo mismo fui con varios sacos de cosas viejas —dijo el padre.

—¿Erais conscientes de que eran peligrosos? —preguntó Ljungblad.

La madre miró rápidamente por encima del hombro, pero no se encontró con la mirada de nadie.

—Sabíamos que no tenían cinturón y por eso no los usaba nadie.

—Eran muy viejos —dijo el padre.

Todavía parecía confiado, pero ahora también se le veía vigilante.

Elsa también se había levantado y había llenado un cazo con agua.

—A lo mejor quieres tomar un té. No todo el mundo bebe café —dijo dirigiéndose a Henriksson.

—No hace falta, es demasiado tarde para tomar cafeína.

—También tengo roibos.

La madre y Elsa estaban la una al lado de la otra, espalda contra espalda. Hoy no podía caer nadie. La cafetera empezó a sonar y su madre la apartó. Echó café en una taza a través de un colador y luego volvió a verterlo en la cafetera, colocó el colador en el termo y lo llenó de café hasta la mitad. Con las últimas gotas cayeron los posos y formaron una pequeña pirámide en el colador, que ella vació en la bolsa de la basura con un golpe firme. Sirvió café a Ljungblad, al padre y a ella misma. Elsa sacó una taza de té con rayas, la llenó de agua hasta la mitad e introdujo una bolsita de roibos.

—Ha dejado de nevar —dijo la madre mientras se sentaba de nuevo.

Todos se quedaron en silencio alrededor de la mesa, esperando a que Elsa se sentara también. Henriksson no tocó el té que Elsa colocó delante de él.

—¿Somos sospechosos de algo? —dijo finalmente el padre—. Porque estoy empezando a pensar que eso es lo que parece.

Ahora la voz le salía de muy dentro. Elsa reconoció ese tono, y recogió las piernas y cruzó los brazos alrededor del cuerpo.

—Simplemente nos parece curioso que llevara unos pantalones vuestros, y dado que nadie lo vio caer en el río, tenemos que intentar averiguar qué pasó.

Henriksson habló con un tono neutro, pero Elsa vio la tensión en sus ojos. El olor que lo había traído hasta aquí, como a un perro cazador. Esperaba que dieran un paso en falso.

—Curioso —repitió el padre—. La única cosa curiosa es que vengáis aquí y nos interroguéis sobre un accidente bastante normal, cuando nunca os habéis molestado en venir cuando mataban a nuestros animales. ¡Y que lo dejarais escapar cuando ese individuo amenazó a mi hija!

Dio un puñetazo en la mesa. Solo Elsa se sobresaltó.

—¿Quién vio los pantalones de pescar por última vez? —preguntó Ljungblad.

—Yo —respondió la madre rápidamente.

—¿Dónde?

—Limpié el cobertizo y los pantalones fueron al montón de ropa para tirar, que después llevamos al pueblo vecino. Ellos tienen un contenedor de reciclaje y nosotros no, así que hay que ir allí, y vamos muy a menudo.

Ella no paraba de hablar y Elsa quiso ponerle una mano en el brazo para hacerla callar. Pero, en vez de eso, apretó ligeramente la pierna contra la de su madre por debajo de la mesa.

—Y no sabes si después la gente rebusca en los contenedores de reciclaje —concluyó.

—Ese desgraciado seguro que iba —murmuró el padre sin mirar a los policías. Tenía los brazos cruzados y se pellizcaba con fuerza los músculos —. Si creéis que Robert Isaksson era un hombre al que se le podía obligar a ponerse unos pantalones de pescar, estáis equivocados. Y tú, Henriksson, deberías saberlo. Se los puso voluntariamente. Causando su propia muerte.

—Encontramos pantalones de pescar en su casa. Por eso es raro que se pusiera los vuestros viejos —dijo Ljungblad.

El padre miró ostensiblemente el reloj de la pared, se levantó y salió al pasillo. Volvió con las botas en la mano, se sentó en la silla que había junto a la puerta y empezó a atarse los cordones.

Todo lo que tenéis son conjeturas. ¿Cómo vamos a saber nosotros por qué no se puso sus propios pantalones de pescar?

—Puede que alguien lo engañara —dijo Ljungblad—. ¿Tienes prisa para ir a algún sitio?

El padre no levantó la vista; siguió atándose los cordones tranquilamente.

—Tengo trabajo.

Henriksson lo miró disgustado, entrecerrando los ojos, pero era evidente que no quería provocar un conflicto.

—Y ¿dónde está Mattias? ¿Puedes llamarlo otra vez?

Ljungblad miró a Elsa, que obedientemente llamó a su hermano y puso el altavoz para que todos oyeran las señales de llamada.

La madre estaba sentada con la espalda bien recta mirando a un policía y a otro. Sonrió y les preguntó si no querían tomar otro bollo. Ljungblad declinó levantando las manos.

—¿Podéis pedirle a Mattias que nos llame?

La madre asintió, sin dejar de sonreír.

—Por supuesto.

—Muy bien, pues parece que tendríamos que ir tirando.

Henriksson se levantó primero. No había tocado la infusión, que se había enfriado. Ljungblad tenía restos de azúcar en la barba.

Elsa pisó el suelo mojado que habían dejado los policías y se le humedecieron los talones de los calcetines. Su madre se ponía los mechones de pelo detrás de las orejas una y otra vez. Se acababa de cortar el pelo y no se había acostumbrado aún a la melena tipo paje.

—No puede haberlo matado, ¿verdad? —dijo.

Elsa sacudió la cabeza. Era peor que eso. Ahora lo entendía. Había guardado los pantalones de pescar para morir con ellos.

—Pero los cogió, ¿no? Porque no los encontré en el montón de cosas para tirar. —Su madre se apartó el flequillo hacia un lado.

—Creo que los quería tener como un recuerdo de *áddjá*. —Elsa miró al suelo.

—¡Un recuerdo! Hay montones de cuchillos y tazas de madera. ¿Para qué tendría que guardar un par de pantalones de pescar?

Pero Elsa también asociaba algunos recuerdos. Cómo *áddjá* cruzaba los ríos con Mattias a hombros, cuando el calor que llegaba antes de hora fundía la nieve y hacía más difícil pasar a la otra orilla. *Áddjá* no se adentraba nunca en las aguas profundas con los pantalones de pescar, pero entraba en las corrientes de agua con sus nietos a hombros. A veces los llevaba a los dos al mismo tiempo, sin vacilar, aunque el río fluyera con fuerza alrededor de sus piernas. Y ella nunca había tenido miedo. La última vez Mattias ya era demasiado mayor, pero *áddjá* vio que él también quería que lo llevara a hombros, aunque ya tenía las piernas demasiado largas. Así que los alzaba y los dos hermanos se reían a carcajadas agarrados a su cuello.

—Seguramente era un recuerdo.

—Pero ¿cómo se hizo Robert con ellos?

—Eso es lo de menos. Como dice papá, nadie podía obligar a ese hombre a ponerse los pantalones de pescar.

—Y si...

—¿Qué?

La madre la miró estremecida.

—No quiero decirlo en voz alta. —Parecía a punto de llorar y se llevó la mano a la frente—. Pero... ¿y si él lo mató primero y le puso los pantalones de pescar y lo tiró al río para que pareciera un accidente?

—No, imposible.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eso sería una estupidez teniendo en cuenta que en los pantalones están las iniciales y el número de teléfono de *áddjá*. Además, si creyeran que murió de otra manera, los policías lo habrían dicho. Dicen que Robert murió ahogado; por tanto, debía de tener agua en los pulmones y no una lesión que indicara alguna forma de violencia.

—Pero oí algo en el pueblo que decían no sé qué de hemorragias internas.

—Sí, pero piensa en todas las piedras con las que se tuvo que golpear en los rápidos. Es un milagro que no se le haya aplastado la cabeza.

Elsa hablaba en voz baja y tranquila. Pero por detrás se clavaba las uñas en las palmas de las manos, y las rodillas le temblaban bajo la larga falda negra impermeable.

—Pero entonces ¿cómo te lo explicas, Elsa?

—No se lo digas a papá. Hablaré con Mattias.

—Tendría que hablar yo.

—No, hablaré yo.

—Pero ¿dónde está?

La casa parecía aún vacía. La nieve de encima del coche se derretía y caía por las ventanillas laterales y por las traseras.

—Lo encontraré.

Notó las vibraciones del móvil en el bolsillo de la falda. Minna. No respondió la llamada.

—Ahora vete a descansar, *enná*, yo recojo esto.

Refunfuñó, ya tenía en las manos la bandeja de bollos y el cartón de leche.

Estaba acostado en la cama y, en el suelo, al lado, tenía preparada una bolsa de viaje negra. La habitación estaba a oscuras, pero el viejo radiodespertador de *áhkku* y *áddjá* brillaba en el alféizar de la ventana con sus angulosas cifras verdes. Hacía media hora que el coche de la policía había salido del patio, después de llamar a su puerta.

El móvil estaba en modo silencioso, pero la luz azul brillaba con frecuencia desde la mesita de noche, tanto por los SMS como por las llamadas. Antes de que llegaran los policías, Elsa le había enviado un mensaje diciéndole que estaban de camino y que debería ir a casa de los padres. La madre le había llamado tres veces, y una más Elsa cuando la policía ya estaba allí. Cuando se marcharon, ella lo volvió a llamar, y al final se plantó en el porche, gritándole y dando golpes a la puerta, y unos segundos después repiqueteaba con las uñas en la ventana de su dormitorio. Mattias les había quitado la llave extra, la había colgado en su propio armario de llaves junto a la puerta de entrada. No podía vivir así. Al lado de casa de sus padres y con una llave que no le permitía ser independiente. Pensó en lo que le había dicho a la médica, que quería que lo dejaran en paz. Poder cerrar los ojos y no tener que pensar en todo lo que le provocaba ansiedad.

Tendría que poder salir al bosque y morir congelado. Era demasiado cobarde para coger el rifle. Robert Isaksson le había negado la salida, la única manera de encontrar la paz para siempre. Tan típico que era casi ridículo.

—¡Mattias, romperé la ventana!

La voz de Elsa afuera. Había vuelto y Mattias no dudaba de que haría lo que estaba diciendo. Pero su cuerpo permanecía clavado en la cama, le dolían los hombros, tenía la nuca rígida y las manos atadas. Le era imposible levantarse. Pero su propia voz lo sorprendió. Le salió limpia y clara.

—*Vuordde veahaš*. Espera un momento.

No estaba seguro de que ella lo hubiera oído. Esperaba que de un momento a otro los cristales de la ventana volaran sobre su cama. Elsa era más fuerte que él. Por eso podía ir con la conciencia tranquila, ya que ella se quedaría con los renos. La había observado a lo largo de los años, había

tenido una *unna oabba* pisándole los talones desde que echó a andar. La había visto cómo llevaba el lazo con mirada decidida, o más bien cómo lo arrastraba detrás de ella los primeros años. Y había visto cómo se había mantenido en sus trece cuando le decían que su lugar no estaba en el bosque con los renos. Estaba orgulloso de ella. Se lo tendría que haber dicho hacía mucho tiempo. ¿Por qué no lo había hecho? Porque uno no decía esas cosas, sencillamente. No había que andar aplaudiendo y alabando. Hacerlo traía malas consecuencias, como solía decir siempre *áhkku*.

Volvió a oír otro golpe en la ventana y tuvo que esforzarse para levantarse. El pestillo de la ventana estaba duro, pero al final se deslizó y pudo abrirla; el aire frío cayó sobre sus brazos desnudos. La mirada de Elsa era inquieta. Le dijo que entrara por la ventana. Elsa lo miró como si fuera un idiota, pero se agarró al alfeizar y, apoyando la barriga contra el marco, pasó las piernas al otro lado. Cuando vio la bolsa, le dio una patada.

—¿Vas a ir a algún sitio?

—Puede que sí.

Cerró la ventana y Elsa encendió la lámpara del techo antes de sentarse en la cama. Mattias, que quería mantener la distancia, se apoyó en la cómoda.

—La policía ha estado aquí. Quieren que los llames.

Mattias intentó adoptar una pose de indiferencia. Elsa balanceaba las piernas y dio otra patada a la bolsa, esta vez con más fuerza. Después algo se quebró en ella y se puso a llorar tan fuerte como Mattias no la había visto hacerlo desde hacía muchos años. Le caían los mocos y las lágrimas y parecía que le costaba respirar. Los sollozos llegaban en oleadas mientras golpeaba la cama con los puños.

Elsa tuvo que repetírselo varias veces antes de que Mattias oyera lo que decía.

—Ibas a suicidarte. ¡Ibas a hacerlo! ¿A que sí?

Él dejó caer los brazos. Tendría que sentir algo, pero estaba muerto por dentro. Ella no esperó.

—Ibas a ponerte los pantalones de pescar para ahogarte.

Elsa se limpió la nariz con el dorso de la mano y tiró de la colcha para secarse las lágrimas de la cara.

—¡Yo estaba allí! ¿Lo entiendes? ¡Estaba allí!

Mattias seguía sin reaccionar.

Ella se levantó de la cama y le dio un puñetazo en el brazo y lo empujó; él se mantuvo firme. Porque tenía los pies clavados en el suelo. El brazo no le dolía. Elsa volvió tambaleándose a la cama, se tiró de lado, y formó un ovillo

con las rodillas rozándole la barbilla. Mattias tenía la mirada perdida.

—Pensé que era yo la responsable de su muerte. Lo encontré herido y lo dejé allí abandonado. Y resulta que fuiste tú.

Se levantó apoyándose en el codo y miró a Mattias con cara de preocupación.

—¡No me creo que mataras a Robert! Pero yo quería dispararle. —Lo miró con aire desafiante—. Y disparé.

—Oí el disparo —murmuró él.

—Lasse me dijo que no le disparara y volví el rifle hacia el cielo.

Mattias se miró los pies, los calcetines blancos que se habían vuelto grises.

Lasse.

Mattias tragó saliva. No podía pensar.

—No fue una casualidad que los dos estuviéramos allí —continuó ella—. Sentí con mucha fuerza la presencia de Lasse. Seguro que…

Mattias gruñó.

—¡Déjalo!

Empezaba a ser difícil quedarse quieto, pero apretó los dedos de los pies contra el suelo.

—Deberías haberle disparado.

—Si lo hubiera matado, tú no estarías ahora aquí, ¿verdad?Elsa tenía los ojos vidriosos, febriles.

—Entonces te habrías puesto los pantalones de pescar y habrías dejado que te llevaran los rápidos.

Él se miró fijamente los pies, que ya no podían estarse quietos.

—Querías suicidarte, ¿no? —Casi no podía hablar—. Estaba atrapado debajo del *quad*. No tenía ninguna posibilidad de escapar. Pero Lasse…

—¡Deja de hablar de él!

Era imposible estarse quieto. Elsa lo llamó cuando fue hasta el grifo de la cocina y dejó correr el agua fría por las muñecas, llenó un vaso de agua y se lo bebió rápidamente. Todas las persianas estaban bajadas. Era como una cárcel.

Elsa fue a la cocina, se dejó caer lentamente en una de las sillas y lo miró en la oscuridad. Casi no se veían, pero a Mattias le pareció reconocer dos puntos brillantes en los ojos de su hermana. Cuando Elsa encendió la luz de la ventana, Mattias quiso pedirle que no lo hiciera. Pero la vio allí sentada, *unna oabba*. Con los ojos hinchados, surcos rojos por toda la cara y esas greñas que le caían sobre los estrechos hombros.

—Mató a Nástegallu. Lo vi.

Mattias contuvo la respiración.

—Ahora todo sería diferente si me hubiera atrevido a decir algo. Podría haber terminado en la cárcel. Pero me amenazó. Pensaba que nos mataría a todos.

La voz de Elsa era la misma ahora que entonces. Mattias sintió como si alguien le estuviera pisando el pecho.

—Así que todo es culpa mía. Y Lasse, él me preguntó por Robert. Poco antes de que nos dejara. Estuve a punto de contárselo y eso es lo que debería haber hecho. Entonces habrían detenido a Robert y lo habrían condenado.

Tenía otra vez las rodillas contra la barbilla. Tan pálida y tan pequeña. Mattias se obligó a hablar.

—Nunca habría acabado en la cárcel. Solo habría sido un robo. No habría importado nada.

—Eso no puedes saberlo.

—Sí, claro que puedo. Hemos puesto más de cien denuncias que nunca han conducido a nada.

—Pero lo vi, esta es la diferencia. Yo fui testigo.

—Seguiría siendo solo un robo. Como mucho le habrían hecho pagar una multa. ¿Y cómo se habría vuelto él después? Peor que antes, seguramente.

Mattias se esforzaba por parecer decidido, pero deseaba poder expresarse mejor. Debería decirle que la quería, pero esas cosas no se decían. Quería pedirle perdón, porque tendría que haber entendido lo que le pasaba, tendría que haber ayudado.

—Nos lo ahorraste —consiguió decir al final.

El pelo le tapó el rostro cuando apoyó la frente contra las rodillas, y suspiró profundamente. Ese sentimiento conocido de querer romper algo volvió a apoderarse de él. Quería que su hermana se fuera para poder gritar y dar golpes a su alrededor. Se obligó a mirarla; la mala conciencia había vuelto.

Él no había sabido cuidarla. Elsa había sido su *unna oabba* y un buen día dejó de serlo. Ahora quería recordarle cómo le hacía cosquillas, la llevaba a hombros y la perseguía por toda la casa para acabar atrapándola y abrazándola hasta vaciarle todo el aire de dentro. Pero cuando Elsa creció, no supo encontrar otras maneras de tocarla. Y se había retirado. La había dejado ir.

Elsa suspiró de nuevo.

—No puedes abandonarme —dijo.

Y entonces, finalmente, las piernas se le doblaron. Se vio obligado a

sentarse en el suelo. Se odiaba a sí mismo. Ya la había abandonado. Hacía mucho tiempo.

—No sé qué tengo que hacer —dijo él, frotándose las manos contra las piernas, hacia delante y hacia atrás.

—Tienes que buscar ayuda.

—Ya he ido al ambulatorio. Dicen que tendría que coger vacaciones y respirar un poco durante el fin de semana.

Graznó como un ganso, y Elsa no entendió de qué se reía.

—No entienden nada. Tienes que ir a Noruega, al centro nacional sami de salud mental.

—No puedo ir a ninguna parte.

—Tienes que hacerlo. Yo me ocuparé de tu trabajo. Tengo a papá, además. Necesitas ayuda. Y allí hay psicólogos que entienden nuestra vida.

Ahora Elsa se mostró firme. Habló muy deprisa sobre el centro nacional sami de salud mental; lo dijo en noruego: *samisk nasjonalt kompetanscenter, psykisk helsevern och rus*. Dijo que salvaban vidas, que muchos samis habían acudido allí en busca de ayuda. Mattias miraba esa boca que no dejaba de moverse, y esos ojos que habían cobrado vida de nuevo. Esos ojos sanguinolentos, pero decididos.

—Yo te llevaré a Karasjok —concluyó.

—Pero puede que tenga vacaciones de todos modos. En la cárcel. Por homicidio negligente.

El silencio entre ellos pareció eterno.

—¿Qué pasó? —preguntó ella. La garganta se le encogió—. Yo lo dejé debajo del *quad* —dijo Elsa—. ¿Cómo llegó al río?

Mattias se pasó los dedos por el pelo, desde la frente hasta la nuca. Como la madre le hacía siempre cuando era pequeño. Solía estremecerse cuando las yemas de los dedos llegaban a la nuca. Se pasó los dedos una y otra vez.

—¿Cómo se puso los pantalones de pescar?

—Se los puso él mismo.

—¿Por qué?

—Yo había lanzado a su perra a la isla.

Ella se echó a reír.

—¿Que hiciste qué? —Se tapó la boca—. Pobre perra.

—No sé, simplemente la cogí del collar y la lancé. No entendía lo que pasaba, oí un disparo y la perra llegó corriendo. La reconocí y me asusté. —Se aclaró la garganta—. Sí, joder, pobre perra.

—¿Y después?

—Robert llegó, vio a la perra y cogió los pantalones de pescar. Intenté

decirle que no lo hiciera, pero no me escuchó.

Mattias golpeó el suelo con la palma de la mano. El dolor fue inmediato.

—Debería haber insistido, haberle quitado los pantalones. —Cerró los ojos.

—¿Y después qué pasó?

—Se resbaló con las piedras y cayó. Yo corrí hasta el entrante y pensé que podía salvarlo. Me estiré tanto como pude. —Se quedó en silencio—. Pero no pude cogerlo.

Elsa se levantó. Mattias oyó sus pasos ligeros y vio con el rabillo del ojo que se ponía de rodillas a su lado. Se quiso apartar, ya no podía más.

—No fue culpa tuya.

—La policía pensará lo contrario.

—¿Se lo vas a contar?

—Tengo que hacerlo. No tengo más remedio.

La falda de Elsa crujió debajo de él.

—¿Y yo, que lo abandoné herido? ¿También tengo que contárselo?

—No. Tú no tienes nada que ver con esto.

Esta vez no sabría protegerla. La miró de reojo, pero apartó la mirada con la misma rapidez. Elsa estaba demasiado cerca.

—Creo que Ljungblad es un buen policía. Hablaremos con él —dijo ella.

Permanecieron sentados en el suelo, en silencio. Mattias recordó cómo jugaban en la cocina. *Áhkku* y *áddjá* explicaban sus historias, tan llenas de fantasías que ellos las convertían en juegos. Quería preguntarle si ella también se acordaba. Pero Elsa se le adelantó.

—Primero a la policía, y después al centro nacional sami de salud mental —dijo.

Él asintió. Sí, claro. Ahora le tocaba decidir a *unna oabba*.

Las agujas de tejer chocaban entre ellas. Hanna había terminado de tejer unos pequeños pantalones de color verde claro y ahora era una pequeña chaqueta blanca lo que crecía entre sus manos.

Estaba sentada en la cocina, mirando cada dos por tres al cuarto de estar y al sofá donde estaba acostada Anna-Stina durmiendo. Con la misma frecuencia se estiraba para mirar al patio para ver dónde estaba Jon-Isaak.

Se volvieron a oír rumores en el pueblo. Los rumores se extendían rápidamente por los pueblos. Cuando la policía pasó con un remolque, la imaginación se desbordó, seguro que era verdad todo lo que se decía. No se lo inventaban, era un hecho porque era lo que la gente decía.

Cuerpos de renos, carne de alce e incluso una cabeza de oso. Ah, sí, en los congeladores de Robert Isakssons se había encontrado una cabeza de oso.

Se estremeció solo de pensarlo, y se puso el jersey de lana rosa.

Robert estaba enterrado pero su historia viviría mucho tiempo, de eso estaba segura. Su casa se deterioraría, las cortinas de las ventanas primero se volverían pálidas por culpa del sol y después se caerían a trozos, si es que alguno de sus pocos parientes no se apiadaba de esa miseria. Su madre no sería una de ellos, eso seguro.

El techo del cobertizo, que en su día fue un granero, se vendría abajo y los pequeños animales encontrarían refugio allí. Los niños de los pueblos entrarían, se asustarían unos a otros diciendo que él todavía rondaba por la casa y salía a matar renos. Solo los más temerarios se atreverían a entrar en el cobertizo, y a los niños les temblarían las piernas cuando oyeran crujidos en los rincones y encima de sus cabezas.

Ya no veía a Jon-Isak y tuvo que levantarse y mirar por la otra ventana de la cocina. Allí estaba, con la pelota de fútbol, como de costumbre. Era capaz de mantenerla en el aire con innumerables patadas, tratando siempre de batir nuevos récords.

Volvió a sentarse, dejó que la lana se deslizara entre sus manos.

Se decía que los niños ya empezaban a acercarse a la casa de Robert. Los amigos de Jon-Isak habían estado allí, y ella había pensado que él iría al frente, tirando piedras y pintarrajeando las paredes con trozos de carbón.

Pero eso no pasó: Jon-Isak se quedó en casa, al lado de su padre. Seguía aún sin querer ir a la escuela. Porque entre los rumores se hablaba también de un asesino que había lanzado a Robert al río.

No pensaba obligarlo a ir a la escuela. De todos modos, él iba a ser como su padre, no le haría falta la escuela. Ahora solía estirar los brazos hacia el hijo y lo abrazaba con fuerza. Al principio él se quedaba rígido, sin saber cuánto duraría ni por qué su madre se aferraba a él. Los abrazos tuvieron que repetirse unas cuantas veces hasta que él se relajó y confió en ella. Y luego, él también la abrazaba, con cuidado. Ahora era él quien buscaba su cercanía, se arrimaba cuando ella estaba haciendo la comida, se acurrucaba más cerca en el sofá e inclinaba la cabeza contra su hombro y se dormía.

La barriga de Anna-Stina era tan grande que pronto sería más fácil saltar por encima de ella que dar la vuelta alrededor de ella. Tenía la cara redondeada y suave, pero los pies y las manos hinchados. A veces reconocía que tenía miedo al parto. Hanna le había prometido acompañarla si Per-Jonas no estaba en casa. Dios no lo quisiera.

En la tienda había oído que Mattias había ido al centro nacional sami de salud mental. Quien difundía el rumor, con gesto inquieto, no conocía el motivo, pero lo sospechaba. Nadie se había preocupado por ese chaval de dieciséis años que perdió a su amigo. Que se quedó sin Lasse.

Dejó que el tejido reposara un rato sobre la mesa. Era doloroso pensar en Mattias, le recordada la aterradora facilidad con la que ella perdió el equilibrio. Todas las cosas de las que siempre estuvo tan segura se habían revelado extremadamente frágiles. Pero ahora había reunido a su rebaño, hacía lo que se esperaba de ella, lo que se espera de una *áhkku*. Se recompuso, lo hizo por los hijos y por el nieto que estaba en camino, pero no estaba intacta. Solo podía esperar que no se volviera a romper de nuevo. Alguna tarde tenía que hablar con Ante. Pedirle perdón. Esperaba que él también le pidiera perdón a ella.

Si Lasse hubiera dicho que necesitaba ayuda, ella lo habría llevado a Karasjok. Agarró un pañuelo que había en la mesa, y se secó con cuidado debajo de la nariz y frotó suavemente debajo de los ojos.

Miró por la ventana de la cocina hacia la calle principal por donde Elsa corría a buen ritmo con el chaleco reflectante puesto. Corría largas distancias por los caminos rurales. Alguien había dicho que estaba entrenando para la maratón de Estocolmo. Hanna sonrió. Con fuerza de voluntad se podía hacer cualquier cosa. Elsa había entrenado toda la vida, había ido con la cabeza bien alta y se había preparado para tomar el relevo, para ocupar el lugar que le correspondía.

Hanna se levantó y buscó la foto de la confirmación de Lasse y la colocó en la mesa de la cocina delante de ella. Así, bien. Ahora podía mirar a todos sus hijos. Contaba los puntos y las agujas chocaron de nuevo la una contra la otra.

La bandera sami ondeaba delante de la Casa del Pueblo. Los samis, con sus trajes tradicionales, pasaban apresurados al lado de Elsa, hacia el edificio. Muchos la reconocieron y la saludaron. La sesión plenaria del Parlamento sami celebraba la reunión del último día, y Minna estaba en la ciudad. Había viajado desde Umeå para asistir como oyente.

Se dieron un abrazo largo.

—Realmente haces honor a la palabra nómada —dijo Elsa pasando su mano por el chal, los flecos y la espalda de su amiga—. ¿Cómo puedes hacerlo?

—Alguien tiene que hacerlo —dijo con una sonrisa.

Le había crecido el pelo, pero todavía lo llevaba corto. Tenía la mirada tan aguda como siempre.

Minna iba arriba y abajo. Asistía a protestas de mineros, a manifestaciones en demanda de derechos y a largas jornadas en el Tribunal Supremo, donde los representantes del Estado, sin ninguna vergüenza, habían llamado «lapones» a los samis. Elsa aún se enfurecía cuando lo pensaba, y había sido incapaz de seguir la retransmisión en directo por la radio sami. Minna, en cambio, había aguantado todas las horas durante las cuales los samis del norte luchaban contra el Estado para recuperar el derecho a decidir sobre la caza menor.

—¿Tienes fuerzas para hacer también una visita a la comisaría?

—Y tanto. Soy tu abogada.

Sus risas resonaron sobre el aparcamiento y ellas cortaron por el parque para llegar a la comisaría. Pero Elsa estaba preocupada. Ljungblad había llamado diciendo que estaba intentando ponerse en contacto con Mattias y, como no podía contactar con él, le pidió que fuera ella quien se pasara por allí. Y Elsa llamó a Minna, luchando para no dejarse dominar por el pánico.

La comisaría se alzaba detrás de los abedules y Minna se enderezó.

—Tenemos que prepararnos un poco. ¿Qué puede querer? Dijiste que en realidad estaba buscando a Mattias. Y Mattias ya ha contado cómo ocurrió todo, ¿verdad?

Sí. Habían ido juntos a la ciudad y pidieron hablar con Ljungblad. Mattias no había levantado la vista ni una sola vez mientras contó con voz

mecánica lo de los pantalones de pescar rotos que Robert le había arrebatado, y que Robert se había resbalado y caído al agua y que él había intentado salvarlo. Ljungblad había ido a buscar a Henriksson y Mattias tuvo que volver a explicar todo mientras la grabadora grababa su voz monótona. Entonces a Elsa ya no se le permitió estar en la sala. Y antes de cerrar la puerta, tomó a Ljungblad del brazo y le dijo: «Mattias realmente trató de salvarlo. Por favor, tenéis que creerlo».

Elsa se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. Los broches de Minna tintinearon en su pecho.

—Sí, Mattias lo ha contado todo.

—Entonces, ¿qué pueden querer de ti?

Elsa no había querido involucrarla. Ahora se arrepentía.

Minna pasó la mano por la espalda de Elsa y buscó su mirada.

—Recuerdo que me llamaste una vez y me preguntaste qué pasaba si abandonabas a una persona herida. ¿Por qué me lo preguntaste?

Elsa agarró el pomo de la puerta de la comisaría. Miró a Minna por debajo del flequillo.

—Yo también estuve allí —susurró.

Un calefactor zumbaba en la esquina del despacho de Ljungblad.

—Tendréis que disculparme por el frío. Tenemos un problema con la calefacción del edificio —dijo él.

Elsa se quedó con la cazadora puesta, pero Minna se sentó, impasible, con su traje tradicional.

—Me alegro de que hayas podido venir con tan poco margen. ¿Qué tal está Mattias? He oído que está en el psiquiátrico.

—No, no es un psiquiátrico. Recibe ayuda psicológica en Noruega, en un centro especializado en enfermedades mentales de la población sami.

Ljungblad asintió y hojeó en la pila de papeles que tenía sobre la mesa.

—Sabes que hemos iniciado una investigación, una investigación de verdad. Hemos encontrado cosas en el teléfono de Robert y en su casa. Por ahora no puedo decir más, pero quiero que lo sepas. Tal vez puedas comunicárselo también a Mattias.

—¿Entonces Robert es sospechoso de algún delito?

—Por desgracia, cuando una persona ha muerto no puede ser sospechosa de ningún delito. Pero, de todos modos, hemos encontrado suficientes razones para seguir con la investigación.

—Ya te dije que habría muchas cosas en el teléfono de Robert. Nadie nos

ha escuchado, durante todos estos años nadie nos ha creído. Habríamos podido evitar muchos problemas.

—No te voy a dar falsas esperanzas, puede ser difícil hacer algo con las antiguas investigaciones. Además, algunas han prescrito porque ha pasado mucho tiempo.

Minna explicó el término jurídico, aunque Elsa lo había entendido muy bien. Cuando Ljungblad la miró con cara de cansancio, Minna hizo como si se cerrara una cremallera sobre los labios pintados de rojo. Pero un segundo después la abrió.

—Si lo hubierais calificado como un delito más grave que un robo, no habría sido demasiado tarde.

—Entonces supongo que también sabrás que no somos nosotros quienes decidimos si el delito se ha de calificar como un robo. Eso tendrás que hablarlo con el legislador.

—Y lo haré.

Ljungblad suspiró y se volvió hacia Elsa.

—Nos han entregado un casquillo vacío que se ha encontrado donde estaba el *quad* de Robert.

El casquillo.

—Hemos llamado a tu hermano, pero no contesta. Mattias tiene licencia de armas, eso lo sabemos —dijo alargando las palabras y mirando fijamente a Elsa, que no se atrevía a parpadear.

—¿Qué interés tiene eso? No hubo ningún disparo. Es posible que el casquillo se le haya caído a algún cazador de aves.

Minna no pudo evitarlo y Ljungblad le señaló la puerta.

—Creo que es mejor que esperes fuera.

—¿Es esto un interrogatorio?

—Recopilo información para la investigación. Por favor, ¿puedes esperar fuera?

Minna se levantó muy poco a poco, se enderezó el cinturón y le guiñó un ojo a Elsa. La puerta se cerró detrás de ella.

Elsa se estremeció y se ciñó el chal alrededor del cuello.

—Él no lo mató.

—Pero alguien disparó, y pudo haber sido con intención de matar. Tal vez la situación no fue exactamente como tu hermano la describió.

Él intentaba estirarle de la lengua; hablaba en voz baja.

—¿Cambia eso las cosas?

—Quizá. Nosotros tenemos que seguir preguntando.

—Entonces tendréis que preguntárselo a él.

Ljungblad se pasó los dedos por la barba.

—Creo que es posible que no estuviera..., que hubiera más personas.

Elsa imitó a Minna.

—¿Es esto un interrogatorio?

Él la miró decepcionado.

—Hay un testigo que vio tu coche en esa zona.

Todo empezó a darle vueltas y tuvo que fijar la mirada en los zapatos. Había hecho caso a Mattias. Ella tenía que quedarse al margen. No había entendido por qué. Y ahora todo se resquebrajaba.

—Está bien, yo estaba allí. —Elsa levantó la vista—. Lo encontré debajo del *quad*. Y fui yo quien disparó. Pero no a él.

Volvió a ver el cañón delante de ella, apuntándolo a la cara. Un escalofrío la hizo temblar. Había estado muy cerca.

—Disparé directamente al aire.

—¿Lo obligaste a ir al río?

La voz de Ljungblad parecía tensa.

—No. —Hizo una pausa y se le calentaron las mejillas—. Lo dejé debajo del *quad*.

—¿Así que lo liberó tu hermano? ¿Lo dejaste con tu hermano?

Ella negó con la cabeza y lo miró a los ojos. Poder contar la verdad era reconfortante. De repente, no quería nada más que poder contar toda la verdad.

—Yo no sabía que él estaba en el río y Mattias no sabía que yo estaba en el bosque.

—Entonces, ¿cómo se liberó Robert? Debía de estar atrapado debajo del *quad* cuando llegaste tú, dado que seguía allí. ¿O estaba inconsciente?

No le podía hablar de Lasse. No lo podía explicar a los que no lo entendían. O, aún más importante, a los que no creían que fuese posible. ¿Cómo podría decir lo que sabía? Esas cosas, la presencia de los muertos, no servían en los juicios, ni siquiera se podía hablar en voz alta de ello y nunca podría ser una explicación razonable. No, se removerían en sus asientos y negarían con incredulidad. Dirían que eran fantasías o excusas. Tiempo atrás mataron a unos samis por eso. Los hicieron callar con violencia. Los obligaron a volver la espalda a algo que era evidente. Así que Ljungblad, como todos los demás, buscaría una explicación lógica.

—Entonces, ¿fue Mattias quien levantó el *quad*?

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Para obligarle después a ponerse los pantalones de pescar y empujarlo al río?

Sonó sarcástica, y eso a él no le gustó. Se le notaba. Era un policía joven,

tenía ambiciones. No pensaba seguir investigando casos de borrachos al volante y de violencia doméstica. Quería dirigir investigaciones más importantes en una ciudad más grande. Y ahora tenía la oportunidad, pensó Elsa; quería resolver un asesinato, descubrir un crimen brutal.

—¿Por qué no dijiste que tú también habías estado allí?

—Mattias pensó que era mejor así. Yo no estaba allí cuando Robert cayó al río.

—Deberías haberlo dicho. Mentir es grave, especialmente cuando ha muerto un hombre.

—No dije ninguna mentira, simplemente no lo expliqué.

—Pero fuiste a matarlo. Si no, ¿por qué llevabas un arma?

—¡No, de ninguna manera! La llevaba para protegerme. Tenía miedo. Lo he tenido durante todos estos años, desde que era una niña. No estamos seguros en nuestras propias tierras. Nuestros animales no están a salvo.

—Te lo habrías puesto más fácil si hubieras dicho que habías salido a cazar pájaros.

Lo dijo tan bajo que ella apenas lo oyó.

—Puede ser, pero ya que explico lo que pasó, quiero decir toda la verdad.

—En un interrogatorio formal tendrás que empezar desde el principio.

—Murió ahogado. Tenía agua en los pulmones. No estaba muerto antes de meterse en el agua.

Elsa repitió lo que Minna le había dicho, y Ljungblad la miró con las cejas levantadas.

—Pero el caso es que acabó en el agua y murió. ¿Por qué?

—Iba a salvar a su perra. Tal como dijo Mattias.

—Habéis tenido mucho tiempo, Mattias y tú, para poneros de acuerdo.

—Y vosotros habéis tenido mucho tiempo para poner fin a lo que nos hacía.

Se quedaron en silencio, mirándose el uno al otro. Ninguno de los dos rehuyó la mirada.

—Mató a mi reno y me amenazó cuando tenía nueve años. ¿Entiendes lo que eso significa para un niño?

El artículo estaba abierto en una de las mesas bajas de pino de la sala de profesores en la escuela. Pero enseguida cogieron el periódico y se lo pasaron de mano en mano. Algunos profesores leían en voz alta a los compañeros, mirando el periódico o el móvil. El titular, en grandes letras negras, hablaba de la banda que suministraba carne de renos cazados furtivamente tanto a restaurantes como a hoteles de la costa. Habían descubierto la trama en casa de dos hombres muertos, y ahora la policía investigaba las conexiones con diversos sospechosos, con ramificaciones que llegaban hasta Finlandia. Al menos el propietario de un restaurante era sospechoso de haber comprado carne obtenida de forma ilegal. Otro afirmaba rotundamente que había creído de buena fe que compraba la carne a los propietarios de renos, pero la documentación hallada en casa de los fallecidos indicaba lo contrario.

Henriksson manifestó que todavía estaban interesados en recibir información de la ciudadanía e hizo hincapié en que ellos nunca habían dejado a los pueblos en la estacada.

—Esto demuestra que nuestro trabajo está dando sus frutos. Hemos hecho una investigación sólida con un resultado muy exitoso.

Esta frase hizo que los compañeros de Elsa resoplaran, irritados.

—¿Cómo no le da vergüenza?

Su padre también había alzado la voz cuando, por la mañana, leyó las palabras de Henriksson en el móvil.

—¿Cómo pueden atribuirse el mérito? Alguien encontró el teléfono de Robert, y no hubo ninguna búsqueda ni investigación. ¡Si no hubiera muerto, habríamos tenido que seguir vigilando a los renos las veinticuatro horas del día!

Elsa esperaba la ocasión propicia para contar a sus padres cómo había ocurrido todo. Pero le había prometido a Mattias que esperaría hasta que él pudiera estar presente y explicarlo. Y la cosa no podía salir de ahí. Nadie fuera de la familia lo sabría.

Ella le había dicho a Mattias que, si se supiera la verdad, él podría regresar al pueblo sami como un héroe. Pero resopló en el auricular y dijo que a veces parecía tonta.

—Deberíamos estar agradecidos de que la investigación no haya prosperado y de que nadie, aparte de nosotros, sepa que ha existido.

Sí. Ljungblad, con el fuerte respaldo de Henriksson, había intentado aclarar las últimas horas de vida de Robert. Si se examinara el trabajo de Ljungblad no habría nada que censurar, había llevado la investigación de manera impecable, siguiendo todos los hilos e interrogando a los hermanos por separado. Al final, pudo llamar a Elsa con la conciencia tranquila para informarle de que la investigación se archivaría. Robert se había puesto los pantalones de pescar y se había ahogado. No había nada que indicara otra cosa.

—¿Nos crees? —se atrevió a preguntar ella.

—Sí, la verdad es que os creo.

Y ella había llorado.

Elsa se recostó en el sofá rojo de la sala de personal, bebió el té caliente y escuchó los murmullos. Se preguntó si alguien se daría cuenta de que la persona citada en el artículo era ella. El miembro anónimo del pueblo sami que relataba una larga historia de hostigamiento y amenazas y reclamaba que ya era hora de revisar la legislación, que la matanza de renos debía ser castigada con más dureza, y calificada de otra manera. Pronunciarse no estaba exento de riesgos, y estaba preocupada por Jon-Isak.

Se levantó y se acercó a Karen, una maestra que estaba sentada un poco apartada de los demás. Removía el café con una cucharita y miraba a los niños que jugaban en la nieve recién caída. Pronto llegaría el invierno de verdad.

—Jon-Isak aún no ha venido.

Karen se sobresaltó y se le cayó un poco de café.

—¡Uy! Qué susto me has dado.

—Hace semanas que no viene. ¿Hacéis alguna cosa?

—Hemos llamado, yo me he pasado por su casa y estamos en contacto con el equipo de seguimiento de salud de los alumnos.

—Seguro que volverá a haber peleas ahí fuera otra vez.

Elsa asintió mirando al patio y Karen suspiró profundamente.

—¿Sabes? Casi he perdido la esperanza.

—Pero no podéis abandonar a Jon-Isak.

—No es fácil hablar con su madre. —La maestra parecía que se sentía responsable—. Sí, no quiero cotillear, pero es así. Y el padre está en el bosque con los renos la mayor parte del tiempo y no ha venido nunca a la escuela.

Elsa no se había atrevido a volver a casa de Hanna, pero cada vez que

pasaba corriendo por la cuesta, pensaba en ello. Tendría que ir.

—Voy a hablar con la directora. Esto no puede seguir así. No me refiero solo a Jon-Isak, sino en general a todo lo que pasa entre los alumnos —dijo ella.

Karen miró el reloj, se levantó y puso una mano en el brazo de Elsa.

—A Jon-Isak no le gusta que tú trabajes aquí.

Elsa se encogió de hombros.

—Lo sé. Pero pronto lo dejaré. Trabajaré fuera con mi padre a tiempo completo, ahora que Mattias está en Karasjok.

—Claro.

La gente nunca sabía qué decir de Mattias. Lo más sencillo era volver la espalda o murmurar alguna vaguedad. «Bueno, ahora tengo que irme», decía a menudo. Elsa había oído de todo.

Sacó el móvil, quería ver si Mattias había dado señales de vida. Ella le enviaba un SMS todos los días, intentaba leer entre líneas para saber si se encontraba mejor. Él respondía que sí, que se sentía mejor, pero aun así no venía a casa. Posponía la fecha una y otra vez. Ella le escribió que no había nada de lo que avergonzarse, pero él no contestó.

Jon-Isak no se dio la vuelta. Estiró la espalda y se concentró en coger el ritmo. Pero de todos modos tenía que mirar de reojo hacia abajo para comprobar que los esquís no se salieran de los rastros.

Lo peor era bajar desde casa por una cuesta empinada y con matas de hierba que la nieve no había cubierto. Al lado del lago había pistas, pero no tan buenas como las que solían formarse en el hielo, cuando las motos habían compactado la nieve. Estaba seguro de que el hielo aguantaría su peso, pero su madre le había gritado que eso estaba absolutamente prohibido. Ella se arrepintió de haberle gritado y lo atrajo hacia sí y le pidió perdón en voz baja. Él se había revuelto para liberarse. Pero por dentro se llenaba del olor de su madre.

Se impulsaba con los bastones y se enfadaba porque no iba bien. El deslizamiento era malo y la nieve apenas había tenido tiempo de cubrir el suelo. Pero tenía que continuar. Iba a demostrárselo a todos cuando llegara la primavera y fuera el momento de la gran carrera de esquí entre los pueblos. Tenía tiempo de sobra para practicar porque ya no iba a la escuela; él solo necesitaba los renos.

Elsa había observado recientemente las huellas de los esquís que bajaban desde la casa de Hanna y se interrumpían al llegar a la carretera principal para aparecer luego al otro lado. Así que empezó a vigilar desde la ventana de la cocina, esperando que apareciera la pequeña figura. Y apareció. El recorrido por el borde del río era irregular; él se quedó parado y lanzó miradas rápidas hacia atrás antes de deslizarse un par de metros en el hielo. El hielo aún era demasiado delgado, y Elsa contuvo la respiración. Pero él se dio media vuelta y siguió el rastro que Elsa había formado con los esquís.

Elsa se puso los esquís, deslizándose con cuidado hacia delante y hacia atrás. El aire era claro y frío, y se notaba por el olor que había más nieve en camino. El cielo estaba blanco. Le dio ventaja, hasta que a él ya no se lo veía desde la carretera. Elsa cogió ritmo y se deslizó hacia delante. Los músculos de las piernas le tiraban después de correr por el patio, pero se le pasaría enseguida.

Se impulsaba con los bastones a intervalos irregulares, doblaba las rodillas y tomaba impulso. Se iba acercando, metro a metro. Pronto llegarían a la linde del bosque donde las pistas de invierno conducían hasta el cercado. Entonces lo oyó. Una voz clara de niño que viajaba lejos en el silencio del bosque. ¿Cantaba un *joik*? Eso parecía. Sí. Elsa oyó qué *joik* era. El de Lasse. Ellos dos no habían llegado a conocerse y, sin embargo, él siempre había estado presente. Y ahora el círculo se cerraba con un *joik*. Elsa tuvo que detenerse, dejarlo ir.

Pero Jon-Isak se dio la vuelta y la vio. El *joik* terminó de golpe. Elsa levantó la mano y lo saludó con el bastón. Él casi se cayó, tan rápido que se giró antes de empezar a impulsarse deprisa con los bastones. Desapareció entre los árboles y Elsa se quedó donde estaba. Se quitó los guantes, tiró de la cremallera del bolsillo, deslizó la mano en su interior y acarició la oreja. Cerró otra vez la cremallera, se puso los guantes y se caló el gorro sobre las orejas, que se le habían puesto rojas con el frío. Luego empezó a deslizarse, lentamente al principio, hasta que encontró el ritmo y la respiración. Después de casi cien metros vio las huellas de Jon-Isak, que se dirigían directamente al bosque, en dirección al viejo cercado por donde aún no se había abierto ningún rastro de esquí. Lo siguió. Se le oía resoplar y jadear. Era difícil avanzar sin rodadas. Se atascaba y no podía deslizarse.

Los esquís y los bastones de Jon-Isak estaban en el suelo. Ella esquió siguiendo sus pisadas, se detuvo y escuchó.

Entonces empezaron a caer los primeros copos de nieve; revoloteaban despacio, haciendo piruetas en el aire, y le aterrizaban en las mejillas y las pestañas.

El cercado seguía en su sitio. Lo buscó con la mirada. Se quitó los esquís y apoyó los bastones contra un pino. Jon-Isak estaba sentado en el otro extremo del cercado, en el punto más alto de la valla, desde donde había una buena vista. El chico balanceaba las piernas, sin cogerse con las manos. Estaba haciendo una bola de nieve, dando golpes para hacerla redonda y dura. A veces hacía fuerza con las pantorrillas para mantener el equilibrio.

Elsa entró en el cercado y caminó lentamente hacia él. Cuando se detuvo junto a la valla, la movió un poco para que él tuviera que agarrarse. Ella sonrió. Él no.

—¿Sabes? Cuando tenía casi la misma edad que tú, también esquié hasta aquí yo sola y entonces tu *eanu* Lasse estaba aquí. Di de comer a los renos con él.

Jon-Isak siguió golpeando la bola de nieve, apretándola con fuerza.

—Después pude esquiar remolcada por su moto de nieve. Siempre decía

que era como hacer esquí acuático en el Mediterráneo. ¿Sabes que viajaba a menudo al extranjero?

El chico intentaba ocultar su curiosidad, pero ella se dio cuenta de que prestaba atención; sus movimientos con la bola de nieve se volvieron más suaves.

—No había nadie como él en todo el pueblo. Viajó por todo el mundo.

Jon-Isak arrugó la nariz.

—Bueno, a lo mejor no estuvo en todas partes, pero sí en todos los continentes. Volvía a casa sabiendo cosas que ninguno de nosotros sabía. Pero no se quedaba nunca en los lugares a los que viajaba. Porque me parece que sentía añoranza. Yo creo que echaba de menos esto.

Elsa se apoyó contra la valla y dejó de mirar hacia arriba.

—Él me ayudó. Creo que era el único que entendía mis dificultades. No es que dijera gran cosa, pero estaba ahí.

La nevada se iba haciendo cada vez más densa; pronto no se vería más allá de unos cuantos metros.

—Él sospechaba que yo había visto algo terrible que no me atrevía a contar. Lo entendió, pero dejó que no dijera nada. A veces no queremos contarlo todo.

Elsa miró hacia arriba. El gorro negro de Jon-Isak estaba blanco de nieve. Pestañeaba rápidamente cuando los copos de nieve le caían en los ojos.

—Cuando Lasse murió, pensaba que había enterrado mi secreto con él y que no quería volver a pensar en ello. ¿Quieres ver lo que es?

Jon-Isak permaneció sentado sin moverse y mirando al frente.

—No es nada extraordinario, lo has visto antes, pero está relacionado con una de las peores cosas que me han pasado.

Miró de reojo hacia ella y a la mano que tenía en el bolsillo.

—¿Sabes por qué no enterré mi secreto con él?

Jon-Isak esperó en silencio.

—Porque algo me dijo que necesitaría mi secreto en otro momento. Para otra persona. Y creo que eres tú quien ha de tenerlo. Pero te lo advierto, es una historia terrible.

Elsa esperaba que él bajara, pero no lo hizo.

—¿Puedo subir?

Al ver que él no negaba con la cabeza, Elsa se agarró con fuerza a la valla y se empujó con los brazos para subir al siguiente tablón. Se sentó también y dejó las piernas colgando, a pesar de que sintió el vértigo en el estómago.

—Esto está muy alto. Y no te agarras con las manos. ¿Estás loco?

Se rio un poco y mostró claramente cómo ella se agarraba a la valla con

las dos manos. Hubo un cambio en los ojos de él. Se pasaba con indolencia la bola de nieve entre las manos y Elsa vio que presumía.

—Justo ahí. —Elsa señaló hacia la entrada en una esquina del cercado—. Ahí encontré a mi preciosa cría muerta, Nástegallu. Y vi al hombre que la mató.

Jon-Isak entrecerró los ojos y miró fijamente hacia la valla del otro lado. Apenas se podía ver con la nevada.

—Le había cortado las orejas a Nástegallu y tal vez planeaba llevársela, pero cuando llegué no se atrevió. ¿Sabes?, tenía una oreja en el bolsillo del pantalón, donde tenía también los guantes, y, cuando los sacó, se le cayó el trozo de oreja y se fue. Y yo lo recogí, pero no se lo enseñé nunca a nadie.

Elsa se agarró temblorosa con una mano, y la valla vibró bajo su peso mientras buscaba en el bolsillo con la mano que tenía libre. Sacó el trozo de oreja, retiró los copos de nieve con el pulgar, pero siguieron cayendo.

—Tú eres el primero al que se lo enseño. Y ¿sabes?, creo que tenía que ser así, que te lo tenía que explicar a ti. —Hizo una pequeña pausa—. El que mató a mi cría me amenazó con matarme si decía algo.

A Jon-Isak se le agrandaron los ojos.

—Claro, no te atreves a decir nada si alguien te amenaza. Pasé mucho miedo y no abrí la boca —continuó.

De repente, Jon-Isak lanzó con la mano derecha la bola de nieve, que golpeó el tronco de un árbol con un fuerte chof. Elsa respiró profundamente.

—¡Estás loco! —dijo ella riendo.

Él se quitó los guantes y cogió el trozo de oreja, pasó el dedo índice sobre la suave piel, le quitó la nieve. Los pelos se habían pegado con la humedad.

—¿Era Robert Isaksson aquel hombre?

—Sí.

Jon-Isak se estiró y sacó la barbilla.

—Es una suerte que ahora esté muerto.

Elsa se contuvo. No sabía hasta dónde podía explicar.

—Creo que ahora todo mejorará. Todos estaremos más tranquilos —dijo finalmente.

—No en la escuela.

«No volveré a ir. Trabajaré con los renos».

Jon-Isak acarició el trocito de oreja, ahuecó las manos alrededor de él para protegerlo de la nieve. Tenía una cicatriz entre el dedo índice y el pulgar.

—Sabes, yo también pasé miedo cuando iba a la escuela.

—¡Yo no le tengo miedo a nada!

Estiró la mano, quería devolverle la oreja.

—Tengo un montón de *bealljebinnát* —dijo.

—Entonces tal vez este trozo puede formar parte de tu colección. Creo que a Lasse le habría gustado.

Jon-Isak soltó la oreja y la dejó caer al suelo. Los dos la miraron. Pronto estaría enterrada bajo la nieve.

—Tal vez tengas razón. Tal vez Nástegallu necesitaba volver a casa. La dejaremos aquí.

La nieve amainó, y al cabo de poco volvían a tener la vista libre. Cuando Jon-Isak se bajó, tembló toda la valla. Ella vio que él observaba atentamente el lugar antes de alejarse con paso decidido. Elsa se bajó. Él se dirigió hacia los esquís que había dejado tirados.

—Nos vemos en la selección, entonces —dijo ella.

—Sí. —Miró hacia arriba, golpeó los bastones en el suelo—. Adiós.

Se impulsó con fuerza con los bastones y desapareció rápidamente por la pequeña cuesta.

Elsa esquió a un ritmo pausado, giró a la derecha entre los pinos y dejó un rastro nuevo. Dio la vuelta y volvió al cercado desde atrás. Se quedó quieta y en silencio.

Pero el silencio no duró mucho. Se oyó el roce de unos esquís y el crujido de unos bastones.

Ella se agachó detrás de un pino, apoyando la cabeza contra el tronco.

Jon-Isak no se molestó en abrir la valla, trepó, cogió impulso, saltó al suelo y aterrizó suavemente como un gato. Sabía muy bien dónde iba. Sabía el lugar exacto. Se agachó, se quitó un guante y cerró la mano alrededor de Nástegallu. Retiró la nieve de un soplido y acarició el pelo con el pulgar. Abrió el bolsillo de la cazadora, dejó caer la oreja y cerró el botón con cuidado. Volvió a ponerse el guante y levantó la mirada hacia el cielo. Y entonces saludó con la mano.

Agradecimientos

Este libro lleva conmigo muchos años. Ha llevado tiempo encontrar la forma adecuada de contarlo. He recibido ayuda de diversas personas, sobre todo de mis abuelos maternos, que ya no están. Aunque sí que están.

Esto está sucediendo actualmente en Sápmi, en las tierras de los samis, y hace mucho tiempo que pasa. A veces la realidad es peor que la ficción. El libro se basa parcialmente en sucesos reales. Entre otras cosas, he tenido acceso a un centenar de denuncias.

He recibido ayuda muy valiosa con respecto a la cría de renos y el trabajo de la policía, pero más allá de todos los hechos, por supuesto, me he tomado la libertad de crear un lugar ficticio y una historia de la que yo como escritora tengo toda la responsabilidad.

Dicho esto, quiero dar las gracias a los que me ayudaron e inspiraron durante todos estos años. Por diversas razones, no todos quieren ser mencionados con su nombre, aunque sabéis que estoy profundamente agradecida y nunca olvidaré el tiempo que me dedicasteis.

Me gustaría dirigir un agradecimiento grande y cálido a:

Sara Skum, por la conversación que mantuvimos en invierno de 2018. Fue conmovedor e impresionante, y me guio por el camino correcto. Gracias también por la documentación, especialmente las cien denuncias policiales.

Anna-Karin Niia, porque tu lectura marcó una gran diferencia. Muchas gracias por todas tus observaciones inteligentes y divertidas.

Richard Åström y Anna Kråik Åström, porque leísteis las primeras versiones, me facilitasteis documentación y me disteis vuestras impresiones.

Quiero dar las gracias a los policías Håkan Alselind y Ulrika Larsson por las conversaciones sobre el trabajo de la policía en un territorio tan extenso. Gracias también a Håkan por todas las rápidas respuestas en la fase final del manuscrito.

He tenido tres idiomas en mi vida, pero nunca he aprendido dos de ellos. Por eso doy las gracias a los expertos que han traducido al sami y al meänkieli.

Ollu giitu (muchas gracias) al tío Kjell Marainen por las traducciones al

sami.

Kiitos (muchas gracias) a Maja Mella y Birgitta Rantatalo, que tuvieron que enfrentarse a palabras en meänkieli bastante desagradables.

Gracias de corazón a mis amigos y compañeros escritores Christina Wahldén y Ninni Schulman por su lectura y su valiosa colaboración. Con vosotros todo es más fácil y divertido. Gracias por existir.

A veces se producen encuentros que no se pueden explicar de otra manera que por el hecho de que tenían que pasar. Kaisa Palo, agente literaria de la agencia Ahlander, estoy profundamente agradecida por todo lo que has hecho por mí y por el libro. No habría llegado hasta aquí sin ti. ¡Eres una estrella!

Un caluroso agradecimiento a todo el personal de la agencia Ahlander por su compromiso con mi manuscrito.

Este libro ha llegado a existir gracias a un equipo de mujeres fabuloso.

Susanna Romanus, ¡gracias de todo corazón! Eres una editora fantástica y ha sido un honor poder desarrollar mi manuscrito contigo.

A la redactora Tina Rabén, mil gracias por todas las conversaciones sobre el texto, las palabras y las expresiones que has pulido y, sobre todo, por tu minuciosidad.

Muchas gracias al supertrío que se encarga de que el libro tenga las mejores posibilidades de llegar a los lectores: Lina Rönning, responsable de *marketing*, Emelie Hollbox, responsable de ventas, y Karin Wahlén, de Kult PR. Estoy impresionada por vuestra profesionalidad y vuestra energía.

Muchas gracias también a la correctora Corinna Müller.

Mil gracias a Sara R. Acedo por la portada única y hermosa.

Un agradecimiento igual de cordial a Elisabeth Ohlson por las bonitas fotografías de prensa.

Gracias también a Mia Högfeldt por el corte de pelo.

Y, finalmente, mi agradecimiento más afectuoso es para mi familia, Micke y Willis; sois siempre mi puerto seguro. A mi madre Ellen y a mi hermana Therése porque leísteis el texto y me ayudasteis a elegir correctamente. Y Jan, mi padre, por tu ayuda con los temas de las armas, las motos y la vida en el bosque que tú conoces perfectamente.

Por último, quiero dar las gracias a Romanus & Selling por publicar mi libro y por haberme acogido con mucho cariño y entusiasmo.

Glosario de palabras sami

áddjá: abuelo.
áhkku: abuela.
bealljebinnát: trozos de orejas de reno.
biekka oapmi: propiedad del viento.
boazobeana: perro dedicado al pastoreo de renos.
boazu: reno domesticado.
čakča: otoño.
čakčadálvi: otoño-invierno.
čakčageassi: paso del verano al otoño.
čearpmat: cría de un año.
čearru: familia o pueblo sami.
duodji: artesanía sami.
duojár: artesano.
eanu: tío.
enná: madre.
gáhkku: pan delgado de tipo galleta.
gátki: prenda de vestir tradicional.
giđđa: primavera.
giđđageassi: primavera-verano.
girdnu: parte central redonda del cercado de separación.
goike biergu: carne seca.
guksi: taza tradicional hecha a mano.
gunsttar: sanador espiritual sami.
guovssahasat: aurora boreal.
gurpi: salchicha de carne de reno.
holbin: parte inferior del *gátki*.
liinnit: chales.
isa: padre.
joik: canto sami.
joika: cantar.
juoa: de acuerdo.
juovlamánnu: diciembre.
miessemánnu: mayo.

nuvttahat: botas de piel de reno cosidas a mano.
nyukčamánnu: marzo.
oambealli: prima.
Ođđasat: programa televisivo de noticias sami.
rátkagárddis: cercado para la clasificación de renos.
rátkin: clasificación de los renos.
reaŋga: pequeño peón, mozalbete.
risku: broche.
rivgu: mujer no sami.
ruovgat: gruñido de los renos.
Sápmi: territorio de los samis.
siessá: tía por parte de padre.
sohka: familiares.
stávrá: palo con un lazo en un extremo.
stuoraviellja: hermano mayor.
suohpan: lazo para capturar renos.
suovas: carne de reno ligeramente ahumada.
unna oabba: hermana pequeña.
váhkar: hermano pequeño no esperado, tardío.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Romanyà Valls, en Capellades (Barcelona), el 6 de febrero de 2023, **Día Nacional Sami, que celebra el aniversario del primer congreso sami del año 1917**